trazos y testimonios
epístolas

Cartas a Milena

Caracas, 2006

trazos y testimonios
epístolas

Cartas a Milena

Franz Kafka

©Frank Kafka
© **Fundación Editorial el perro y la rana, 2006**
Av. Panteón Foro Libertador.
Edif. Archivo General de la Nación, planta baja,
Caracas-Venezuela, 1010.
Telf.: (58-0212)5642469
808 44 92/808 49 86/808 41 65
Telefax: (58-0212) 5641411

Correos electrónicos
mcu@ministeriodelacultura.gob.ve
elperroylaranaediciones@gmail.com

Diseño de la colección: Kael Abello
Diagramación: Edarlys Rodríguez
Edición al cuidado de: Luis Lacave
Correción: Eva Molina

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal lf 4022007800274
ISBN 980-396-430-5

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
el**perro** y la**rana**

Colección trazos y testimonios

En la historia no hay espacio para el silencio y el vacío. El recuerdo de los protagonistas del mundo ha sido perpetuado en el papel, allí están el estilo, la feria, la herida, la cumbre y el abismo de vidas que se repiten en la lectura. Esta colección hace honor a los hombres que por su fuerza e intuición han definido épocas; sus cuatro series honran las huellas que conservan aroma y frescura, las voces que permanecen porque aún tienen mucho que decir. ***Biografías*** es la serie que condensa estudios de investigación en torno a la vida y obra de los personajes que han sellado el tiempo. ***Diarios*** nos trae a los autores desde sus escritos más personales, nos acerca a ellos con la sutileza de quien atiende un acto de intimidad. ***Epístolas*** reconstruye momentos de intercambio ideológico y sensitivo a través de las cartas, recopila instantes revertidos en tinta para comunicar en su momento inquietudes que contribuyen a la reflexión. ***Relatos de Viaje*** permite que el escritor nos tome de la mano para llevarnos con él a países y regiones extranjeras; nos invita a conocer geografías, climas, culturas, impresiones que se desprenden de sus propias narraciones.

Hay líneas del tiempo que se dejan ver, colores y oscuridades que el olvido no ha podido manipular del todo, esta colección se atreve a hurgar en los resquicios de la memoria para obsequiarnos los ***Trazos y Testimonios*** de figuras inmortales.

Franz Kafka

Merano-Untermais, Pensión Ottoburg

Estimada Frau Milena:

Le escribí unas líneas desde Praga y luego desde Merano. No ha habido respuesta. Por supuesto, esas líneas no exigían contestación inmediata y si su silencio no es más que señal de una relativa bienaventuranza —lo cual con frecuencia se traduce en una cierta resistencia a escribir— me doy por satisfecho. Pero también existe la posibilidad —y por eso le escribo— de que en mis líneas la haya herido de alguna manera. ¡Qué torpe sería mi mano, contra toda mi voluntad, si ése fuera el caso! O bien —y eso sería mucho peor por cierto— que ese momento de sereno respiro, al cual usted aludía, haya pasado y una vez más se inicie una mala época para usted.

Acerca de la primera posibilidad no sé qué decir. ¡Es algo tan ajeno a mí y lo demás me toca tan de cerca! Respecto a la segunda posibilidad no le brindaré consejos —¿cómo podría aconsejarla yo?— me limitaré a formularle una pregunta: ¿Por qué no abandona Viena por un tiempo? ¿Usted no carece de asilo como otra gente? ¿No extraería nuevas fuerzas de una estadía en Bohemia? Y, si por razones que yo desconozco, no quisiera visitar Bohemia, podría viajar a algún otro lugar. Quizás incluso Merano sea conveniente. ¿Lo conoce?

De modo que espero dos cosas. La continuación de su silencio, lo cual significa: "No hay razón para preocuparse, me va bastante bien." O bien unas pocas líneas.

Afectuosamente, Kafka

He advertido, de pronto, que en realidad no recuerdo su rostro en detalle. Sólo creo ver aún su figura, su vestido, mientras usted se alejaba entre las mesas del café.

Estimada Frau Milena:

Usted se afana por la traducción en medio de ese sombrío mundo vienés. De alguna manera, eso me conmueve y me avergüenza. Supongo que ya ha recibido una carta de Wolff[1] por lo menos, ya hace algún tiempo que él me escribió mencionándome esa carta. La novela corta *Asesino*, que según dicen aparece anunciada en un catálogo, no me pertenece. Es un error. Pero como, al parecer, es la mejor, quizá no se trate de un error, después de todo.

De acuerdo con su última y penúltima carta, el desasosiego y la preocupación parecerían haberla abandonado en forma definitiva. Sin duda eso también alcanza a su marido. ¡No sabe hasta qué punto se lo deseo a ambos! Recuerdo una tarde de domingo hace años: yo me arrastraba por el Franzensquai, asiéndome de las paredes, cuando me crucé con su marido, quien marchaba en condiciones no mucho más brillantes: dos expertos en dolores de cabeza, aunque cada uno a su manera. No recuerdo ya si continuamos la marcha juntos o si cada cual siguió su rumbo. La diferencia entre ambas posibilidades no habría sido muy grande. Pero eso ya pasó y debe permanecer hundido en el pasado. ¿Lo pasa bien en su casa?

Afectuosos saludos

Suyo, Kafka

Merano-Untermais Pensión Ottoburg

Estimada Frau Milena:

Acaba de cesar una lluvia que se prolongó por espacio de dos días y una noche. Es probable que sólo se haya detenido por un rato, pero de todas maneras es un acontecimiento digno de ser celebrado. Y eso es lo que estoy haciendo al escribirle. Sin embargo, hasta la lluvia era soportable, porque aquí uno está en el extranjero, extranjero sólo en cierta medida, pero con todo hace bien al corazón. Si mi impresión fue correcta (un pequeño encuentro aislado, semimudo, parecería ser inagotable en el recuerdo), usted también disfrutaba de la sensación de ser extranjera en Viena, aunque más tarde las circunstancias generales hayan ensombrecido ese placer. Pero ¿no disfrutó usted de lo desconocido como tal? (Cosa que, dicho sea de paso, puede ser un mal síntoma, un síntoma que no debería presentarse.)

Yo lo paso bastante bien aquí. Difícilmente pueda el cuerpo mortal soportar más cuidados. El balcón de mi pieza está inmerso en un jardín rodeado, desbordado de

arbustos en flor (la vegetación es muy curiosa aquí: con una temperatura que en Praga casi congelaría los charcos, ante mi balcón comienzan a abrirse las flores) y expuesto por completo al sol (mejor dicho, a un cielo densamente nublado, desde hace casi una semana). Me visitan lagartijas y pájaros, parejas desparejas. ¡Me gustaría tanto que viniera a Merano! Hace poco me hablaba usted, en una carta, de atmósfera irrespirable. La imagen y el sentido están muy próximos en ese caso y ambos podrían mejorar un poco aquí.

Con los más afectuosos saludos

Suyo, F. Kafka

Así que el pulmón. Todo el día me estuvo dando vueltas en la cabeza, no podía pensar en otra cosa. No es que la enfermedad me haya alarmado más de la cuenta. Creo —sus comentarios parecen sugerirlo— que sólo la ha afectado en forma benigna; así lo espero. Pero hasta la verdadera afección pulmonar (media Europa Occidental tiene los pulmones en condiciones más o menos deficientes), que conozco desde hace tres años, me ha traído más bien que mal. Lo mío comenzó hace unos tres años en plena noche, con un vómito de sangre. Me levanté, estimulado, como siempre que nos ocurre algo nuevo (en lugar de permanecer tendido como me indicaron más tarde los médicos), y por supuesto también un poco alarmado, me dirigí a la ventana, me asomé, me encaminé al lavabo, anduve por la habitación, me senté en la cama... Sangre y más sangre. Sin embargo, no me sentía desdichado; porque, poco a poco, por una razón muy precisa, supe que dormiría por primera vez después de tres, casi cuatro años de insomnio, siempre que la hemorragia se detuviera. Y se detuvo (además, desde entonces no se ha vuelto a presentar) y dormí el resto de la noche. Si bien es cierto que por la mañana llegó la criada (por ese entonces yo tenía un departamento en el Schönborn-Palais), una muchacha buena, casi abnegada, pero extremadamente realista, vio la sangre y dijo: *Pane doktore, s Vámi to dlouho nepotrvá*[2]. Pero yo me sentía mejor que nunca, fui a la oficina y sólo por la tarde visité al médico. El resto de la historia carece de importancia. Lo que quise decir es que no fue su enfermedad lo que me alarmó (sobre todo porque a cada paso me interrumpo para escarbar en mi memoria, reconozco una frescura casi campesina detrás de su aspecto tan delicado y afirmo: no, no está enferma; ha sido una advertencia, pero no una afección pulmonar); no fue eso, pues, lo que me alarmó, sino la idea de lo que debe de haber precedido a este trastorno. Para comenzar dejo de lado otras cosas que dice en su carta como: ni un centavo... té y manzanas... diariamente de 2-8. Son cosas que no puedo entender; es evidente que sólo se las puede explicar de

viva voz. Prescindiré, pues, de eso (sólo en la carta, por cierto, porque olvidarlo no podré) y pensaré sólo en la explicación que encontré en aquel entonces para mi caso y que puede ser apropiada para muchos casos. Ocurrió que el cerebro no pudo soportar más las preocupaciones y dolores que le habían sido impuestos. Y entonces dijo: "Me doy por vencido; pero si alguien sigue interesado en mantener la unidad, que me alivie y recoja parte de mi carga; así tiraremos un poco más." Y entonces se presentó el pulmón. Sin duda tenía poco que perder. Estas tratativas entre cerebro y pulmón, que se cumplieron sin mi conocimiento, pueden haber sido terribles.

¿Y qué hará usted ahora? Es probable que sea una insignificancia si se la atiende un poco. Y todo el que la quiera comprenderá que usted necesita un poco de atención; frente a eso, todo pasa a segundo plano. De modo que en su caso también sería una bendición ¿no? Ya le he dicho... No, no quiero hablar en broma. Por otra parte, no estoy alegre ni lo volveré a estar hasta que usted me escriba comunicándome que inicia una vida diferente y más saludable. Desde que leí su última carta no le pregunto por qué no abandona Viena por un tiempo. Ahora lo entiendo; pero cerca de Viena hay lugares muy bellos en los cuales puede pasar una temporada y donde tendrá oportunidad de ser atendida. Hoy no trataré otro tema sino éste; no hay nada más importante para decir. Lo demás queda para mañana; incluso las gracias por el cuaderno, que me conmueve y me avergüenza, que me entristece y me alegra. No, hay algo más para hoy: si usted distrae un solo minuto de su sueño para dedicarlo a la tarea de traducción será como si me estuviera maldiciendo. Porque si algún día se me somete a juicio, no habrá largas investigaciones, bastará con afirmar: él la privó del sueño. Eso bastará para que me condenen, y con razón. De modo que estoy luchando por mí cuando le ruego que no vuelva a hacer algo así.

Suyo, Franz K.

Estimada Frau Milena:

Hoy quiero hablar de otra cosa, pero es inútil. No es que tome demasiado en serio el asunto; si fuera así, el tono de mi carta sería otro. Pero, de tanto en tanto, debería haber una silla tijera preparada para usted en algún jardín, a media sombra, y unos diez vasos de leche al alcance de su mano. Podría ser muy bien en Viena, sobre todo ahora, en el verano; pero sin hambre ni inquietudes. ¿No es posible? ¿No existe nadie que lo haga posible? ¿Y qué dice el médico?

Cuando extraje el cuaderno del gran sobre me sentí casi decepcionado. Yo quería noticias suyas, no quería oír esa voz demasiado familiar que surge de la vieja tumba. ¿Por qué tuvo que interponerse ella entre nosotros? Pero luego comprendí que esa voz también había actuado como mediadora entre nosotros. Por lo demás, no comprendo

cómo puede usted haberse hecho cargo de una tarea tan pesada. Me conmueve la fidelidad con que lo ha hecho, remontando y descendiendo cada pequeña frase. Una fidelidad que yo nunca habría concebido en el idioma checo y que usted sabe ejercer con hermosa autoridad natural. ¿Tan próximos están el alemán y el checo? Sea como fuere, el cuento es abismalmente malo. Se lo podría demostrar línea por línea, con excepcional facilidad, mi querida Milena; sólo que al hacerlo, la repugnancia pesaría más que la prueba. Por supuesto, el hecho de que a usted le guste, otorga cierto mérito al cuento, pero ensombrece un poco mi imagen del mundo. No se hable más del asunto. Wolff le hará llegar un médico de campo, ya le he escrito.

Sí; entiendo checo. Más de una vez he estado tentado de preguntarle por qué no me escribía en checo. No porque usted no domine el alemán. En general, es sorprendente cómo lo domina y si alguna vez no logra dominarlo, él se inclina voluntariamente ante usted y eso es lo más lindo. Porque ningún alemán se atreve a esperar eso de su idioma y, por consiguiente, no se anima a ser tan personal en su manera de usarlo. Pero a mí me gustaría leer lo que usted escribe en checo, porque el checo es parte suya, porque en él está Milena entera (la traducción lo confirma), mientras que aquí está sólo la de Viena o la que se prepara para Viena. Entonces: checo, por favor. Y también los folletines que usted menciona. No importa que sean pobres. Usted también se ha abierto paso a través de la pobreza de este cuento... ¿Hasta dónde? No lo sé. Quizá yo también pueda hacerlo y si no lo lograra, sería porque me he quedado atascado en el mejor de los prejuicios.

Me pregunta usted por mi compromiso. Estuve comprometido dos veces (tres, si se quiere; porque me comprometí dos veces con la misma joven); de modo que en tres oportunidades sólo me separaron del matrimonio unos pocos días. El primer compromiso ya no existe (según he oído, ya hay un matrimonio de por medio y un hijito); el segundo se mantiene aún con vida, pero sin la menor perspectiva de casamiento. Por lo tanto, no vive en realidad o lleva una vida autónoma a costa de las personas. En términos generales he podido comprobar —en este terreno y en otros— que quizá los hombres sufran más que las mujeres o, si quiere, que tienen menos resistencia que éstas; pero que las mujeres siempre sufren sin culpa y no porque "no les quede otro remedio" sino en el sentido exacto de la palabra, el cual quizá desemboque a su vez en el "no les queda más remedio". Pero es inútil reflexionar sobre estas cosas. Es como si uno se esforzara por destruir un solo caldero del infierno: en primer lugar, no lo lograría, y si lo lograra, se quemaría en la masa ardiente que brota del caldero roto. Mientras tanto, el infierno subsistiría en toda su gloria. Es necesario comenzar de otra manera.

Pero, ante todo, tenderse en un jardín y extraer de la enfermedad —sobre todo si no es tal— toda la dulzura posible. Y es mucha la dulzura que contiene.

Suyo, Franz K.

Estimada Frau Milena:

Ante todo, y para que usted no lo deduzca contra mi voluntad de esta carta, le diré que desde hace quince días padezco de un creciente insomnio. Por principio, no lo tomo a la tremenda; estas rachas van y vienen y siempre tienen sus causas (según Baedecker, puede deberse incluso a los aíres de Merano, cosa que me parece ridícula), más de las que necesitan, aunque tales causas no siempre sean visibles. Pero lo cierto es que los períodos de insomnio lo vuelven a uno pesado como un tronco y, al mismo tiempo, inquieto como una bestia salvaje.

Sin embargo, tengo una satisfacción. Usted ha dormido bien, todavía con un sueño "extraño", todavía como "perpleja"; pero ha dormido bien. De modo que cuando el sueño pase junto a mí por la noche, sin detenerse, sabré cuál es su camino y lo aceptaré. Por otra parte sería muy tonto rebelarse, porque el sueño es la criatura más inocente y el hombre insomne, la más culpable.

Y a este hombre insomne le hace usted llegar su agradecimiento en la última carta. Si un extraño, totalmente ajeno a la situación, leyera esa carta, pensaría: "¡Qué, hombre! ¡En este caso, parece haber movido montañas!" Y mientras tanto ese hombre no ha hecho nada, no ha movido un dedo (a no ser para escribir), se nutre con leche y cosas buenas, sin ver siempre (aunque sí a menudo) ante él "té y manzanas", y deja que las cosas sigan su camino y que las montañas permanezcan en su lugar. ¿Conoce usted la historia del primer éxito de Dostoievsky? Es una historia que resume muchas cosas y que yo cito por comodidad, porque gira en torno a un gran nombre; pero tendría el mismo significado si fuese una historia del vecino o de alguien más próximo aún. Por otra parte, ya sólo la recuerdo en forma vaga; hasta los nombres casi se me han borrado. Cuando Dostoieysky escribió su primera novela *Pobres gentes*, vivía con un literato amigo suyo, un tal Grigoriev. Éste vio durante meses muchas hojas escritas sobre la mesa, pero Dostoievsky sólo le entregó el manuscrito cuando la novela estuvo concluida. Grigoriev la leyó, quedó deslumbrado y sin decir nada a su amigo se la llevó al entonces célebre crítico Nekrassov. A las tres de la mañana llamaron a la puerta de Dostoievsky. Eran Grigoriev y Nekrassov. Entraron a la habitación, abrazaron y besaron a D. Nekrassov —quien hasta ese momento no lo conocía— lo llamó esperanza de Rusia, y pasaron una o dos horas hablando, sobre todo de la novela. Se separaron al amanecer. Dostoievsky, quien siempre se refirió a esa noche como a la más feliz de su vida, se asomó a la ventana y los siguió con la mirada. Luego, sin poderse contener, se echó a llorar. Su sentimiento básico, que él ha descripto ya no recuerdo dónde, era: "¡Qué gente maravillosa! ¡Qué buenos y nobles son! ¡Y cuán ruin soy yo! ¡Si ellos pudieran ver dentro de mí! Si yo se lo dijera, no me creerían." La afirmación de que Dostoievsky se propuso emularlos es sólo una rúbrica final, un adorno, esa palabra que es preciso brindar a la invencible juventud. Ya no

forma parte de la historia; ésta va ha llegado a su fin. ¿Capta usted, mi querida Milena, el significado oculto de esta historia, su aspecto inaccesible a la razón? A mi juicio, es el siguiente: en la medida en que se puede generalizar sobre estas cosas, Grigoriev y Nekrassov no eran, por cierto, más nobles que Dostoievsky. Pero ahora dejemos la visión panorámica que tampoco D. exigió aquella noche y que de nada sirve en el caso individual. Escuche sólo a Dostoievsky y se convencerá de que Gr. y N. eran realmente maravillosos y D. impuro e infinitamente ruin, que nunca alcanzaría, ni por lejos, la grandeza de Gr. y N., y que jamás podría recompensarles el enorme e inmerecido servicio que le habían prestado. Uno los ve literalmente desde la ventana, mientras se alejan y sugieren así su inaccesibilidad.

Lo lamentable es que el significado de la historia se ve desdibujado por el gran nombre de Dostoievsky. ¿A dónde me ha llevado mi insomnio? Sin duda a nada que no se base en las mejores intenciones.

Suyo, Franz K.

Estimada Frau Milena:

Unas pocas palabras, nada más. Quizá mañana vuelva a escribirle. Hoy sólo escribo en mi propio beneficio, sólo en el afán de hacer algo por mí, sólo para librarme un poco de la impresión que me causó su carta, para que ésta no me oprima día y noche. Usted es muy peculiar, Milena: vive allí en Viena, se ve obligada a soportar muchas cosas y sin embargo tiene tiempo para sorprenderse de que a otros, por ejemplo a mí, no les vaya demasiado bien y de que yo duerma una noche peor que la anterior. En este sentido, mis tres amigas locales (tres hermanas la mayor de las cuales tiene cinco años) han mostrado una actitud más sensata: buscan cualquier oportunidad para arrojarme al agua, estemos o no junto al río; y no porque yo les haya causado el menor daño. De ninguna manera. Cuando los adultos amenazan así a los niños, lo hacen naturalmente en broma y por cariño, y el significado es algo así como: ahora, sólo por divertirnos, diremos lo más absurdo. Pero los niños son serios y no conocen el absurdo. El décimo fracaso en el intento por derribar algo no logrará convencerlos de que la próxima vez no resultará. Es más, ni siquiera saben que en los diez casos anteriores fracasaron. Los niños resultan inquietantes si uno llena sus palabras e intenciones con los conocimientos del adulto. Cuando la niñita de cuatro años —que parece existir sólo para ser besada y abrazada, y sin embargo es fuerte como un osezno, aunque todavía conserva en parte su barriguita de lactantes— se lanza contra uno, ayudada —a izquierda y derecha— por sus dos hermanas, y uno no tiene a sus espaldas más que la barandilla, y el amable padre de las pequeñas y la suave, bella y regordeta madre (que está junto al cochecito de su cuarto

vástago) sonríen desde la distancia y no hacen ademán de ayudar, uno siente que casi ha llegado al final y es casi imposible describir cómo se llega a salvar uno a pesar de todo.

Unas criaturas sensatas o intuitivas quisieron arrojarme al agua sin una razón especial, quizá porque me consideraron superfluo y, sin embargo, no conocían ni siquiera las cartas de usted y mis respuestas.

Las "mejores intenciones" de mi última carta no deben alarmarla. Fue un período, nada raro aquí, de total insomnio. Yo había escrito la historia, esa historia tantas veces recordada en relación con usted; pero cuando hube terminado, la tensión entre la sien izquierda y la derecha ya no me permitió recordar con claridad por qué la había relatado. Además, todavía flotaba en torno de mí la masa amorfa de lo que había tenido intenciones de decir mientras estaba afuera, en el balcón, tendido en la silla tijera, de modo que no me quedó otra cosa que referirme al sentimiento básico, y ahora mismo no soy capaz de hacer mucho más.

Usted tiene todo lo mío publicado hasta ahora, con excepción de *Un médico de campo*, una colección de cuentos cortos que Wolff le va a enviar; por lo menos yo le escribí hace una semana por esa razón. No hay nada en prensa y no sé qué podría haber. Todo lo que usted haga con los libros y las traducciones estará bien; lamento que mis escritos no sean más preciosos para mí, pues al dejarlos en sus manos podría expresar realmente la confianza que usted me merece. En cambio me alegro de poder ofrecerle un pequeño sacrificio con las pocas observaciones que usted ha formulado respecto de *El fogonero*; será un anticipo de esa condenación que consiste en repasar la propia vida, pero con la mirada de quien ya comprende. Lo peor de ese castigo no es la visión clara de las malas acciones evidentes, sino de aquellos actos que en su momento uno consideró buenos.

A pesar de todo, escribir hace bien. Me siento más sereno que hace dos horas, mientras estaba con su carta en la silla tijera. Mientras estaba tendido allí, a un paso de mí yacía un escarabajo, patas arriba, desesperado. No podía enderezarse, me habría gustado ayudarlo, era tan fácil hacerlo, bastaba un paso y un empujoncito para brindarle una ayuda efectiva. Pero lo olvidé a causa de la carta. Además no podía ponerme de pie. Por fin, una lagartija logró que volviera a tomar conciencia de la vida que me rodeaba. Su camino la llevó hasta el escarabajo, que ya estaba totalmente inmóvil. De modo que no fue un accidente, me dije, sino una lucha mortal, el raro espectáculo de la muerte natural de un animal. Pero la lagartija al deslizarse por encima del escarabajo, lo enderezó. Por unos instantes continuó inmóvil, como muerto, pero luego trepó la pared como la cosa más natural. Es probable que eso me haya brindado, de alguna manera, un poco de coraje. Lo cierto es que me puse de pie, bebí leche y le escribí a usted.

Suyo, Franz K.

Mañana le enviaré las observaciones, que serán muy pocas, por cierto. Páginas y páginas sin nada que observar. La lógica veracidad de la traducción me resulta siempre sorprendente, cuando me desembarazo de la lógica. Apenas si hay una interpretación errónea, eso no sería nada; lo sorprendente es esa comprensión siempre vigorosa y decidida. Lo que no sé es si los checos pueden llegar a reprocharle esa fidelidad, que es lo que más me gusta en la traducción (y ni siquiera por la historia; me gusta por mí); mi sentido del idioma checo —yo también lo tengo— se ve plenamente satisfecho, pero es en extremo prejuicioso. Sea como fuere, si alguien se lo echa en cara, trate de compensar la ofensa con mi gratitud.

Estimada Frau Milena:

(Sí, este encabezamiento me está resultando fastidioso; pero ocurre que es uno de esos cabos a los cuales se pueden aferrar los enfermos en este mundo inseguro, y el hecho de que los cabos se vuelvan fastidiosos no basta como prueba de un retorno a la salud.) Nunca he vivido en el seno del pueblo alemán. El alemán es mi lengua madre y por consiguiente es natural en mí; pero el checo está mucho más cerca de mi corazón. Por eso, su carta devela más de una incertidumbre y la veo a usted con mayor claridad. Veo los movimientos de su cuerpo, de sus manos, tan decididos. Es casi un encuentro. Pero cuando quiero elevar los ojos hasta su rostro, en el curso de la carta —¡qué historia!— estalla el fuego y no veo más que fuego.

Resulta tentador creer en esa "ley de su vida" que usted formula. Es lógico que no quiera ser compadecida por su supuesto sometimiento a esa ley, pues su sola formulación no es otra cosa que soberbia y arrogancia (*já jsem ten, ktery platí*[3]). En cuanto a las pruebas que usted ofrece para demostrar la existencia de esa ley, no admiten discusión, uno sólo puede besar su mano en silencio. En lo que a mí respecta, creo en su ley, aunque no puedo creer que pese para siempre sobre su vida en firma tan cruel y exclusiva. Es cierto que es una comprobación, pero sólo una comprobación hecha en el camino y el camino es interminable.

Pero, al margen de eso, para la limitada inteligencia del hombre, es horrible verla a usted dentro de ese horno recalentado en el cual vive. Por ahora, sólo hablaré de mí. Si se contempla todo esto, digamos, como una tarea escolar, usted tenía tres posibilidades en relación a mí. Por ejemplo, podría no haberme dicho nada acerca de usted misma; en ese caso me habría privado de la dicha de conocerla y —lo que es más importante aún que la dicha— me habría privado de la posibilidad de ponerme a mí mismo a prueba, al conocerla. Por consiguiente, usted no podía mantener eso oculto. También podría haber silenciado algunas cosas o haberlas embellecido, e incluso podría seguir haciéndolo ahora; pero en el actual estado de cosas, yo lo presentiría aun cuando no lo comentara y eso me

haría sufrir por partida doble. De modo que tampoco puede hacer eso. Sólo resta una tercera posibilidad: tratar de salvarse un poco. Y en sus cartas se advierte algún pequeño indicio. Con frecuencia habla de serenidad y firmeza; con frecuencia —aunque como de paso— también habla de otras cosas y, por fin, hasta de *reelní hrûza*[4].

Lo que dice acerca de su salud (la mía, bien; sólo tengo problemas con el sueño, a causa del aire de montaña) no me basta. El diagnóstico del médico no me parece demasiado favorable; en realidad, no es ni favorable ni desfavorable, sólo su propio comportamiento puede decidir cuál es la interpretación que ha de dársele. Es indudable que los médicos son estúpidos; mejor dicho, no son más estúpidos que otra gente, pero sus pretensiones son absurdas. Con todo, hay que hacerse a la idea de que se van estupidizando más y más desde el instante en que uno se pone en sus manos, y lo que el médico exige en este momento no es ni muy estúpido ni imposible. Lo imposible es que usted se enferme realmente y esa imposibilidad debe subsistir. ¿En qué ha cambiado su vida desde que habló con el médico? ...Ésa es la pregunta capital.

Y ahora algunas preguntas secundarias que quizás usted me permita formularle: ¿por qué y desde cuándo carece usted de dinero? ¿por qué —según dice en su carta— antes trataba con mucha gente en Viena y ahora no ve a nadie?

No quiere enviarme sus folletines. Eso significa que no confía en que yo inserte esos folletines en el lugar exacto del cuadro que me he forjado de usted. Pues bien, entonces me enojaré con usted en ese aspecto, lo cual no es precisamente una tragedia, porque conviene, por razones de equilibrio, que en un rincón del corazón guarde un poco de resentimiento contra usted.

Suyo, Franz K.

Viernes

En primer lugar, Milena: ¿Qué departamento es ése desde el cual escribe usted el domingo? ¿Amplio y vacío? ¿Está sola? ¿Día y noche?

Debe ser, por cierto, muy deprimente estar allí en una hermosa tarde de domingo, sentada frente a un "desconocido", que tiene "carillas escritas por rostro. ¡Cuánto mejor estoy yo! Es cierto que mi habitación es pequeña, pero aquí está la auténtica Milena, quien por lo visto ha escapado a sus domingos, y créame que es maravilloso estar junto a ella.

Se queja usted de su inutilidad. En otros momentos la situación fue distinta y volverá a serlo. Hay una frase que la horroriza (¿en qué ocasión fue pronunciada?). ¡Sin embargo es tan clara, y ha sido pronunciada o pensada tantísimas

veces en este sentido! El hombre martirizado por sus demonios se venga ciegamente en su prójimo. En tales instantes usted desearía haber redimido por completo al otro y al no lograrlo, se considera inútil. ¿Quién puede pretender algo tan blasfemo? Nadie lo ha logrado aún, ni siquiera Jesús. Él sólo podía decir: "Sígueme" y después aquello tan grande (que lamentablemente yo cito muy mal) de: "procede de acuerdo con mi palabra y verás que no es la palabra de un hombre, sino la palabra de Dios". Y sólo arrojaba el demonio de aquellos que lo seguían. Y ni siquiera en forma permanente; porque cuando se apartaban de él, también él perdía influencia y "finalidad". Por otra parte —y eso es lo único que admito— también él sucumbió a la tentación.

Viernes

Hoy, al caer la tarde, he dado un paseo más o menos largo sin compañía. En realidad, es la primera vez que lo hago, porque en general salía a caminar con otra gente o, más a menudo aún, me quedaba en mi alojamiento, acostado. ¡Qué campiña ésta! ¡Ay, Milena, si usted estuviera aquí, y tú, pobre cerebro incapaz de pensar! Y, sin embargo, mentiría si dijera que la extraño. Es el hechizo más perfecto y más doloroso. Usted está aquí, igual que yo y con mayor intensidad aún; allí donde yo estoy, está usted, como yo y más intensamente aún. No bromeo. A veces imagino que usted —que está aquí— extraña mi presencia y pregunta: "¿Pero dónde está? ¿Acaso no escribía diciendo que estaba en Merano?"

F.

¿Recibió mis dos cartas en respuesta a la suya?

Estimada Frau Milena:

El día es tan corto. Transcurre y termina con usted y fuera de usted sólo hay unas pocas nimiedades. Apenas me queda un rato para escribirle a la verdadera Milena, porque la Milena más verdadera aún ha estado aquí todo el día, en la habitación, en el balcón, en las nubes.

¿De dónde proviene toda esa frescura, ese humor, esa despreocupación que revela su última carta? ¿Ha cambiado algo? ¿O me equivoco y los fragmentos de prosa contribuyen al engaño? ¿O es que usted se domina tan bien y, al hacerlo, domina también las cosas? ¿Qué pasa?

Su carta comienza con un tono admonitorio, y lo digo muy en serio. Además tiene razón con ese reproche de *ãi ne tak docela pravdu*[5], así como tenía razón, en el

fondo, respecto a lo de *dobfie mínûno*[6]. Es evidente. Si yo hubiera estado tan plena y constantemente ocupado como afirmaba en mis cartas, no habría permanecido recostado en mi silla tijera, me habría llevado por delante todos los obstáculos y un día después me habría presentado en su habitación. Ésa habría sido la única prueba de sinceridad, todo lo demás son palabras, incluyendo éstas. O apelaciones al sentimiento fundamental; pero éste permanece mudo, con las manos sobre el regazo.

¿Cómo es que usted no está harta de toda esa gente ridícula, a la cual describe (con amor y, por lo tanto, maravillosamente), de quien le formuló la pregunta y de muchos otros? A usted le toca juzgar; porque, al final, es la mujer la que juzga. (El mito de París oscurece eso un poco, pero también París sólo juzga cuál de las diosas ha pronunciado el juicio definitivo más severo.) Porque la ridiculez no es lo decisivo; podría tratarse de ridiculeces momentáneas, que luego se vuelven serias y correctas dentro del contexto general. ¿Es esta esperanza lo que la ata a esa gente? ¿Quién puede afirmar que conoce los pensamientos secretos de la jueza? Pero tengo la impresión de que usted perdona las ridiculeces como tales, que las entiende, que las ama y que las ennoblece con su amor. Y esas ridiculeces no serían más que la carrera zigzagueante del perro, mientras el amo marcha en línea recta, no a través de los zigzags, sino hacia donde el camino conduce. Pero, a pesar de todo, tiene que haber un sentido en su amor, estoy convencido de eso (aunque no puedo evitar preguntarlo y encontrarlo extraño) y eso me recuerda —sólo para subrayar una posibilidad— lo que dijo una vez un empleado de mi oficina. Hace algunos años yo salía mucho a remar en canoa por el Moldava. Remontaba la corriente y luego me tendía en el lindo del bote y me dejaba arrastrar por la corriente bajo los puentes. El espectáculo que yo brindaba a los que me veían desde el puente debe de haber sido muy cómico, a causa de mi extremada flacura. El empleado en cuestión, que me vio una vez desde el puente, luego de hacer resaltar lo cómico de la situación, resumió sus impresiones así: le había parecido estar contemplando una escena previa al juicio final; el instante en que las tapas de los ataúdes ya se han levantado, pero los muertos continúan inmóviles aún.

Hice una pequeña excursión (no la larga, que le mencioné y que no llegó a concretarse) y durante casi tres días, el cansancio (por cierto nada agradable) me impidió hacer nada. Ni siquiera pude escribir. Me limité a leer la carta, los artículos[7], muchas veces, en la creencia de que esa prosa no existe, naturalmente, por sí misma, sino como una especie de señal en el camino hacia un ser humano, un camino por el cual uno avanza cada vez más dichoso, hasta que en un momento de lucidez comprende que, en lugar de avanzar, está dando vueltas en su propio laberinto, sólo que más excitado y más desorientado que antes. Sea como fuere: no es una escritora corriente la que ha escrito esto. Después de esta experiencia confío casi tanto en su producción literaria como en usted misma. En checo (dentro de

mis limitados conocimientos), sólo conozco una música idiomática: la de Bozena Némcová[8]. La música que encuentro aquí es diferente, si bien está emparentada con la otra por su decisión, su apasionamiento, su gracia y, sobre todo, por su lúcida inteligencia. ¿Ha surgido esto de los últimos años? ¿Escribía usted antes? Por supuesto, usted dirá que mis prejuicios son absurdos, y tiene razón. No cabe duda de que tengo prejuicios, pero éstos no nacen de lo que descubro en los artículos (que, por otra parte, son desiguales y en parte muestran la dañosa influencia del periódico), sino por lo que redescubro en ellos. Pero usted reconocerá el escaso valor de mi juicio en el solo hecho de que dos pasajes de ese mutilado artículo sobre modas me han hecho pensar que también ése es un trabajo suyo. Me gustaría mucho conservar los recortes, por lo menos para mostrárselos a mi hermana; pero dado que usted los necesita en seguida, se los devuelvo junto con esta carta. También he visto las cuentas en el margen.

Por lo visto, yo tenía un concepto erróneo de su marido. En el círculo del café me parecía la persona más responsable, más comprensiva o más serena, casi exageradamente paternal. Por otra parte, también me parecía impenetrable; pero de ninguna manera consideraba que eso pudiera anular todo lo demás. Siempre me inspiró respeto. No tuve oportunidad ni capacidad para conocerlo más, pero mis amigos, sobre todo Max Brod, tenían una elevada opinión de él y yo siempre tuve presente eso al pensar en él. En un tiempo, lo que más me gustaba en él era la peculiaridad de que lo telefonearan varias veces por noche, fuera cual fuese el café en el cual nos encontrábamos. Por lo visto, alguien estaba sentado frente al aparato, en lugar de dormir, se adormilaba con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón y se despertaba sobresaltado de tanto en tanto para telefonear. Entiendo tan bien ese estado, que quizá sólo lo mencione por esa razón.

Suyo Franz K.

¿Qué opina usted? ¿Recibiré una carta antes del domingo? La posibilidad existe. Pero esta pasión por las cartas es demencial. ¿No basta con una? ¿No basta con saber? Por supuesto que sí; pero, a pesar de todo, uno se repantiga y devora las cartas y lo único que sabe es que no quiere dejar de devorarlas. ¡Explíqueme usted eso, Milena, maestra)

Jueves

Ahora no hablaré más que de esto (además, no he leído aún con detenimiento sus cartas, sólo he revoloteado en torno de ellas como el mosquito en torno a la luz, y me he chamuscado varias veces la cabecita; por otra parte, he

podido descubrir ya que son dos cartas muy diferentes: una es para ser devorada, la otra es para horrorizar, probablemente ésta sea la última):

Si uno se encuentra con un conocido y le pregunta con expresión ansiosa cuánto es 2 x 2, la pregunta es de manicomio; pero si esa pregunta se formula en primer grado de la escuela primaria sonará muy lógica. En lo que se refiere a la pregunta que yo le formulo a usted, Milena, puede decirse que reúne los caracteres de la pregunta de manicomio y de la de escuela primaria. Por fortuna también tiene algo de mentalidad escolar. Porque siempre me ha resultado incomprensible que alguien se entrevere conmigo, y he destruido más de una relación (por ejemplo, con Weiss[9]) por una disposición mental lógica que siempre me hace creer más en el error del otro que en un milagro (sólo en lo que a mí respecta, no en los demás casos).

Por qué enturbiar más aún las ya turbias aguas de la vida con esas cosas, me preguntaba. Veo ante mí un tramo del camino posible y advierto cuán enorme es la distancia (sin duda inalcanzable para mí) que debo recorrer desde mi posición actual, antes de ser merecedor de una mirada ocasional (¡de mí mismo! ¿qué será, pues, de los demás? Y esto no es modestia sino soberbia, si usted se detiene a analizarlo)... nada más que de una mirada ocasional, y ahora yo... recibo sus cartas, Milena. ¿Cómo puedo expresar la diferencia? Un hombre yace en la inmundicia y el hedor de su lecho mortuorio y llega el ángel de la muerte, el más glorioso de todos los ángeles, y posa su mirada sobre él: ¿Puede el hombre atreverse siquiera a morir? Se vuelve, se hunde más en su lecho y le resulta imposible morirse. En una palabra: no creo en lo que usted me escribe, Milena, y no existe forma de probármelo —a Dostoievsky tampoco podría habérselo probado alguien, aquella noche, y mi vida dura una noche—; sólo yo podría probármelo a mí mismo. Me imagino a mí mismo en condiciones de hacerlo (así como usted imaginó una vez al hombre en la silla tijera); pero no puedo creerlo. Por eso, esa pregunta fue un ridículo medio para obtener ayuda... Por supuesto, usted lo comprendió en seguida. Procedió como el maestro que, por cansancio y afán de tranquilidad, acepta la respuesta correcta del alumno y hace de cuenta que ese alumno entiende realmente el asunto, cuando lo cierto es que éste sólo conoce la respuesta por un motivo casual, pero le resulta imposible llegar al fondo de la cuestión sin la ayuda del propio maestro. Pero no con protestas, quejas, caricias, ruegos, sueños (¿recibió usted las últimas cinco o seis cartas? debería leerlas, pues forman parte del conjunto) sino nada menos que con... dejemos eso en suspenso.

Al pasar, veo que usted menciona también a la joven en su carta. Para que no quede la menor duda le diré que, más allá del dolor momentáneo, usted le ha hecho a esa muchacha el mayor de los servicios. No veo cómo podía haberse liberado de mí, a no ser de esta manera. Es verdad que ella intuía, hasta cierto punto, de dónde provenía ese calor (inquietante, aunque no para ella) que le brindaba su lugarcito junto a mí; pero nunca tuvo la necesaria visión para comprenderlo.

Recuerdo que estábamos sentados uno junto al otro en el sofá de un departamento de un ambiente en Wrschowitz (creo que eso ocurría en noviembre; una semana después el departamento sería nuestro), ella se sentía feliz de haber conquistado, por lo menos, ese departamento después de tantos esfuerzos, y junto a ella estaba sentado su futuro marido (lo repito: a mí y sólo a mí se me había ocurrido la idea del casamiento; yo y sólo yo había apresurado el proceso, ella se había sobresaltado y sólo había aceptado de mala gana; por supuesto, luego se había hecho a la idea). Cuando pienso en esa escena con sus detalles —que se suceden con la velocidad de las pulsaciones en un estado febril— soy capaz de creer en cualquier forma de ceguera y autoengaño (en este caso, también yo sucumbí durante meses a ese estado, aunque, a decir verdad, no sólo fue eso; porque también intervinieron otras consideraciones que habrían hecho de esa unión un casamiento cerebral, en el más amplio sentido de la palabra), puedo creer en cualquier forma de ilusión y hasta temo llevarme el vaso de leche a los labios, pues bien podría estallar ante mi rostro —no por azar, sino con intención— y clavarme las astillas en la carne.

Una pregunta: ¿En qué consisten los reproches que se le formulan? Sí, yo también he hecho desdichada a la gente; pero a la larga no me lo reprochan, sólo enmudecen y creo que ni siquiera me acusan en su interior. Ésa es mi situación excepcional entre los hombres.

Pero todo esto pierde importancia ante la ocurrencia que tuve esta mañana al levantarme y que me fascinó a tal punto que me encontré lavado y vestido, sin saber cómo, y me habría afeitado de la misma manera si una visita no me hubiera despertado de mi ensueño.

Resumiendo, se trata de lo siguiente: usted puede dejar a su marido por algún tiempo. No es nada nuevo, ya ocurrió una vez. Las razones son su enfermedad, los nervios de él (usted lo beneficiaría también a él con esa medida) y, finalmente, la situación en Viena. No sé dónde preferiría usted ir; quizá lo mejor sea algún paraje tranquilo de Bohemia. Por otra parte, lo mejor es que yo, personalmente, no me entrometa ni me haga presente. Por el momento, obtendrá el dinero necesario de mis manos (ya llegaremos a un acuerdo sobre las condiciones de rembolso). (Mencionaré sólo una de las ventajas adicionales de este acuerdo: yo me convertiría en un empleado que cumpliría sus tareas con deleite... Por otra parte, mis tareas son ridículas y lastimosamente fáciles. Usted ni se lo imagina. No sé por qué me pagan). Si de tanto en tanto el dinero no le alcanzara para pasar el mes, sin duda no le costará mucho obtener la diferencia, que no será, por cierto, muy grande.

Por el momento no diré nada más en favor de mi ocurrencia, pero el juicio que ella le merezca me permitirá comprobar si puedo confiar en su juicio sobre otras ocurrencias mías (porque estoy seguro de conocer el mérito de esta idea).

Suyo, Kafka.

Ahora, después de haber leído esta carta terrible —aunque, de ninguna manera, terrible hasta el fondo—, no me resulta muy fácil darle las gracias por el placer que me produjo el recibirla. Hoy es feriado, de modo que el correo ordinario no habría llegado. También era dudoso que me llegaran noticias suyas mañana viernes, por consiguiente se habría producido una especie de silencio opresivo, aunque nada triste en lo que a usted respecta. En la última carta se mostraba usted tan fuerte, que yo la contemplaba como contemplo a los alpinistas desde mi silla tijera, cuando los alcanzo a divisar allá arriba, en la nieve. Y luego me llegó esa otra carta justo antes del almuerzo. La pude llevar conmigo, la extraje de mi bolsillo, la dejé sobre la mesa, la volví a guardar. Las manos suelen jugar así con las cartas y al contemplarlas uno experimenta ese placer que provoca el juego de los niños. De a ratos no reconocía al general y al ingeniero sentados frente a mí (excelentes personas ambos, muy cordiales) y, sobre todo, apenas si los oía. La comida, que hoy volví a probar (ayer no comí nada), ya no me molestó mucho. De las pruebas aritméticas que se discutieron de sobremesa, me resultaron mucho más claros los breves planteos que las largas soluciones, durante las cuales me dediqué a contemplar, a través de la ventana, el paisaje de abetos, sol y montañas, la aldea y, sobre todo, una vaga silueta de Viena.

Luego leí la carta con detenimiento. Mejor dicho: leí con detenimiento la carta del domingo. Reservaré la lectura de la del lunes para cuando llegue su próxima carta, pues contiene cosas que no soporto leer con detenimiento. Por lo visto no estoy del todo sano aún. Además esa carta ha perdido actualidad; según mis cálculos hay cinco cartas en camino, tres por lo menos tienen que haber llegado ya a sus manos, aun cuando se haya vuelto a perder alguna o las certificadas demoren más. Ahora no me queda más que rogarle que me conteste aquí inmediatamente. Me basta con una palabra; pero debe ser una palabra que lime los reproches de la carta del lunes y la haga legible. Dicho sea de paso: se trata precisamente de ese lunes en el cual yo libré aquí una dura (aunque no desesperada) batalla con mi razón.

Paso ahora a la otra carta... Pero es tarde y hoy, luego de varias promesas vagas, no tuve más remedio que definirme y acepté la invitación del ingeniero para ver los retratos de sus hijos, que son muy grandes y no pueden ser trasladados hasta aquí. El ingeniero es apenas mayor que yo, bávaro, industrial; pero también alegre e inteligente. Ha tenido cinco hijos, de los cuales sólo viven dos (y no podrá tener más a causa de su mujer). El muchachito tiene 13 y la niña 11 años. ¡Qué mundo éste! Y él lo soporta con equilibrio. No, Milena, usted no debería decir nada contra el equilibrio.

Suyo, F.

Será hasta mañana. Pero si fuera hasta pasado mañana, no vuelva a "odiar", eso no, por favor.

He leído una vez más la carta del domingo; es aún más terrible de lo que pensé luego de la primera lectura. Ay, Milena, uno debería tomarle el rostro entre las manos y mirarla largamente a los ojos, para que usted se reconociera en los ojos que la contemplan y a partir de ese instante se sintiera incapaz de pensar siquiera la clase de cosas que ha llegado a escribir en esa carta.

Viernes

¿Cuándo se ordenará de una vez por todas este mundo trastornado? De día uno anda por ahí con la cabeza calcinada —en estas montañas hay ruinas tan bellas por todas partes, y uno siente que debería ser igualmente bello—; en la cama, en cambio, en lugar de sueño uno tiene las ocurrencias más felices. Hoy, por ejemplo, se me ocurrió algo que complementa mi propuesta de ayer: usted podría pasar el verano en lo de Stasa[10], quien de acuerdo con sus cartas vive en el campo. Ayer hice la estúpida observación de que quizá el dinero no le alcanzara durante algunos meses. Es un disparate: alcanzará siempre.

La carta de la mañana y la tarde del martes confirma el valor de mi sugerencia. En realidad, no es nada del otro mundo, pues el valor de mi propuesta debe quedar confirmado por todo, absolutamente por todo. Si en mi propuesta hubiera segunda intención —¿dónde no habría de presentarse ese monstruoso animal, capaz de adquirir dimensiones ínfimas a voluntad?— me encargaré de mantenerla a raya. Hasta su marido puede confiar en mí en ese aspecto. Estoy cayendo en exageraciones. A pesar de todo: se puede confiar en mí. No la veré a usted para nada, ni ahora ni después. Usted vivirá en el campo y en una campiña que usted ama. (En eso nos parecemos; campiña apenas ondulada, que no alcanza a ser serranía, con bosques y lagos: eso es lo que me gusta.)

Usted no alcanza a comprender el efecto que sobre mí ejercen sus cartas, Milena. Aún no he terminado de leer las cartas del lunes (*jen strach o Vás*[11]) (esta mañana lo intenté y con cierto resultado; en realidad, ya habían pasado un poco a la historia por efecto de mi sugerencia; a pesar de todo, no las pude leer hasta el final). La carta del martes, en cambio (y también la curiosa tarjeta-¿escrita en un café? ...no he respondido aún a su acusación contra Werfel... en realidad no respondo a nada, usted es mucho más eficaz en sus contestaciones y eso lo hace sentir bien a uno), me brinda serenidad y confianza, pese a la noche en vela que provocó la carta del lunes. Sin duda, también la carta del martes tenía su aguijón y también ese aguijón se hunde en mi cuerpo; pero tú lo guías y ¿qué —por supuesto, ésta es sólo la verdad de un instante, de un ins-

tante estremecido de dicha y dolor—, qué puede ser difícil de soportar si proviene de ti?

F.

Por favor, si se le presenta la oportunidad y no le resulta incómodo, dígale algo amable de mi parte a Werfel ... Pero, lamentablemente, hay preguntas a las cuales usted no responde. Por ejemplo, las preguntas acerca de su actividad literaria.

Hace poco volví a soñar con usted. Fue un largo sueño, pero no recuerdo casi nada. Yo estaba en Viena: todo eso se ha borrado. Pero luego llegaba a Praga y había olvidado su dirección. No sólo la calle; también la ciudad, todo. Sólo el apellido Schreiber[12] surgía de algún modo a la superficie; pero no sabía qué hacer con él. La había perdido a usted por completo. En mi desesperación pensé en varios recursos muy hábiles, pero —vaya a saber por qué— no los puse en práctica. De todos esos ardides sólo recuerdo uno. Yo escribía en un sobre: Milena, y debajo, "Ruego entregar esta carta; de lo contrario, la Administración de Hacienda sufrirá una enorme pérdida". Con esa amenaza esperaba poner en movimiento todos los recursos estatales para localizarla. ¿Le parece astuto? Espero que eso no la predisponga en mi contra. Sólo en sueños soy tan tortuoso.

Extraigo una vez más la carta de su sobre. Aún queda lugar: Por favor tutéame una vez más... no siempre, no pretendo eso... tutéame una vez.

Martes

Estoy calculando: escrita el sábado, llegó el martes a mediodía a pesar del domingo. El martes se la arranqué de la mano a la mucama. Qué linda conexión postal; y el lunes debo partir y quedaré privado de ella.

Usted es tan buena que se preocupa porque no le llegan mis cartas. Sí, la semana pasada no escribí durante algunos días; pero desde el sábado le escribo a diario, de modo que entretanto habrá recibido tres cartas mías, luego de lo cual añorará el período de silencio. Como verá sus temores están plenamente justificados: estoy muy enojado con usted en general y, en particular, ha habido muchas cosas en sus cartas que no me han gustado, los artículos me han aburrido, etcétera, etcétera. No, Milena; no debe usted temer nada de eso ¡más bien tiemble por lo contrario!

Es tan lindo haber recibido su carta y tener que contestarla con este cerebro insomne. No sé qué escribir, me limito a vagar entre las líneas, a la luz de

sus ojos, en el aliento de su boca, como en un bello día de felicidad, que seguirá siendo bello y feliz aun cuando el cerebro esté enfermo y cansado, y aunque el lunes señale la fecha de la partida, vía Munich.

Suyo, F.

¿De modo que por mi causa usted corrió a su casa, sin aliento? ¿Pero acaso no está enferma y no debo preocuparme ya por usted? Y, en efecto, así es. Ya no me preocupo... No, estoy volviendo a exagerar; pero es un tipo de preocupación como si la tuviera a usted aquí, bajo mi vigilancia, nutriéndola con la leche que yo bebo, vigorizándola con el aire que yo aspiro, con ese aire que me llega desde el jardín. No, eso sería poco: otorgándole a usted mucho más fuerzas que a mí mismo.

Por diversas razones, es probable que no parta el lunes, sino un poco más tarde. Pero viajaré directamente a Praga; desde hace poco hay un rápido directo Bolzano-Munich-Praga. En caso de que usted quiera escribirme unas líneas, puede hacerlo aún. Si su carta no me alcanzara, me la enviarían a Praga.

¡Siga bien, por favor!

F.

Realmente, uno es un prodigio de estupidez. Estoy leyendo un libro sobre el Tibet; ante la descripción de una aldea de montaña en el límite tibetano, mi corazón se ensombrece súbitamente. Esa aldea me parece tan desolada, tan irremediablemente aislada, tan lejos de Viena. Lo estúpido es la idea de que el Tibet está lejos de Viena. ¿Estará lejos?

Jueves

¿Sabe, Milena? Es de mañana, estoy tendido en mi silla tijera, desnudo, parte al sol, parte a la sombra, después de una noche casi en vela. Cómo habría podido dormir si con mi sueño tan ligero no hacía más que girar en torno suyo y si —exactamente como usted escribe hoy— estaba horrorizado ante "lo que me ha caído en el regazo", horrorizado como —según se dice- se sintieron los profetas, que eran débiles niños (ya o todavía, eso es secundario) y escuchaban la Voz que los llamaba. Y, en su terror, se negaban a seguirla y clavaban los pies en el suelo y sentían que el miedo les nublaba la razón. Habían oído otras voces antes, es verdad; pero no sabían de dónde provenía el terrible sonido de esa Voz... ¿Sería por debilidad de su oído o por la tremenda potencia de aquella Voz? Como eran niños, tampoco sabían que la Voz ya se había instalado

en ellos, precisamente por ese premonitorio terror que la había precedido. Nada de eso probaba su calidad de profetas, pues son muchos los que oyen la Voz, pero objetivamente es muy dudoso que sean dignos de ella y es preferible negarla de antemano por razones de seguridad... Y bien, así yacía yo cuando llegaron sus dos cartas.

Creo que tenemos una característica en común, Milena: somos tan tímidos y ansiosos, que casi todas las cartas son diferentes, casi todas revelan el miedo causado por las precedentes y más aún por la respuesta. Usted no es así por naturaleza, eso salta la vista. Y yo... quizá yo mismo no sea así por naturaleza, pero esa actitud ya se ha hecho carne en mí y sólo se desvanece en la desesperación y, a lo sumo, en la ira y —a no olvidarlo— en el miedo.

A veces tengo la impresión de que tenemos una habitación con dos puertas enfrentadas y cada uno de nosotros empuña el picaporte de una de ellas. Basta un pestañeo de uno, para que el otro desaparezca detrás de su puerta. Y el primero apenas si alcanza a pronunciar una palabra, cuando el segundo ya ha echado cerrojo y se pierde de vista. Volverá a abrir su puerta, porque se trata de una habitación que quizá no pueda abandonarse. Si el primero no fuera exactamente igual al segundo, si fuera sereno, preferiría no mirar en dirección al otro, ordenaría la habitación sin prisa, como si fuera una habitación cualquiera. Pero en lugar de eso, hace lo mismo con su puerta, a veces ambos cierran las puertas a la vez y la hermosa habitación queda desierta.

Eso da lugar a crueles malentendidos, Milena. Usted se queja de algunas cartas, afirma que aunque les dé vuelta y las sacuda hacia todos los lados nada cae de ellas. Y, sin embargo, esas cartas son —si no me equivoco— justamente aquéllas en las cuales yo me he sentido tan cerca de usted, tan aquietada mi sangre, tan aquietante la suya, tan adentro del bosque, tan arraigado en la serenidad, que realmente sólo he tenido ganas de decir, por ejemplo, que el cielo se ve a través de los árboles. Eso es todo, y pasada una hora se repite lo mismo y realmente en todo ello. *ani jediné slovo, které by nebylo velmi dobfie uváïeno*?. Pero tal estado no dura mucho y no tardan en volver a sonar las trompetas de la noche sin sueño.

Además, tenga en cuenta Milena cómo he llegado a usted. Recuerde el viaje de 38 años que ha quedado tras de mí (mucho más largo, por el hecho de ser judío) y cuando la veo en un recodo cualquiera del camino, cuando veo lo que no había esperado ver nunca y menos tan tarde, no puedo gritar, Milena. Ni siquiera siento un alarido dentro de mí. Tampoco digo mil locuras, no las siento en mí (prescindiendo de otro género de locuras, que no me faltan por cierto) y quizá sólo advierta que me he posternado porque veo sus pies muy cerca de mis ojos y los acaricio.

Y no me exija sinceridad, Milena. Nadie puede reclamármela más de lo que me la reclamo yo mismo, y a pesar de todo se me escapan muchas cosas, quizá se

me escape todo. Pero las voces de aliento en esta cacería no me alientan a mí. Todo lo contrario, no puedo dar un paso más. De pronto todo se convierte en falsedad y los perseguidos estrangulan al cazador. Estoy en un camino tan peligroso, Milena. Usted está firmemente de pie junto a un árbol, joven, bella, la luz de sus ojos extingue el dolor del mundo. Estamos jugando al *katule, katule, hejbejte se*[14], yo me deslizo por la sombra, de un árbol a otro, estoy a mitad de camino. Usted me llama, me señala los peligros, procura infundirme coraje, se horroriza ante la inseguridad de mis pasos, me recuerda (¡a mí!) la seriedad del juego... Yo no puedo, caigo, ya estoy tendido en tierra. No puedo escuchar a un mismo tiempo las terribles voces que gritan dentro de mí y la suya: pero puedo prestar oído a aquéllas y confiárselo a usted, a usted, como jamás lo hiciera con nadie en el mundo.

Suyo, F.

Domingo

Ese discurso que ocupa dos páginas de su carta, Milena, surge de lo más profundo del corazón, de un corazón herido (*to mû rozbolelo*, dice usted y yo he hecho eso; yo le he hecho eso a usted). Y el sonido es tan puro y orgulloso como si el impacto no se hubiera producido contra el corazón sino contra un acero. Y además exige lo obvio y me malinterpreta (pues mi gente "ridícula" es exactamente la suya, y además: ¿cuándo tomé yo partido entre ustedes dos? ¿Dónde está la frase? ¿Dónde aparece esa infame ocurrencia? ¿Quién soy yo para condenar, yo que en cualquier aspecto real —matrimonio, trabajo, coraje, sacrificio, pureza, libertad, independencia, veracidad— estoy tan por debajo de ustedes dos? Tanto que hasta produce asco hablar de eso. ¿Y en qué momento podría haberme atrevido a ofrecer ayuda activa, y en caso de animarme, cómo podría haberla prestado? Basta de preguntas. Son preguntas que dormían en el Averno: ¿por qué conjurarlas a la luz del día? Son grises y tristes y contagian su condición. No afirme usted que dos horas de vida son, sin duda alguna, más que dos páginas de escritura; la escritura es más pobre, pero más clara). De modo que usted me ha interpretado mal, pero de todos modos: el discurso está dirigido a mí y yo no soy inocente. Lo curioso del caso es que, en gran parte, no soy inocente justamente porque las preguntas precedentes tienen que ser contestadas con "no", "nunca" y "en ninguna parte".

Luego llegó ese tierno telegrama, un elemento de consuelo para la noche, esa antigua enemiga (si no bastó, no ha sido realmente por culpa de usted, sino de las noches. Estas breves noches temporales casi podrían enseñarle a uno a temer la noche eterna). Es verdad que también la carta contiene abundante y

maravilloso consuelo; pero eso no quita que se trate de una unidad dentro de la cual tiemblan de ira esas dos páginas. El telegrama, en cambio, es independiente y nada sabe de eso. Pero sobre el telegrama, Milena, puedo decirle lo siguiente: si, dejando de lado todo lo demás, yo hubiera ido a Viena y usted me hubiera endosado ese discurso cara a cara —ese discurso que, como ya le he dicho, no me soslaya sino que me golpea, con razón; no de lleno, pero sí con fuerza— (y si no lo hubiera pronunciado, lo habría dejado entrever de alguna manera, en el pensamiento, en la mirada, en un estremecimiento... o incluso, dándolo por sobreentendido) yo habría caído largo a largo y ninguna asistencia médica de su parte habría logrado ponerme en pie. Y de no ocurrir esto, la cosa hubiera sido peor aún. ¿Se da cuenta, Milena?

Suyo, F.

¿Qué hay de su conocimiento de la naturaleza humana, Milena? A veces lo pongo en duda, por ejemplo cuando usted me habla de Werfel. De sus comentarios también surge afecto y quizás exclusivamente afecto; pero es un afecto que malinterpreta. Y si uno prescinde de todo lo que Werfel es y sólo se remite al reproche acerca de su obesidad (que para colmo me parece injustificado: cada año que pasa, encuentro a Werfel más apuesto y más amable; aunque, en realidad, sólo lo veo de pasada). ¿Acaso usted no sabe que sólo los gordos son dignos de confianza? Sólo en esos recipientes de paredes gruesas se cocina todo a punto, sólo esos capitalistas del espacio están protegidos de las preocupaciones y de la locura —en la medida en que puede estarlo un ser humano— y pueden dedicarse con serenidad a sus tareas, y —como dijo alguna vez alguien— sólo ellos son útiles en toda la Tierra como ciudadanos del mundo, pues en el Norte dan calor y en el Sur dan sombra. (También podría invertirse el razonamiento, pero de esa manera dejaría de responder a la verdad.)

Y luego está lo del judaísmo. Me pregunta usted si soy judío.

Quizá sólo se trate de una broma, quizá sólo quiera saber si soy uno de esos judíos timoratos. Sea como fuere, por ser natural de Praga usted no puede ser tan candorosa en ese aspecto como, por ejemplo, Mathilde, la mujer de Heine. (Puede ser que no conozca la anécdota. Tengo la sensación de que debería narrarle algo mucho más importante; además, sin lugar a dudas, me estoy perjudicando de alguna manera, no por la historia en sí, sino por mi manera de relatarla; pero usted tiene derecho a escuchar algo agradable a través de mí. Meissner, un poeta alemán natural de Lohemia, no judío, narra esta anécdota en sus memorias. Mathilde lo importunaba siempre con sus comentarios mordaces sobre los alemanes. Según ella, los alemanes eran malignos, presumidos, intolerantes, criticones, entrometidos, en resumen: ¡un pueblo insoportable!

«Pero si usted no conoce a los alemanes», replicó por fin un día Meissner, «Henry sólo frecuenta a los periodistas alemanes y aquí, en París, todos ellos son judíos.» «¡Ay, qué manera de exagerar!», exclamó Mathilde, «Puede ser que uno que otro sea judío, por ejemplo Seiffert ...» «No», respondió Meissner, «Ése es el único no judío.» «¿Cómo?», exclamó Mathilde, Jeitteles, por ejemplo ... Jeitteles era un individuo alto, fornido y rubio. «¿Es posible que él sea judío?» «Por supuesto», confirmó Meissner. «¿Y Bamberger?» «También.» «¿Y Arnstein?» «También.» Y así siguió recorriendo la lista de sus conocidos. Por fin, Mathilde se irritó y dijo: «Usted se está burlando de mí. Es capaz de afirmar que Kohn es un apellido judío y Kohn es primo de Henry y Henry es luterano.» Ante eso, Meissner no tuvo nada más que decir.) De cualquier manera, usted no parece temer al judaísmo. Este rasgo es realmente heroico si se tiene en cuenta la última o penúltima generación judía de nuestras ciudades y -bromas aparte- si una joven pura dice a su familia: «¡Déjenme marchar!» y se une a los judíos, hay más mérito en esa decisión que en la de la Doncella de Orleáns cuando abandona su aldea.

Eso le da derecho a echar en cara a los judíos su especial cobardía, a pesar de que ese reproche general revela un conocimiento más teórico que práctico de la naturaleza humana, pues, en primer lugar: no encaja para nada con la descripción que usted ha hecho antes de su marido; en segundo lugar: no encaja con la mayoría de los judíos, según lo indica mi experiencia; en tercer lugar: sólo encaja con unos pocos, pero eso sí, a la perfección. Como ejemplo estoy yo. Pero lo más curioso es que ese reproche no alcanza a la generalidad. La insegura posición de los judíos —insegura en sí, insegura entre los hombres— explicaría perfectamente que ellos sólo crean poder sentirse dueños de lo que tienen en la mano o entre los dientes; que sólo las posesiones tangibles les otorguen el derecho a la vida y que nunca puedan recuperar lo que han perdido y deban resignarse a verlo partir para siempre. Los peligros amenazan a los judíos desde los frentes más inesperados; o, para ser más precisos, no hablemos de peligros y digamos que "los amenazan amenazas". Recurriré a un ejemplo que le toca a usted de cerca. Es verdad que prometí mantener el comentario en secreto (en una época en que apenas la conocía a usted), pero no tengo escrúpulos en repetírselo, porque no significará nada nuevo para usted y le revelará el amor de sus parientes. No menciono nombres ni añado detalles porque los he olvidado. Mi hermana menor estaba por casarse con un checo, con un cristiano. Éste habló de su intención de casarse con una judía en presencia de una pariente de usted y ésta exclamó: "¡No vaya a hacer semejante cosa! ¡No se mezcle con judíos! Escuche esto: nuestra Milena, etcétera, etcétera."

¿Adónde quería llevarla yo con todo esto? Creo que me he desorientado un poco; pero no importa, porque quizá usted me haya seguido y ahora estemos

perdidos los dos. Eso es lo que más me gusta de sus traducciones; la fidelidad (repréndame si quiere por lo de "fiel"; usted hace bien todo, pero lo que mejor hace es, quizá, reprender; me gustaría ser su alumno y cometer errores de continuo, para que usted me reprendiera; me imagino sentado en el banco de escuela, sin atreverme a levantar los ojos, y a usted inclinada sobre mí, mientras su índice refulge permanentemente por encima, subrayando sus objeciones ¿no es así?), pues bien: la "fidelidad" de sus traducciones y esa sensación de estarla conduciendo de la mano por las galerías subterráneas, tenebrosas, estrechas, feas del relato, por esas galerías casi interminables (de ahí que las oraciones sean interminables ¿había advertido usted la relación?), casi interminables (¿tan sólo dos meses, dice usted?) para luego tener el buen sentido -así lo espero- de desaparecer a la salida, al alcanzar la luz del día.

Ésta es una advertencia para terminar por hoy, para dejar en libertad, por hoy, esa mano que me hace feliz. Mañana le escribiré de nuevo y le explicaré por qué -en la medida en que puedo ser mi propio garante- no iré a Viena, y no me daré por satisfecho hasta que usted no diga: tiene razón.

Suyo, F.

Por favor, escriba la dirección con un poco más de claridad, una vez que la carta está dentro del sobre pasa a ser casi propiedad mía y usted debería ser más cuidadosa con la propiedad ajena, debería tratarla con más sentido de la responsabilidad. Tak[16].

Por otra parte, tengo la impresión —aunque no puedo llegar a precisarla— de que una de mis cartas se ha perdido. ¿La típica ansiedad de los judíos? ¡Cuando lo que debería temer es que las cartas lleguen a destino!

Y ahora diré una tontería más sobre la misma cosa. Mejor dicho, lo tonto es que diga algo que considero acertado, sin tener en cuenta que me puede perjudicar. Y Milena todavía habla de ansiedad, me asesta un golpe en pleno pecho o pregunta (cosa que es igual, en cuanto a movimiento y sonido, en idioma checo): *Jsle Ïid*... ¿No advierte usted que en el vocablo *Jsle* el puño retrocede para acumular fuerza, y que luego, con el *Ïid*, vuela hacia adelante y asesta el alegre e infalible golpe? El idioma checo suele tener esos efectos concomitantes para el oído alemán. Por ejemplo, en una oportunidad. usted preguntaba cómo era posible que yo hiciera depender mi estadía aquí de una carta, y a renglón seguido, usted misma respondía: *néchápu*[18]. Es una palabra extraña al idioma checo e incluso a su propio lenguaje, Milena. Es tan severa, tan indiferente, tan fría, económica y, sobre todo, tan cascanuecesca. Por tres veces, las mandíbulas se entrechocan en esa palabra o, mejor dicho: la primera sílaba es un intento por aferrar la nuez, no resulta; entonces, la segunda sílaba abre la boca de par en par

y la nuez encaja, y la tercera sílaba por fin la hace crujir. ¿Oye usted el ruido de los dientes?[19] Sobre todo esa definitiva compresión de los labios, al final, prohíbe al interlocutor cualquier posible explicación complementaria, lo cual puede ser muy conveniente, por cierto, por ejemplo si el interlocutor charlatanea tanto como lo estoy haciendo yo. Ante lo cual el charlatán se disculpa y dice: "Pero es que uno sólo charla cuando por fin se siente un poco feliz."

Dicho sea de paso, hoy no he recibido carta suya. Además, aún no he dicho lo que quería decir realmente de una vez por todas. Será en la próxima. Me gustaría mucho, mucho, recibir noticias suyas mañana; las últimas palabras que escuché antes del portazo —todos los portazos son horribles— fueron atroces.

Suyo, F.

Lunes

Y bien, aquí va la explicación que le prometí ayer:

No quiero (¡Milena, ayúdeme! ¡Entienda más de lo que digo!), no quiero (aclaro que no estoy tartamudeando) ir a Viena porque no soportaría mentalmente el esfuerzo. Estoy mentalmente enfermo, la enfermedad pulmonar es sólo un desborde de la enfermedad mental. Estoy así enfermo desde los cuatro o cinco años de mis dos primeros compromisos matrimoniales. (No podía explicarme la alegría de su última carta, luego encontré la explicación; siempre lo olvido: usted es tan joven, quizá no haya llegado ni a los 25 años, quizá tenga 23. Yo tengo 37, casi 38 años, casi una breve generación mayor que usted, casi blanco de canas por las malas noches y los dolores de cabeza.) No quiero desplegar ante usted la larga historia con sus verdaderas selvas de detalles, que aún me atemorizan como a un niño, aunque sin la capacidad de olvido propia de la infancia. Los tres compromisos tuvieron en común mi total culpabilidad, mi indudable culpabilidad. Hice infeliz a ambas muchachas[20] —aquí sólo hablo de la primera, de la segunda no puedo hablar, es sensible, cualquier palabra, aun la más amable, representaría para ella la más monstruosa ofensa, lo comprendo— y la hice infeliz sólo porque no pude alcanzar con su ayuda (y, de quererlo yo, ella quizá se habría sacrificado) un estado de permanente alegría y serenidad, no pude volverme decidido, apto para el matrimonio, a pesar de que yo le aseguraba a cada paso y por mi propia voluntad que era así, a pesar de que a veces la amaba con desesperación, a pesar de que yo no conocía nada más deseable que el matrimonio en sí. Durante cinco años no hice más que arremeter contra ella (o, si lo prefiere, contra mí mismo). Por fortuna, ella era indestructible, una mezcla judeo-prusiana, una combinación

fuerte e imbatible. Yo no era tan fuerte; por otra parte, a ella sólo le correspondía sufrir, mientras que yo arremetía y sufría.

Fin, no puedo escribir nada más, no puedo explicar nada más, aunque estoy apenas en el comienzo y debería describir mi enfermedad mental, debería mencionar las demás razones para no ir. Ha llegado un telegrama: "Encuentro Karlsbad ocho espero confirmación escrita". Admito que, al abrirlo, el telegrama me hizo una mueca horrible, pese a que detrás de él está el ser más generoso, más tranquilo y más modesto y pese a que todo depende, en realidad, de mi voluntad. No puedo explicar esto, porque no puedo remitirme a la descripción de la enfermedad.

Hasta ahora, lo único seguro es que parto de aquí el lunes. A veces miro el telegrama y apenas puedo leerlo, es como si contuviera un mensaje secreto que borra el visible y dice: "¡Viaja vía Viena!" Es una orden, pero sin ese horror de las órdenes. No lo haré; hasta por razones prácticas es un disparate no elegir el breve trayecto vía Munich y viajar el doble para pasar por Linz y, por añadidura, por Viena. Estoy haciendo una prueba: en el balcón, a la espera de que yo le arroje pan de mi mesa, hay un gorrión. Le estoy arrojando las migas junto a mí, en el medio del cuarto. Él permanece afuera y acecha el manjar de su vida, que está allí, en la semipenumbra. Lo atrae en forma irresistible. Se sacude. Está más aquí que allá. Pero aquí está la oscuridad y junto a las migas estoy yo, el poder oculto. A pesar de todo, traspone el umbral de un saltito, un par de saltitos más, pero no se atreve a ir más lejos, una súbita alarma lo hace volar. ¡Pero qué energías están contenidas en este minúsculo pájaro! Trascurrido un instante vuelve a aparecer, estudia la situación, yo desparramo unas migajas más para facilitarle las cosas y... si yo no lo hubiera espantado —consciente o inconscientemente (así actúan los poderes ocultos)— con un pequeño movimiento, habría obtenido el pan.

Ocurre que mis vacaciones terminan a fines de junio y, como transición -por otra parte, aquí ya hace mucho calor, lo cual, por cierto, no me incomodaría-, me gustaría trasladarme a algún otro lugar en el campo. Ella también quería viajar y se supone que vamos a encontrarnos en ese lugar. Yo permaneceré unos pocos días allí y quizás unos días más con mis padres, en Konstantinsbad, luego viajaré a Praga. Al repasar esos viajes me siento más o menos como se habría sentido Napoleón si, al trazar sus planes para la campaña de Rusia, hubiera conocido con toda precisión el desenlace.

Cuando llegó su primera carta, Milena —creo que eso fue poco antes de la supuesta boda (cuyos planes, dicho sea de paso, fueron exclusivamente obra mía)—, me sentí tan complacido que se la enseñé a ella. Más tarde ... No, nada más y esta vez no voy a romper la carta; parece que tenemos algunas peculiaridades muy semejantes, sólo que yo no tengo una estufa al alcance de la mano y, por ciertos detalles, casi temo haber escrito una carta a la muchacha en cuestión, al dorso de una de esas misivas inconclusas.

Pero todo eso es secundario, aun sin el telegrama yo no habría estado en condiciones de viajar a Viena; todo lo contrario, el telegrama obra más bien como argumento a favor del viaje. Es seguro que no iré, pero si a pesar de todo (no sucederá) llegara a Viena, con horrible sorpresa de mi parte, no necesitaré ni desayuno ni cena, sino más bien una camilla sobre la cual pueda tenderme un ratito.

Adiós, no será una semana fácil la que pase yo aquí.

Suyo, F.

Si usted quisiera hacerme llegar una palabra: Karlsbad, Poste Restante ... No, sólo después que llegue a Praga.

¿Qué clase de enormes escuelas son ésas en las cuales usted enseña? Doscientos alumnos, cincuenta alumnos. Quisiera tener un asiento en la última fila, junto a la ventana, sólo por una hora. En ese caso renunciaría a cualquier encuentro con usted (que, de todas maneras, no se efectuará), a todos los viajes y... basta, esta hoja blanca que no quiere tener fin, le quema a uno los ojos y por eso escribe uno.

Eso lo escribí por la tarde, ahora son casi las 11. Arreglé las cosas de la única manera posible en este instante. Telegrafié a Praga comunicando que no puedo ir a Karlsbad. El pretexto será mi lamentable estado, lo cual por un lado es verdad, aunque por el otro no es demasiado congruente, pues precisamente por ese estado pensaba ir a Karlsbad. Así juego con un ser viviente; pero no me queda otra alternativa, porque en Karlsbad no podría ni hablar ni callar, o mejor dicho, hablaría aun cuando callara, pues ahora no soy más que una sola palabra. De lo que no cabe duda es que no pasaré por Viena; viajaré el lunes vía Munich. Hacia dónde, no sé: Karlsbad, Marienbad, pero solo. Le escribiré [quizá[21]], pero sus cartas sólo me alcanzarán en Praga, dentro de tres semanas.

Sábado

Todo el tiempo me pregunto si usted habrá entendido que mi respuesta tenía que ser lo que fue, dado mi estado de ánimo; es más, fue demasiado suave aun, demasiado engañosa, demasiado embellecida. Todo el tiempo, día y noche, me lo pregunto temblando ante su respuesta. Me los pregunto inútilmente, como si me hubieran encomendado clavar un clavo en una piedra por espacio de una semana, sin pausas nocturnas, y como si yo fuera quien martilla y el clavo a la vez. ¡Milena!

Según rumores —no puedo creerlo— esta noche se detendrá el servicio de trenes a Tirol por causa de una huelga.

Sábado

Llegó su carta, la dicha de su carta. Por encima de todo lo que ella contiene hay un pasaje fundamental: que quizás usted no pueda continuar escribiéndome cuando yo esté en Praga. Lo destaco en primer lugar, para que todo el mundo lo vea así, aparte... incluso usted, Milena. De modo que ésa es la manera de extorsionar a una persona y de reconocer, por lo menos a la distancia, las motivaciones de ese ser. Y para colmo pretextando afecto hacia él.

Pero quizá tenga usted razón al no escribirme más; algunos pasajes de su carta sugieren esa necesidad. No puedo argumentar nada en contra de esos pasajes. Son precisamente aquéllos en los cuales advierto con claridad y reconozco con toda seriedad que me encuentro a grandes alturas, pero que, por lo mismo, el aire es demasiado liviano para mis pulmones y necesito descansar.

Suyo, F.

Le escribiré mañana.

Domingo

Hoy hablaré de algo que quizás aclare muchas cosas, Milena (qué nombre tan rico y denso; tanta es su plenitud, que resulta casi imposible levantarlo, y al comienzo no me gustaba mucho, me parecía un griego o un romano perdido en Bohemia, violado por el idioma checo, falseado en su acentuación; y, sin embargo, por su color y su forma es una mujer a la cual se lleva en brazos lejos del mundo, lejos del fuego, no sé, y ella se entrega gustosa y confiada a los brazos de uno; sólo el acento sobre la "i" es duro[22]. ¿No se te escapa el nombre de un salto? ¿O acaso es el salto que tú misma das con tu carga?):

Escribes dos tipos de carta y no me refiero a las escritas con pluma y a las escritas con lápiz, si bien la escritura a lápiz sugiere algo y obliga a permanecer alerta; pero esa diferencia no es decisiva: la última carta, por ejemplo, la que contenía el plano del departamento, está escrita con lápiz y, sin embargo, me hizo feliz. Porque a mí me hacen feliz las cartas apacibles (comprende, Milena, mi edad, mi desgaste y sobre todo el miedo y, entiéndeme, tu juventud, tu frescura, tu coraje; y mi miedo es cada vez mayor, porque significa un retroceso ante el mundo, de ahí el aumento de su presión y de ahí, a su vez, el aumento del miedo; tu coraje, en cambio, significa un avance, de ahí el decrecimiento de la presión, de ahí el aumento del coraje); me gustaría sentarme a los pies de esas cartas, inmensamente feliz, son como lluvia sobre mi rostro ardiente. Pero cuando llegan las otras cartas, Milena —aun cuando ellas sean en esencia más regocijantes que las otras (pero ocurre que, en mi debilidad, tardo días en abrirme paso hasta la dicha que me traen)—, esas cartas que comienzan con

intimaciones (y yo estoy tan lejos) y que terminan vaya a saber con qué horror, me echo a temblar como si estuviera escuchando una campana de alarma. No puedo leer y, por supuesto, leo lo mismo, como bebe un animal sediento, y siempre ese miedo, ese miedo. Busco un mueble bajo el cual esconderme, tembloroso y casi inconsciente, rezo en un rincón para que tú, que entraste como una tromba en esa carta, salgas otra vez por la ventana, porque no puedo albergar una tempestad en mi habitación. En esas cartas debes de tener la grandiosa cabeza de Medusa, pues las serpientes del terror se agitan en torno a ella, si bien es cierto que las del miedo se agitan más aún en torno a la mía.

[En el margen izquierdo:] La carta del viernes llegó sólo el miércoles; las cartas certificadas y por expreso demoran más que las simples.

Tu carta del miércoles el jueves. Pero criatura, criatura (soy yo, realmente, quien se dirige así a Medusa). ¿Pero es que siempre vas a tomar en serio mis estúpidas bromas? (sobre *zid* y *nechápu* y "odio"). Sólo pretendí hacerte reír un poco. Por miedo caernos en los malentendidos. Por favor, no me obligues a escribir en checo. En mi carta no había el menor asomo de reproche; en todo caso podría reprocharte tu concepto demasiado benévolo de los judíos. De los que conoces (incluyéndome a mí) —¡porque hay otros!—. A veces desearía amontonarlos a todos —por ser judíos, precisamente (incluyéndome a mí)— en el cajón de la ropa sucia y esperar un poco, luego abrir un poco el cajón para ver si ya se han asfixiado todos y, si no es así, volver a cerrar el cajón y seguir así hasta el final.

Ahora bien, lo que dije acerca de tu "discurso" era en serio (siempre tiene que colarse "ernst" en las cartas[23]. Quizá sea terriblemente injusto con él —no puedo reflexionar sobre eso—, pero también es muy intensa la sensación de estar ligado a él y cada vez más; he estado a punto de decir: ligado en la vida y en la muerte. ¡Ojalá pudiera hablar con él! Pero le temo; es tan superior a mí. ¿Sabes, Milena? Cuando te acercaste a él descendiste mucho de tu nivel; pero si te acercas a mí estarás lanzándote al abismo. ¿Lo sabes? No, la "altura" a que me refería en aquella carta no era la mía, sitio la tuya) ... Hablábamos del "discurso": tu intención fue seria, no puede ser que me equivoque en eso.

Una vez más surge el tema de tu enfermedad. ¿No tienes que guardar cama, Milena? Quizá debas hacerlo. Quizás estés ya en cama mientras yo escribo esto. ¿No era yo un individuo mejor hace un mes? Me precupaba por ti (aunque sólo mentalmente), sólo pensaba en tu enfermedad; ahora ya no, ahora sólo pienso en la mía y en mi propia salud; pero tú eres tanto la una como la otra.

F.

Hoy, para huir de esta atmósfera de insomnio, hice una pequeña excursión con mi ingeniero favorito. Al llegar al lugar, te escribí una tarjeta; pero no pude firmarla ni despacharla. Ya no puedo escribirte como si fueras una extraña.

Lunes

Esta mañana, poco antes de despertarme —y poco después de dormirme—, tuve un sueño repugnante, por no decir horripilante (por suerte, la impresión dejada por los sueños se esfuma con rapidez). Digamos que el sueño fue sólo repugnante. Aunque, dicho sea de paso, le debo el haber podido dormir un rato; porque de un sueño así uno sólo se despierta cuando ha llegado al final. Es imposible escapar antes; nos conduce como si nos llevara de la lengua.

Se desarrollaba en Viena, como ocurre con mis sueños de vigilia, cuando imagino que voy a viajar a esa ciudad. (En esos sueños diurnos, Viena consiste sólo en una pequeña y silenciosa plaza, uno de cuyos lados está constituido por tu casa; el lado opuesto, por el hotel en el cual me alojaré yo y a la izquierda está la Estación del Oeste, a la cual yo llegaré: a la izquierda[24] está la estación Franz Josef, de la cual yo partiré... Ah, y en la planta baja de mi casa hay también un restaurante vegetariano, muy gentilmente instalado allí para que yo coma, no por comer, sino para retomar a Praga llevando una especie de peso. ¿Por qué hablo de eso? En realidad me he apartado del sueño en sí; por lo visto aún me produce miedo.) Y bien, no era exactamente lo mismo que en mis sueños diurnos, era la gran ciudad, al atardecer, mojada, oscura, el tránsito era intenso, aunque sólo lo percibía como una vaga sensación. La casa en la cual yo vivía estaba separada de la tuya por un jardín público rectangular. Yo había llegado a Viena en forma repentina, anticipándome a algunas de mis propias cartas, que aún se encontraban en camino hacia ti (eso me hacía sufrir mucho, más tarde). Sea como fuere, te informaba de mi llegada y tenía que encontrarme contigo. Por suerte (aunque, al mismo tiempo, experimentara una sensación de molestia) no estaba solo, me acompañaba un pequeño grupo —y hasta creo que había una muchacha conmigo, si bien no la recuerdo en detalle—, eran algo así como mis ayudantes. ¡Pero por qué no habrán permanecido en silencio! Todos hablaban entre sí en forma incesante, posiblemente sobre mi problema. Yo sólo percibía un irritante murmullo, sin entender nada y sin querer entender.

Yo estaba a la derecha de mi casa, de pie en el borde de la acera y observaba tu casa. Era un chalet bajo, con un bello y simple balcón de piedra al frente, a la altura de la planta baja.

De pronto era la hora del desayuno, la mesa estaba tendida en el balcón. Desde lejos yo veía cómo llegaba tu marido y se sentaba en una silla de caña, somnoliento aún y se desperezaba con los brazos extendidos. Luego llegabas tú y se sentaban a la mesa, de modo tal que se te veía de pleno; si bien es cierto que los

detalles no se apreciaban, porque la distancia era excesiva. Los contornos de tu marido se destacaban con mayor nitidez, no sé por qué. Tú eras apenas algo blancoazulado, fluido, espectral. También tú habías extendido los brazos, pero no para desperezarte. Era un gesto solemne.

Poco después -aunque otra vez era el atardecer- tú estabas en la calleja conmigo. Estabas en la acera y yo con un pie en la calzada. Yo sostenía tu mano. Y entonces comenzó un diálogo absurdamente rápido, de frases muy breves, que se prolongó así -zac, zac- hasta el final del sueño, casi sin interrupciones.

Me es imposible reproducírtelo; en realidad sólo recuerdo las dos primeras y las dos últimas frases. La parte intermedia fue sólo un largo e indescriptible tormento.

En lugar de un saludo, yo te decía, rápidamente, movido por algo que veía en tu rostro: «Me imaginabas distinto.» Tú respondías: «Si te he de ser franca, te imaginaba más guapo[25]» (en realidad usabas una expresión más vienesa aún, pero la he olvidado).

Ésas fueron las primeras dos frases[25] (a propósito de esto se me ocurre una cosa: ¿sabías que soy ignorante en materia musical, de una ignorancia tan completa como no he llegado a conocer otra?); pero, en el fondo, todo había quedado decidido con eso. ¿Qué más podía decirse? Pero entonces comenzaban las tratativas sobre el reencuentro. De tu parte, sólo expresiones vagas; de mi parte, una sucesión de preguntas apremiantes.

Y en ese momento intervenían mis acompañantes, quienes creaban la sensación de que yo había llegado a Viena, además, para concurrir a una escuela de agricultura situada en las proximidades de la ciudad. Pero luego parecía que eso me iba a demandar tiempo. Era evidente que me querían sacar de allí por piedad. Yo los comprendía, pero los acompañaba a la estación; quizá porque esperaba que esas intenciones tan serias de partir te impresionaran. Ibamos todos a la estación cercana, pero ocurría que yo había olvidado el nombre de la localidad en donde se suponía estaba la escuela. Nos deteníamos ante las grandes planillas de horarios y todos recorrían con el dedo la lista de estaciones y me preguntaban si no era tal o cual; pero no era ninguna de ésas.

Mientras tanto, yo tenía tiempo de contemplarte un poco, aunque tu apariencia me tenía por completo sin cuidado; sólo me interesaba tu palabra. Tú eras bastante diferente de lo que eres en la realidad, mucho más morena, con un rostro mucho más anguloso. Con mejillas regordetas no se puede ser tan cruel. (¿Pero acaso eras cruel?) Cosa curiosa: tu ropa era de la misma tela que la mía y, en realidad, no me gustaba nada. Pero entonces recordé un pasaje de una de tus cartas (el verso: *dvoje aty mám a prûce slu nû vypadám* y el poder de tu palabra sobre mí era tan grande, que a partir de ese instante la ropa me gustó.

Pero ya se acercaba el final. Mis acompañantes seguían consultando los horarios de trenes. Nosotros dos nos manteníamos aparte y negociábamos. La última

frase de las negociaciones giraba más o menos sobre esto: el día siguiente era domingo y para ti era inconcebible hasta la repugnancia que yo supusiera que podías tener tiempo para mí un día domingo. Por fin parecías ceder y declarabas que reservarías cuarenta minutos de tu tiempo. (Por supuesto, lo más terrible de ese diálogo no eran las palabras sino el trasfondo, la inutilidad de todo y tu constante argumentación muda: "No quiero ir. ¿De qué te serviría que yo fuera?") Pero no me decías en qué momento del día te quedarían libres esos cuarenta minutos. No lo sabías; te era imposible determinarlo por mucho que lo pensaras, por lo menos en apariencia. Por fin pregunté: «¿Y me veré obligado a esperarte todo el día?» «Sí», replicabas tú y te volvías hacia un grupo que te aguardaba. El sentido de la respuesta era que no irías y que la única concesión que podías hacerme era la de permitirme esperarte. «No esperaré», decía yo en voz baja, y como pensaba que no me habías oído y que aquélla era mi última carta de triunfo. te lo gritaba desesperado. Pero a ti no te importaba, ya no me prestabas atención. Yo regresaba de algún modo a la ciudad, trastabillando.

Pero dos horas después llegaron cartas y flores, bondad y consuelo.

Tu F.

Las direcciones vuelven a ser poco legibles, Milena; el correo las ha reescrito y completado. Después de mi primer pedido, la dirección fue maravillosa, una tabla de tipos de escritura, muy bellos pero apenas legibles. Si el correo tuviera mis ojos sólo vería tu dirección y ninguna más. Pero puesto que sólo es el correo...

Lunes

Tienes razón, hace un momento (lamentablemente, recibí las cartas a última hora de la tarde y mañana temprano haremos una excursión a Bolzano, con el ingeniero), cuando leí el reproche acerca del "niñita", me dije: ¡Basta! No puedes leer hoy esas cartas. Debes dormir un poco si quieres participar mañana de la excursión... Y transcurrieron unos segundos antes de que prosiguiera la lectura y se diluyera la tensión. Si hubieras estado aquí (y no mo refiero sólo a la proximidad física), habría apoyado mi rostro en tu regazo, con sensación de alivio. Seguramente eso significa estar enfermo ¿no? Te conozco y sé que lo de "niñita" no es un epíteto tan horrible. Además, soy capaz de entender una broma; pero, para mí, todo puede convertirse también en una amenaza. Si me escribieras: "Ayer conté todas las 'y' que contiene tu carta y fueron tantas y tantas; cómo te permites escribirme 'y' y por añadidura tantas, y cuántas" ...si permaneces seria, es muy probable que yo me convenza de que te he ofendido con eso y me sentiré profundamente desdichado. Y, después de todo, podría tratarse de una ofensa, es dificil establecerlo.

Además, no debes olvidar que si bien es fácil distinguir lo que es broma de lo que se dice en serio, cuando está en juego una persona tan importante para uno, que la propia vida depende de ella, la distinción ya no es tan fácil; porque el riesgo que se corre es grande. Los ojos se convierten en microscopios y una vez que esto ha ocurrido ya no se sabe cómo salir de tal situación. En este aspecto no fui fuerte ni aun en mis épocas de fortaleza. Por ejemplo: en primer grado de la escuela primaria. Nuestra cocinera, una mujer pequeña y seca, delgada, de nariz puntiaguda y mejillas hundidas, amarillenta; pero firme, enérgica y segura, me llevaba todos los días a la escuela. Vivíamos en la casa que separa el Kleine Ring del Grosse Ring. De modo que primero caminábamos por el Ring, luego tomábamos por la Teingasse, cruzábamos una especie de arcada para penetrar en la Fleischmarktgasse y por esa calleja llegábamos al Fleischmarkt. Eso se repitió todas las mañanas durante casi un año. Al salir de la casa, la cocinera me decía que le contaría al maestro lo desobediente que yo era en casa. Es muy probable que yo no haya sido desobediente, sino empecinado, inútil, triste, malhumorado, y de todo eso se habría podido armar algo muy lindo para presentar al maestro. Yo lo sabía muy bien y no tomaba a la ligera la amenaza de la cocinera. Con todo, pensaba que el camino a la escuela era enormemente largo, que mientras lo recorríamos podían suceder muchas cosas (a partir de esa aparente frivolidad infantil se va desarrollando, poco a poco, esa ansiedad y esa seriedad propia de los ojos de un muerto; porque uno no tarda en comprobar que los caminos no son enormemente largos); además —por lo menos mientras recorríamos el Ring de la ciudad vieja— yo dudaba mucho de que la cocinera —quien era una persona de respeto, mas no dejaba de ser una doméstica— se atreviera a hablar con la persona de más respeto en el mundo: el maestro. Quizá dijera algo por el estilo, de viva voz, porque recuerdo que la cocinera respondía brevemente, con sus labios finos e implacables, que yo no tenía por qué creerlo, pero que ella se lo diría. Más o menos a la entrada de la Fleischmarktgasse —que tiene una pequeña significación histórica más para mí (¿en dónde vivías de niña?)— comenzaba a imponerse el temor ante la amenaza. Ya la escuela, de por sí, era un espanto y, encima de eso, la cocinera quería agravar las cosas. Y comenzaba a rogarle; ella negaba con la cabeza. Cuanto más rogaba, tanto más valioso me parecía aquello por lo cual rogaba y tanto mayor el peligro que me amenazaba. Me detenía y pedía perdón, ella me arrastraba tras de sí. La amenazaba con la venganza de mis padres, ella reía. En aquel lugar, ella era omnipotente. Yo me aferraba a los portales de las tiendas y a los guardacantones de las esquinas. No quería continuar la marcha hasta no haber obtenido su perdón. Tironeaba de su falda (ella tampoco se la llevaba de arriba), pero la mujer continuaba arrastrándome, mientras me aseguraba que también le contaría eso al maestro. Se hacía tarde, el reloj de la Jakobskirche daba las ocho, se oían campanillas de colegios, otros niños echaban a correr. Una de las cosas que más me atemorizaban era llegar tarde. Ahora era necesario correr y siempre sin dejar de pensar: "Lo dirá, no lo dirá." Y bien, no lo decía nunca; pero siempre tenía la posibilidad de hacerlo y, en

apariencia, esa posibilidad se hacía cada vez mayor (ayer no se lo dije; pero hoy se lo diré, sin falta) y la mujer nunca dejó de hacer uso de ella. Y a veces —figúrate, Milena— ella pataleaba de furia en la calleja y a veces había alguna vendedora de carbón que se detenía y nos miraba. Qué absurdo, Milena, y cómo te pertenezco con todas las cocineras y amenazas, con toda esa enorme polvareda que se ha levantado en 38 años y que ahora se asienta en los pulmones.

Pero no era eso lo que quería decir o, por lo menos, quería decirlo de otra manera. Es tarde, debo interrumpir para acostarme, y no podré dormir porque he dejado de escribirte. Si alguna vez quieres saber algo de mi vida anterior te enviaré desde Praga una enorme carta que escribí a mi padre hace unos seis meses y que aún no le he entregado.

Y contestaré tu carta mañana o, si volviéramos muy avanzada la tarde, sólo pasado mañana. Permaneceré unos días más acá pues he renunciado a visitar a mis padres en Franzensbad; aunque, en realidad, no se puede hablar de renuncia cuando uno se limita a permanecer tendido en el balcón.

Y, una vez más, gracias por tu carta.

F.

Martes

Esta mañana volví a soñar contigo. Estábamos sentados uno junto al otro y tú me rechazabas, sin enojo, con toda amabilidad. Yo me sentía muy desdichado. No por el rechazo, sino por mí, que te estaba tratando como a una mujer muda y no escuchaba la voz que salía de ti y se estaba dirigiendo a mí. Quizá la haya oído; pero no había podido responderle.

Eso me recuerda algo que leí en algún lado: "Mi amada es una columna de fuego que se mueve sobre la tierra. Ahora me tiene abrazado. Empero, ella no arrastra a quienes abraza, sino a quienes la ven."

Tuyo

(ahora he perdido hasta el nombre; se fue abreviando cada vez más y ahora sólo es: Tuyo.)

Miércoles

Las dos cartas llegaron juntas, a mediodía; no son para leerlas sino para desplegarlas, hundir el rostro en ellas y perder la razón. Pero ocurre que es bueno haberla perdido ya en cierta medida, pues uno se ve obligado a conservar el resto

durante el mayor tiempo posible. Y por eso mis 38 años judíos, enfrentados a los 24 años cristianos de la señora, dicen lo siguiente:

¿Cómo podría ser? ¿Y dónde están las leyes que gobiernan al mundo y toda la policía del cielo? Tienes 38 años y un cansancio que probablemente no llega con la edad. O, mejor dicho, no estás nada cansado; estás inquieto, temes dar un solo paso sobre esta Tierra colmada de trampas, por eso tienes siempre ambos pies en el aire al mismo tiempo; no estás cansado, sino que temes el enorme cansancio que seguirá a esta enorme inquietud (porque eres judío y sabes lo que significa el miedo) que se advierte, por ejemplo, en la fija mirada de un idiota o, en el mejor de los casos, en los jardines del manicomio vecino a la Karlplatz.

Y bien, ésa sería tu situación. Has intervenido en algunas escaramuzas y con ello has hecho desdichado tanto al amigo como al enemigo (y para colmo sólo tenías amigos —personas buenas, tiernas— y ningún enemigo) y te has convertido en un inválido, uno de esos que echan a temblar no bien ven una pistola de juguete. Y ahora, ahora de pronto, te sientes como si estuvieras llamado a librar la gran batalla para redimir al mundo. Es algo muy curioso ¿no?

Piensa también que quizá la mejor época de tu vida (de la cual no has hablado, en realidad, con nadie hasta ahora) fueron esos ocho meses que pasaste hace unos dos años en una aldea. Esos meses en los cuales creíste haber terminado con todo, sólo te concentraste en lo indudable que había en ti y fuiste libre, sin cartas, sin esa relación epistolar con Berlín, que había durado cinco años, al abrigo de tu enfermedad. Y, sin embargo, no debiste modificarte mucho, sólo reajustaste los antiguos y estrechos contornos de tu naturaleza (porque tu rostro, bajo los cabellos grises, apenas si ha cambiado desde los seis años).

En el trascurso del último año y medio pudiste comprobar, lamentablemente, que aquello no era el final. Es difícil caer más bajo de lo que caíste en este aspecto (dejo de lado el último otoño, durante el cual luchaste con honestidad por el matrimonio). Es difícil arrastrar más bajo a otro ser, a una joven buena, tierna, que se estaba desintegrando en la abnegación. No, no podías haber caído más bajo; no podías haber llegado a una situación más decididamente sin salida ... Pues ni siquiera restaba la salida hacia el abismo.

Y bien, ahora te llama Milena con una voz que penetra en tu razón y en tu corazón con igual intensidad. Por supuesto, Milena no te conoce, un par de cuentos y cartas la han deslumbrado. Ella es como el mar; fuerte como el mar con sus masas de agua. También el mar se equivoca al caer con todas sus fuerzas cuando se lo ordena la muerta y, sobre todo, distante luna. Ella no te conoce y quizá sólo intuya la verdad, cuando te llama. Puedes estar seguro de que tu presencia real ya no la deslumbrará. No acudirás al fin, alma vulnerable, porque eso es, precisamente, lo que temes ¿verdad?

Pero admitamos que tienes cien razones internas más para no acudir a su

llamado (y las tienes) y además una razón externa: que no estarás en condiciones de ver al marido de Milena y, menos aún, de hablar con él; que no estarás en condiciones de ver y, menos aún, de hablar a Milena si su marido no está presente... Admitido todo eso, quedan aún dos argumentos en contra:

En primer lugar, quizá Milena ya no quiera que vayas cuando tú le anuncies que vas a ir. Y no por volubilidad, sino por un cansancio muy natural. Te dejará partir con gusto y con alivio cuando tú quieras.

En segundo lugar: ¡viaja a Viena! Milena sólo piensa en el instante en que se abra la puerta. La puerta se abrirá, no cabe duda; pero ¿y después? Después aparecerá en el vano un individuo alto y delgado que sonreirá con expresión amable (y lo hará durante todo el tiempo, lo heredó de una tía vieja, quien también ostentaba una permanente sonrisa; pero ninguno de los dos lo hace a propósito; sólo sonríen por timidez), y luego tomará asiento donde le indiquen. Y allí terminará toda la ceremonia; pues él apenas si hablará por falta de energía vital (mi nuevo vecino de mesa comentó ayer, refiriéndose a la dieta vegetariana del individuo mudo: "Creo que la comida con carne es imprescindible para el trabajo intelectual"); tampoco se sentirá feliz, pues también para eso le falta energía vital.

Como usted verá, Milena, le hablo con toda franqueza. Pero usted es inteligente, usted nunca deja de advertir que yo digo la verdad (plena, pura, exacta), sólo que con excesiva franqueza. Después de todo podría haber ido sin todas estas declaraciones, haberla desencantado sin más. Pero el no haber procedido así sólo es una prueba más de mi verdad: mi debilidad.

Permaneceré aquí dos semanas más, sólo porque me avergüenza y me asusta regresar con estos resultados de mi estadía aquí. En casa —y lo que es más irritante aún—, en mi oficina, esperan de esta permanencia aquí algo semejante a la recuperación. El martirio de preguntas como: ¿cuánto peso has recuperado? Cuando, en realidad, uno ha perdido peso. O de comentarios como: ¡No economices! (dirigido a mi mezquindad). O bromas como, por ejemplo, que pago la pensión, pero no me alcanza para comer.

Me queda mucho por decir aún, pero no podría despachar la carta. Sin embargo quisiera añadir algo: si hacia el final de estas dos semanas usted sigue deseando, con tanta firmeza como el viernes, que yo vaya, entonces iré.

Suyo, F.

Otra vez el sábado

Este ir y venir de cartas debe terminar, Milena. Nos volverá locos. Uno no sabe qué ha escrito, no sabe a qué se le responde y tiembla siempre, sea lo que fuere. Entiendo muy bien tu checo, también puedo oír tu risa; pero revuelvo tus cartas entre

palabra y risa, y entonces sólo oigo tu palabra. Además siempre está presente lo que forma parte de mi naturaleza: el miedo.

No sé si todavía quieres verme después de mis cartas del miércoles y jueves. Conozco mi relación contigo (me perteneces, aun cuando nunca te vuelva a ver), la conozco en la medida en que no penetre en el insondable terreno del miedo; pero no conozco para nada tu relación conmigo porque pertenece por completo al miedo. Tú tampoco me conoces, Milena, lo repito.

[Nota en el margen izquierdo:] Así es, tú tampoco me entiendes, Milena. Lo del "problema judío" fue sólo una broma tonta.

Para mí, lo que está ocurriendo es algo prodigioso. Mi mundo se derrumba, mi mundo se reconstruye —fíjate bien— según lo vivas tú (porque ese tú soy yo). No me quejo del derrumbe, ya estaba derrumbándose; me quejo de la reconstrucción, de mis pocas fuerzas; me quejo de haber nacido, me quejo de la luz del sol.

¿Cómo seguiremos viviendo? Si respondes con un "sí" a mis cartas, no puedes continuar viviendo en Viena. Eso es imposible.

Porque no se trata de eso, Milena. Para mí tú no eres una mujer, eres una niña, más niña que nadie. Y no me atreveré a ofrecerte mi mano, niña, esa mano sucia, temblorosa, crispada, insegura, caliente y fría.

F.

En lo que se refiere al Mensajero de Praga, me parece un plan equivocado. No encontrarás más que una casa vacía. Es mi oficina. Mientras tanto, yo estaré sentado en el Altstädter Ring N° 6, tercer piso, ante mi escritorio con el rostro hundido entre las manos.

Miércoles

Es difícil decir la verdad; porque si bien es cierto que sólo es una, también es cierto que es algo vivo y, por lo tanto, tiene un rostro vivo y cambiante (*krásná vûbek nikdy, vázná ne, snad nûkdy hezká*). Si te hubiera contestado en la noche del lunes al martes habría sido terrible. Mi cama se había convertido en un potro de tormento. Te respondí toda la noche, me lamenté ante ti, procuré apartarte de mí, me maldije. (Todo esto se debió, en parte, a que recibí la carta a última hora de la tarde y al avecinarse la noche estoy demasiado excitado e hipersensible para leer palabras tan serias.) Después partí a primera hora para Bolzano y, con el tren eléctrico, hasta Klobenstein, a 1200 m de altura. Allí respiré —aunque no

demasiado a conciencia— aire puro, casi frío. Enfrente, muy cerca, las primeras cadenas de los Alpes Dolomíticos. Luego, en el viaje de regreso, te escribí lo que paso a copiar y hoy -hoy por lo menos- lo encuentro demasiado cortante; así cambian los días:

Por fin estoy solo. El ingeniero se quedó en Bolzano, yo estoy en pleno viaje de regreso. No lamento demasiado el hecho de que el ingeniero y el paisaje se hayan entrometido entre tú y yo, porque no estaba demasiado en mis cabales. Anoche me consagré a ti hasta las 12.30 en la palabra escrita y en el pensamiento: luego permanecí en cama hasta las 6, pero apenas si pude dormir unos instantes. A esa hora me arranqué de la cama, como si arrastrara a otro individuo. Y fue una suerte, porque habría perdido el día en Merano, dormitando y escribiendo. No importa que apenas haya tenido conciencia de esta excursión y que ésta sólo haya quedado en mi memoria como un sueño no muy nítido. La noche fue así porque tú, con tu carta (tienes una mirada penetrante, lo cual no significa mucho; después de todo, porque la gente anda por la calle y atrae esa mirada; pero tú tienes el coraje de poseerla y, sobre todo, la fuerza de ver más allá de esa mirada; ese ver más allá es lo esencial, y tú lo logras), sí, tú con tu carta has vuelto a despertar a esos antiguos demonios, que duermen con un ojo y con el otro acechan la posibilidad de intervenir. Es verdad que eso es terrible y hace que uno se bañe en sudor helado (te lo juro: sólo ellos, esos poderes inasibles, me hacen brotar ese sudor de miedo); pero es bueno, es saludable. Uno les pasa revista y sabe que están allí. De todas maneras, tu explicación de mi "no puedes continuar viviendo en Viena" no es del todo acertada. No lo escribí sin pensar demasiado, tampoco es verdad que tema la carga concreta (no gano mucho, pero creo que alcanzaría para los dos; por supuesto, siempre que no se entrometa la enfermedad), además soy honesto en la medida de mi capacidad de pensamiento y expresión (siempre lo fui, aunque sólo tú has tenido la mirada que ayuda a serlo). Lo que temo, lo que temo con los ojos abiertos y entregado al miedo (si pudiera entregarme al sueño como me entrego al miedo, ya no estaría vivo), es esa conjuración interior contra mí (esa conspiración interior que entenderás al leer la carta a mi padre, aunque no del todo, porque la carta está demasiado estructurada en función de su objetivo) basada en que yo, que en el gran ajedrez no soy ni siquiera el peón de un peón, pretendo (contra todas las reglas del juego y alterando su desarrollo) ocupar el lugar de la reina (yo, el peón del peón, es decir, una figura que ni siquiera existe, que ni siquiera interviene en el juego) y luego también el del rey y hasta el tablero completo. Y si realmente lo quisiera, eso tendría que suceder de otra manera, de una manera más inhumana.

Por eso, la pregunta que te he formulado tiene un significado mucho mayor para ti que para mí. En este momento es lo indudable, lo intocado, lo regocijante.

Eso fue ayer. Hoy diría yo, por ejemplo, que iré a Viena con toda seguridad. Pero como hoy es hoy, y mañana será otro día, me dejaré un margen de libertad. De todos modos, no pienso tomarte por sorpresa ni llegaré después del jueves. Si voy a Viena te escribiré una carta neumática (no podría ver a nadie más que a ti, eso lo sé). Sin duda no será antes del martes. Llegaría a la Estación del Sur. Aún no sé de dónde partiré. Por consiguiente pienso alojarme cerca de esa estación. Es una pena que no sepa dónde das tus lecciones en las proximidades de la Estación del Sur; de saberlo podría aguardarte allí alrededor de las 5. (Tengo que haber leído ya esta frase en algún cuento infantil, muy cerca de esa liase final que dice "y si no han muerto ya, siguen viviendo aún hoy".) Hoy estuve estudiando un plano de Viena. Por un instante me pareció incomprensible que se haya levantado una ciudad tan grande, mientras que tú sólo necesitas una habitación.

F.

Al releer presta más atención a la observación sobre la comida; sí, eso también se arreglaría en mi caso, en el caso de ese hombre importante en el cual yo me habría transformado. Estoy leyendo las dos cartas, en la misma actitud que el gorrión que roba las migas de mi habitación: temblando, con el oído y el ojo alertas, con el plumaje encrespado.

Jueves

Mal dormido, uno está mucho más lúcido que bien dormido. Ayer había dormido bastante bien y ya escribí estupideces sobre mi viaje a Viena. Y ese viaje no es una cosa sin importancia, no es algo que se pueda tomar a broma. Lo que te puedo asegurar es que no te tomaré por sorpresa; la sola idea me hace temblar. No tengo intenciones de ir a tu departamento. Si para el jueves no has recibido una carta neumática, será porque he viajado a Praga. Por otra parte, según me entero, llegaría a la Estación del Oeste (ayer te escribí que llegaría a la del Sur ¿no es así?); pero es lo de menos. No estoy demasiado por encima del promedio máximo de lo impráctico, intrasportable, negligente, etcétera (siempre que haya podido dormir un poco); por ese lado no tienes que preocuparte. Si subo al tren que va a Viena es muy probable que descienda en Viena. Lo que resulta dificil es subir. Bueno, hasta la vista (pero no es forzoso que nos veamos en Viena, también podemos vernos por carta).

F.

Y en lo que respecta al nombre Milena, eso nada tiene que ver con germanismo ni con judaísmo. Los que mejor entienden el checo (dejando de lado, por supuesto, a los judíos checos) son los caballeros de la Nase rec, en segundo lugar, los lectores de la revista, en tercero los suscriptores y yo soy suscriptor... Como tal te digo que lo único checo en el nombre Milena es, en realidad, su diminutivo: Milenka. Te guste o no, eso es lo que dice la filología[29].

De modo que si voy a Viena te escribiré o te telegrafiaré al correo. El martes o el miércoles. No cabe duda de que he franqueado todas las cartas ¿no se advierte que las estampillas han sido arrancadas del sobre?

Viernes por la noche

Esta mañana escribí una carta estúpida y ahora me llegan tus cartas tiernas, desbordantes. Las contestaré en persona. El martes estaré en Viena si no ocurre nada inesperado, fuera o dentro de mí. Lo más sensato sería que te dijera ya mismo dónde te esperaré (creo que el martes es feriado, quizás esté cerrada la oficina de correos, a la cual te telegrafiaré o te escribiré por correo neumático desde Viena); pero me asfixiaría hasta entonces, si hoy mencionara un lugar y vería ese lugar durante tres días y tres noches, lo vería vacío, a la espera de que yo llegue el martes a una hora determinada. Díme Milena ¿existe en el mundo tanta paciencia como la que yo necesito? Dímelo el martes.

F.

[Carta-tarjeta, con sello postal de fecha 29.VI.20, Viena.]

Martes, 10 de la mañana

Es probable, mejor dicho, es seguro que esta carta no llegará a tus manos antes de las 12. Ya son las 10. De modo que sólo será mañana. Quizá sea mejor así, porque si bien es cierto que estoy en Viena, que estoy sentado en un café próximo a la Estación del Sur (¿qué clase de cacao, es éste? ¿qué clase de repostería es ésta? ¿de esto vives?), no estoy del todo aquí, he pasado dos noches sin dormir. ¿Dormiré la tercera en el Hotel Riva, cerca de la Estación del Sur, en donde estoy alojado, al lado de un garaje? Lo único que se me ocurre decir es: te espero el miércoles a partir de las 10 de la mañana delante del hotel. Por favor, Milena, no me sorprendas aproximándote por el costado o desde atrás. Yo tampoco lo haré... Es probable que hoy consagre el día a las cosas dignas de ser vistas en esta ciudad: la L.-strasse[30], la oficina de Correos, el trayecto circu-

lar de la Estación del Sur a la L.-strasse, la carbonería y cosas por el estilo, lo más invisible que pueda.

Tuyo

[Praga] Domingo[31]

Hoy Milena, Milena, Milena... no puedo escribir otra cosa. Sin embargo lo haré. De modo que hoy, Milena, apurado, fatigado, sin estar del todo presente (esto último también ocurrirá mañana, por otra parte). ¿Cómo no había de estar cansado? A un hombre enfermo se le prometen tres meses de vacaciones y sólo le conceden cuatro días, y sólo una parte del martes y del domingo. Además se le suprimen las veladas y las mañanas.

¿No tengo razón al no haber vuelto del todo recuperado? ¿No tengo razón? ¡Milena! (Dicho en tu oreja izquierda, mientras yaces en la pobre cama, sumida en un profundo sueño de buen origen y mientras te vuelves, sin saberlo, de derecha a izquierda, hacia mi boca.)

¿El viaje? Al comienzo fue muy sencillo; imposible conseguir periódicos en la plataforma. Fue un motivo para salir corriendo. Ya no estabas allí. Mejor así. Volví a subir al tren, partimos, comencé a leer el diario, todo seguía en orden. Transcurridos unos instantes dejé de leer; pero de pronto tú no estabas allí, mejor dicho, de pronto tú estabas allí, lo sentía en todo lo que soy, pero esa manera de estar ahí era muy distinta de la de esos cuatro días y tuve que comenzar por acostumbrarme. Una vez más comencé a leer. Pero la página del diario íntimo de Bahr[32] comenzaba con una descripción de Bad Kreuzen, cerca de Grein s/D. Entonces dejé de leer, pero cuando miré hacia afuera pasaba un tren y uno de los vagones decía: Grein. Volví la mirada hacia al interior. Frente a mí, un caballero leía la Národní Listy del domingo pasado. Vi un artículo de Rüzena Jesenská y se lo pedí prestado. Comencé a leerlo distraídamente, lo dejé a un lado y permanecí sentado con tu rostro, tal cual lo veía cuando nos despedimos en la estación. Allí en el andén, se produjo un fenómeno natural que yo jamás había presenciado: la luz del sol se oscureció, no por la presencia de nubes, sino por sí misma.

¿Qué puedo decirte? La garganta no me obedece, las manos no me obedecen.

Tuyo

Mañana seguirá, pues, la maravillosa historia del resto del viaje.

Domingo, un ratito después[33].

Un mensajero trajo la carta adjunta (por favor rómpela en seguida, y también la de Max[34]. Quería respuesta inmediata; escribí que estaría allí a las 9. Lo que tengo que decir es muy claro; pero no sé cómo decirlo. ¡Dios mío! Si estuviera casado, al regresar a casa no encontraría un mensajero, sino la cama, insuficiente para esconderse, sin ningún pasaje subterráneo que condujera a Viena.

Me digo esto para convencerme de lo fáciles que son las dificultades que me aguardan.

Tuyo

Te envío la carta, como si de esa manera pudiera tenerte muy cerca de mí mientras me paseo frente a aquella casa.

Domingo, 11.30

3) Numeraré estas cartas, por lo menos; ninguna de ellas puede dejar de alcanzarte, así como yo no podía dejar de alcanzarte en el parquecito.

Sin resultado, a pesar de que todo es clarísimo y así lo expuse yo. No entraré en detalles. Sólo te diré que ella no dijo una palabra ni remotamente airada sobre ti o sobre mí. A fuerza de ser claro, dejé de lado la piedad. Sólo pude decirle, sin apartarme de la verdad, que entre ella y yo no había cambiado nada y difícilmente cambiaría, excepto... basta, es atroz, es tarea de verdugo, no es mi tarea. Sólo una cosa, Milena, si ella enfermara seriamente (tiene muy mal aspecto y está desesperada, mañana por la tarde volveré a visitarla), decía que si ella se enferma o le ocurre cualquier otra cosa yo no podré hacer nada, porque sólo puedo decirle la verdad y esa verdad no es tan sólo verdad, sino algo más: un estar disuelto en ti mientras marcho junto a ella... Por eso, Milena, si algo le ocurre, tendrás que venir tú.

F.

Qué estupideces digo. Tú tampoco puedes venir, por las mismas razones.

Mañana te enviaré la carta al padre a tu departamento. Guárdala bien, por favor, quizás alguna vez quiera entregársela a mi padre, después de todo. No se la

muestres a nadie. Y al leerla trata de entender todas las triquiñuelas de abogado. Es la carta de un abogado. Y al hacerlo, jamás olvides tu gran A Pesar de Todo.

Lunes al despertar

Hoy te envío *El pobre violinista*[35], no porque tenga una gran significación para mí, aunque una vez la tuvo, hace años. Te lo envío porque es tan vienés, tan antimusical, tan para llorar, porque en el Volksgarten nos miró desde arriba (¡a nosotros! porque tú marchabas junto a mí, Milena, imagínate: tú has marchado junto a mí), porque es tan burocrático y porque amó a una muchacha hábil para los negocios.

4) Lunes por la mañana

Hoy a primera hora recibí la carta del viernes, luego la del viernes por la noche. La primera es muy triste, triste rostro de andén, triste no tanto por el contenido como por la pérdida de actualidad. Todo eso ya ha pasado, el bosque compartido, el suburbio compartido, el viaje compartido. Y, sin embargo, no ha quedado atrás ese viaje compartido, en línea recta, por la calleja empedrada y de regreso por la alameda, bajo el sol del atardecer. No ha terminado y, sin embargo, es una broma estúpida decir que no termina. Estoy rodeado de expedientes, unas pocas cartas, que acabo de leer, saludos del director (no me despide) y de algunos otros... Y a través de todo eso, una campanita repica en mi oído: "ella ya no está junto a ti". Pero también escucho el sonido de una enorme campana en algún lugar del cielo, que dice: "ella no te abandonará". Pero la campanita repica dentro de mi oído. Y luego está la carta de la noche. Es incomprensible que uno pueda leerla, es incomprensible que el tórax pueda expandirse y contraerse para respirar este aire, es incomprensible que uno pueda vivir lejos de ti.

Y a pesar de todo no me lamento, todo esto no es un lamento y tengo tu palabra.

Ahora va el relato del viaje y díme luego si no eres un ángel: sabía muy bien que mi visa austríaca había vencido hace ya dos meses, pero en Merano me habían dicho que no hacía falta para cruzar el territorio austríaco y, en efecto, en el viaje de ida las autoridades austríacas no me pusieron inconveniente alguno. Por eso olvidé por completo el problema durante mi estadía en Viena. Pero en Gmünd, el empleado de la oficina de pasaportes —un hombre joven y duro— descubrió en seguida la falla. Dejó el pasaporte a un lado. Todo

el mundo fue autorizado a pasar por la aduana, menos yo. Eso, ya de por sí, era bastante incómodo (todo el tiempo me están molestando, es el primer día de trabajo, de modo que no tengo obligación de escuchar todo ese chachareo oficinesco; pero siempre hay alguien que se me acerca y quiere apartarme de ti, mejor dicho, apartarte de mí, pero no lo conseguirán ¿no, Milena? nadie, nunca). La cosa fue así, pero ya comenzaste a actuar tú. Se me acercó un policía de frontera —amable, abierto, austríaco, comprensivo, cordial— y me hizo subir varias escaleras, hasta llegar a la Inspección de Fronteras. Allí ya estaba una judía rumana, con el mismo problema que yo. Lo curioso es que también ella fue una amable enviada tuya, oh ángel de los judíos. Pero las fuerzas contrarias seguían siendo mucho más poderosas. El gran inspector y su pequeño ayudante —ambos amarillos, enjutos, empecinados, por lo menos en ese momento— se apoderaron del pasaporte. El inspector terminó en seguida: "Tiene que regresar a Viena y hacerse visar en la policía." Yo no atiné a otra cosa que a repetir varias veces: "¡Pero eso es tremendo para mí!" A lo cual el inspector me replicó, también varias veces, con ironía y malignidad: "Ése es su punto de vista." "¿No es posible obtener la visa por vía telegráfica?" "No." "¿No hay otra instancia aquí?" "No." La mujer, que observaba mi padecimiento y conservaba una imponente serenidad, rogó al inspector que por lo menos me dejase pasar a mí. Los medios continuaban siendo insuficientes, Milena. Así no me sacarías del atolladero. Recorro el largo camino de regreso a la Oficina de Pasaportes para retirar mi equipaje. El viaje de hoy puede darse por terminado. Y así permanecemos sentados en la Inspección de Frontera. El policía tampoco encuentra consuelo, sólo procura calmarme señalando que la validez del pasaje puede prolongarse. El inspector ha pronunciado su palabra definitiva y se ha retirado a su despacho. Sólo queda el pequeño ayudante. Yo saco cálculos: el próximo tren a Viena sale de aquí a las 10 de la noche y llega a Viena a las 2 y media de la madrugada. Todavía conservo las picaduras de las sabandijas del Riva ¿cómo será mi habitación cerca de la estación Francisco José? Pero no conseguiré ni habitación, y bien, entonces iré a la L.-strasse (sí, a las dos y media) y pediré albergue (sí, a las 5 de la mañana). Sea como fuere, el lunes por la mañana debo conseguir la visa (¿será un trámite rápido o sólo me entregarán el pasaporte el martes?) y luego ir a verte, sorprenderte en la puerta, en el momento en que abras. Santo Cielo. El pensamiento se detiene por unos segundos, pero luego prosigue su marcha: ¡Pero en qué estado me encontraré después del viaje y de la noche en vela y por la tarde tendré que partir de nuevo, con el tren que demora 16 horas! ¿En qué estado llegaré a Praga y qué dirá el Director, a quien debo pedir ahora por telégrafo una nueva prolongación de mi licencia? Nada de eso quieres, pero ¿qué quieres, en realidad? No hay otra salida. Se me ocurre que si pernocto en Gmünd y viajo a Viena al día

siguiente por la mañana, el asunto resultaría un poco más soportable. Muy fatigado ya, le pregunto al pequeño ayudante por el tren de la mañana para Viena. Hay uno a las 5.30, que llega a las 11 de la mañana. Y bien, tomaré ése y la rumana también. Pero, de repente se produce un giro en la conversación, no sé bien cómo. De todas maneras queda en claro que el pequeño ayudante está dispuesto a auxiliarnos. Si pernoctamos en Gmünd, mañana por la mañana él estará solo en la oficina y nos permitirá viajar en secreto a Praga, para que lleguemos allí a las 4 de la tarde. En presencia del Inspector diríamos que proyectábamos regresar a Viena en el tren de la mañana. ¡Maravilloso! Bueno, en realidad, maravilloso a medias, porque a Praga tendré que telegrafiar lo mismo. Pero es algo. Aparece el Inspector. Representamos una pequeña comedia en torno al tren de la mañana para Viena. El ayudante nos despacha, entonces. Al atardecer debemos visitarlo en secreto para discutir los detalles. Yo, en mi ceguera, pensaba que todo provenía de ti, cuando, en realidad, sólo se trataba de un contraataque de las fuerzas enemigas. La mujer y yo abandonamos la estación con paso lento (el rápido que debía habernos llevado está aún allí; la revisión del equipaje demora más de lo esperado). ¿A qué distancia se encuentra la ciudad? A una hora. ¡Ah, eso por añadidura! Pero nos enteramos de que junto a la estación hay dos hoteles. Nos alojaremos en uno de ellos. Una vía pasa muy cerca del hotel y en el momento que vamos a cruzarla llega un tren de carga. Yo pretendo cruzar rápidamente, pero la mujer me detiene, Y ahora se detiene también el tren de carga delante de nosotros y nos vemos obligados a esperar. Un pequeño agregado a nuestra desdicha, pensamos. Pero justamente esa espera —sin la cual yo no habría llegado el domingo a Praga— es la que cambia nuestro destino. Es como si tú hubieras recorrido todas las puertas del cielo, de la misma manera que recorriste todos los hoteles próximos a la Estación del Oeste, y hubieras pedido clemencia para mí. Porque en ese instante aparece tu policía corriendo en pos de nosotros desde la estación y nos grita, sin aliento: "Vuelvan rápido; el inspector los autoriza a pasar." ¿Es posible? En instantes como ése uno siente un nudo en la garganta. Debimos rogar cien veces al policía para que aceptara algún dinero. Pero ahora es necesario correr, recoger el equipaje en la Inspección, correr con él a la Oficina de Pasaportes y luego a la Aduana. Pero tú ya te has encargado de poner todo en orden. Yo no puedo con mis valijas y en ese momento aparece un mozo de cordel; en la Oficina de Pasaportes me pierdo en el tumulto y el policía me abre camino; en la revisión de equipaje pierdo, sin advertirlo, el estuche con mis gemelos de oro, un empleado me lo alcanza. Por fin subimos al tren y partimos. Por fin puedo enjugarme el sudor del rostro y del pecho. ¡No te apartes nunca de mí!

F.

5) Si no me equivoco, Lunes

Por supuesto que tendría que acostarme. Es la una de la mañana. Debería haberte escrito más temprano, pero estuvo Max. Max a quien yo tanto deseaba ver y a quien no visité hasta ahora por la muchacha y la preocupación que ella me causa. Estuve con ella hasta las 8.30 de la noche y Max se había anunciado para las 9. Con él anduvimos hasta las 12.30 de la noche. ¿Quieres creer? Lo que yo creía haber dejado entrever con absoluta claridad en mis cartas: que eras tú, tú, tú... —una vez más dejo de escribir por un instante—, tú la mujer de la cual hablaba. Él no lo advirtió, sólo ahora se entera del nombre (no podía escribírselo con todas las letras porque su esposa podría haber leído las cartas). Respecto a la muchacha: hoy estuvo mejor; pero el precio ha sido muy alto: le permití que te escriba. Estoy muy arrepentido. Señal de mi angustia por ti es el telegrama que te envié hoy a la Oficina de Correos ("Muchacha te escribirá respóndele amable y" —aquí debí haber añadido un "muy"— "severamente y no me dejes"). En general el día de hoy fue más sereno. Me obligué a hablar de Merano en tono pacífico, la atmósfera se hizo menos tensa. Pero cuando reapareció el tenia principal —la muchacha tembló durante varios minutos de pies a cabeza, junto a mí, en la Karlsplatz— sólo pude decir que ante ti todo lo demás desaparecía y se convertía en nada, por más invariable que hubiera permanecido. Ella formuló su última pregunta, esa pregunta ante la cual siempre me siento indefenso: "Yo no puedo marcharme; pero si tú me echas, me iré. ¿Vas a echarme?" (Aparte la soberbia, el hecho de narrarte esto contiene algo profundamente repugnante; pero lo que me obliga a mencionarlo es el miedo por ti. ¿Te das cuenta? Es un miedo curioso, un miedo nuevo.) Yo respondí: "Sí." A lo cual ella replicó: "A pesar de todo, no puedo alejarme."

[En el margen derecho]: Y, pese a todo, pienso a veces que si es cierto que se muere de felicidad, eso tiene que ocurrirme a mí. Y si un ser destinado a morir puede prolongar su vida gracias a la felicidad, yo seguiré viviendo.

Y luego comenzó a argumentar, más locuaz de lo que las fuerzas se lo permitían ¡pobrecita!: que no entendía nada, que tú amas a tu marido y sin embargo mantienes una relación secreta conmigo, etc., etc. A decir verdad, esta vez se deslizaron también algunas palabras airadas referidas a ti. Pude y debí haberle pegado por eso. ¿Pero no crees que debía dejarla desahogarse? ¿Por lo menos eso? Habló de escribirte y yo en mi preocupación por ella y con mi ciega confianza en ti, la autoricé a que lo hiciera. La autoricé pese a saber que me costará varias noches de insomnio. Lo que más me inquieta es comprobar que la autorización la ha calmado. Sé amable y severa; pero más severa que amable. ¡Pero qué estoy diciendo! ¿Acaso no sé que tú escribirás lo que debas escribir? ¿No es verdad que ese temor de

que, en su desdicha, ella diga algo capaz de indisponerte contra mí es algo inofensivo y degradante para ti? Ya sé que es denigrante, pero ¿qué puedo hacer si el miedo por mi amor late en mi cuerpo en lugar del corazón? No debí habérselo permitido. Y bien, mañana es feriado (Hus[36]) y ella me ha rogado que salgamos de excursión por la tarde, me ha prometido que no exigirá visita durante el resto de la semana. Quizá aún esté a tiempo de disuadirla de la carta, si es que ya no la ha enviado. Pero, por momentos, me digo que quizá sólo busque una explicación, que quizá tu palabra la tranquilice, justamente por su amable severidad, que quizá —mira a dónde llegan ya mis pensamientos— incluso caiga de rodillas ante tu carta.

Franz

Otra de las razones por las cuales la autoricé a escribirte: quería leer cartas tuyas. Pero no puedo mostrárselas.

6) Martes por la mañana

He recibido un pequeño golpe: un telegrama de París anunciando que mañana por la noche estará aquí un viejo tío, a quien en el fondo quiero mucho. Vive en Madrid y falta de aquí desde hace mucho tiempo. Es un golpe porque me quitará tiempo y yo necesito todo el tiempo y mil veces más, con preferencia todo el tiempo que exista, para pensar en ti, para respirar en ti. El departamento también perderá su paz, las veladas perderán su sosiego. Me gustaría estar en otro lado. Son muchas las cosas que quisiera cambiar. Tampoco quisiera volver a la oficina. Pero luego pienso que merezco unas bofetadas por expresar deseos que vayan más allá de este presente que te pertenece por completo.

Por alguna razón no puedo escribir sobre nada que no sea lo que nos concierne a nosotros, únicamente a nosotros, en medio del torbellino del mundo. Todo lo ajeno es ajeno. ¡Injusto! ¡Injusto! Pero los labios balbucean y mi rostro se hunde en tu regazo.

Hay una amargura que me ha quedado de los días en Viena. ¿Puedo mencionarla? Mientras estábamos allá arriba, en el bosque, creo que fue en el transcurso del segundo día, tú dijiste algo así como: "La batalla con la antecámara no puede prolongarse mucho." Y ahora, en la penúltima carta a Merano, hablas de la enfermedad. ¿Cómo puedo encontrar una salida entre esos dos hechos? No lo digo por celos, Milena, no soy celoso. Una de dos: o el mundo es minúsculo, o nosotros

somos gigantescos; porque lo cierto es que lo colmamos por completo. ¿Quién podría provocar mis celos?

7) Martes por la tarde

Mira, Milena: ahora yo mismo te envío la carta y ni siquiera sé lo que contiene. Las cosas sucedieron así: yo le había prometido pasar por su casa hoy a las 15.30. Daríamos un paseo en el vapor. Pero anoche llegué muy tarde a casa y apenas dormí. Por eso le envié una carta neumática comunicándole que me recostaría por la tarde para dormir un poco y que pasaría por su casa a las 18. Con esa inquietud que se resiste a calmarse con todas las seguridades brindadas por cartas y telegramas, añadí: "No envíes la carta a Viena hasta que hayamos hablado". Pero ella ya había escrito la carta por la mañana temprano —un poco fuera de sí— y la había despachado en seguida. Al recibir mi carta neumática, la pobre corre muerta de miedo al Correo Central, alcanza la carta no sé dónde y, en su alivio, entrega al empleado todo el dinero que llevaba. Sólo más tarde se alarma al recordar la cifra y por la tarde me lleva la carta. ¿Qué puedo hacer ahora? Mi esperanza en una solución feliz y total está basada en la carta y en el efecto de tu respuesta. Ya sé, es una esperanza loca; pero es mi única esperanza. Si abro la carta y la leo la ofenderé y, en segundo lugar, estoy seguro de que no me será posible enviártela. Por eso la pongo en tus manos sin reservas, tal cual me he puesto en tus manos yo.

Praga está bastante sombría. No ha llegado ninguna carta. El corazón está un poco oprimido. Es imposible que llegue una carta ya, pero cómo explicárselo al corazón.

F.

8) Martes, un poco más tarde

No bien despaché la carta comprendí que jamás debí haberte pedido algo así. Dejando de lado el hecho de que es un asunto que sólo yo debo solucionar, quizá sea imposible escribir una carta de respuesta de esa naturaleza a una persona desconocida y confiar en ella. En definitiva, Milena, perdóname por la carta y los telegramas, atribúyelos a un debilitamiento de mi razón provocado por la despedida. No importa que no la contestes. Ya encontraremos otra solución. No te preocupes por esto. Sólo estoy cansado de estas caminatas (hoy por la ladera del Wyschehrader), eso es todo. Por añadidura, mañana llegará mi tío y estaré poco tiempo a solas.

Para pasar a algo más agradable: ¿Sabes cuándo te vi mejor vestida en Viena, pero fabulosamente bien vestida? Creo que el tema no admite discusión; el domingo.

9) Miércoles por la tarde

Sólo unas pocas palabras escritas a toda prisa, para inaugurar mi nueva morada. A toda prisa, porque a las 10 llegan mis padres de Franzensbad y a las 12 mi tío de París y debo pasar por la estación en ambos casos. Hablo de mi nueva morada porque me he trasladado al departamento de mi hermana. Está desocupado, porque ella se encuentra en Marienbad. Me he mudado, para dejar lugar a mi tío. El departamenio es grande y está desierto. Eso es muy lindo; lástima que la calle sea tan ruidosa. De todos modos, el cambio no está mal. Y tengo que escribirte, Milena, porque mis lamentaciones epistolares (esta mañana rompí la peor carta, la rompí por vergüenza ¿sabes que aún no he recibido noticias tuyas? Pero es estúpido quejarse por el correo ¿qué tengo yo que ver con el correo?) mis lamentaciones epistolares, decía, pueden haberte llevado a la conclusión de que estoy inseguro de ti, de que temo perderte. No, no estoy inseguro. ¿Cómo podrías ser lo que eres para mí si no estuviera seguro de ti? Lo que despertó en mí ese sentimiento fue la breve proximidad física y la repentina separación (¿por qué justamente un domingo? ¿por qué a las 7 de la mañana? ¿por qué, en definitiva?). Es lógico que los sentidos se trastornen un poco. ¡Perdóname! Y recibe ahora a la manera de un "Buenas Noches", en un torrente, todo lo que yo soy y todo lo que tengo, que siente la bienaventuranza de reposar en ti.

F.

10) Jueves a primera hora

La calle es ruidosa. Además, enfrente, en diagonal, hay un edificio en construcción. El edificio que está justo frente a éste no es una iglesia rusa, sino una casa de departamentos, colmada de gente. A pesar de todo, así como estar solo en una habitación es condición indispensable para conservar la vida, el estar solo en un departamento puede ser un requisito para la felicidad (dicho con más precisión: para una felicidad temporaria y sólo uno de los requisitos, pues de qué me serviría la vivienda si no estuviera con vida, si no tuviera un terruño en el cual reposar, como por ejemplo, unos ojos azul claro, animados por una incomprensible

gracia). Todo en silencio: el baño, la cocina, la sala, las tres habitaciones restantes. No como en las viviendas compartidas, con su ruido, su impudicia, ese incesto de los cuerpos, pensamientos y deseos desenfrenados, incontrolados; donde en cada rincón, entre todos los muebles, se generan relaciones ilícitas, cosas impropias, accidentales, hijos ilegítimos, y en donde todo se desarrolla, no como en tus suburbios silenciosos y desiertos de los domingos, sino como en los suburbios colmados, sofocantes, de una ininterrumpida noche de sábado.

Mi hermana ha recorrido un largo camino para traerme el desayuno (cosa innecesaria, pues yo habría ido a casa) y ha debido tocar el timbre por espacio de varios minutos antes de arrancarme de esta carta que me aleja del mundo.

F.

Pero el departamento no me pertenece; durante los meses de verano, mi cuñado vendrá a parar aquí con frecuencia.

11) Jueves por la mañana

Por fin una carta tuya. A toda prisa algunas palabras sobre el tema principal, por más que la prisa puede llevarme a mezclar inexactitudes de las cuales luego me arrepentiré: es un caso sin parangón para mí, por las relaciones recíprocas establecidas entre nosotros tres, por eso no debe ser enturbiado por experiencias extraídas de otros casos (cadáveres-torturas de a tres o de a dos-desaparición de alguna naturaleza). Yo no soy amigo de él[37], no he traicionado a un amigo; pero tampoco soy un simple conocido. Estoy muy ligado a él en algunos aspectos, incluso, más ligado que un amigo. Tú, por tu parte, tampoco lo has traicionado, porque lo amas, digas lo que digas. Y si nos unimos (¡os agradezco, oh hombros!) es en otro plano, no en su esfera. El resultado de todo esto es que el asunto no es realmente algo que nosotros debamos mantener en secreto, tampoco es sólo miedo, dolor, preocupación (tu carta me ha alarmado mucho, me ha arrancado de la relativa calma que aún perduraba desde nuestro encuentro y que ahora quizá tienda a convertirse nuevamente en el torbellino de Merano); es un franco *ménage á trois*, claro en su franqueza, aun cuando tú quisieras silenciarlo por un tiempo. Yo también me resisto a analizar las posibilidades ... Me resisto porque te tengo. Si estuviera solo nada me impediría analizarlas. Si uno se convierte ya, en el presente, en campo de batalla del futuro ¿cómo edificar el edificio del futuro sobre la tierra removida?

Por el momento no sé nada más; éste es mi tercer día en la oficina y aún no he escrito una sola línea, quizás ahora pueda. Dicho sea de paso, mientras

escribía esta carta estuvo Max de visita, su silencio puede darse por descontado; para todos los demás —con excepción de mi hermana, mis padres y la muchacha— he regresado vía Linz.

F.

¿Puedo enviarte dinero? Podría ser, por ejemplo, a través de L. Le diré que tú me prestaste dinero en Viena y él te lo enviará con tu remuneración de la editorial.

[En el margen izquierdo:] También estoy un poco asustado por lo que estás escribiéndome acerca del miedo, según anuncias.

12) Viernes

Cualquier cosa que escriba me parece inútil, y lo es. Lo mejor sería, sin duda, que viaje a Viena y te lleve conmigo; y quizá lo haga aunque tú no lo quieras. Porque, en realidad, no existen más que dos posibilidades, una más hermosa que la otra; o vienes a Praga o vas a Libésice. Desconfiado, según la antigua tradición judía, ayer me acerqué furtivamente a J., poco antes de su partida rumbo a Libésice y lo tomé por sorpresa, tenía tu carta a Stasa. Es una excelente persona, alegre, franco, inteligente, lo toma a uno del brazo, charla hasta por los codos, se muestra dispuesto a todo, comprende todo y algo más. Tenía intenciones de visitar con su esposa, a Florian[38], en Brünn, y desde allí seguiría viaje a Viena, para verte. Esta tarde llegará de regreso a Praga y traerá la respuesta de Stasa. Hablaré con él a las 3 de la tarde, luego te telegrafiaré. Perdona el palabrerío de las once cartas, déjalas a un lado; ahora viene la realidad, que es más grande y mejor. Creo que por el momento sólo debe inspirarnos temor una cosa: el amor que sientes por tu marido. En lo que respecta a la nueva tarea, acerca de la cual escribes, no cabe duda de que es difícil, pero no subestimes las fuerzas que me proporciona tu cercanía. Si bien es cierto que por el momento no duermo, estoy mucho más tranquilo que ayer por la noche, en presencia de tus dos cartas. (Por casualidad, estaba presente Max, lo cual no fue necesariamente un beneficio, pues todo esto es demasiado mío... Ay, ya empiezan los celos del no-celoso, pobre Milena.) Tu telegrama de hoy también me ha tranquilizado un poco. Por tu marido no me preocupo demasiado; por lo menos en este momento. La preocupación no llega a ser insoportable. Había encarado una tarea monumental y la ha cumplido, en parte —quizá en totalidad— de manera honrosa. A mi juicio, no podrá continuar llevándola adelante, y no porque le falten las fuerzas (¿qué son mis fuerzas comparadas con las suyas?), sino porque está demasiado cargado, demasiado oprimido, demasiado

privado de la necesaria concentración. Quizá sea un alivio para él, después de todo. ¿Por qué no habría de escribirle?

F

13) Viernes

Sólo unas palabras acerca de la carta de Stasa, porque mi tío -que por lo demás es encantador, pero ahora me resulta un poco molesto- me está esperando. Bueno, volvamos a la carta de Stasa. Es muy amable, muy cordial, pero tiene algún defecto, algún pequeño defecto, que quizá sea sólo formal (con lo cual no quiero decir que las cartas sin ese defecto sean más afectuosas, quizá más bien ocurra lo contrario); sea como fuere, algo le falta o le sobra, quizá sea la capacidad de raciocinio, que —dicho sea de paso— parece ser el punto débil del marido, porque ayer lo demostró al hablar conmigo. ¿Pero qué estoy diciendo de esa gente, tan auténticamente buena? Son celos. De veras, son celos. Sin embargo, te prometo no martirizarte nunca con ellos, Milena. Sólo me torturaré yo, sólo yo. Pero, a pesar de todo, esa carta parece revelar un malentendido: tú no esperabas de Stasa un consejo, ni pretendías que hablara con tu marido, ante todo deseabas lo más irremplazable de todo: su presencia. Eso es lo que me pareció.

Ojalá hoy reciba todavía noticias tuyas. Dicho sea de paso, uno es un capitalista, que ni siquiera sabe lo que tiene. Ahora, por la tarde, cuando pregunté inútilmente en la oficina si había llegado algo para mí, me entregaron una carta tuya, que había llegado poco después de mi partida rumbo a Merano. Fue muy curioso leerla.

Tuyo

14) Sábado

Esto es grave, anteayer llegaron dos cartas tuyas muy desdichadas, ayer sólo el telegrama (que si bien fue tranquilizador, parecía un poco armado con retazos, como son los telegramas) y hoy nada. Y esas cartas no fueron precisamente muy consoladoras para mí, en ningún sentido, y en ellas me decías que volverías a escribir en seguida, y no escribiste. Y anteayer por la tarde te envié un telegrama urgente con respuesta paga. La respuesta tendría que estar hace rato aquí. Te repetiré el texto: "Fue lo único acertado, tranquilízate, aquí estás en tu casa, J. irá a Viena con esposa probablemente dentro seis días. ¿Cómo puedo enviarte dinero?" Pues bien, no hubo

respuesta. "Viaja a Viena", me digo. "Pero Milena no quiere, decididamente no quiere que vayas. Tú significarías una decision y ella no quiere eso; ella está llena de preocupaciones y dudas. por eso quiere la presencia de Stasa." A pesar de texto, yo debería viajar, pero no estoy sano. Sereno. relativamente sereno, sí. Más de lo que habría podido desear en los últimos años; pero durante el día toso mucho y durante la noche tengo accesos que se prolongan un cuarto de hora. Quizá sólo se trate del período de reacostumbramiento a Praga y de las consecuencias del turbulento período ele Merano, antes de conocerte y de ver tus ojos.

¡Qué sombría se ha vuelto Viena y tan luminosa que fue por espacio de cuatro días! ¿Qué se estará cocinando allí para mí, mientras yo permanezco aquí, dejo de escribir y entierro el rostro entre las manos?

F.

Luego miré desde mi sillón a través de la ventana abierta. Mi mirada se perdió en la lluvia y se me ocurrieron diversas posibilidades: que quizá estés enferma, cansada, que quizás estés en la cama, que Frau K. podría intervenir y luego —cosa curiosa, lo que me pareció la posibilidad más natural y lógica— que se abría la puerta y allí estabas tú.

15) Lunes

Han sido, por lo menos, dos días espantosos. Pero ahora comprendo que tú no tienes la menor culpa, algún demonio maligno ha retenido todas tus cartas del jueves. El viernes sólo recibí tu telegrama, el sábado nada, el domingo nada, hoy cuatro cartas del jueves, viernes y sábado. Estoy demasiado cansado como para escribir realmente. Demasiado cansado para descubrir qué queda para mí de esas cuatro cartas, de esa montaña de desesperación, dolor y amor. Tal es el grado de egoísmo que se alcanza cuando uno está cansado y se ha consumido durante dos días y dos noches en las más atroces ideas. Y a pesar de todo —y esto se debe, una vez más, a tu energía vitalizante, Madre Milena—, a pesar de todo, en el fondo estoy menos destrozado de lo que he estado, quizá, durante los últimos siete años, con excepción del año en la aldea.

Sigo sin entender por qué no he recibido respuesta a mi telegrama urgente del jueves por la tarde. Luego telegrafié a Frau K. Tampoco hubo respuesta. No temas, no le escribiré a tu marido. Yo tampoco tengo muchas ganas de hacerlo. Sólo tengo ganas de viajar a Viena; pero tampoco haré eso. No lo haría aun cuando no tropezara con obstáculos tales como tu resistencia a mi viaje, las dificultades con el pasaporte, la ofi-

cina, la tos, el cansancio, la boda de mi hermana (jueves). De cualquier manera sería mejor viajar, a pasar tardes como la del sábado o el domingo. Sábado: salí de paseo, un poco con mi tío, un poco con Max y cada dos horas pasaba por la oficina para preguntar por la correspondencia. Al atardecer la situación mejoró, fui a lo de L., no había recibido malas noticias, mencionó tu carta, lo cual me hizo feliz; hablé por teléfono con K. del *Neue Freie Presse*, él tampoco sabía nada, pero no quiso preguntarle a tu marido por ti y volver a telefonear hoy. De modo que permanecí en lo de L., escuché varias veces tu nombre y le quedé agradecido. Entre paréntesis, no es fácil ni agradable hablar con él. Es como un niño, como un niño no muy despabilado: miente, hace teatro y uno se siente exageradamente astuto y repugnantemente falso mientras permanece allí sentado en silencio, escuchando. Sobre todo si se tiene en cuenta que no sólo es un niño, pues en lo que se refiere a bondad, simpatía y altruismo, es un adulto respetable y serio. Resulta dificil soportar esa discrepancia y si uno no se dijera a cada paso: "una vez más, una sola vez más, quiero escuchar tu nombre", se habría marchado mucho antes. Habló de su boda (martes) en el mismo tono.

El domingo fue peor. En realidad, me hubiera gustado ir al cementerio y eso habría sido lo más acertado, pero permanecí toda la mañana en cama, y por la tarde tuve que ir a casa de los suegros de mi hermana, a quienes nunca había visitado. Y así se hicieron las 6 de la tarde. Fui una vez más al correo, para preguntar si había llegado un telegrama. Nada. ¿Qué hacer? Leer la cartelera de teatros, pues J. había dicho al pasar que Stasa asistiría el lunes a la representación de una ópera de Wagner. Pero me entero de que la función comienza a las 18 y a esa hora tenemos la cita. Malo, malo. ¿Qué hacer? Ir a la Obstgasse y observar la casa. No hay movimiento en ella, nadie entra y nadie sale. Uno espera un poco en la vereda de la casa, luego en la vereda de enfrente. Nada. Esas casas son mucho más sabias que la gente que las contempla. ¿Y bien? Al edificio Lucerna, donde solía haber una exposición del Dobré dílo[39]. Ya no está más. Entonces quizás a lo de Stasa, lo cual es muy fácil puesto que con toda seguridad ella ha salido. Un edificio hermoso y sereno, con un pequeño jardín al fondo. En la puerta del departamento un candado, lo cual significa que se puede tocar el timbre impunemente. Abajo un breve diálogo con la encargada del edificio para pronunciar los nombres "Libesic" y "J". Lamentablemente, no hubo oportunidad para pronunciar el de "Milena". ¿Y ahora? Ahora viene lo más estúpido. Fui al Café Arco[41], al cual hace muchos años que no concurro. Fui sólo para encontrar a alguien que te conociera. Por suerte no había nadie y pude partir en seguida. ¡No podría pasar muchos domingos más así, Milena!

[En el margen izquierdo:] Ayer no pude escribir. Todo estaba demasiado sombrío para mí en Viena.

F.

17) Martes, un poco más tarde

Qué cansada se te nota en tu carta del sábado a la tarde. Tengo mucho que decir acerca de esa carta, pero no se lo diré hoy a esa joven cansada. Por otra parte, yo también estoy cansado; por primera vez desde mi llegada a Viena, mi cerebro está insomne y torturado. No te diré nada; sólo te sentaré en la poltrona (dices que no fuiste lo bastante tierna conmigo, pero ¿acaso puede brindárseme más ternura, puede honrárseme más que permitiéndome permanecer así sentado y sentarse ante mí y permanecer así conmigo?), de modo que ahora te siento en la poltrona y no sé cómo abarcar toda esta dicha en palabras, ojos, manos y este pobre corazón. No sé cómo abarcar la dicha de tenerte aquí, la dicha de que me pertenezcas. Y, sin embargo, no te amo a ti. Es más lo que amo: amo la existencia que tú me otorgas.

Hoy no hablaré de L. ni de la muchacha. Todo eso seguirá su camino de alguna manera... Qué lejos ha quedado todo eso.

F.

Lo que dices acerca de *pobre violinista* es muy cierto. Si te dije que no significaba nada para mí, fue por cautela, porque no sabía cómo reaccionarías tú. Además, porque me avergüenzo de ese relato, como si yo mismo lo hubiera escrito. En efecto, comienza mal y tiene una enormidad de fallas, de detalles ridículos, de recursos de diletante, de afectaciones insoportables (esto se advierte, sobre todo al leerlo en voz alta, podría señalarte los pasajes); y, más que nada, esa forma de ejecución musical es una invención absurda que sólo se presta para irritar a la muchacha hasta un punto tal que arroje contra el relato todo el contenido de su tienda, ciega de furor, de un furor compartido por todo el mundo —comenzando por mí—, hasta que el relato —que no merece nada mejor— queda sepultado por sus propios elementos. Dicho sea de paso, no hay destino más bello para un cuento que el desaparecer, y de esa manera. El narrador, ese extraño psicólogo, también va a estar de acuerdo con ese destino, porque es muy probable que él sea el pobre violinista, y ejecute esta historia de una manera muy poco musical para recibir el glorioso y exagerado agradecimiento de las lágrimas derramadas por tus ojos.

Miércoles

Escribes: *Ano má pravdu, mám, ho ráda. Ale F., i Tebe mám ráda*[41]...Leo la oración con mucho detenimiento, palabra por palabra. Me detengo, sobre todo en el "i"[42]. Todo está bien; no serías Milena si no estuviera bien, y qué sería de mí si tú no

fueras quien eres. Además, es preferible que escribas eso en Viena y no me lo digas en Praga. Todo eso lo entiendo muy bien, quizá mejor que tú. Y, sin embargo, por no sé qué debilidad no puedo darme por satisfecho con esa frase. La lectura no tiene fin y he terminado por reproducir aquí la oración para que tú la veas y la leamos juntos, cabeza a cabeza. (Tu cabello rozándome la sien.)

Esto ya estaba escrito cuando llegaron tus dos cartas a lápiz. ¿Crees que no sabía que llegarían? Pero sólo lo sabía en mis profundidades y uno no vive siempre allí. Prefiere vivir bajo la más inferior de las formas, prefiere vivir sobre la tierra. No sé por qué siempre temes que haga algo por mi cuenta. ¿Acaso no te lo he dicho con bastante claridad? Y si telegrafié a Frau K. sólo fue porque pasé casi tres días, días terribles, sin noticias, sin respuesta a mi telegrama y casi con la convicción de que estabas enferma.

Ayer visité a mi médico. Me encontró más o menos en el mismo estado que antes de partir para Merano. Los tres meses han pasado sobre el pulmón sin dejar huellas. La enfermedad sigue fresca como entonces, instalada en el vértice del pulmón izquierdo. El médico considera este resultado desolador; a mi juicio es bastante bueno ¿cómo estaría si me hubiera quedado todo ese tiempo en Praga? Cree también que no he engordado nada; sin embargo, según mis cálculos he engordado unos tres kilos y medio. En el otoño probará un tratamiento con inyecciones, pero no creo que yo lo tolere.

Si comparo estos resultados con la forma en que tú despilfarras tu salud —por razones de necesidad, por supuesto; creo que no necesito añadirlo—, a veces me parece que en lugar de vivir juntos, tendríamos que acostarnos, mansos y conformes, el uno junto al otro, para morir. Pero suceda lo que suceda, será cerca de ti.

Dicho sea de paso, a diferencia de lo que opina el médico, creo que para curarme, por lo menos a medias, sólo necesito tranquilidad, una tranquilidad de naturaleza muy especial o, visto de otra manera, una intranquilidad de naturaleza muy especial.

Hoy se celebra la fiesta nacional francesa[43]. Bajo mi ventana, las tropas marchan de regreso a los cuarteles después del desfile. El espectáculo tiene —lo siento mientras respiro en tus cartas— algo de grandioso. No se trata de la pompa, ni de la música, ni de la marcha; no se trata del antiguo ciudadano francés que marcha delante de una división y que parece escapado de un museo de cera (alemán), con calzones rojos y su chaqueta azul. Es alguna forma de manifestación de fuerzas que gritan desde lo más hondo: "a pesar de todo, criaturas mudas, empujadas, marchantes, confiadas hasta la locura, a pesar de todo no os abandonaremos, ni siquiera en vuestras máximas estupideces... más que nada

en ellas". Y uno cierra los ojos para mirar hacia las profundidades y casi se sumerge en ti.

Por fin me han traído la pila de expedientes que han ido acumulándose para mí. Imagínate, desde que regresé a la oficina he escrito exactamente seis cartas comerciales y lo aceptan. Para gran satisfacción mía, hasta hoy no había podido reunirme con esa montaña de trabajo que me aguarda, y todo por culpa de la haraganería de la división que reservaba los expedientes para mí. Pero ahora están aquí. No es nada del otro mundo, siempre que esté bien dormido. Hoy, dicho sea de paso, lo he pasado bastante mal.

F.

Jueves

A toda prisa, antes de partir para la oficina. Quería callar, hace tres días que me asfixia. Por lo menos ahora, mientras tú libras esa terrible batalla allí, quería mantener silencio; pero es imposible, es parte de esa batalla, que es mi batalla. Quizás hayas advertido que no duermo desde hace algunas noches. Es simplemente por mi famoso "miedo". Es algo que realmente me priva de la voluntad, me arroja de aquí para allá a su antojo hasta que no sé qué es arriba y qué es abajo, qué es derecha y qué es izquierda ... Por añadidura tus últimas cartas contienen dos o tres observaciones que me hicieron feliz, aunque sólo feliz en la desesperación. Porque lo que tú dices acerca del miedo convence tanto al alma como al cuerpo; pero existe en este aspecto una convicción más profunda, cuya localización desconozco, que no se deja persuadir por nada. Finalmente, hay algo que contribuye mucho a debilitarme: el milagroso efecto tranquilizante e intranquilizante de tu proximidad física se va diluyendo con el correr de los días. ¡Por qué no estarás ya aquí! Ahora no tengo a nadie, a nadie más que al miedo. Aferrado el uno al otro rodamos a través de las noches. Porque hay algo realmente muy serio en torno a este miedo (que, cosa curiosa, siempre apuntaba hacia el futuro... no, no es así[44]), que en cierto sentido se vuelve comprensible, porque me señala en forma permanente la necesidad de la gran concesión: Milena también es apenas un ser humano. Lo que dices acerca del miedo es muy bello y es muy tierno; después de escucharlo uno no quisiera escuchar nada más. Pero eso de que no se trata de Lo Supremo, es muy discutible. Porque ese miedo no es mi miedo privado —aunque también lo es y de una manera terrible—; es el miedo propio de toda fe, desde el principio de los tiempos.

El sólo hecho de haberlo puesto por escrito, para que tú lo leas, me refresca las ideas.

Tuyo

Jueves, más tarde

La carta de la noche y Weisse-Hahn[45] y la del lunes han llegado a mi poder. Es evidente que la primera fue escrita en segundo término, aunque no es del todo seguro. Las he leído una sola vez y rápidamente y me veo obligado a contestarte en seguida y a rogarte que no pienses mal de mí... Y no se trata de celos. Es sólo una manera de jugar en torno de ti, porque quiero abarcarte desde todos los ángulos, incluso del de los celos. Pero es estúpido y no volverá a suceder; no son más que sueños malsanos inspirados por la soledad. También te equivocas en tus conjeturas respecto a Max. Ayer, por fin, le trasmití tus saludos; con irritación (¡ver líneas anteriores!), porque no haces más que enviárselos. Pero como, por lo común, él tiene una explicación para todo, me dijo que quizá sólo le mandaras saludos con tanta frecuencia, porque yo jamás te he trasmitido los cordialísimos saludos que él te envía y me recomendó que lo hiciera de una vez por todas, pues es probable que así dejes de insistir, para mi tranquilidad. De modo que ahora lo estoy intentando.

Y no te preocupes por nada de lo que a mí respecta, Milena. Es lo único que faltaba, que te preocupes por mí. Si no fuera por el "miedo", que me tiene prisionero desde hace unos pocos días y del cual me quejaba esta mañana ante ti, estaría casi sano. Dicho sea de paso: ¿cuál fue la razón que te movió a decir esa vez, en el bosque, que también tú lo habías imaginado diferente? Fue arriba, en el bosque, el segundo día. Distingo los días con perfecta claridad: el primero fue el inseguro, el segundo fue el demasiado seguro, el tercero fue el del arrepentimiento, el cuarto fue el mejor.

Pero ahora tengo que ir a la boda de mi hermana. Entre paréntesis ¿por qué soy un hombre con todas las torturas de esa condición, la más indefinida de todas y la más terriblemente cargada de responsabilidades? ¿Por qué no soy, por ejemplo, el dicho armario de tu habitación, que te contempla de lleno cuando estás sentada en el sofá o ante el escritorio o cuando te acuestas o duermes? (¡Bendito sea tu sueño!) ¿Por qué no lo soy?

Porque me desplomaría de dolor al ver tus sufrimientos de los últimos días o si... te fueras de Viena.

F.

La sensación de que pronto dispondrás de un pasaporte es muy reconfortante.

Jueves

Ha quedado atrás la tarde, con mirto en el ojal, con una actitud bastante sensata a pesar de mi cerebro torturado (¡separación, separación!), con una

comida de bodas, sentado entre las buenas hermanas de mi cuñado. Pero ahora estoy agotado.

Qué fácil será la vida cuando estemos juntos (¡cómo puedo escribir sobre eso, sí seré necio!): respuesta a la pregunta, mirada a cambio de una mirada. Y ahora tengo que esperar por lo menos hasta el lunes para recibir la contestación a mi carta de la mañana. Entiéndeme bien y sigue siendo buena conmigo.

F.

Lunes

Has interpretado mal algunas cosas, Milena:

Primero: no estoy tan enfermo, y cuando he dormido un poco me siento hasta bien, mejor de lo que me sentía casi siempre en Merano. Las enfermedades pulmonares son las más amables de todas, sobre todo en un verano cálido. Ya se verá cómo me las arreglo para enfrentar la última parte del otoño. Por el momento sólo tengo algunos padecimientos menores. Por ejemplo: no puedo hacer nada en la oficina. Cuando no te escribo a ti, me reclino en mi sillón y miro por la ventana. El panorama es bastante amplio, porque el edificio de la acera opuesta es de una sola planta. No quiero decir que mientras miro hacia afuera me siento particularmente triste. No, nada de eso. Sólo que no me puedo arrancar de ese estado.

Segundo: no me falta dinero. Tengo más de lo necesario. El dinero para tus vacaciones, por ejemplo, llega a oprimirme al verlo tirado por ahí.

Tercero: ya has hecho lo decisivo en pro de mi recuperación y, además, lo sigues haciendo a cada instante al pensar bien de mí.

[En el margen izquierdo:] Además, puedes estar tranquila por lo que a mí respecta: el último día esperaré como esperé en el primero.

Cuarto: tienes razón en todo lo que dices, en tono vagamente dubitativo, acerca de tu viaje a Praga. "Tienes razón", incluso te lo dije por telegrama; pero en ese caso estaba referido a la conversación con tu marido y eso fue, dicho sea de paso, lo único acertado. Esta mañana, por ejemplo, comencé de pronto a temer, a temer por amor, a temer de una manera oprimente, que de pronto, mal aconsejada por algún detalle casual, decidieras venir a Praga. ¿Pero acaso un detalle sin importancia puede decidirte realmente a ti, que vives tu vida a fondo y con tanta intensidad? Ni siquiera los días de Viena pueden confundirte. ¿Acaso no debemos parte de esos días a tu inconsciente esperanza de verlo nuevamente por la noche?

No se hable más del asunto. Aunque sí, algo más: por tu carta me he enterado de dos novedades, en primer lugar del plan Heidelberg y, en segundo lugar, del plan París y fuga del banco[46]. El primero me demuestra que, de alguna manera, pertenezco al grupo de los "salvadores" y de los violentos. Y, sin embargo, no formo parte de ese grupo. El segundo me demuestra que allí también hay vida futura, planes, posibilidades, perspectivas, incluso perspectivas para ti.

Quinto: parte de tu terrible automartirio -y ése es el único dolor que me causas- consiste en ese escribirme a diario. Escríbeme menos a menudo; si quieres, yo seguiré escribiéndote unas líneas diarias. Si espacias tus cartas también tendrás más tranquilidad para consagrarte al trabajo que te causa placer.

Gracias por *Donadieu*[47]. (¿No hay forma de que yo te haga llegar algunos libros?) Es difícil que pueda leer la novela en este momento. He aquí mi segundo motivo de sufrimiento: no puedo leer y, al mismo tiempo, eso no me hace sufrir demasiado, es simplemente una imposibilidad. Tengo que leer un gran manuscrito de Max (judaísmo, cristianismo, paganismo... un libro muy voluminoso). Ya me está urgiendo y apenas si lo he empezado. Además, un joven poeta me trajo hoy 75 poemas, algunos de ellos de varias páginas, volveré a ganarme su enemistad... como ya ocurrió una vez, por otra parte.

Te envío adjunta la respuesta de la muchacha, que te permitirá reconstruir mi carta, para que veas cómo se me rechaza, no sin razón. Ya no habrá más carta de mi parte.

La tarde de ayer no fue mucho mejor que el último domingo. En realidad, comenzó muy bien. Cuando abandoné la casa para ir al cementerio la temperatura era de 36° a la sombra y los tranvías estaban en huelga; pero eso me alegró, pues esperaba de ese paseo tanto como del de aquel sábado, camino al parquecito que está junto a la Bolsa. Pero cuando llegué al cementerio no pude encontrar la tumba, la oficina de informes estaba cerrada, no encontré ningún guardián, ninguna mujer me supo orientar. Incluso consulté un libro, pero no era el que correspondía. Pasé horas enteras recorriendo el cementerio hasta marearme de tanto leer inscripciones y cuando salí, mi estado no mejoró mucho.

F.

Martes

Aquí están tus dos telegramas ... Pero lo más importante es que, por fin, después de una noche en vela, estoy sentado ante esta carta que me parece extraordinariamente importante. Ninguna de las cartas que te he escrito desde Praga debió haber sido escrita, sobre todo las últimas. Sólo ésta debería perdurar; mejor dicho, las demás podrían existir, pero ésta debería encabezar la serie. Lamentablemente, no podré decirte ni la mínima

parte de lo que te dije anoche u hoy por la mañana. De todos modos, lo fundamental es esto: digan lo que digan de ti los demás en el amplio círculo que te rodea, digan lo que digan con noble inteligencia, con brutalidad animal (aunque los animales no son así), con diabólica bondad, con letal cariño... yo, yo, Milena, sabré hasta el final que procediste bien, hayas hecho lo que hayas hecho, ya sea que permanezcas en Viena o vengas aquí o flotes entre Praga y Viena o hagas una vez una cosa y otra vez otra. ¿Qué tendría que ver yo contigo, después de todo, si no supiera eso? Contigo ocurre lo mismo que ocurre en las profundidades del mar: no hay un solo punto que no esté sometido constantemente a grandes presiones. Pero cualquier otra vida es una ignominia y me provoca náuseas. Hasta ahora creía no poder soportar la vida, no poder soportar a los hombres y eso me avergonzaba. Pero tú me confirmas ahora que no era la vida lo que me parecía insoportable.

[En el margen izquierdo:) Soy partidario del plan Chicago, con la condición de que se recurra a mensajeros que no puedan llevar los mensajes.

Tuyo

Por la tarde

Logré mantenerme apartado de esta carta mientras estuve en la oficina; pero no fue fácil, he gastado casi todas mis fuerzas en ese empeño y no me quedaron energías para el trabajo.

La carta a Stasa: J. estuvo de visita ayer por la mañana y mencionó una carta tuya que acababa de llegar. La había visto sobre la mesa al salir, pero ignoraba aún su contenido. Stasa me informaría por la noche. Me sentí un poco incómodo ante su amabilidad, pues quién sabe qué cosas contenía esa carta y en qué medida habían sido provocadas en parte por mí. Pero por la noche quedó demostrado que la carta era muy tierna y que había dejado a ambos satisfechos, por lo menos en lo que se refiere a su disposición amable (yo no la leí). Sobre todo les había complacido una pequeña frase de agradecimiento al marido, y esa frase sólo podía estar basada en mis informes. Stasa se mostró realmente feliz con ese comentario y sus ojos brillaron un poco más que de costumbre. Es verdad: es muy buena gente y Stasa tuvo un minuto de incomparable belleza cuando contempló tu fotografía. En realidad, fue un minuto incomprensiblemente largo, silencioso y grave. Quizá te relate algo más de la velada en otro momento. Yo estaba cansado, vacío, aburrido, digno de una paliza, indiferente y, desde el comienzo, no deseaba más que la cama. Me encargaron que te enviara este papel, un dibujo de Stasa, con explicaciones de J... hablábamos de la ubicación de tu cuarto.

Ayer te aconsejé no escribirme a diario. Hoy sigo opinando lo mismo; considero que sería un beneficio para ambos y vuelvo a aconsejártelo, con mayor insistencia aún... Sólo que, por favor Milena, no sigas mi consejo y escríbeme a diario. Me basta con unas pocas líneas, algo más breve que las cartas de hoy, dos líneas, una, una palabra... pero el privarme de esa palabra me causaría un terrible dolor.

F.

Miércoles

Y, sin embargo, se logran ciertos resultados cuando se tiene coraje: Primero, quizá Gross[48] no esté tan equivocado, por lo que yo puedo entenderlo. Por lo menos lo avala el hecho de que yo siga viviendo, cuando de acuerdo con mi división interna de fuerzas hace rato que debiera estar muerto.

Segundo, no sé qué ocurrirá después, eso no entra en cuestión. Lo único cierto es que lejos de ti no puedo vivir de otra manera que entregado al miedo, más entregado de lo que quisiera, y lo hago sin compulsión, embelesado: me derramo en él.

Tienes razón en formularme reproches, en nombre del miedo, por mi conducta en Viena; pero es que el miedo es realmente peculiar, desconozco sus leyes internas, sólo conozco su mano en mi garganta y eso es realmente lo más terrible que he vivido jamás y que jamás viviré.

Quizá resulte que ahora ambos estamos casados, tú en Viena, yo en Praga, con el miedo. Y quizá no sólo tú sino yo también tratemos en vano de arrancarnos de nuestro matrimonio. Porque, mira Milena, si yo te hubiera persuadido por completo en Viena (si hubieras estado de acuerdo conmigo incluso en lo referido a ese paso, del cual no estabas convencida), ya no estarías allí a pesar de todo, o mejor dicho, no habría más "a pesar de todo". Estarías simplemente en Praga y todo aquello con lo cual te consuelas en tu última carta no sería más que eso, un consuelo. ¿No lo crees?

Si tú hubieras venido a Praga o, por lo menos, te hubieras decidido en seguida por esa salida, yo no lo habría tomado como una prueba de tu parte; habría sido una prueba muy grande de mi eficacia y esa prueba me hace falta ahora. A veces el miedo también se nutre de esas cosas.

Sí, quizá sea peor aún y justamente yo, el "salvador", te retenga en Viena como nadie lo había hecho hasta ahora.

De modo que ésa era la tormenta que amenazaba continuamente en el bosque. Y, sin embargo, nos fue bien. Continuemos viviendo bajo su amenaza, ya que no puede ser de otro modo.

No entiendo qué tienes en contra de la carta de la muchacha. Ha cumplido su objetivo; el ponerte un poco celosa ¿entonces?

En lo sucesivo inventaré cartas así, de tanto en tanto, y las escribiré yo mismo. Lo haré mejor que ella y sin la repulsa final.

Por favor, díme unas palabras sobre tu trabajo. *Cesta Lipa Kmen Politika*[49]

Te quería decir algo más pero llegó de visita otro joven poeta ... No sé, no bien llega alguien recuerdo mis expedientes y no puedo pensar en otra cosa mientras dura la visita. Estoy cansado, no sé nada y no deseo otra cosa que hundir mi rostro en tu regazo, sentir tu mano sobre mi cabeza y permanecer así por toda la eternidad.

Tuyo

¡Ah, ya sé! te quería decir lo siguiente: tu carta encierra una gran verdad (entre otras): *Ze vlastnê ty si ãlozůk, ktery nemá, tusení o tom*...? Es verdad, palabra por palabra. Todo ha sido suciedad, la peor de las inmundicias, un descenso al infierno, y en eso estoy ante ti como un niño ante su madre, que llora y llora y formula una promesa: nunca más lo haré. Pero de todo eso extrae el miedo su fuerza: "¡Justamente, justamente!" dice "¡*nemá tusení*![51] ¡Aún no ha ocurrido nada, de modo que aún puede ser salvado!"

Me pongo de pie de un salto. ¡El teléfono! ¡El director me manda llamar! ¡Es la primera vez que me quiere ver por razones de trabajo! Por fin saldrá a luz todo este engaño, esta estafa. No he hecho nada desde hace tres semanas; nada más que escribir cartas, leer cartas y, sobre todo, mirar por la ventana. He sostenido cartas en la mano, las he dejado sobre la mesa, las he vuelto a recoger, he recibido visitas. Nada más. Pero cuando bajo al despacho, el director me recibe con amabilidad, sonriente, me informa sobre algún asunto de trabajo que yo no entiendo y se despide porque sale de vacaciones. Un hombre increíblemente bueno (dicho sea de paso, en un confuso murmullo le informé que ya había terminado casi todo y que mañana comenzaré a dictar). Y ahora comunico todo esto a mi ángel guardián.

Sábado

No me entiendes del todo, Milena. Estoy casi totalmente de acuerdo contigo. No entraré en detalles.

Hoy no te puedo decir aún si iré a Viena; pero creo que no iré. Si antes tenía muchas razones en contra, hoy tengo una sola y es que supera mis fuerzas espirituales y luego, quizá, como una razón secundaria, que es mejor para todos nosotros. Pero añado que también superaría mis fuerzas —quizá en mayor medida—

tu venida a Praga en las condiciones en que me describes (nechat clovûka âekat).

La necesidad de saber lo que quieres decirme acerca de los seis meses no es inmediata. Estoy convencido de que es algo terrible, estoy convencido de que has vivido cosas terribles y que incluso has hecho cosas terribles, estoy convencido de que, como participante, yo no podría haberlas soportado (a pesar de que hace unos siete años era capaz de soportar casi cualquier cosa), también estoy convencido de que tampoco en lo futuro podría soportarlo como participante... Y bien, ¿a qué viene todo esto? ¿acaso lo esencial para mí no eres tú, y no tus experiencias y tus actos? Y a ti te conozco aun sin relato. Te conozco mejor que a mí mismo, con lo cual no quiero decir que no conozco el estado de mis manos.

Mi propuesta no contradice tu carta; todo lo contrario. Porque tú escribes: "Nejradûji bych utekla trfietí cestou, která nevede ani k tobé ani s ním, nûkam do samoty?". Es mi sugerencia. Quizá tú hayas escrito estas palabras el mismo día que yo.

No cabe duda. Si la enfermedad está en esa etapa, no puedes abandonar a tu marido ni siquiera por un tiempo. Pero como tú misma dices, no es una enfermedad interminable. Hablas de unos pocos meses, ya ha pasado un mes y algo más. Transcurrido uno más, ya serás prescindible. Para entonces estaremos en agosto, a lo sumo, en septiembre.

Entre paréntesis, debo admitirlo: tu carta es de esas que no puedo leer en seguida, y aun cuando esta vez la he devorado cuatro veces, una detrás de otra, no puedo emitir opinión. De todas maneras, creo que lo antedicho tiene cierta validez.

Tuyo

Domingo

Algo más referido a lo de ayer:

Por efecto de tu carta procuro ver el todo desde un ángulo que hasta ahora había eludido con particular cuidado. La perspectiva es muy peculiar: yo no estoy luchando contra tu marido por ti, esa lucha sólo se libra dentro de ti. Si la decisión dependiera de una lucha entre tu marido y yo, todo habría quedado resuelto hace mucho tiempo. Y no esto sobrestimando a tu marido; incluso es muy probable que lo subestime. Sin embargo hay algo que veo con toda claridad: si él me estima, será como estima el rico a la pobreza (y algo de eso hay en tu relación conmigo). En la atmósfera e tu existencia con él, yo realmente no soy más que el ratón en una "gran casa", a quien a lo sumo se le permite correr por la alfombra, a la vista de todos, una vez al año.

Es así y no tiene por qué llamar la atención. No me causa sorpresa. Lo que sí me sorprende y probablemente sea bastante incomprensible es que tú, que vives en la "gran casa", que le perteneces con todos tus sentidos, que extraes de ella lo más vigoroso de tu vida, que eres una gran reina allí... a pesar de todo —eso lo sé

muy bien— tienes la posibilidad no sólo de tenerme cariño, sino de ser mía, de correr por tu propia alfombra.

Pero esto no es lo más sorprendente. El colmo de lo asombroso es que si quisieras acercarte a mí, si quisieras renunciar a todo el mundo para descender hasta mí, tan bajo que desde tu punto de vista no verías poco sino nada, no tendrías que bajar sino —cosa curiosa, muy curiosa— tendrías que estirarte más allá de ti misma, estirarte de una manera sobrehumana, en una medida tal, que quizá te desgarraras en pedazos al hacerlo, quizá cayeras, desaparecieras (y, por supuesto, yo contigo). Y todo eso para llegar a un lugar que nada tiene de atractivo, un lugar en el cual yo permanezco sin sentirme feliz ni infeliz, sin méritos ni culpa, sólo porque me colocaron allí. En el escalafón de la humanidad soy algo así como un mercachifle de preguerra en tus suburbios (ni siquiera un pobre violinista, ni siquiera eso). Aun cuando hubiera ganado ese puesto a fuerza de lucha —y no lo he hecho— tal cosa distaría de constituir un mérito.

Muy claro lo que escribes acerca de las raíces. Así es, no cabe duda. En Turnan, la tarea principal consistió en buscar primero todas las raíces secundarias y quitarlas. Una vez que se daba con la raíz principal, podía darse por concluido el verdadero trabajo; porque entonces sólo restaba golpear dicha raíz con la pala y arrancar el conjunto. Aún resuena en mi oído el crac, con que se quebraba. Es claro que en ese caso se podía arrancar sin miramientos, porque era un árbol y se sabía que crecería bien en otra tierra. Por otra parte no era un árbol aún, era apenas un niño.

Ayer volví a hablar con L. Estamos en un todo de acuerdo respecto a él. Sin embargo, hay varias cosas que hablan en su favor. Por ejemplo, al mencionarte se reporta un poco. Sí, a pesar de todo tiene un buen fondo. ¿Qué me contó? En realidad me reuní dos veces con él y en ambas oportunidades me relató básicamente la misma historia con abundantes detalles complementarios. Una joven, la novia de otro, fue a verlo, permaneció con él entre ocho y diez horas, a pesar de su disgusto (en un caso, la muchacha fue a su domicilio privado, por la mañana; en el otro fue a la redacción, de noche: fue así como distribuyó la luz). Le declaró que quería poseerlo costase lo que costase y que si él se negaba se tiraría por la ventana. Él se negó, pero en cambio le dejó la ventana libre. Y bien, la muchacha no saltó, pero sucedió algo terrible. Una de las jóvenes tuvo una crisis histérica y comenzó a chillar, la otra... ya me olvidé. Yo no niego que todo eso haya ocurrido en realidad, tal cual él lo narra o peor aún: lo que no entiendo es por qué resulta tan tedioso.

Con todo, en los relatos acerca de su novia hubo un pasaje lindo. El padre de la joven padeció durante dos años de melancolía. Ella lo cuidaba. La ventana de la habitación del enfermo debía permanecer siempre abierta, pero cuando pasaba un automóvil por la calle había que cerrarla rápidamente por un instante, pues el caballero no soportaba el ruido. La hija se encargaba de esa tarea. Al relatar la his-

toria, L. añadió: "¡Imagínese, una historiadora del arte!" (Porque ella es historiadora del arte.)

Además me mostró su fotografía. Un rostro judío, posiblemente bello, nariz fina, ojos lánguidos, largas y delicadas manos, ropa cara.

Me preguntas por la muchacha, no sé nada más de ella. Desde que me entregó la carta para ti no la he vuelto a ver. En aquellos días teníamos una cita; pero fue justamente cuando llegaron tus primeras cartas sobre las charlas con tu marido y no me sentía en condiciones de hablar con ella. Le comuniqué que no iría, aduciendo razones muy valederas, pero con toda la amabilidad que ella me inspiraba. Luego le envié una notita, que ella sin duda interpretó mal, porque recibí una carta didáctica y maternal (en la cual, entre otras cosas, me solicitaba la dirección de tu marido); le contesté como correspondía, inmediatamente, por correo neumático. De eso hace una semana. Desde entonces no he vuelto a tener noticias de ella, de modo que ignoro lo que le escribiste y cuál fue el efecto que tu carta tuvo sobre ella.

Me dices que quizá el mes próximo vengas a Praga. Casi te rogaría que no vinieras. Permíteme conservar la esperanza de que si alguna vez te llamo en caso de extrema necesidad, vendrás inmediatamente. Pero no vengas ahora, porque tendrías que volver a partir.

[En el margen izquierdo:] Conozco tu respuesta, pero quisiera verla escrita.

En lo que respecta a la mendiga, sin duda no hubo en ello nada de bueno ni nada de malo. Yo estaba sencillamente demasiado distraído o demasiado preocupado por algo, como para actuar de otro modo que no fuera guiado por recuerdos vagos. Y uno de esos recuerdos me aconsejaba, por ejemplo: "No des demasiado a los mendigos, porque te arrepentirás." Una vez, cuando era muy pequeño, alguien me regaló un sechserl[54] y sentí deseos de dárselo a una vieja mendiga que se instalaba siempre entre el Grosse Ring y el Kleine Ring. Pero la suma me parecía enorme, una suma que seguramente nadie antes había entregado a un mendigo. Por eso me avergonzaba ante la anciana de hacer algo tan fuera de lo común. Sin embargo, sentía la necesidad de dárselo. Por eso lo cambié y entregué a la mujer un kreuzer, corrí en torno a todo el complejo de la Casa Consistorial y las arcadas próximas al Kleine Ring y aparecí como un benefactor diferente, para entregar un nuevo kreuzer a la mendiga. Eché a correr de nuevo y lo hice con toda felicidad diez veces. (O algo menos, pues creo que la mujer perdió la paciencia y se hizo humo.) Sea como fuere, al final yo estaba tan agotado —incluso moralmente— que corrí a casa y lloré hasta que mi madre me dio otro sechserl.

Como verás, tengo mala suerte con los mendigos. Pese a todo, me declaro dispuesto a cambiar todo mi patrimonio actual y futuro en billetes vieneses pequeños y a entregárselos lentamente, uno a uno, a una mendiga, frente a la ópera, con la condición de que tú estés a mi lado y yo pueda sentir tu proximidad.

Franz

Martes

Entre dictado y dictado, tarea que, por fin, hoy me he impuesto:

Esas cartitas alegres o, por lo menos, espontáneas como las dos de hoy (casi, casi, casi, casi) como en el bosque y el viento en tus mangas y la vista de Viena allá abajo. ¡Qué bien se está contigo, Milena!

La muchacha me envió hoy tu carta, sin una palabra, sólo con algunos subrayados en lápiz. Por lo visto no ha quedado conforme con ella. Y bien, como toda carta marcada con lápiz tiene sus fallas y al verla tuve conciencia de la disparatada imposibilidad que te exigí al pedirte que la escribieras. Te pido mil perdones. En realidad, también tendría que pedirle perdón a ella; pórque cualquiera fuera el tono de la carta, era natural que la ofendiera. Por ejemplo, cuando tú escribes, por consideración: *ponûvadz o Vás nikdy ani nepsal ani nehovoril*, tiene que haberse sentido herida; también la habría herido lo opuesto. Perdón, una vez más.

Con otra carta, la dirigida a Stasa, me ayudaste muchísimo, dicho sea de paso.

Jueves

Es una nota encantadora la de Stasa; pero no se puede decir que en esa nota de entonces haya sido diferente de lo que es ahora. En esa nota ella no es nada. Tú hablas a través de ella. La fusión entre ambas es increíble, es casi algo espiritual. Es como si alguien, que casi no interviene, pues no se anima a ser otra cosa que un mediador, trasmitiera lo que ha escuchado, algo que sólo él puede escuchar y entender. Y la conciencia de eso también contribuye a la belleza del todo. Pero no creo que ella haya cambiado desde entonces; quizá hoy pueda escribir una nota semejante en circunstancias similares.

Lo de los relatos es curioso. No me angustian por ser judíos ni porque una vez colocadas tales fuentes sobre la mesa todo judío debe servirse una porción de ese repugnante, venenoso, pero también antiguo y, en el fondo, eterno alimento común. No, eso no me angustia. ¿Me extenderías tu mano por sobre eso y la abandonarías entre las mías por largo, largo rato?

Ayer encontré la tumba. Si buscas con timidez es casi imposible encontrarla. Porque yo no sabía que era la tumba de tus parientes por línea materna. Por otra parte, las inscripciones sólo resultan legibles si uno se agacha y las mira con detenimiento. El oro ha saltado en su mayor parte. Permanecí largo rato allí. La tumba es bella, tan indestructible en su piedra, tan sin flores también; pero de qué sirven las flores sobre las tumbas. Nunca lo he entendido bien. Dejé unos claveles multicolores en el borde externo. Me sentía mejor en el cementerio que en la ciudad y esa sensación perduró. Durante cierto tiempo anduve por la ciudad como si recorriera un cementerio.

Jenícek ¿era tu hermano menor?

¿Estás bien de salud? En la fotografía de Neu-Waldegg se te ve realmente enferma. Sin duda la foto exagera; con todo, puede ser exageración, pero no engaño total. Hasta ahora no tengo un buen retrato tuyo. En una de las fotografías se ve a una muchacha joven, distinguida, delicada, pulcramente arreglada, que pronto —quizá dentro de un año o dos— saldrá del pensionado de monjas (las comisuras de los labios están algo caídas, pero es sólo señal de distinción y de piedad religiosa). La segunda foto es una exagerada imagen de propaganda: "Así se vive hoy en Viena". Dicho sea de paso, en esa segunda foto vuelves a tener una notable semejanza con mi misterioso primer amigo. Alguna vez te hablaré de él.

No, no viajaré a Viena. En cuanto a lo exterior, el viaje sólo resultaría posible merced a una mentira —si doy parte de enfermo en la oficina— o a dos días feriados sucesivos. Pero ésos son sólo los obstáculos exteriores, pobrecito (monólogo).

[En diagonal a través de la página:] Te he escrito a diario, ya recibirás las cartas.

El telegrama... Gracias, gracias, retiro todos los reproches. Por otra parte, no fueron reproches, fue una forma de acariciar con el dorso de la mano. El pobre está celoso desde hace mucho tiempo. Acaba de visitarme una vez más el dibujante-poeta (pero, más que nada, es músico). Viene continuamente. Hoy me trajo dos xilografías (Trotsky y una Anunciación. Como verás, su mundo no es estrecho). En el afán de interesarme más por su trabajo al establecer una rápida conexión contigo, le dije que enviaría el material a un amigo de Viena. La imprevista consecuencia fue que en lugar de recibir un ejemplar, me encontré con dos (te guardaré uno ¿o prefieres que te lo envíe ya?). Pero luego llegó el telegrama. Mientras yo leía y leía y no cabía en mí de alegría y gratitud, él seguía hablando (pero él no quiere molestar; no, eso no; si le digo que tengo que hacer y se lo digo en voz lo bastante alta como para despertarlo, interrumpe la oración por la mitad y sale corriendo, sin ofenderse en lo más mínimo). La noticia es muy importante, pero los detalles tienen que ser más importantes aún. Pero, por sobre todo: ¿te cuidarás? Porque eso es imposible; a mi juicio,

por lo menos, un médico no puede haber dicho algo más disparatado. Ah, es malo, pero de todas maneras, gracias, gracias.

Sábado

Hace casi media hora que estoy leyendo las dos cartas y la postal (sin olvidar el sobre, me sorprende que toda la División Mesa de Entradas del Correo no venga a pedir perdón por lo que te ha hecho) y sólo ahora advierto que he estado riéndome todo el tiempo. ¿Algún emperador en toda la historia universal se habrá sentido tan bien? Entra en su habitación y ya están allí las tres cartas y él no tiene más que abrirlas (¡qué lentos son los dedos!), repantigarse en el sillón y... no poder creer que toda esa dicha le haya tocado en suerte.

No, no todo fue motivo de risa. Sobre eso de llevar el equipaje no diré nada, porque no lo puedo creer y si lo creo, no lo puedo imaginar, y si me lo imagino, te veo tan linda —no, eso ya no es belleza, es un desvarío del cielo— como el "domingo" y no entiendo al "caballero" (sin duda dio veinte coronas y reclamó tres de vuelto[56]). Pero, con todo, no lo puedo creer y si realmente ha sucedido, admito que debe de haber sido tan terrible como grandioso. Pero eso de que no comas y pases hambre (mientras que a mí me sobrealimentan) y que tengas ojeras (después de todo no puede tratarse de un retoque y me quitan gran parte del placer que me causa la fotografía aunque resta lo bastante como para que sienta deseos de besarte la mano hasta que no se te ocurra volver a traducir ni a cargar maletas en la estación), eso no puedo perdonártelo y nunca te lo perdonaré. Y dentro de cien años, cuando estemos sentados frente a nuestra choza te seguiré murmurando los mismos reproches. No, no bromeo. ¿Qué clase de contradicción es ésa? Insistes en que me amas, lo cual significa que estás a favor mío, y pasas hambre contra mí... y aquí está el dinero superfluo y allá el Weisse Hahn.

Por esta vez te perdonaré lo que dices acerca de la carta de la muchacha, porque (¡por fin!) me llamas secretario (soy *tajemník*[57]), porque lo que vengo haciendo aquí desde hace tres semanas es muy *tajemné*[58]) y porque además, tienes razón. ¿Pero basta con tener razón? Y sobre todo: yo no tengo razón. ¿No quieres cargar con una parte de mi falta de razón (ya sé que no se puede, sólo se trata de la voluntad) leyendo entre líneas la inocua carta de la muchacha y descubriendo allí mi injusticia, escrita con grandes caracteres? Por lo demás, no quiero volver a oír hablar de ese intercambio epistolar al cual yo di origen en mi irreflexión. Tu carta le fue devuelta con unas corteses líneas. Desde entonces no he sabido nada de ella; no pude decidirme a proponer una reunión. Espero que todo se desarrolle en silencio y para bien.

Defiendes la carta a Stasa y no recuerdas ya que yo te la agradecí.

¿Estuviste en Neu-Waldegg? Y yo he ido con tanta frecuencia; es raro que no nos hayamos encontrado. Lo que pasa es que tú trepas y caminas tan rápido que debes de haber pasado como una exhalación ante mis ojos, como ocurrió en Viena. ¡Qué cuatro días tan extraños deben de haber sido ésos! Una diosa salió del cine y en el andén apareció una pequeña moza de cordel, ¡y se supone que ésos fueron cuatro días!

Max recibirá la carta hoy mismo. No he extraído de ella más de lo que podía leerse en secreto.

Sí, realmente has tenido mala suerte con Landaur[59]. ¿Y te sigue pareciendo bien en alemán? ¿Qué has hecho, pobre criatura (¡nada de criaturita, dios me libre!) martirizada y confundida por mis cartas! ¿No tengo razón al decir que las cartas te perturban? ¿Pero de qué sirve tener razón? Si recibo cartas, siempre tengo razón y todo lo demás; si no recibiera cartas no tendría ni razón, ni vida, ni nada.

¡Sí, ir a Viena!

Envíame la traducción, por favor. Siempre estoy ansioso por aferrar cuanto provenga de ti.

Viernes

Siempre quieres saber, Milena, si te quiero. Pero es una pregunta difícil a la cual no se puede responder por carta (ni siquiera en una carta como la del domingo último). Te lo diré con toda seguridad cuando nos veamos (si es que no me falta la voz), Pero no escribas nada más del viaje a Viena; no iré. Pero cada mención de ese posible viaje es una llamita que me aplicas sobre la piel desnuda. Es ya una pequeña pira que no se consume sino que arde siempre con el mismo vigor. Peor aún: con fuerza renovada. No es posible que tú desees eso.

Las flores que has recibido me hacen sufrir mucho. El dolor me ha impedido descifrar de qué clase de flores se trata. Y ahora están en tu habitación. Si yo fuera realmente tu armario saldría repentinamente de tu habitación en pleno día. Permanecería en la antecámara, por lo menos hasta que las flores se marchiten. No, eso no está bien. Todo está tan lejos, y sin embargo tengo el pomo de tu puerta ante mis ojos, tan cerca como mi tintero.

Y bien, es cierto, está tu telegrama de ayer, no, de anteayer; pero para entonces las flores no se habían marchitado aún. ¿Y por qué te complacen tanto? Si son tus "predilectas", lo lógico es que te causen placer todas las de esa clase que hay en el mundo ¿por qué limitar tu alegría a ésas, en particular? Pero quizás ésa también sea una pregunta difícil, que exige una respuesta oral. Sí, ¿pero dónde estás? ¿Estás en Viena? ¿Y dónde queda eso?

No, no puedo olvidar las flores. La Kártnerstrasse... y bien, es una historia de fantasmas o un sueño en un día nocturno, pero las flores son reales, colman el vaso (*marne*, dices tú y las aprietas contra tu pecho) y uno ni siquiera puede abrirse camino entre ellas, porque se trata de tus "flores predilectas". Esperad, cuando Milena abandone la habitación os arrancaré y os arrojaré al patio.

¿Por qué estás triste? ¿Ha ocurrido algo? ¿Y no lo dices? No, no es posible.

[En el margen izquierdo:] ¿Y por qué estás triste?

Me preguntas por Max y él te ha contestado hace tiempo ya. No sé qué te escribió, pero el domingo despachó la carta en mi presencia. ¿Recibiste mi carta del domingo?

Ayer fue un día extremadamente desasosegado, no hasta llegar a la tortura, pero desasosegado. Quizá te lo explique a continuación. Ante todo andaba con tu telegrama en el bolsillo, que era una manera muy especial de andar. Hay una bondad humana muy peculiar, de la cual los seres humanos nada saben. Por ejemplo, uno se encamina al puente Cech, extrae el telegrama y lo lee (siempre resulta nuevo: cuando uno lo ha leído absorbiéndolo, el papel queda vacío; pero no bien uno lo vuelve a guardar en el bolsillo, queda rápidamente reescrito). Y entonces uno mira a su alrededor y piensa que va a encontrar expresiones irritadas, no a causa de la envidia, pero sí miradas en las cuales se lee "¿Cómo? Tú, justamente tú has recibido ese telegrama. Haremos la denuncia allí arriba. Por lo menos enviaremos inmediatamente flores (una brazada) a Viena. En cualquier caso estamos decididos a no aceptar el telegrama sin más ni más." Pero, en lugar de eso, hasta donde alcanza la vista todo está tranquilo. Los pescadores continúan pescando, los espectadores siguen contemplando, los niños juegan al fútbol, el hombre del puente cobra los kreuzer. Si uno observa con más detenimiento, hay en todo un cierto nerviosismo, la geste se obliga a proseguir sus labores, a no revelar sus pensamientos. Pero justamente eso es lo más enternecedor, esa voz que surge de la actitud general: "Está bien, el telegrama te pertenece, estamos de acuerdo, no cuestionaremos tu derecho a recibirlo, lo pasaremos por alto, puedes conservarlo." Y cuando, después de un instante, lo vuelvo a sacar, uno podría pensar que eso los va a irritar; porque no me quedo quieto, por lo menos, ni me es condo. Pero no, no se muestran irritados, permanecen tal cual estaban.

[En el margen izquierdo:] ¿Y por qué estás triste?

Por la noche hablé otra vez con un judío palestino. Es imposible hacerte entender por carta la importancia que tiene para mí un individuo menudo, casi

diminuto, débil, barbado, tuerto. Pero ese individuo concentró mis pensamientos durante media noche. Pronto volveré sobre el tema.

¿De modo que no tienes pasaporte ni lo tendrás?

Jueves

Milena, industriosa Milena, tu habitación se va modificando en mi recuerdo. El escritorio y el ambiente en general no hacían pensar mucho en trabajo. Pero ahora hay tanto trabajo y lo siento, me convence, tu cuarto tiene que estar maravillosamente cálido y fresco y alegre. Sólo el armario persevera en su torpe pesadez y a veces tiene la cerradura trabada y no permite que se extraiga nada de él. Se mantiene cerrado como en un espasmo y, sobre todo, se niega a entregar el vestido que llevabas aquel "domingo". Es que eso no es un armario; si alguna vez te mudas de casa, lo tiraremos.

Me arrepiento mucho de ciertas cosas que he escrito en los últimos tiempos. No te enojes conmigo. Y, por favor, no te martirices con la idea de que no puedes liberarte sólo por tu culpa, exclusivamente por tu culpa. Más bien es culpa mía, algún día te hablaré de eso.

Jueves, más tarde

Para que no queden dudas, Milena:

Quizá éste no sea el estado óptimo, quizá yo sea capaz de soportar más dicha aún, más seguridad aún, más plenitud aún —aunque de ningún modo es seguro, sobre todo en Praga— de todas maneras, en términos generales, me siento bien, alegre y libre. Es un bienestar inmerecido, que produce miedo y si las condiciones presentes se mantienen por un tiempo, sin cambios demasiado grandes y continúo recibiendo todos los días una palabra tuya y esa palabra no me demuestre que estás demasiado torturada, es probable que eso baste para devolverme parte de la salud. Y bien, Milena, por favor no te martirices más y en lo que respecta a la física, nunca la entendí (a lo sumo entendí lo de la columna de fuego... eso es física ¿no?) y tampoco entiendo lo de la *váha svûta* y estoy seguro de que ella no me entiende a mí (¿de qué me serviría una balanza tan enorme a mí, con mis 55 kg desnudo? lo más probable es que ni siquiera advierta mi peso y permanezca inmóvil) y aquí estoy como estuve en Viena, y tu mano descansará en la mía mientras tú me la abandones.

Franz mal, F mal, Tuyo mal
nada más, silencio, bosque profundo.

El poema de Werfel es como uno de esos retratos que clavan la vista en todos los que se detienen ante ellos. A mí también me mira y sobre todo mira al Maligno que hasta lo ha escrito.

No entiendo muy bien tu comentario sobre las vacaciones. ¿Adónde irías?

Viernes

No, realmente no fue tan grave. Además ¿cómo puede liberarse el alma de un peso si no es mediante una pequeña malignidad? Por otra parte, hoy me parece correcto casi todo lo que escribo. Hay cosas que has entendido mal, por ejemplo lo del único sufrimiento. Porque el único sufrimiento es el que me ocasiona tu autotortura y no tus cartas, que me proporcionan todas las mañanas las fuerzas necesarias para sobrellevar el día y sobrellevarlo tan bien, que no he querido renunciar a ninguno de estos días (y, demás está decir, que tampoco a ninguna de las cartas). Y no es verdad que esté celoso, créeme; pero en eso de que es "superfluo" ser celoso no estoy muy de acuerdo. Siempre consigo evitar los celos, lo que sólo logro muy de vez en cuando es admitir que los celos son algo superfluo.

De modo que, por fin, tengo algo para contarle a Max: tu breve juicio sobre su enorme libro. Porque él siempre me pregunta por ti y quiere saber cómo te va y qué está ocurriendo y todo lo toma muy a pecho. Pero ya no puedo decirle casi nada. Felizmente, el lenguaje de por sí me lo impide. Porque no puedo hablar de una Milena cualquiera que vive en Viena y luego añadir que "ella" dice u opina o hace tal o cual cosa. Tú no eres ni "Milena" ni "ella", eso es un disparate; por lo tanto no puedo decir nada. Es tan natural, que ni siquiera me hace sufrir.

Sí, puedo hablar de ti con extraños y eso me produce un placer exquisito. Si al hacerlo me permitiera hacer un poco de teatro —cosa que me tienta mucho— el placer sería más intenso aún. Hace poco me encontré con Rudolph Fuchs[62]. Me gusta; pero, sin duda alguna, en condiciones normales el placer de conocerlo no habría sido tan grande, y no le habría oprimido la diestra con tanto entusiasmo. Y, sin embargo, sabía que el resultado no sería demasiado importante. "Aunque no lo sea", pensaba yo. La conversación recayó inmediatamente sobre Viena y sobre la gente que frecuentaba en aquella ciudad. Me interesaba mucho oír nombres. Él comenzó a enumerar. No, ésa no era mi intención. Yo quería que mencionara nombres de mujer. «Ah, claro. Estaba Milena, a quien usted conoce.» «Sí, Milena», repetí y contemplé la Ferdinandstrasse a través de la ventana como si quisiera consultar su opinión. Después siguieron otros nombres. Tuve un acceso de tos y la conversación se diluyó. ¿Cómo hacerla renacer? «Puede decirme en qué año de la guerra estuvo

en Viena?» «En 1917». «¿Y E. P.[63] no estaba por ese entonces en la ciudad? Nunca lo vi. ¿Aún no se había casado?» «No.» Fin. Podía haber logrado que me hablara un poco de ti, pero no tuve tuerzas para hacerlo.

¿Qué haces con los comprimidos de un tiempo a esta parte: Por primera vez me vueles a mencionar los dolores de cabeza. ¿Puedes decirme algunas palabras acerca del plan París?

¿Adónde viajarás ahora? (¿Se trata de un lugar con buena comunicación postal?) ¿Cuando viajarás? ¿Por cuánto tiempo? ¿Seis meses?

Comunícame siempre sin demora los números en que aparece algún trabajo tuyo.

¿Cómo te las habrías arreglado para viajar por dos días a Praga? Te lo pregunto por simple curiosidad.

Gracias por el "a pesar de todo", es una palabra mágica que se incorpora inmediatamente a mi sangre.

Viernes por la tarde

Encontré esta carta en casa. Conozco a la muchacha desde hace mucho tiempo, quizás hasta estemos un poco emparentados; por lo menos tenemos un pariente en común, justamente ese primo del cual ella habla y que ella y su hermana cuidaron durante meses, cuando estuvo muy enfermo en Praga. Físicamente ella me resulta casi desagradable: un rasuro redondo, demasiado grande, con mejillas sonrosadas, un cuerpecito redondo, una irritante manera de hablar susurrando. Por lo demás sólo he oído hablar bien de ella... Mejor dicho, los parientes hablaban mal de ella a sus espaldas.

Hace dos meses, mi respuesta a una carta como ésta habría sido muy simple: No, no, no. Ahora no creo tener derecho a responder así. No es que crea poder ayudarla de alguna manera, por supuesto. Además, ya Bismarck condenó para siempre ese tipo de cartas con su comentario de que la vida es un banquete mal organizado, durante el cual uno aguarda con impaciencia los fiambres, mientras que la carne asada, el gran plato principal pasa en silencio, y que uno debe adaptarse a eso... ¡Qué estúpida es esa inteligencia, qué horriblemente estúpida! Si le escribo comunicándole que estoy dispuesto a encontrarme con ella, lo haré más por mí que por ella. ¡Tú has puesto algo en mi mano, Milena, y creo que no debo mantenerla cerrada!

Mañana parte mi tío. Volveré al aire, al agua, saldré otra vez de la ciudad. Lo necesito mucho.

Ella me dice que sólo yo puedo leer esa carta. Creo cumplir sus deseos si te la envío a ti. Rómpela. Dicho sea de paso, hay un pasaje bonito: *zeny nepotrebují mnoho*[64].

Sábado, más tarde.

Se mire por donde se mire, la carta de hoy, esa carta tierna, leal, alegre, portadora de dicha, es la carta de un "Salvador". ¡Milena entre los Salvadores! (¿Estaría ella junto a mí si yo también figurara entre ellos? No, seguro que no). Milena entre los Salvadores, ella, la que comprueba, a cada paso, en carne propia, que sólo se puede salvar a los demás por medio de la propia existencia y nada más. Y ahora ya me ha salvado por su sola existencia e intenta completar su obra con medios infinitamente menores. Si alguien salva a otro de perecer ahogado ha cumplido una gran acción; pero si luego le obsequia el abono a un curso de natación ¿qué queda por decir? ¿Por qué quiere facilitarse así las cosas el Salvador? ¿Por qué no quiere seguir salvando al otro por su sola existencia, su existencia siempre dispuesta? ¿Por qué intenta traspasar su misión a un profesor de natación, al propietario de un hotel de Davos? ¡Por otra parte estoy pesando 55,40! ¿Y cómo es posible que yo me aleje volando si estamos tomados de la mano? Y si ambos nos alejáramos volando ¿qué pasaría? Aparte de eso, la idea fundamental, la idea subyacente es ésta: nunca más me alejaré tanto de ti. ¡Pero si acabo de salir de la cámara de plomo de Merano!

Sábado por la noche

Lo anterior ya estaba escrito. Además, tenía intención de escribirte otras cosas hoy; pero eso es secundario. Llegué a casa, en la oscuridad vi la inesperada carta sobre el escritorio, le eché un rápido vistazo mientras me llamaban una y otra vez a la mesa, comí algo que, lamentablemente, se negaba a desaparecer del plato a menos que uno lo tragara, luego leí la carta a fondo, sin prisa, con rapidez, con furia, feliz, asombrado —uno no puede creer, pero ahí está y uno no puede creerlo a pesar de todo; pero uno se está inclinando sobre eso y, sin duda, ésa es una forma de creer—, por fin, desesperado, desesperado, con una desesperación que aceleraba los latidos del corazón. "No puedo ir", lo supe desde la primera línea y lo supe en la última, entre ambas viajé varias veces a Viena, como en las noches de insomnio, cuando se tienen diez sueños de medio minuto de duración a lo largo de la vigilia. Luego fui al correo, te telegrafié, me tranquilicé un poco y ahora estoy sentado aquí. Estoy sentado aquí y encaro la triste tarea de demostrarte que no puedo ir. Y bien, según dices no soy débil, de modo que quizá lo logre. Pero, sobre todo, quizá logre abrirme paso a través de las próximas semanas, cada hora de las cuales ya me sonríe burlona y me pregunta: "¿De modo que, en serio, no fuiste a Viena? ¿Conque recibiste la carta y no fuiste a Viena? ¿No fuiste a Viena? ¿No fuiste a Viena?" No entiendo nada de música, pero esa música sí la entiendo, lamentablemente, la entiendo mejor que cualquier persona con talento musical.

No pude ir, porque no puedo mentir en la oficina. En la oficina también puedo mentir, pero sólo por dos razones: por miedo (de modo que se trata de un asunto oficial, pertenece a la oficina, y en ese caso puedo mentir sin estar preparado, puedo mentir de memoria, con inspiración) o por extrema necesidad (es decir cuando "Else está enferma", Else, Else[65], no tú, Milena, tú no debes enfermarte, eso ya sería más que extremo, ni siquiera puedo hablar de ello). Por necesidad, pues, podría mentir en seguida; en ese caso no haría falta un telegrama. La necesidad es algo que puede causar efecto en la oficina, podría marcharme entonces con o sin permiso. Pero en todos los casos en los cuales las razones principales para mentir sean la felicidad y la necesidad de ser feliz, me siento incapaz de inventar una mentira. No puedo hacerlo, así como no puedo levantar una pesa de 20 kg. Si llegara a presencia del director con el "telegrama Else", estoy seguro de que se me caería de la mano, y si se me cayera, sin duda alguna lo pisaría, pisaría la mentira, y si hiciera eso, estoy seguro de que huiría del director sin pedirle nada. Comprende, Milena, la oficina no es una estúpida institución cualquiera (lo es y mucho, pero no se trata de eso y por otra parte es más fantástica que estúpida): es mi vida, mi vida hasta ahora. Puedo desprenderme de ella, de eso no cabe duda, y quizás ésa no fuera una mala idea; pero ocurre que ha sido mi vida hasta ahora, puedo llevar mal las cosas, puedo trabajar menos que nadie (y así es), puedo eludir el trabajo (y así es), puedo darme aires de importancia a pesar de eso (y lo hago), puedo aceptar con la mayor tranquilidad el trato más amable que puede darse en una oficina como si fuera lo más natural del mundo; pero mentir para viajar de pronto como un individuo libre —cuando, después de todo, no soy más que un empleado—, viajar hacia donde "no me lleva otra cosa" que el natural latir del corazón... pues bien, así no puedo mentir. Pero antes de recibir tu carta quería escribirte anunciándote que esta mis ma semana renovaría mi pasaporte o haría lo necesario para tenerlo en orden, a fin de viajar lo antes posible si fuera necesario.

Releo lo escrito y comprendo que no es lo que pensaba. No soy "fuerte" después de todo, puesto que no he sabido decirlo como es debido. (Algo más: quizá yo mienta peor que otro empleado que, como ocurre en la mayoría de los casos, se considera objeto de permanente injusticia o cree rendir por encima de sus fuerzas —si yo pensara eso de mí, ya estaría casi en el rápido a Viena— o considera a la oficina como una máquina mal manejada —él lo haría mucho mejor—, una máquina en la cual él mismo ocupa el lugar menos indicado, justamente a causa de la estupidez de las esferas directivas -de acuerdo con su capacidad, él debería ser uno de los engranajes más importantes y ahora se ve relegado a la categoría de último engranaje, etcétera, etcétera. Para mí, en cambio, la oficina —como ya lo fuera la escuela primaria, la secundaria, la universidad, la familia y todo— es un individuo vivo que me contempla con sus inocentes ojos, esté yo donde esté, un individuo al cual estoy ligado por alguna razón desconocida, a pesar de que me resulta más extraño que cualquiera de los que pasan en

este instante en automóvil por el Ring. De modo que me resulta ajeno hasta lo absurdo; pero justamente eso exige consideraciones, apenas si hago algún esfuerzo por ocultar que soy un extraño ¿pero cómo puede llegar a percibirlo en su inocencia? ... y entonces no puedo mentir.) No, no soy fuerte ni sé escribir... No sé nada. Y ahora, Milena, tú también te apartarás de mí. No por mucho tiempo, lo sé; pero ten presente esto: el hombre no aguanta mucho si su corazón no late ¿y cómo ha de latir mi corazón mientras tú te mantienes apartada?

¡Si pudieras telegrafiarme después de esta carta! Es una expresión de deseo, no es un pedido. Hazlo sólo si puedes hacerlo libremente. Sólo en ese caso. Como verás, ni siquiera subrayo estas líneas.

Olvidaba citar la tercera razón que posibilitaría mis mentiras: tu presencia a mi lado. En ese caso, mi mentira sería la más inocente del mundo, porque en el despacho del director no estaría nadie más que tú.

Domingo

Ignoro aún cuáles serán tus comentarios a mi carta del sábado por la tarde y lo ignoraré por mucho tiempo. Sea como fuere, estoy aquí sentado en la oficina. Turno dominical (otra extraña institución: uno se sienta ahí y basta; otros trabajan durante el turno dominical, aunque menos que de costumbre, yo trabajo en la misma medida de siempre), nublado, tan pronto amenaza lluvia; tan pronto, la claridad que atraviesa las nubes me molesta al escribir. Y bien, está como está: triste y pesado. Y si tú me dices en tus cartas que tengo deseos de vivir, te puedo asegurar que hoy no me destaco por eso precisamente. ¿Qué puede proporcionarme ese deseo? ¿La noche de hoy, el día de hoy? Pero, en el fondo, lo conservo a pesar de todo (cada tanto retorna ¡oh palabra buena!); en superficie, muy poco. Además, yo gusto tan poco de mí mismo. Estoy sentado ante la puerta del despacho del Director. El Director no está, pero no me sorprendería verlo salir y oírle decir: «A mí tampoco me gusta, de modo que queda usted despedido». «Gracias», diría yo, «necesito con urgencia ese despido para viajar a Viena». «¡Conque ésas tenemos!» diría él, «ahora usted vuelve a gustarme y retiro el despido». «Ay me lamentaría yo, así que vuelvo a quedarme sin viaje». «¡Cómo que no!» diría él, «porque ahora usted vuelve a dejar de gustarme y lo despido». Y sería una historia de nunca acabar.

Hoy, por primera vez desde que regresé a Praga, según creo, he soñado contigo. Fue hacia la mañana. Un sueño breve y profundo, después de una mala noche. No recuerdo muchos detalles. Tú estabas en Praga, marchábamos por la Ferdinandstrasse, más o menos a la altura de Vilimek; íbamos en direc-

ción al Quai, unas personas que tú conocías pasaban por la vereda opuesta, nos volvíamos hacia ellos, tú hablabas de ellos, quizá hablaras también de Krasa[66] (sé que no está en Praga, averiguaré su dirección). Hablabas como siempre, pero en tu voz y en tu actitud había un indefinible e intangible elemento de rechazo. Yo no lo mencionaba, pero me maldecía y, al hacerlo, me limitaba a formular en palabras la maldición que pesaba sobre mí. Luego aparecíamos en un café, en el Café Unión seguramente (porque estaba en el camino), un hombre y una muchacha compartían nuestra mesa. De ellos no me acuerdo para nada. Luego había un hombre muy parecido a Dostoievsky, pero joven: barba y cabello renegridos, todo muy definido, por ejemplo las cejas, las prominencias óseas sobre los ojos. Además estabas tú y estaba yo. Tampoco en ese momento había nada que denunciara tu actitud de rechazo, pero el rechazo estaba ahí. Llevabas el rostro —yo no podía apartar los ojos de esa torturante peculiaridad— empolvado, demasiado empolvado, sin habilidad, mal empolvado. Además quizá hiciera calor, pues tus mejillas exhibían verdaderos dibujos en polvo. Me parece verlos aún. A cada instante yo me inclinaba hacia ti para preguntarte por qué te habías empolvado; cuando advertías que yo estaba por formular la pregunta, te me adelantabas y preguntabas —el rechazo no se advertía tampoco en ese instante—: "¿Qué quieres?" Pero yo no podía preguntar, no me atrevía y, sin embargo, intuía de alguna manera que al empolvarte así me estabas sometiendo a una prueba, a una prueba decisiva: que, justamente, yo debía preguntar. Además, quería hacerlo; pero no me atrevía. Así rodaba sobre mí ese triste sueño. Otra de las cosas que me torturaba era el tipo parecido a Dostoievsky. Su actitud para conmigo era semejante a la tuya y, sin embargo, difería un poco. Cuando yo le preguntaba algo se mostraba muy amable, simpático y se inclinaba hacia mí con gran cordialidad; pero cuando ya no se me ocurría qué preguntar o decir —y eso sucedía a cada instante— se echaba bruscamente hacia atrás, se concentraba en un libro. El resto del mundo desaparecía para él y, sobre todo, desaparecía yo. El hombre se perdía entre su barba y su cabellera. No sé por qué eso me resultaba intolerable. A cada paso experimentaba la necesidad de atraer su atención con una pregunta —no podía evitarlo— y en cada ocasión lo volvía a perder por mi culpa.

Pero ahora tengo un pequeño consuelo, no puedes privarme de él hoy: tengo ante mí *Tribuna*[67] y ni siquiera la he comprado contrariando tu prohibición. Se la pedí prestada a mi cuñado. No, mi cuñado me la prestó. Por favor, no me prives de esa dicha. Porque lo que me interesa, en primer lugar, no es el contenido. Escucho la voz ¡mi voz! en medio del estrépito del mundo. No me prives de esa dicha. ¡además, todo es tan lindo! No sé qué ocurre: leo sólo con los ojos y, sin embargo, mi sangre lo percibe al instante y lo incorpora, cálida,

a su torrente. Por otra parte es divertido. Por supuesto, yo pertenezco al segundo grupo: ese peso en los pies es directamente propiedad mía y no estoy de acuerdo en que mis asuntos personales se hagan públicos. Alguien dijo alguna vez que yo me desplazo como un cisne sobre el agua; —pero eso no fue un elogio. Además es excitante. Me veo como un gigante que extiende los brazos para apartar al público de ti (no es tarea fácil, pues el gigante debe mantener al público lejos y, al mismo tiempo, no quiere perder una sola de tus palabras ni privarse por un segundo de tu presencia), ese público probablemente obstinado, estúpido, por añadidura femenino, que quizá clame: "¿Dónde está la moda? Y bien ¿dónde diablos está la moda? Lo que hemos visto hasta ahora es 'sólo' Milena." "Sólo" y de ese "sólo" vivo yo. En realidad yo levanto el resto del mundo como Münchhausen levantó las cureñas de Gibraltar, para arrojarlas al ancho mar. ¿Cómo? ¿Y el resto? ¿Y mentir? ¿No puedes mentir en la oficina? Y bien, aquí estoy, está tan nublado como antes y mañana no recibiré carta y el sueño es la última noticia que he recibido de ti.

Domingo por la noche

Rápido, pues, ésa es la posibilidad, se nos da todas las semanas. ¿Cómo no lo he advertido antes? De cualquier manera necesito el pasaporte, no es tan simple como piensas y sin la ayuda de Ottla[68] resulta casi imposible.

Partiré un sábado por la tarde, con el rápido, llegaré alrededor de las dos de la madrugada (mañana averiguaré los horarios exactos) a Viena. Mientras tanto, el viernes, tú habrás sacado pasaje para el rápido a Praga del domingo y me habrás telegrafiado. Sin ese telegrama no podría alejarme de Praga. Me aguardarás en la estación, tenemos más de cuatro horas para estar juntos, a las 7 de la mañana del domingo parto de regreso.

Ésa es, pues, la posibilidad un poco mezquina, sin duda: sólo cuatro fatigadas horas nocturnas para compartir (¿y dónde? ¿en un hotel próximo a la estación Francisco José?), pero una posibilidad al fin. Por supuesto, la perspectiva mejora extraordinariamente si tú (¿pero existe esa posibilidad?) sales a mi encuentro y nos reunimos en Gmünd para permanecer esa noche allí. Gmünd es austríaca ¿no? De modo que no necesitarías pasaporte. Yo llegaría allí a eso de las 10 de la noche, quizás antes, y regresaría, con el rápido del domingo (supongo que el domingo se consigue lugar con facilidad), a eso de las 11 de la mañana. Quizá pueda partir más tarde aún si hay algún tren de pasajeros después de esa hora. Eso sí, no sé cómo puedes ir y volver tú.

¿Qué me dices a todo esto? Es curioso que tenga que formularte una pregunta después de haber estado charlando el día entero contigo.

Dirección de Krasa: Marienbad, Hotel Stern.

Lunes

Y bien, el telegrama no fue una respuesta, pero la carta del jueves sí lo es. De modo que el insomnio estuvo muy justificado y la horrible tristeza de esta mañana estuvo muy justificada. ¿Sabe tu marido lo de la sangre? No hay que exagerar, quizá no sea nada, la sangre aparece por muchas razones, es claro que no por eso deja de ser sangre y no es fácil olvidarla. Y tú continúas viviendo tu vida alegre y heroica; vives como si estuvieras invitando a la sangre: "¡Vamos, asoma! ¡Asoma de una vez por todas!" Y entonces aparece. Y lo que yo debo hacer aquí no te preocupa en lo más mínimo y, por supuesto, no eres un *nemluvnû* y sabes lo que haces; pero lo que quieres es que yo permanezca aquí en la orilla de Praga mientras tú te hundes en el mar de Viena ante mis ojos y por propia voluntad. Y si no tienes qué comer ¿no es ésa una necesidad *pro sebe* ¿0 piensas que es más una necesidad mía que tuya? Y bien, tienes razón en eso. Y, lamentablemente, ya no te podré enviar más dinero, pues a mediodía me iré a casa y meteré ese dinero inútil en el horno de la cocina. Y así nos hemos separado por completo, Milena, y por lo visto sólo tenemos un ferviente deseo en común: que estés aquí y que tu rostro permanezca lo más cerca posible de mí. Y, por supuesto, el deseo de morir. Tenemos en común el deseo de una "cómoda" muerte; pero, en realidad, ése ya es un deseo que se experimenta en la primera infancia. Yo lo experimentaba, por ejemplo, en la clase de aritmética, cuando veía al profesor allá arriba, hojeando su libreta y, probablemente, buscando mi nombre, y comparaba ese espectáculo de fuerza, horror y realidad, con mi inconcebible falta de conocimientos, y en un semisueño de miedo deseaba ponerme de pie como un fantasma, como un fantasma recorrer el pasillo entre los bancos, deslizarme junto al profesor en un vuelo tan ingrávido como mis conocimientos de matemáticas, atravesar la puerta de alguna manera, recuperarme afuera y sentirme por fin libre en aquel hermoso aire que, en todo el mundo conocido por mí, no contenía tensiones comparables a las del aula. Sí, eso habría sido "cómodo". Pero eso no ocurría. Me hacían pasar al frente, me dictaban un problema, para resolverlo necesitaba la tabla de logaritmos, no me la había olvidado, pero mentía, decía que la tenía en el banco (pues pensaba que el profesor me prestaría la suya), me enviaban de vuelta al banco a buscarla, yo advertía con una alarma ni siquiera fingida (en la escuela nunca me vi obligado a fingir alarma) que no estaba allí, y el profesor (anteayer lo encontré) me decía: "¡Cocodrilo!" Me ponía un insuficiente y, en realidad, eso era una bendición, pues era apenas una formalidad y, por añadidura, una injusticia (pues si bien es cierto que yo había mentido, nadie podía probarlo ¿no es una injusticia eso?); pero, por encima de todo, no me había visto obligado a poner de manifiesto ml desvergonzada ignorancia. De

modo que, en términos generales, todo resultaba bastante "cómodo' y, en circunstancias favorables. también se podía "desaparecer" en la propia aula y las posibilidades eran infinitas y se podía "morir" aún en vida.

[Sobre esta página y la anterior aparece la siguiente leyenda escrita con lápiz azul:] Charlo así sólo porque, a pesar de todo, me siento bien cerca de ti.

Sólo una posibilidad es inexistente —a través de toda la cháchara surge con claridad—: que tú entres en este instante y que estés aquí y que hablemos sobre tu recuperación con todo detenimiento. Y, sin embargo, esa posibilidad, precisamente, sería la más urgente de todas.

Hoy quería decirte muchas cosas antes de haber leído las cartas; pero ¿qué puede decirse cuando está la sangre de por medio? Por favor, escríbeme en seguida comunicándome la opinión del médico ¿qué clase de hombre es?

Te equivocas al describir el arrepentimiento en la estación de ferrocarril. No vacilé un solo instante. Todo era tan naturalmente bello y triste, estábamos tan solos, que me resultó cómico ver cómo la gente, que no estaba allí, de pronto se irritaba y exigía que abriesen las puertas del andén.

Pero frente al hotel sucedió como tú dices. ¡Qué hermosa estabas allí! ¿O acaso no eras tú? Habría sido muy raro que te levantaras tan temprano. Pero si no eras tú, ¿cómo sabes con tanta precisión lo ocurrido?

Lunes, más tarde

¡Ay, cuántos expedientes han llegado! ¿Y para qué trabajo, y para colmo mal dormido? ¿Para qué? Para el horno de la cocina.

Y por añadidura ahora el poeta, el primero de ellos. También es xilógrafo y aguafuertista y no se va nunca y está tan lleno de vida que derrama todo sobre mí y me ve temblar de impaciencia, ve mi mano temblorosa sobre esta carta, y la cabeza que va pende sobre el pecho y no se va, ese muchacho bueno, ese muchacho lleno de vitalidad, feliz-infeliz, extraordinario, pero en este instante espantosamente molesto para mí. Y tú tienes sangre en los labios.

Y, en realidad, siempre escribimos lo mismo. Una vez pregunto yo si estás enferma, luego eres tú quien habla de eso; una vez soy yo quien tiene ganas de morir, otra vez eres tú; una vez quiero llorar ante ti como un niñito, otra vez lo haces tú, como una niñita. Y una vez y diez y mil veces y siempre quiero estar contigo y tú también lo dices. Eso basta, eso basta.

Y sigo sin recibir una carta que mencione la opinión del médico. Corresponsal lenta, mala, amada... Y bien ¿qué hacer? Nada, permanecer quieto en tu regazo.

Lunes por la tarde

Sería un embustero si no dijera algo más que hoy, en la carta de la mañana. Sobre todo porque me dirijo a ti, ante quien puedo hablar con tanta libertad como ante nadie, pues nadie ha estado hasta ahora tan cerca de mí, tan a conciencia y a voluntad como tú, a pesar de todo, a pesar de todo. (Establece la distinción entre el gran A Pesar de Todo y el gran No Obstante.)

Las mejores cartas que me has escrito (y eso es mucho decir, pues tus cartas en totalidad son, casi línea por línea, lo mejor que haya ocurrido en mi vida) son aquéllas en las cuales justificas mi "miedo" y, al mismo tiempo, procuras explicarme que no debo sentirlo. Pero ocurre que también yo, aunque a veces parezca un sobornado defensor de mi "miedo", probablemente lo justifique en lo más hondo de mí. Es más: ese miedo es parte de mí y quizá sea lo mejor de mí. Y puesto que es lo mejor de mí, quizá sea también lo único que tú amas. Pues ¿qué cosa digna de amar puede encontrarse en mí? Mi miedo, en cambio, es digno de ser amado.

Y cuando una vez me preguntaste cómo podía decir que había pasado un sábado agradable, si tenía ese miedo en el corazón, no me pareció difícil explicártelo. Puesto que te amo (*y te amo, pues, conceptualizadora mía; como el mar ama a un diminuto guijarro hundido en sus profundidades, de la misma manera le envuelve mi amor* ... y ojalá yo sea también para ti ese guijarro, si el Cielo lo permite), amo el mundo entero y a ese mundo pertenece también tu hombro izquierdo, no, primero fue el derecho y por eso lo beso cuando quiero (y tú eres tan tierna como para apartar la blusa) y a ese mundo pertenece también tu hombro izquierdo y tu rostro sobre mí en el bosque y tu rostro bajo mí en el bosque y ese descansar sobre tu pecho casi desnudo. Y por eso tienes razón cuando dices que ya fuimos uno, y eso no me produce miedo alguno, es mi única dicha y mi único orgullo y no lo limito para nada al bosque.

Pero entre ese día-mundo y aquella "media hora en la cama" de la cual hablabas con tanto desprecio en una carta, definiéndola como cosa de hombres, existe para mí un abismo que no puedo franquear, probablemente porque no quiero. Allí hay un asunto de la noche, en todo sentido un asunto de la noche; aquí está el mundo y yo lo poseo y se supone que yo franquee el precipicio para penetrar en la noche y para apoderarme otra vez de ella. ¿Puede uno apoderarse otra vez de algo? ¿No equivale eso a perderlo? Aquí está el mundo, que yo poseo, y se pretende que yo franquee el abismo en nombre de un inquietante hechizo, un conjuro, una piedra filosofal, una alquimia, un anillo mágico. No quiero saber nada de eso, me inspira un miedo horrible.

¡Tratar de atrapar en una noche, por medio de una hechicería, a toda prisa, jadeante, desvalido, poseído, tratar de atrapar por medio de una hechicería lo que cada día ofrece a los ojos abiertos! ("Quizá" no haya otra manera de engendrar hijos, "quizá" los hijos también sean un hechizo. Dejemos ese tema por ahora.) Por eso estoy tan agradecido (a ti y a todo) y por eso es, pues, *samozrejmé*[71] que junto a ti me sienta absoluta-

mente sereno y absolutamente inquieto, absolutamente coaccionado y absolutamente libre, razón por la cual, luego de haberlo comprendido, he renunciado a todo el resto de la vida. ¡Mírame a los ojos!

Por Frau K. me entero de que los libros han sido trasladados de la mesa de luz al escritorio. Tendría que habérseme consultado antes si estaba de acuerdo con el traslado. Y yo habría dicho: ¡no!

Y ahora agradéceme. Tengo ganas de escribir algo loco en estos últimos renglones (algo locamente celoso), pero he logrado reprimir ese deseo.

Y ahora basta, ahora cuéntame algo de Emilie.

Lunes por la noche

Es tarde, después de un día un poco sombrío, a pesar de todo. Es probable que mañana no reciba carta tuya. Ya recibí la del sábado y si hubieras escrito el domingo sólo podría recibirla pasado mañana, de modo que el día estará libre de las influencias de una carta. Es curioso cómo me deslumbran tus cartas, Milena. Desde hace una semana o más, siento que te ha ocurrido algo, algo repentino o paulatino, algo fundamental o incidental, algo claro o semiinconsciente; sea como fuere, sé que ese algo está ahí. Lo advierto, no tanto por detalles de las cartas —por más que esos detalles existen—, como por los recuerdos que las colman (recuerdos muy especiales); porque si bien respondes a todo como de costumbre, tus respuestas no son completas; porque estás triste sin motivo; porque me envías a Davos; porque de pronto, deseas ese encuentro. (Habías aceptado sin discusión mi consejo de no venir; habías declarado que Viena no era adecuada para el encuentro; habías dicho que no nos encontraríamos antes de tu viaje, y ahora en dos o tres cartas esa prisa. Tendría que alegrarme mucho; pero no puedo, pues en tus cartas campea algún miedo secreto, no sé si por mí o en contra de mí, y hay miedo en esa repentineidad y en esa prisa con que reclamas el encuentro. Sea como fuere, estoy muy contento de haber encontrado una posibilidad y, sin duda, es una posibilidad. Aun cuando no pudieras alejarte de Viena por una noche, podría concretarse si sacrificáramos algunas de las horas que podemos pasar juntos. Tú partirías rumbo a Gmünd con el rápido dominical, a eso de las 7 de la mañana —como lo hice yo en aquella ocasión—, llegarías a eso de las 10, yo te estaría aguardando y, como sólo partiría a las 4.30 de la tarde nos quedarían siempre seis horas para permanecer juntos. Tú viajarías entonces de regreso a Viena en el rápido de la noche y llegarías a las 11.15. Una breve excursión dominical.)

De modo que por eso estoy inquieto o, mejor dicho, por eso no estoy inquieto, tan grande es tu poder. En lugar de sentirme más que inquieto, porque intentas callar algo o debes callar algo o lo callas sin advertirlo, y bien, en lugar de intranquilizarme más por eso, permanezco tranquilo, tan grande es mi confianza

en ti, pese a tu belleza. Pienso que si callas algo, será porque debes hacerlo.

Pero existe otra razón realmente extraordinaria para que me mantenga tranquilo. Tienes una peculiaridad —creo que está en lo más hondo de tu naturaleza y es culpa de los demás si su efecto no es general— que no he encontrado en nadie más y que ni siquiera puedo entender bien, pese a haberla encontrado en ti. Es tu incapacidad para hacer sufrir. No es por piedad, sino porque simplemente no puedes. Es fantástico: me he pasado la tarde entera pensando en eso, pero ahora no me atrevo a escribir lo que pensé; quizá todo esto no sea más que una excusa más o menos buena para un abrazo.

Y ahora a la cama. *¿Qué estarás haciendo en este momento, lunes alrededor de las 11 de la noche?*

Martes

Qué falta de penetración psicológica, Milena. Siempre lo he dicho. Y bien, Else se ha enfermado, eso cabe dentro de las posibilidades y quizá uno se vea obligado a viajar a Viena por esa razón; pero eso de la anciana tía Klara gravemente (enferma)... ¿Crees por ventura que —dejando de lado a todos los demás— yo podría presentarme ante el Director y contarle lo de la tía Klara sin echarme a reír? (Por supuesto, y aquí tenemos otra muestra de penetración psicológica, no hay judío que no tenga una tía Klara, pero la mía murió hace rato.) De modo que eso es imposible. Me alegro de que ya no la necesitemos. Que se muera, de todos modos no está sola, Oskar está con ella. Entre paréntesis: ¿quién es Oskar? La tía Klara es la tía Klara, pero, ¿quién es Oskar? De cualquier manera, está con ella. Espero que no se enferme él también, ese caza-herencias.[72]

¡Después de todo llegó una carta y qué carta! Lo que dije al comienzo no tiene validez para las cartas nocturnas, pero esta inquietud (quieta, como dije antes) no puede desvanecerse ni en presencia de ellas. ¡Qué suerte que nos veamos pronto! Quizá te telegrafíe mañana o pasado (Ottla ya fue hoy por el pasaporte) para comunicarte si puedo ir ya este sábado a Gmünd (para Viena es demasiado tarde esta semana, pues habría que adquirir el pasaje para el rápido del domingo). Contéstame también por telegrama si puedes viajar. Iré de noche al correo, para que puedas recibir el telegrama sin demora. Entonces, la cosa es así: si mi telegrama dice "imposible". quiere decir que esta semana no puede ser. En ese caso no esperaré respuesta telegráfica y discutiré lo demás por carta (por supuesto, el encuentro durante las próximas cuatro semanas, depende de dónde te vayas; probablemente te alejes más aún de mí, y bien, en ese caso pasaríamos un mes sin vernos). O bien yo te telegrafío: "Puedo estar sábado en Gmünd." A ese telegrama responderás con "imposible" o con "sábado estaré en Gmünd" o "domingo estaré en Gmünd". En estos dos últimos casos el asunto queda arreglado, no hace falta enviar más telegramas (no, para que estés segura de que tu telegrama llegó te acusaré recibo), ambos viajaremos a Gmünd

y nos veremos ese mismo sábado o domingo. Todo suena muy fácil.

Casi dos horas perdidas. Me vi obligado a interrumpir la carta; Otto Pick[72] estuvo de visita. Estoy cansado. ¿Cuándo nos veremos: ¿Por qué sólo se escucha tu nombre apenas tres veces en una hora y media? ¿Dónde estás? ¿En viaje a la aldea donde está la choza? Yo también estoy en camino; es un largo viaje. Pero no te tortures por eso, por favor. Sea como fuere estamos en camino, lo más que podemos hacer es partir.

Martes

¿Dónde está el médico? Examino la carta sin leerla, sólo para encontrar al médico. ¿Dónde está?

No duermo. No quiero decir que no duerma por eso. Las auténticas preocupaciones más bien hacen que el individuo amusical duerma mejor. Sin embargo, yo no duermo. ¿Ha transcurrido demasiado tiempo desde el viaje a Viena? ¿Alabé demasiado mi suerte? ¿No sirven de nada la leche y la manteca y la ensalada, y necesito el alimento de tu presencia? Quizá la razón no sea ninguna de ésas, pero mis días no son lindos. Por añadidura, desde hace tres días me he visto privado de la dicha del departamento vacío. Estoy de nuevo en casa (por eso recibí el telegrama inmediatamente). Quizá no sea el departamento vado lo que me hace tanto bien o, por lo menos, no sea fundamental eso, sino la posesión de dos viviendas, una para el día y la otra, distante, para el atardecer y la noche. ¿Entiendes? Yo no, pero es así.

Ah, sí, el armario. Es posible que ése sea el motivo de nuestra primera y última riña. Yo diré «Hay que sacarlo de aquí». Tú dirás: «Aquí se queda». Yo diré: «Elige entre él o yo», tú dirás: «Ya mismo. Frank y Schrank[74] riman. Me quedo con el armario». «Muy bien», diré yo y descenderé lentamente la escalera (¿cuál?) y... si aún no he encontrado el canal del Danubio todavía hoy estaré vivo.

Por otra parte, simpatizo mucho con el armario, sólo que no deberías usar ese vestido. Lo gastarás ¿y qué me quedará entonces?

Qué curioso lo de la tumba. Porque la busqué realmente en ese lugar (*vlasine*), pero de manera tímida. Luego tracé círculos cada vez más grandes en torno a ese punto. Por fin esos círculos se hicieron enormes y tomé otra bóveda por la buscada.

De modo que partes y no tienes tampoco la visa. De ese modo pierdo la seguridad de que acudirías en seguida si fuera necesario. Y todavía quieres que duerma. ¿Y el médico? ¿Dónde está? ¿Sigue sin aparecer?

No ha habido estampillas especiales con motivo del Congreso, yo también esperé que aparecieran. Para gran desilusión mía me traen hoy las "estampillas del Congreso" y no son otra cosa que estampillas comunes, sólo que con el sello del Congreso. A pesar de todo, ese sello las hace muy valiosas, pero el niño no lo

entenderá. Sólo incluiré una estampilla por día, en primer lugar por su valor y, en segundo lugar, para recibir un agradecimiento a diario.

Ya ves, necesitas una lapicera ¿por qué no aprovechamos mejor nuestras horas en Viena? ¿Por qué no permanecimos, por ejemplo, todo el tiempo en la papelería? Era un lugar tan lindo y estábamos tan próximos el uno al otro.

¿De modo que no le leíste al armario mis estúpidos chistes? ¿No sabes que amo con un amor impotente a todo lo que está en tu habitación?

¿Y el médico?

¿Ves con frecuencia al filatelista? No se trata de una pregunta con doble intención, aunque parezca. Cuando uno ha dormido mal, pregunta sin saber qué. Uno quisiera preguntar eternamente, pues no dormir significa preguntar; si uno tuviera la respuesta dormiría.

Y esa declaración de irresponsabilidad es, en realidad, bastante molesta. ¿De modo que sí tienes el pasaporte?

Martes

Una carta del viernes; si no se escribió el jueves, está bien. Lo importante es que no se pierda ninguna.

Lo que escribes sobre mí es horrorosamente inteligente. No añadiré nada, lo dejaré intacto. Sólo quiero aclarar un punto: mi desdicha es que considero buena a toda la gente —y, por supuesto, sobre todo a aquéllos a los cuales distingo—: mi razón y mi corazón me dicen que son buenos (acaba de entrar un hombre y se ha asustado, pues me encontró mirando al vacío con una expresión que reflejaba esa convicción). Sin embargo, mi cuerpo, de alguna manera, no quiere creer que esa gente va a ser realmente buena cuando sea necesario. Mi cuerpo teme y prefiere trepar lentamente por la pared antes de aguardar esa prueba verdaderamente redentora, en este sentido.

Ya he comenzado otra vez a romper cartas. Anoche rompí una. Eres muy desdichada por mi culpa (es probable que otras cosas también contribuyan; existe una interacción entre todo), dilo cada vez con mayor franqueza. Por supuesto, no se puede hacer de golpe.

Ayer fui a ver al médico. Contra mis expectativas, ni él ni la balanza me encontraron mejor, aunque tampoco peor. Sin embargo opina que debo alejarme de la ciudad. Primero habló del sur de Suiza, pero después de mis explicaciones admitió que era imposible. Entonces recomendó, sin la menor ayuda de mi parte, dos sanatorios de la Baja Austria como los mejores: el Sanatorio Grimmenstein (doctor Frankfurter) y el Sanatorio Wiener Wald, aunque por el momento no conoce la dirección postal de ninguno de los dos. ¿No podrás averiguarlo en una farmacia, preguntárselo a un médico o consultar alguna guía postal o telefónica? No hay apuro. Por otra parte, eso no quiere

decir que yo vaya. Se trata de establecimientos especializados en enfermedades pulmonares, casas en las cuales todos tosen y tiritan de fiebre día y noche, en las cuales uno está obligado a comer carne, en las cuales ex verdugos te dislocan los brazos cuando te defiendes de las inyecciones, mientras médicos judíos se acarician la barba y observan con igual dureza a judíos y cristianos.

En una de las últimas cartas dices, por ejemplo (no me atrevo a sacar esas cartas, quizás al leer rápidamente haya interpretado mal el comentario; es lo más probable), que tu asunto allí avanza hacia un final definitivo. ¿Cuánto hay de dolor de un instante y cuánto de verdad perdurable?

He releído tu carta y retiro el "horrorosamente", falta algo y hay algo de más, de modo que es sólo "inteligente". Es muy difícil para un ser humano jugar a la "cacería" de fantasmas.

Estuviste con Blei[75]. ¿Qué hace? Que fue algo tonto: lo creo; que uno queda en la duda: también lo creo. Porque hay algo hermoso en ello, sólo que está a 50.000 millas de distancia y se resiste a acercarse, y si todas las campanas de Salzburgo echaran a volar, se alejaría unos cuantos miles de millas más por simple precaución.

Miércoles

¿Conoces la historia de la fuga de Casanova de las cámaras de plomo? Sí, la conoces. Allí se describe en forma sucinta la forma más espantosa de prisión, en un sótano, en tinieblas, en medio de la humedad, al nivel de las lagunas. El prisionero permanece sentado sobre una estrecha tabla, el agua casi lo alcanza y llega realmente a su altura con las crecientes. Pero lo peor de todo son las feroces ratas de agua, sus chillidos en la noche, su forma de tironear, arrancar y roer (creo que uno llega a pelear con ellas por el pan) y, sobre todo, su impaciente espera a que el hombre debilitado caiga de su tablita. Así son las historias de esa carta ¿sabes? Espantosas e incomprensibles y, sobre todo, tan próximas y distantes como el propio pasado. Y uno está sentado allí arriba, lo cual no contribuye a embellecer la espalda, y también los pies se contraen espasmódicamente y uno tiene miedo y, sin embargo, no puede hacer otra cosa que mirar las enormes ratas oscuras que lo deslumbran a uno en plena noche hasta que, por fin, no se sabe si aún se está sentado arriba o si ya se está allí abajo, chillando y abriendo las pequeñas mandíbulas y desnudando los dientes. Vamos, no me relates esas pequeñas historias ¿qué sentido tiene? Ven. Te toleraré esos "animalitos", pero sólo con la condición de que los ahuyentes de la casa.

[En el margen izquierdo:] En esas cartas el No Obstante era realmente necesario ¿pero no es lindo hasta como palabra? En el "no" se produce un choque, todavía hay "mundo", en el "obstante" uno se hunde, ya no hay nada.

¿Y del médico ya no se habla para nada? Y me prometiste en forma expresa que irías al médico y tú siempre cumples con la palabra empeñada ¿no es así? ¿No vas sólo porque ya no ves más sangre? No me estoy poniendo como ejemplo, tú eres incomparablemente más sana que yo; yo nunca dejaré de ser el señor que se hace llevar las maletas (lo cual no significa, por cierto, una distinción de rango, pues primero está el señor que hace señas al mozo de cordel para que se aproxime, luego está el mozo de cordel y sólo entonces el señor que ruega a éste que le lleve la maleta, pues de lo contrario él caería redondo; la última vez —¡la última vez!— que me trasladé de la estación a casa, el cargador que llevaba mi valija empezó a consolarme, sin que yo dijera nada, por su propia cuenta: sin duda yo entendía de cosas con las cuales él no sabría cómo vérselas y el llevar las maletas era su tarea y no le molestaba en lo más mínimo, etcétera, etcétera; y, en efecto, por mi cabeza pasaban ideas que recibían respuesta —aunque totalmente insatisfactoria— con aquellas consideraciones, pero en ningún momento me habló con claridad)... Y bien, en eso no me comparo contigo, pero no me queda más remedio que pensar en lo que me ocurrió a mí y esos pensamientos son inquietantes y debes ir al médico. Ocurrió hace unos tres años, nunca había sufrido de los pulmones, no había nada que me cansara, era capaz de caminar horas muertas, por ese entonces jamás llegaba al límite de mis fuerzas con sólo marchar (si bien, por ese entonces, siempre alcanzaba el límite de mis fuerzas al pensar) y de pronto en agosto más o menos —ya hacía calor, estaba lindo, todo estaba en orden fuera de mi cabeza— escupí algo rojizo en la pileta pública de natación. Fue curioso e interesante ¿no? Yo lo miré un instante y en seguida lo olvidé. Luego comenzó a ocurrir con más frecuencia e incluso cada vez que expectoraba producía ese algo rojo, podía hacerlo a voluntad. Ya no era interesante, se había vuelto monótono y volví a olvidarlo. Si hubiera ido al médico en ese momento... bueno, habría ocurrido lo mismo que ocurrió sin el médico, sólo que por entonces nadie sabía nada de la sangre —en realidad, ni yo mismo— y nadie se preocupaba. Pero ahora hay alguien que se preocupa, de modo que, por favor, vé al médico.

Qué raro que tu marido diga que me escribirá tal o cual cosa. ¿Y golpearme y estrangularme? Realmente no lo entiendo. Por supuesto que te creo; pero me resulta tan imposible imaginarlo, que no siento nada. Es como si se tratara de una historia ajena. Como si estuvieras aquí y dijeras: "En este instante estoy en Viena y hay gritos, etcétera, etcétera." Y ambos nos asomáramos a la ventana y miráramos en dirección a Viena y, por supuesto, no viéramos nada que fuera motivo de excitación.

Algo más, sin embargo: ¿cuando hablas del futuro no olvidas a veces que soy judío? (*jamé, nezapletené*)[76]. El ser judío sigue siendo peligroso, aun a tus pies.

Miércoles

Prefiero pasar por alto lo que dices de mi viaje (*cekás, až to Tobé bude nutné*[77]), primero porque está superado, segundo porque duele, aunque hasta cierto punto está justificado ¿por qué, si no, habría tanta desesperación en las cartas del sábado a la noche y del domingo a la mañana? y tercero, porque quizá nos veamos el sábado. (Por lo visto, el lunes por la mañana no habías recibido aún el primero de los tres telegramas, ojalá recibas el tercero a tiempo.)

Sólo entiendo la desesperación por la carta de tu padre en la medida en que cada nueva confirmación del largo martirio que signifique esa relación te desespere. Porque de la carta no puede surgir nada nuevo. Ni siquiera yo, que nunca había leído una carta de tu padre encuentro algo nuevo en ella. Es sincero y tiránico y se cree en la obligación de ser tiránico para hacer honor a su sinceridad. La firma tiene realmente poca importancia, es tan sólo la representación del tirano, porque antes se lee *líto* y *strasnû smutné*, eso anula lo demás.

Es posible que te choque la falta de relación entre tu carta y la de él. Y bien, no he leído la tuya; pero piensa también en la falta de relación entre su "lógica" buena voluntad y tu "incomprensible" obstinación.

¿Y ahora tienes dudas acerca de cómo responderle? O, mejor dicho, las has tenido, pues me dices que ya sabes lo que debes responderle. Es curioso. Si ya hubieras respondido a esa carta y me preguntaras: "¿Qué respondí?" te diría sin vacilar lo que, a mi juicio, has contestado.

Por supuesto, no cabe la menor duda: para tu padre no existe diferencia alguna entre tu marido y yo. Para el europeo tenemos la misma cara de negros. Dejemos de lado el hecho de que por el momento no puedas decir nada definitivo al respecto: ¿qué tiene que ver eso con la respuesta? ¿Por qué hace falta la mentira?

Creo que sólo puedes responder lo que le diría de ti a tu padre alguien que contempla tu vida, tenso y con el corazón palpitante, casi sin ver otra cosa: "Todos los 'consejos', todas las 'estrictas condiciones' carecen de sentido. Milena vive su vida y no podrá vivir otra. La vida de Milena es triste, sin duda, pero tan 'saludable y tranquila' como la de un sanatorio. Por eso, Milena le ruega que comprenda eso de una vez por todas. No le pide otra cosa y, menos que nada, un 'arreglo'. Sólo le ruega que no se encierre empecinadamente en lo suyo, que obedezca a su corazón y hable con ella como un ser humano con otro, en pie de igualdad. Si usted llega a hacerlo, suprimirá de la existencia de Milena gran parte de la "tristeza" y ya no será necesario que usted le tenga "lástima".

¿Qué quieres decir con eso de que la respuesta a tu padre coincidirá con tu cumpleaños? Realmente estoy empezando a tener miedo de ese cumpleaños. Nos veamos o no el sábado, te ruego que me telegrafíes al anochecer del 10 de agosto.

¡Si pudieras estar en Gmünd el sábado o, por lo menos, el domingo!

Realmente es muy necesario.

En caso afirmativo, ésta sería, en realidad, la última carta que recibes antes de que nos veamos cara a cara. Y estos ojos sin una verdadera función desde hace un mes (pues sólo me sirven para leer cartas y mirar por la ventana) te verán por fin.

El artículo está mucho mejor que en alemán, aunque todavía tiene baches o, mejor dicho, uno avanza a través de él como a través de un pantano: levantar un pie siempre demanda gran esfuerzo. Hace poco, un lector de *Tribuna* me dijo que yo debía haber efectuado largos estudios en un manicomio. "Sólo en el mío propio", le respondí, ante lo cual él intentó formularme algunos cumplidos por mi "propio manicomio". (En la traducción hay dos o tres pequeños errores de interpretación.)

Miércoles por la noche

Ahora, a eso de las diez de la noche, pasé por la oficina, el telegrama había llegado. Tan rápido, casi dudé de que se tratara de la respuesta a mi telegrama de ayer; pero está escrito: "Despachado el 4. V III, 11 horas." Y había llegado a las 7 de la tarde, de modo que sólo habían transcurrido ocho horas. Ése es uno de los consuelos que aporta el telegrama en sí: que geográficamente estemos bastante cerca el uno del otro. Puedo recibir tu respuesta en menos de veinticuatro horas. Y esa respuesta no siempre ha de ser: no viajes.

Aún queda una pequeña posibilidad: quizá no hayas recibido la carta en la cual te explico que no es necesario que pases la noche fuera de Viena para viajar a Gmünd. Pero tú misma debes de haberlo averiguado ya. De cualquier manera, me pregunto aún si debo solicitar la visa por sólo treinta días (tu viaje de vacaciones) y reservar el pasaje en el rápido sólo por esa posibilidad mínima. Supongo que no lo haré, porque el telegrama es terminante. Es indudable que tienes objeciones insuperables contra ese viaje. Mira, Milena, no es nada, yo por mi cuenta no habría sido capaz de trasformar en acción mi deseo de verte, trascurridas "sólo" cuatro semanas (aunque, exclusivamente, porque no sospechaba lo simple que podía ser la posibilidad de encuentro). Si nos hubiéramos reunido habría sido solamente gracias a ti, de modo que (dejando de lado el hecho de que si no viajas es porque no puedes hacerlo, lo sé) eso te da derecho a suprimir esa posibilidad creada por ti. Ni hace falta que lo diga. Pero ocurre que uno había excavado con tanta alegría ese estrecho pasaje que va de la sombría vivienda a ti, y poco a poco había ido poniendo todo lo que es en ese túnel que quizá (la locura se apresta a exclamar: ¡con toda seguridad! ¡con toda seguridad!) condujera a ti y de pronto se topa, no contigo sino con la inamovible roca "no viajes por favor", y eso significa que hay que poner una vez más todo lo que uno es en ese pasaje tan rápidamente excavado; pero ahora para retroceder con gran

lentitud y para rellenarlo. Y al terminar uno comienza a excavar otra vez nuevos pasajes. Uno es como un viejo topo.

Lo peor es que el encuentro habría sido muy importante por razones que creo haber esbozado anoche. En este sentido no habrá nada que lo pueda reemplazar y, en realidad, eso hace que el telegrama me entristezca. Pero puede ser que tu carta de pasado mañana me consuele en este aspecto.

[En el margen izquierdo:] No tengo nada contra tu viaje de vacaciones. ¿Cómo podría tenerlo y por qué crees eso?

Sólo tengo que pedirte un favor: tu carta de la fecha contiene dos frases muy duras. La primera (*a tynepfiijedes, ponûvadz, ãekas, az to Tobû jednou bude nutné, to, abyspfiijeh*) se justifica hasta cierto punto, aunque de ninguna manera por completo; la segunda (*Mûj se pûknû, Franku*) y luego, para que puedas percibir el sonido de la frase: *Telegrafovat Ti ten falesn telegram nemá tedy smyslu, neposílám ho*). ¿Y por qué lo enviaste, entonces?), ese *Mûj se e, pûknû Franku*, no tiene la menor justificación. Ésas son las frases. ¿No podrías retirarlas de alguna manera. Milena, retirarlas expresamente, la primera en parte, si quieres; la segunda, en totalidad?

Esta mañana olvidé incluir la carta de tu padre, perdóname. Por otra parte, pasé también por alto el hecho de que se trata de la primera carta en tres años. Así se entiende el efecto que te produjo. También tu carta a él adquiere otra dimensión, tiene que haber contenido algo fundamentalmente nuevo.

Ah, hay una tercera frase en tu carta que quizá represente un ataque más directo aún a mí, que las antes mencionadas. Me refiero a la frase de las golosinas que arruinan el estómago.

Jueves

De modo que hoy es el, desde hace tiempo, tan temido día sin carta y, para colmo, inesperado. De modo que tu carta del lunes iba tan en serio que al día siguiente no pudiste escribir. Y bien, me queda tu telegrama como apoyo.

Viernes

Quería destacarme ante tus ojos, mostrar fuerza de voluntad, demorar mi carta, terminar primero con un expediente; pero la habitación está vacía, nadie se ocupa de mí, es como si dijeran: dejadlo, no veis que está absorto en lo suyo, es como si tuviera un puño en la boca. Y fue así que sólo trabajé por espacio de media hora y ya estoy otra

vez junto a ti, tendido sobre la carta como estuve tendido junto a ti aquella vez en el bosque.

Hoy no llegó carta, pero no tengo miedo. Por favor, Milena, no me interpretes mal. Nunca temo por ti, si alguna vez así parece —y parece con frecuencia— sólo es una debilidad, un capricho del corazón, que sin embargo sabe muy bien por quién late. También los colosos tienen debilidades, hasta Hércules tuvo una vez un desmayo, según creo. Pero yo aprieto los dientes y soporto cualquier cosa ante tus ojos, ante esos ojos que veo aun a plena luz del día. Soporto la distancia, el miedo, la preocupación, la falta de cartas.

¡Qué feliz soy, qué feliz me haces! Vino a verme un peticionante. ¿Te das cuenta? Yo también tengo peticionantes. Interrumpió mi carta, eso me irritó; pero el hombre tenía un rostro bonachón, amable, rechoncho, pero al mismo tiempo correcto y típicamente alemán. Fue lo bastante simpático como para aceptar las bromas como si se tratara de soluciones oficiales; pero me había interrumpido y yo no podía perdonárselo. Para colmo me vi obligado a ponerme de pie para acompañarlo a otra división.

Pero eso ya fue demasiado para ti, mi hada buena, y justo en el momento en que me levantaba llegó el ordenanza trayéndome tu carta. La abrí en la escalera. Santo Cielo, había una fotografía en el sobre, es decir, algo absolutamente inagotable, una carta para un año, una carta para la eternidad. Es tan bueno, que no puede ser mejor. No es más que una fotografía, pero sólo se la debería contemplar a través de las lágrimas y con el corazón palpitante. No hay otra forma de hacerlo.

Y otra vez un desconocido se sienta ante mi escritorio.

Para proseguir con lo de antes: puedo soportarlo todo contigo en mi corazón, y si alguna vez he escrito que los días son horribles sin tus cartas, no es exacto: sólo han sido horriblemente pesados, la embarcación estaba muy lastrada, el calado era tremendo, sin embargo flotaba en tu marea. Sólo hay una cosa que no puedo soportar sin tu expresa ayuda, Milena: el "miedo". Soy demasiado débil comparado con él, ni siquiera puedo lograr una visión total de esa monstruosidad, me arrastra en su corriente.

Lo que dices acerca de Jarmila es justamente una de esas debilidades del corazón. Tu corazón deja de serme fiel por un instante y te acometen esas ideas. ¿Acaso continuamos siendo dos personas distintas en ese sentido? ¿Y difiere mucho mi "miedo" de ese miedo de ensuciarse a sí misma?

Otra interrupción; tendré que dejar de escribir en la oficina.

La larga carta anunciada casi me daría miedo si ésta no fuera tan tranquilizadora. ¿Qué contendrá? Escríbeme en seguida comunicándome si llegó el

dinero. Si se hubiese extraviado, enviaría más, y si ése se extraviara, volvería a enviar más y así sucesivamente, hasta que no tuviéramos nada y así, por fin, todo anduviera bien.

F.

No recibí la flor, parecería que a último momento te dio lástima enviármela (lástima por la flor).

Viernes

Y bien, te sientes mal; peor de lo que nunca te has sentido desde que te conozco. Y esta distancia infranqueable, sumada a tu padecimiento, me hace sentir como si estuviera en tu habitación y tú apenas me reconocieras y yo me paseara desvalido entre la cama y la ventana y no confiara en nadie, en ningún médico, en ningún tratamiento curativo y no supiera nada y contemplara este cielo sombrío que, de alguna manera, se estaría mostrando por primera vez en su verdadera desolación, desvalido como yo, después de todos los placeres de los primeros años. ¿Estás en cama? ¿Quién te lleva la comida? ¿Qué clase de comida? Y ese dolor de cabeza. Cuando puedas escríbeme acerca de eso. En un tiempo tuve un amigo, un actor, judío del Este, cada tres meses padecía durante varios días horribles dolores de cabeza. Por lo demás era muy sano; pero cuando llegaban esos días tenía que detenerse en plena calle y apoyarse contra las paredes y uno no podía hacer nada por él, salvo pasearse de acá para allá durante media hora y esperarlo.

El enfermo se ve abandonado por el sano, pero el sano también es abandonado por el enfermo. ¿Se trata de dolores que se presentan con regularidad? ¿Y el médico? ¿Y cuándo comenzaron? Supongo que tomarás algún calmante. Terrible, terrible, y ni siquiera puedo decirte "niñita".

Es una lástima que tu partida se haya vuelto a postergar. ¿De modo que sólo partirás el otro jueves? Y bien, la dicha de verte revivir entre lagos, bosques y montañas no será para mí. ¿Pero todavía pretendo más dicha? ¡Codicioso, codicioso! Lástima que debas seguir atormentándote en Viena durante tantos días.

De lo de Davos hablaremos. No quiero ir porque es demasiado lejos, demasiado caro y demasiado innecesario. Si debo abandonar Praga —y, sin duda, deberé— lo mejor será que me instale en alguna aldea. ¿Pero quién me alojará? Tengo que pensar en eso, pero no partiré antes de octubre.

Anoche conocí a un tal Stein[82], quizá lo conozcas de los cafés, siempre se lo compara con el rey Alfonso. Ahora es asistente de un abogado, se alegró mucho de conocerme. Según me dijo, tenía que hablar conmigo por razones de trabajo y estaba dispuesto a telefonearme al día siguiente. "¿Y bien?" "Pues se trata de un

asunto de divorcio en el cual usted está en cierto modo implicado", en una palabra, pedía mi intervención. "¿Y de qué manera?" Te aseguro que sentí la necesidad de apoyarme la mano sobre el corazón; pero resultó ser que sólo se trataba del divorcio de los padres de un poeta, y que la madre —a quien no conozco— había rogado al doctor Stein que yo hablara con el poeta en cuestión para convencerlo de que la tratara un poco mejor y no la insultara como lo hace.

Entre paréntesis, se trata de un matrimonio muy peculiar. Fíjate que la mujer ya había estado casada y mientras duraba ese matrimonio tuvo un hijo de su actual marido. Ese hijo es, precisamente, el poeta. De modo que éste lleva el apellido del primer marido de su madre, no el de su verdadero padre. Y bien, después la mujer se casó con el padre de su hijo y ahora, al cabo de muchos años, se divorcian a pedido del hombre, del padre del poeta. La separación ya se ha hecho efectiva. Pero como la mujer no consigue departamento dada la actual escasez de viviendas, viven juntos como marido y mujer, aunque esta cohabitación (por falta de vivienda) no significa que el hombre quiera reconciliarse ni que renuncie al divorcio. ¿No crees que los seres humanos somos patéticos hasta la comicidad? Conozco al marido, es un hombre bueno, sensato, trabajador, muy tratable.

Por supuesto que espero tu lista de pedidos, cuanto más larga sea, tanto mejor. En cada libro, en cada objeto que me pidas me deslizaré yo para viajar con él a Viena (el Director no se opone a eso). Dame todas las posibilidades de viaje que te sean posibles. Además me podrías prestar los artículos que ya han aparecido en Tribuna.

Por lo demás, te diré que casi me alegro de tus vacaciones; lo único que lamento es la mala comunicación postal. ¿No es cierto que me describirás brevemente el nuevo medio, tu vida, tu alojamiento, tus caminos, el panorama desde tu ventana, la comida, para que yo pueda convivir un poco contigo?

Sábado

Por el momento estoy distraído y triste, he perdido tu telegrama; mejor dicho, no puede haberse perdido, pero el solo hecho de tener que buscarlo me resulta antipático. Dicho sea de paso, ha sido por tu culpa; si no hubiera sido tan lindo, no lo habría tenido todo el tiempo en la mano.

Sólo lo que me dices del médico me brinda un poco de consuelo. De modo que la sangre no tiene la menor importancia... Y bien, yo con mi larga experiencia médica ya lo había anticipado. ¿Pero qué dice del problema pulmonar? Sin duda, no te habrá recomendado pasar hambre y trasportar equipaje. ¿Y estuvo de acuerdo en que siguieras siendo tierna conmigo? ¿O no se habló para nada de mí?

¿Pero cómo puedo darme por satisfecho si el médico no encontró huella de mí? ¿O será mía esa deficiencia que descubrió en tu pulmón?

¿Y puede creérsele cuando dice que no es serio? ¿Y no tiene nada que decir, salvo enviarte al campo por cuatro semanas? Viéndolo bien es muy poco.

No, lo que tengo contra el viaje no es mucho más que lo que tengo contra la existencia en Viena. Parte, te lo ruego, parte. En alguna de tus cartas hablabas de las esperanzas que has cifrado en el viaje; eso me basta para deseártelo yo también.

Y otra vez el viaje a Viena. Cuando hablas en serio acerca de él es terrible, el suelo comienza a moverse bajo mis pies y espero que en cualquier momento me despida. No lo hace. Ya te he escrito acerca de los obstáculos exteriores —prefiero no hablar de los interiores, pues a pesar de ser más fuertes, no podrían sostenerme; no porque yo sea fuerte, sino porque soy demasiado débil como para permitirme ser sostenido por ellos—, te he dicho que sólo la mentira posibilitaría mi viaje y que temo a la mentira, no como un hombre de honor, sino como un colegial.

Además tengo la sensación de que alguna vez tendré que viajar a Viena indefectiblemente (o por lo menos intuyo esa posibilidad), por motivos míos o tuyos, y no podría mentir por segunda vez como un escolar irresponsable. De modo que esa posibilidad de la mentira es mi reserva, de ella vivo, como de tu promesa de venir no bien te lo requiera. Por esa razón no iré ahora; en lugar de la certeza de esos dos días —por favor, Milena, no los describas, con eso me martirizas casi, no existe una urgencia, pero sí una necesidad ilimitada… tengo su permanente posibilidad.

¿Y las flores? Por supuesto, ya se habrán marchitado. ¿Alguna vez te has "atragantado" con flores, como yo con éstas? Porque es muy desagradable.

En el combate entre tú y Max no intervengo. Me hago a un lado, reconozco las razones de ambos y permanezco a salvo. Es indudable que tú tienes razón en lo que dices, pero ponte en su lugar. Tú tienes una patria y puedes renunciar a ella y quizás eso sea lo mejor que uno pueda hacer con su patria, sobre todo porque no renuncia a lo que en ella hay de irrenunciable. Él, en cambio, no tiene patria y, por consiguiente, no puede renunciar a nada y tiene que pensar permanentemente en buscarla o en edificarla. Siempre, cuando descuelga su sombrero de la percha o mientras toma sol en la escuela de natación o escribe el libro que tú traducirás (quizás esto último sea lo que menos tensión le exige —tú, en cambio, pobrecita, querida, cuánto trabajo te echas sobre los hombros por un sentimiento de culpa, te veo inclinada sobre el trabajo, el cuello desnudo, estoy a tus espaldas, tú no lo sabes— no te sobresaltes cuando sientas mis labios sobre tu nuca, no fue mi intención besarte, es sólo amor desvalido) ...Volviendo a Max, él debe pensar todo el tiempo en eso, hasta cuando te escribe.

Y es curioso ver cómo tú, a pesar de defenderte bien de él, en general, te ves derrotada en los detalles. Por lo visto te ha escrito acerca de mi vida en la casa paterna y acerca de Davos. En ambos casos está equivocado. Sin duda está mal que viva con mis padres; pero no es sólo la cuestión del alojamiento, está la vida en sí, el hundirse en

ese círculo de bondad, de afecto (es claro, tú no has leído la carta a mi padre), la mosca que se agita en la rama enviscada. Dicho sea de paso, eso también tiene su lado bueno: unos combaten en Maratón, otros en su comedor, el dios de la guerra y la diosa de la victoria están por doquier. Pero qué sentido tendría un traslado puramente mecánico, máxime si continuara comiendo en casa, cosa que sin duda es lo mejor para mí. Sobre Davos hablaremos después. Lo único que apruebo de Davos es el beso de despedida.

Sábado

Dulce y paciente ¿lo soy? Realmente no lo sé. Sólo sé que un telegrama como ése beneficia, en cierta manera, a todo el cuerpo y, sin embargo, es sólo un telegrama y no una mano extendida.

Pero también suena triste, fatigado, dictado desde el lecho de enferma. Es triste y no ha llegado carta, otro día sin carta, quizá tú también te sientas muy mal. ¿Quién me garantiza que tú misma despachaste el telegrama y que no estás todo el día en cama, allá arriba en la habitación, en esa habitación en la cual yo vivo más que en la mía propia?

Anoche cometí un asesinato por ti, un sueño terrible, pésima, pésima noche. Apenas si puedo recordar algún detalle.

Después de todo llegó la carta. Es bien clara, por cierto. La otra no era menos clara, pero uno no se animaba a penetrar hasta su claridad. Por otra parte: ¿cómo podrías tú mentir? La tuya no es una frente capaz de mentir.

No culpo a Max. Sin duda estaba equivocado, haya dicho lo que haya dicho en su carta. Nada, nadie, ni siquiera el mejor, debe interponerse entre nosotros. Por eso cometí un crimen anoche. Alguien, un pariente, decía en el curso de una conversación cuyos detalles no recuerdo, pero que giraba en torno a algo que alguien no podía realizar; pues bien, el pariente decía finalmente en tono irónico: "Quizá pueda hacerlo: Milena." En respuesta a lo cual yo lo mataba no sé cómo, luego regresaba a casa en estado de gran agitación. Mi madre andaba todo el tiempo detrás de mí. También aquí se desarrollaba una conversación similar; finalmente yo gritaba, ciego de furia: "Si alguien habla mal de Milena, por ejemplo mi padre, lo mataré también a él o me mataré yo." Entonces desperté, pero no fue sueño ni despertar.

Vuelvo una vez más a las primeras cartas. En el fondo eran similares a aquella carta a la muchacha. Y las cartas de la noche no eran más que lamentaciones por las de la mañana. Y —una vez escribiste por la noche que todo era posible, menos que yo te perdiera— en realidad sólo hacía falta una pequeña presión para que lo imposible ocurriera. Y quizá hasta se haya producido esa presión y quizá haya ocurrido.

Sea como fuere: esta carta es un alivio. Uno estaba como enterrado entre las primeras cartas y creía necesario permanecer inmóvil, pues quizás estuviera realmente muerto después de todo.

De modo que todo esto no me ha sorprendido, en realidad. Lo esperaba. Me preparé lo mejor que pude para soportarlo cuando llegara; y ahora ha llegado y uno no está lo bastante preparado, a pesar de todo; con todo, no es un golpe mortal. En cambio lo que dices acerca de tu situación en general y acerca de tu salud, es tremendo y supera mis fuerzas. Ya hablaremos de eso cuando regreses de tu viaje. Quizás ese viaje produzca el milagro que esperas, por lo menos el milagro físico. En ese aspecto confío tanto en ti que no creo necesario un milagro. Confío tranquilamente en tu maravillosa naturaleza, exigida hasta el abuso, pero invencible, en el bosque, en el lago, en la alimentación saludable; por supuesto, si no fuera por todo lo demás.

Cuando repaso mentalmente tu carta —apenas la he leído una vez, lo que dices sobre tu presente y tu futuro, lo que dices sobre tu padre y sobre mí, sólo surge con grandiosa claridad lo que ya una vez te dije: que tu verdadera desgracia soy yo, nadie más que yo (aunque con una limitación: tu desdicha exterior), pues si yo no existiera, quizá ya habrías abandonado Viena hace tres meses, y si no lo hubieras hecho tres meses atrás, sin duda lo harías ahora. No quieres alejarte de Viena, lo sé; tampoco querrías alejarte si yo no existiera, pero justamente por eso podría afirmarse —esto contemplado ya desde muy arriba, desde el punto de vista remoto de un ave—, que mi significación emotiva para ti consiste —entre otras cosas, por supuesto— en que yo te permito permanecer en Viena.

Pero no es necesario ir tan lejos ni hilar tan fino, basta con tener en cuenta un hecho muy obvio: ya abandonaste a tu marido en una oportunidad y lo abandonarías con mayor facilidad aún bajo una presión tan fuerte como la actual; pero, por supuesto, sólo podrías abandonarlo por eso, por dejarlo, y no por otro hombre.

Pero todas estas consideraciones no conducen realmente a nada, salvo a la sinceridad.

De más está decir que me encargaré de las cosas con gran placer. Lo único que puedo objetar es lo de las prendas de lana. Sería mejor comprarlas en Vienta, pues para los artículos de lana tejida hace falta un permiso de exportación (hace poco una oficina de correos ni siquiera quiso aceptarme los libros sin permiso de exportación, aunque, dicho sea de paso, en otra me los aceptaron sin protestar). Y bien, quizás en la tienda me sepan aconsejar.

Siempre incluiré un poco de dinero en mis cartas. Cuando tú me digas "basta", dejaré de hacerlo.

Gracias por darme permiso para leer *Tribuna*. Hace poco, el domingo, vi a una muchacha joven que compraba *Tribuna* en la Wenzelsplatz; evidentemente sólo lo hacía por los artículos sobre moda. No estaba muy bien vestida... aún. Es

una lástima que no recuerde bien su rostro para poder seguir su evolución. No, eres injusta al subestimar tus artículos sobre moda. Te estoy realmente agradecido por haberme permitido leerlos sin tapujos (porque en secreto los he leído con frecuencia recurriendo a bochornosos ardides).

Sábado

Pero sí, yo sabía lo que contendría esa carta, estaba en el fondo de casi todas tus cartas, estaba en tus ojos (¿qué no se distingue en sus claras profundidades?), estaba en tu frente. Yo lo sabía como alguien que ha pasado el día tras los postigos cerrados, sumido en algún mar de somnolencia-ensoñación-miedo, y al abrir las ventanas por la noche no se sorprende de que esté oscuro, de que reine una maravillosa y profunda oscuridad. Él lo sabía. Y yo veo cómo te martirizas y te revuelves y no consigues liberarte y —¡prendamos fuego al polvorín! jamás te liberarás, y yo lo veo y, sin embargo, no debo decir: quédate donde estás. Pero tampoco digo lo contrario, estoy frente a ti y contemplo esos pobres y queridos ojos (es tristísima la fotografía que me has enviado, es un tormento mirarla, un tormento al cual uno se somete cien veces al día y, lamentablemente, una propiedad que me siento capaz de defender contra diez hombres fuertes). Y soy realmente fuerte, como dices tú; tengo una cierta fuerza que quizás sea pasible de una breve y vaga definición: es la de ser amusical. Y, sin embargo, esa fuerza no me basta para continuar escribiéndote, por lo menos en este momento. Una marea de pena y dolor me arrastra y me impide escribir.

F.

Domingo por la noche

Hay algo que me ha molestado siempre en tu argumentación. En la última carta surge con toda claridad. Se trata de una falla indudable que tú misma puedes controlar: cuando dices que amas tanto a tu marido (cosa que es cierta), que no puedes dejarlo (aunque más no sea por mí, no sé si me entiendes: para mí sería horroroso que lo hicieras a pesar de todo), te creo y te doy la razón. Cuando dices que tú lo podrías abandonar, pero que él te necesita interiormente y no puede vivir sin ti y que por eso no puedes abandonarlo, también te creo y te doy la razón Pero cuando dices que exteriormente él no es capaz de enfrentar la vida sin ti y que por eso (eso tomado ahora como razón principal) no puedes dejarlo, una de dos: o lo dices para disimular las razones antes señaladas (no para reforzarlas, porque esas razones no necesitan ser reforzadas) o se

trata sólo de una esas bromas de la mente bajo las cuales el cuerpo —y no sólo el cuerpo— se retuerce.

Lunes

Estaba a punto de escribirte algo más dentro de la línea de razonamiento de lo anterior, cuando llegaron cuatro cartas. Dicho sea de paso, no llegaron juntas. Primero llegó ésa en la cual te lamentas de haberme hablado de tu impotencia, un rato después llegó la que escribiste a continuación de la de la impotencia, junto con ésa... y bien, esa que es tan bella, y muy poco después la que habla de Emilie. No puedo establecer el orden con precisión, ya no haces constar los días.

Responderé pues a la pregunta *strach-touha*[83]. No podré hacerlo de una vez, pero volveré sobre el tema en varias cartas. Quizás así resulte. Uno de los requisitos más importantes para que me comprendas sería que hubieses leído la carta a mi padre (que, por lo demás, es mala e inútil). Quizá la lleve a Gmünd.

Si se limita *strach* y *huba* como lo haces tú en la última carta, la pregunta no es fácil, pero tiene una respuesta simple. En ese caso sólo tengo *strach*. Y es como sigue:

Recuerdo la primera noche. Por aquel entonces vivíamos en la Zeltnergasse y frente a nuestra casa había una tienda de colecciones. En la puerta había siempre una vendedora; arriba, yo, que tenía algo más de veinte años, iba y venía por mi habitación, incesantemente, tratando de memorizar un irritante cúmulo de cosas sin sentido para mí: estaba a punto de rendir mi primer examen oficial. Era verano y hacía mucho calor, puede haber sido más o menos en esta época. La temperatura era tan insoportable que me detuve junto a la ventana, con el repulsivo Derecho Romano entre los dientes. Al fin nos entendimos por señas. Tenía que pasar a buscarla a las 8 de la noche; pero cuando bajé al anochecer se me había adelantado otro. Y bien, eso no cambiaba mucho las cosas, yo tenía miedo de todo el mundo, por lo tanto también temía a aquel hombre. Si no hubiera estado allí, también le habría temido. La muchacha se colgó de su brazo, pero me hizo señas de que los siguiera. Así llegamos a la isla Schützen, bebimos cerveza allí, yo en la mesa vecina, luego partimos rumbo a la casa de la chica, que quedaba cerca del Fleischmarkt, yo siempre detrás. El hombre se despidió, la chica entró en la casa, yo esperé un rato hasta que ella volvió a salir y se me acercó y entonces nos dirigimos a un hotel en Kleinseite. Aun antes de llegar al hotel todo era fascinante, excitante y repugnante; en el hotel la cosa no cambió mucho. Y cuando, hacia la mañana (todavía hacía calor y estaba agradable), cruzamos el Karlsbrücke de regreso a casa, yo me sentía feliz; pero esa felicidad provenía sólo de no tener que soportar, por fin, el eterno reclamo del cuerpo y, sobre todo, de que todo aquello no hubiera sido más repugnante aún, más sucio aún. Me encontré otra vez con la muchacha, dos

noches después, según creo. Todo marchó tan bien como la primera vez; pero como inmediatamente después salí de veraneo y durante esas vacaciones jugueteé con una chica, al regresar a Praga no pude volver a mirar a la vendedora. No crucé una palabra más con ella; se había convertido (desde mi punto de vista) en una peligrosa enemiga y, sin embargo, era una muchacha amable y bonachona. Sus ojos me seguían todo el tiempo con un aire de total incomprensión. No quiero decir que el único motivo de mi hostilidad haya sido la pequeña actitud obscena (ni siquiera digna de mención) que adoptó, con toda inocencia, en el hotel o la pequeña palabra obscena (ni siquiera digna de mención) que pronunció; estoy seguro de que no lo fueron, pero el recuerdo perduró. En el mismo instante supe que nunca lo olvidaría y supe también —creí saber— que aquel elemento repugnante y sucio guardaba una relación con la cuestión toda, una relación, sin duda no necesariamente externa, mas sí necesariamente interna, y que ese elemento de repugnancia y de suciedad (cuyo pequeño signo había sido la pequeña actitud y la pequeña palabra de la muchacha) era, precisamente, lo que me había atraído con tan demencial fuerza a ese hotel, del cual en otras circunstancias yo habría escapado con mis últimas fuerzas.

Y siguió siendo así. Mi cuerpo, a veces tranquilo durante años, se veía sacudido otra vez por ese deseo —a veces insoportable— de un pequeño y muy preciso acto abominable, de algo ligeramente repugnante, turbador, sucio; hasta en lo mejor que existió para mí en este terreno hubo algo de eso, algún tufillo, algo de azufre, algo de infierno. Esa urgencia tenía algo del eterno judío, insensatamente arrastrado, insensatamente errante por un mundo insensatamente sucio.

Pero también hubo épocas en las que el cuerpo no se mantenía tranquilo, en las cuales nada se mantenía tranquilo, y sin embargo, o no experimentaba compulsión alguna. Era una vida grata, serena, sólo perturbada por la esperanza (¿conoces alguna inquietud mejor?). En esas épocas, si es que duraban, estaba siempre solo. Por primera vez en mi vida estoy atravesando una época así, sin estar solo. Por eso, no sólo tu proximidad física es sedante e inquietante; también lo eres tú misma. Por eso no tengo ansias de suciedad (en la primera mitad de mi estadía en Merano forjaba día y noche, contra mi propia voluntad, planes para seducir a la mucama y —algo peor aún— hacia el final de la estadía cayó en mis manos una muchacha muy complaciente; en cierta medida tuve que traducir sus palabras a mi propio lenguaje para llegar a entenderla), además ni siquiera veo obscenidad ni nada que excite desde afuera; pero siento todo lo que trae vida desde adentro. En síntesis: me llega algo del aire que se respiraba en el paraíso antes de la caída. Sólo algo de ese aire; por eso falta *louha*. No todo ese aire; por eso hay *strach*... Y bien, ahora lo sabes. Y por eso tuve "miedo" de una noche en Gmünd, pero sólo el miedo habitual (¡ay! basta

con el habitual), el mismo que siento en Praga. No se trata de un miedo especial de Gmünd.

Y ahora cuéntame de Emilie, aún puedo recibir la carta en Praga.

Hoy no incluiré nada. Lo haré mañana. Esta carta es importante, después de todo. Quiero que te llegue sin dificultades.

Impotencia. Es sólo un síntoma entre otros. Por favor, no dejes de ir a Gmünd. ¿No irás si llueve el domingo temprano?

De cualquier manera yo estaré el domingo por la mañana en la estación de Gmünd. Supongo que no necesitas pasaporte. ¿Lo has averiguado ya? ¿Necesitas algo que yo pueda llevarte?

[En el margen izquierdo:] Llegarás poco después de las 9. Como austríaca, no hay razón para que te detengan en la aduana, no hay derecho a que yo permanezca repitiendo durante horas muertas la frase con la cual pienso darte la bienvenida.

¿Al mencionar a Stasa quieres decir que vaya a verla? Pero ocurre que ella está muy poco en Praga. (Y si está en Praga, por supuesto, es más difícil aún verla.) Aguardaré hasta que vuelvas a mencionarla o hasta Gmünd.

Has interpretado mal la observación sobre L. (¡qué memoria...! no es ironía, sino celos y no son celos, sino una broma tonta). Sólo me llamó la atención que la gente de la cual él habla siempre es "estúpida" o "sinvergüenza" o "chiflada", mientras que tú eras simplemente Milena, una persona muy respetable. Eso me complace y por eso te hablé de ello en mi carta; no porque fuera una reivindicación para ti, sino para él. Dicho sea de paso y para ser más preciso, hubo una que otra excepción más: el que por ese entonces era su futuro suegro, su cuñada, su cuñado, el ex novio de su novia, todas esas personas eran "espléndidas".

Tu carta de hoy es tan triste y, sobre todo, tan cerrada en su dolor, que me siento totalmente excluido. Cuando me veo obligado a abandonar mi habitación, subo y bajo las escaleras a la carrera para regresar pronto a ella y encontrar sobre la mesa el telegrama: "También yo estaré el sábado en Gmünd". Pero no ha llegado nada aún.

Domingo

El telegrama. Sí, probablemente lo mejor sea encontrarnos. ¿Cuánto tiempo transcurriría, de lo contrario, antes de que aclaráramos las cosas? ¿De dónde ha surgido esto que está sucediendo entre nosotros? Resulta imposible ver lo que ocurre a más de un paso de distancia. Y cómo debes de haber sufrido, con esto sumado a todo lo demás. Yo pude haberlo detenido hace mucho tiempo; mi

visión era clara, pero mi cobardía pudo más. ¿Y acaso no he mentido o también al responder —como si me pertenecieran— a cartas que, a todas luces, no me pertenecían? Espero que una de esas respuestas "mentidas", en este sentido, no te hayan hecho desistir del viaje a Gmünd[84].

No estoy de modo alguno tan triste como parece desprenderse de esta carta; pero ocurre que por el momento no hay nada más que decir. Se ha hecho un silencio tan profundo que uno no se atreve a quebrarlo con una palabra. Y bien, el domingo estaremos juntos y tendremos cinco, seis horas. Para conversar es muy poco; pero bastan para guardar silencio, para tomarnos de las manos, para mirarnos a los ojos.

Lunes

Pero de acuerdo con el horario de trenes todo es mucho mejor de lo que pensaba. Espero que el horario no esté equivocado. De modo que existen las siguientes posibilidades:

I. La peor de ellas:

Yo parto de aquí el sábado a las 4.12 de la tarde, llego a las 11. 10 a Viena, tenemos siete horas a nuestra disposición, pues parto el domingo a las 7 de la mañana. El requisito indispensable para esas 7 horas es, dicho sea de paso, que yo pueda dormir un poco la noche anterior (lo cual no será nada fácil), de lo contrario tendrás ante ti un pobre animal enfermo.

II. La posibilidad que el horario de trenes convierte en algo maravilloso:

Yo salgo a las 4.12 de aquí, pero llego apenas (¡apenas! ¡apenas! a las 7.28 de la tarde a Gmünd. Aun cuando partiera de regreso el domingo con el rápido de la mañana, sólo lo haría a las 10.46, de modo que tendríamos quince horas a nuestra disposición, de las cuales podríamos dedicar algunas al sueño. Pero puede ser mejor aún, pues no es necesario que yo viaje con ese tren; por la tarde, a las 4.38 hay un tren de pasajeros con destino a Praga, de modo que tomaría ése. Eso significaría que podemos pasar veintiuna horas juntos y, por lo menos, teóricamente, podríamos disponer de ellas todas las semanas (¡te das cuenta!).

Sólo hay un inconveniente, pero creo que no es grave. De cualquier modo, conviene que te cerciores. Ocurre que la estación ferroviaria de Gmünd es checa, mientras que la ciudad es austríaca. ¿Es posible que la idiotez del pasaporte llegue a tal punto que un vienés necesite el documento para pasar por la estación checa? Pero en ese caso, la gente de Gmünd que viaja a Viena debería tener también un pasaporte con visa checa y no puedo creer que sea así, sería una medida creada exclusivamente para perjudicarnos. Ya es bastante duro tener que esperar una hora en la aduana de Gmünd para que revisen mi equi-

paje antes de abandonar la estación, con lo cual se reducen las veintiuna horas.

A continuación de estas cosas de tanta importancia no puede escribirse nada. De todos modos, muchas gracias por no haberme dejado hoy sin carta. ¿Y mañana? No telefonearé; primero, porque es demasiado excitante; segundo, porque es imposible (ya estuve averiguando una vez) y tercero, porque pronto nos veremos. Lamentablemente, Ottla no tuvo tiempo para ir a la jefatura de policía por mi pase; irá mañana. Sí, has arreglado muy bien lo de las estampillas (lástima que he traspapelado las de la carta expresa, el hombre casi se echó a llorar cuando se lo dije). A propósito, no te has molestado demasiado en agradecerme mis estampillas, pero hasta eso me alegra, tanto que tengo intenciones de enviarte también los sellos de la Legión.

Hoy no estoy con ánimos de contar cuentos de hadas. Mi cabeza parece una estación ferroviaria, con trenes que parten, trenes que llegan, inspección de aduana, el inspector de frontera que examina mi visa, pero esta vez está en orden, faltaba más, aquí la tiene; «sí, está bien, por aquí puede salir de la estación». «Por favor, señor inspector, sería usted tan amable de abrirme la puerta, y no puedo abrirla. ¿Estaré tan débil porque Milena me aguarda afuera?» «Faltaba más», dice él, «ya lo sabía». Y la puerta se abre de par en par...

Martes

Bueno, muy bien preparado no estoy para tu cumpleaños. He dormido peor que nunca, tengo la frente ardiente, los ojos resecos, las sienes doloridas y, por añadidura, tos. Creo que no podría recitarte una congratulación más o menos larga sin toser. Por suerte no necesito hacerlo, me basta con agradecer tu presencia en este mundo, en el cual, a primera vista, nunca habría supuesto que se te pudiera encontrar (como verás, mi conocimiento del mundo no es muy grande; pero, a diferencia tuya, lo admito). Y te lo agradezco con un beso (¿es eso agradecimiento?), como en la estación, a pesar de que no te haya gustado (no sé por qué hoy estoy obstinado).

No siempre me sentí tan mal durante los últimos tiempos, por momentos hasta me he sentido muy bien; pero mi día más memorable fue hace una semana, más o menos. En mi impotencia estaba recorriendo el interminable sendero que costea la piscina de la escuela de natación. Era hacia el atardecer, ya quedaba poca gente en el lugar, aunque éste distaba mucho de estar desierto. En eso avanzó a mi encuentro el ayudante del profesor de natación, que no me conoce, miró en derredor como si buscara a alguien, advirtió mi presencia, me escogió a todas luces y me preguntó: «*Chtûl byste si zajezdit*» Porque, según parece, desde la isla Sofía había llegado el dueño de una importante empresa constructora y era preciso conducirlo

en bote a la isla de los judíos, en donde se están realizando grandes construcciones. Y bien, no hay que exagerar: el profesor de gimnasia vio a ese pobre muchacho, que soy yo, y decidió proporcionarme la alegría de un paseo gratuito en bote. Sin embargo, por consideración al importante constructor debía escoger un muchacho que inspirara suficiente confianza, tanto en lo referente a sus fuerzas, como a su habilidad y que, por añadidura, una vez cumplido su cometido, no utilizara el bote para paseos no autorizados, sino que lo llevara inmediatamente de vuelta. Creyó ver todo eso en mí. El gran Trnka (el propietario de la escuela de natación, de quien alguna vez te hablaré) se nos unió y preguntó si el muchacho sabía nadar. El profesor de natación, que por lo visto adivinaba todo lo mío con solo mirarme, lo tranquilizó. Yo apenas si había pronunciado palabra. Llegó el pasajero y partimos. Como muchacho respetuoso que soy, casi no hablé. Él comentó que la tarde era lindísima; yo respondí: *Ano*. Él dijo entonces que estaba refrescando, yo dije: *Ano*. Finalmente dijo que yo remaba con notable rapidez. De puro agradecido no pude decir ya nada más. Por supuesto, atraqué en la isla con mi mejor estilo, él descendió, me agradeció, pero para mi gran desilusión olvidó darme propina (sí, cuando uno no es muchacha). Regresé sin dilaciones. El gran Trnka se sorprendió de que estuviera tan pronto de vuelta... Y bien, hacía mucho que no me sentía tan colmado de orgullo como esa tarde, me sentí un poquitito más digno de ti que de costumbre; apenas un poquito, pero eso ya es algo. Desde entonces aguardo todos los días en la escuela de natación la llegada de algún pasajero; pero no llega nadie más.

Anoche, en mi duermevela, se me ocurrió que podía celebrar tu cumpleaños visitando en tu nombre los lugares de importancia para ti. E inmediatamente después, sin que mediara mi voluntad, me encontré ante la estación del Oeste. Era un edificio diminuto. Adentro también debía de haber poco lugar, pues acababa de llegar un rápido y uno de los vagones sobresalía del edificio por falta de espacio. Me encantó el hecho de que, frente a la estación, hubiera tres muchachas bastante bien vestidas (una de ellas llevaba el cabello sujeto en una trenza), aunque muy delgadas, por cierto: mozas de cordel. Comprendí, entonces, que no era tan desusado lo que tú habías hecho. Con todo, me alegré de que no estuvieras allí, aunque también lo lamenté. Como consuelo encontré un pequeño portafolio que había perdido un pasajero, y ante la sorpresa de quienes me rodeaban extraje de la pequeña maleta grandes prendas de vestir.

La segunda mitad de Typus, sobre todo, es excelente, aguda y maligna y antisemita y espléndida. Hasta ahora no había advertido el refinamiento que significa publicar lo que uno escribe. Uno habla con el lector con tanta serenidad, con tanta confianza, con tanta solicitud; olvida todo lo demás en el mundo: sólo el lector lo preocupa. Y, sin embargo, al final uno dice de pronto: "¿Le gustó lo que escribí? ¿Sí? ¿Le pareció bueno? Pues bien, me alegro, pero,

por lo demás estoy lejos de usted y no recibo besos de gratitud". Y se acabó y uno desaparece.

¿Sabías que fuiste mi regalo de confirmación (porque también existe una especie de confirmación judía). Yo nací en el 83, de modo que tenía 13 años cuando tú naciste. El decimotercer cumpleaños se celebra con una fiesta muy especial. Debí recitar en el templo, arriba ante el altar, un pasaje aprendido con ímprobo esfuerzo. Luego, en casa, pronuncié un pequeño discurso (también aprendido de memoria). Recibí muchos obsequios. Pero me imagino que no estaba del todo satisfecho: faltaba algún regalo. Reclamé al cielo y éste vaciló hasta el 10 de agosto.

Sí, por supuesto que releeré con mucho gusto las últimas diez cartas, por más que las conozco muy bien. Pero relee también las mías, encontrarás todo un ejército de preguntas.

Sobre tu padre hablaremos en Gmünd.

Ante "Grete" me siento indefenso, como me ocurre con la mayoría de las jóvenes. ¿Habré tenido algún pensamiento referido a ti? No lo recuerdo. Me gusta sostener tu mano en la mía, me gusta mirarme en tus ojos. ¡Eso es todo, basta de Grete! En cuanto a lo de "no merecer", *nechápu, jak takovy ãlovûk*... yo mismo estoy enfrentado al mismo enigma; creo que ni siquiera entre los dos lograremos resolverlo. Por otra parte creo que es blasfemo. Sea como fuere, no pienso dedicarle ni un minuto en Gmünd. Ahora veo que tú tienes que mentir más de lo que yo habría tenido que mentir. Eso me deprime. Si existiera un impedimento serio, quédate en Viena... aun sin comunicármelo. Me conformaré con haber hecho una excursión a Gmünd y haber estado tres horas más cerca de ti. Ya tengo la visa. No me podrás telegrafiar, por lo menos hoy, debido a vuestra huelga.

Miércoles

No entiendo por qué me pides perdón. Si ha terminado, es lógico que te perdone. Sólo fui implacable mientras duró y entonces no te preocupaste. ¿Cómo puedo no perdonarte por algo que ya ha pasado? ¡Qué confusas deben estar tus ideas para que puedas creer semejante cosa!

La comparación con tu padre no me gusta, por lo menos en este momento. ¿Te perderé yo también? (Dicho sea de paso: no tengo las fuerzas de tu padre en este aspecto). Si insistes en la comparación, más vale que me devuelvas el pulóver.

La compra y el envío del pulóver me demandaron tres horas y fue una tarea que me renovó —cosa que me hacía mucha falta en ese momento— y por la cual te estoy muy agradecido. Hoy estoy demasiado cansado como para rela-

tarte la historia, llevo dos noches sin dormir. ¿No podré recomponerme en alguna medida para que me alaben un poco en Gmünd?

¿Envidia a la viajera que visitará Amsterdam? No hay duda de que es muy lindo lo que hace, si lo hace realmente convencida; pero tú cometes un error lógico. Para el individuo que vive así, la vida es coacción; para quien no puede vivir así, sería libertad. Así ocurre en todos los órdenes. Una "envidia" de esa naturaleza sólo es, en última instancia, un deseo de morir.

Respecto a Max, procede como quieras. Pero ya que conozco la misión que le has confiado, cuando se acerque el final me haré llevar a su casa, analizaré con él la posibilidad de una ex-cursión en común de varios días, "pues me siento especialmente fuerte", luego me arrastraré hasta casa y allí me estiraré por última vez.

De más está decir que hablo así porque todavía no he llegado a ese punto. Pero no bien tenga 37.5° (¡con 38° bajo la lluvia!), los mensajeros del telégrafo se llevarán por delante en tu larga escalera. Espero que estén en huelga en ese momento y no en una fecha tan inoportuna como ésta, la de tu cumpleaños.

El correo ha tomado demasiado al pie de la letra mi amenaza de que no entregaré las estampillas al hombre. La estampilla de la carta-expreso ya había sido despegada antes de que ésta llegara a mi poder. Por otra parte, tienes que entender al pobre hombre: no colecciona una estampilla de cada tipo. Dedica grandes hojas a cada clase y grandes libros para reunir todas las hojas, y cuando se llena una hoja con ejemplares de la misma especie, inicia una nueva hoja, y así sucesivamente. Y así se pasa las tardes y está gordo y jovial y feliz. Y cada nuevo tipo de estampilla que aparece es un motivo de alegría para él. Por ejemplo, hoy le produjo una alegría la estampilla de 50 heller: están por subir el franqueo (¡pobre Milena!) y las estampillas de 50 heller se harán más raras.

Lo que dices de Kreuzen me gusta (Afleur no, es un verdadero sanatorio para enfermedades de pulmón, con inyecciones ¡horror!; para un empleado de aquí fue la antesala de la muerte por enfermedad pulmonar). Me gusta una región así; además tiene recuerdos históricos. ¿Pero estará aún abierto a fines del otoño y aceptarán extranjeros, y no será más caro para los extranjeros, y alguien fuera de mí entenderá por qué voy a cebarme al país del hambre? De todos modos, escribiré.

Ayer volví a hablar con el tal Stein. Es uno de esos individuos con quienes todo el mundo es injusto. No sé por qué se ríen de él. Conoce a toda la gente, está enterado de todo; pero es modesto, sus juicios son cautos, formulados con inteligente distancia, respetuosos. El hecho de que sean fatuos en una forma demasiado evidente, demasiado ingenua, no hace más que acrecentar su mérito, a los ojos de quien conoce la vanidad secreta, voluptuosa, criminal. Comencé, de pronto, a hablar de Haas, luego rocé a Jarmila, pocos minutos después había llegado a tu marido y por fin... Entre paréntesis, no es que me guste oír cuentos sobre ti; no es así. Ocurre que me gustaría oír pronunciar tu nombre todo el día. Si lo hubiera interrogado habría hablado mucho de ti; pero como no le pregunté nada se conformó con afirmar, sinceramente dolorido, que apenas si vives,

aniquilada por la cocaína (qué agradecido me sentí en ese instante por saberte con vida). Por supuesto, con esa cautela y modestia que lo caracterizan, añadió que él no lo había visto con sus propios ojos y sólo lo había oído comentar. De tu marido habló como de un poderoso hechicero. Mencionó también un nombre nuevo para mí, de tu época de Praga: Kreidlová, creo. Habría continuado hablando durante horas, pero yo me despedí. Sentía un poco de náuseas, sobre todo por mí mismo, por haber marchado en silencio junto a él, oyendo cosas que no quería oír y que no me concernían.

Repito: si existe algún impedimento, que pueda acarrearte un pequeño sufrimiento, quédate en Viena, aun sin comunicármelo si fuera preciso. Pero si realmente viajas, atraviesa la frontera sin dilaciones. Si por alguna casualidad, por ahora imprevisible, yo no pudiera viajar y no alcanzara a hacértelo saber en Viena (enviaría un telegrama a Frau K.), encontrarás un telegrama para ti en el hotel de la estación Gmünd.

¿Llegaron los seis libros?

Al leer *Kavárna*[87] me sentí un poco como cuando escuchaba a Stein, sólo que tú sabes narrar mucho mejor que él. ¿Quién podría relatar tan bien una historia? ¿Pero por qué narras una historia a todo el que compra *Tribuna*? Mientras leía me sentía como si estuviera paseándome ante el café día y noche, por espacio de años. Cada vez que entraba o salía un parroquiano, me cercioraba de tu presencia a través de la puerta abierta y luego reanudaba mi paseo y esperaba. No era triste ni cansador. ¡Cómo puede ser triste o cansador esperar ante el café en el cual estás tú!

Jueves

Me alegra muchísimo que Münchhausen haya cumplido bien su cometido; en realidad ya ha hecho cosas mucho más difíciles antes. ¿Y las rosas recibirán los mismos cuidados que las otras llores? ¿Y de qué flores se trataba? ¿Y de quién eran?

Respecto a lo de Gmünd te respondí antes de que me preguntaras. Martirízate lo menos posible y de todas maneras me martirizarás menos a mí. Yo no había pensado que tendrías que mentir tanto. Pero cómo puede creer tu marido que yo no te escriba y que no quiera verte después de haberte visto una vez.

Dices que a veces tienes ganas de someterme a prueba. Supongo que ha sido sólo una broma ¿no? Por favor, no lo hagas. El reconocer de por sí insume mucha energía ¡cuánta más puede insumir el no-reconocer!

Me alegra mucho que los avisos te resulten sabrosos[87]. ¡Devóralos no más, devóralos! Quizá, si comienzo a ahorrar desde este momento y tú te resignas a esperar veinte años y para entonces las pieles están más baratas (porque quizá para ese entonces Europa esté devastada y los animales de piel fina transiten por las calles) ... quizá me alcance para comprar un abrigo de pieles.

¿Y sabes cuándo podré dormir de una vez por todas? ¿Será quizá durante la noche del sábado o del domingo?

Pues bien, para que sepas, esos sellos postales con sobreimpreso son su máxima ambición (él no tiene más que ambiciones "máximas"). *To je krása, to je krása*![89], dice, ¡Qué no verá en ellos!

Y ahora comeré y después iré a la Oficina de Cambios... una mañana de burocracia.

Viernes

No sé bien por qué escribo; probablemente por nerviosidad, así como esta mañana te envié, por nerviosidad, una torpe respuesta telegráfica en la carta por expreso. Esta tarde te responderé no bien haya efectuado las averiguaciones en lo de Schenker.

El intercambio epistolar sobre este tema nos lleva siempre a la conclusión de que tú estás unida a tu marido por un matrimonio sacramental e indisoluble (qué nervioso estoy, mi barco tiene que haber perdido el timón en algún momento durante estos últimos días) y yo estoy ligado por un matrimonio de la misma naturaleza, vaya a saber a quién, pero la mirada de esa esposa terrible suele posarse sobre mí, la siento. Y lo más extraño es que aunque ambos matrimonios son indisolubles y por consiguiente nada queda por decir al respecto, a pesar de eso la indisolubilidad de uno constituye o por lo menos fortalece la indisolubilidad del otro y viceversa. De todos modos, lo que queda en pie es el juicio que tú has formulado: *nebude toho nikdy*[90], y nunca más hablaremos del futuro, sólo hablaremos del presente.

Esta verdad es absoluta, inconmovible, la columna sobre la cual descansa el mundo, y no obstante confieso que tengo la sensación (sólo la sensación; la verdad permanece inconmovible y absoluta. Sabes, cuando quiero escribir algo como lo que sigue, las espadas cuyas puntas me rodean como una corona se aproximan lentamente a mi cuerpo, es el tormento más perfecto; cuando apenas me rozan —no hablo de punzar—, cuando apenas me rozan es tan terrible que, en seguida, en el primer alarido traiciono todo, a ti, a mí, a todo). De modo que sólo en esas condiciones confieso que el intercambio epistolar sobre estos temas me produce la sensación (repito, por mi vida: sólo la sensación) de ser algo así como si yo viviera en algún lugar de África Central y hubiera vivido siempre allí y te comunicara —a ti, que vives en Europa, en plena Europa— mi inconmovible opinión sobre los próximos acontecimientos políticos. Pero sólo se trata de tina comparación, de una comparación estúpida, torpe, errónea, sentimental, pobre, conscientemente ciega ... ¡nada más, por favor, espadas!

Haces bien en citarme la carta de tu marido, no entiendo todo con mucha claridad (no obstante, no me envíes la carta), pero veo que quien escribe es un

hombre "soltero", que quiere "casarse". ¿Qué importancia tiene su ocasional "infidelidad", que ni siquiera es infidelidad, pues ambos continúan el camino en común, sólo que él se desvía un poco hacia la izquierda dentro de ese mismo camino? ¿Qué importancia tiene esa "infidelidad" que, además, no cesa de derramar una profunda dicha sobre tu más profunda desdicha. ¿Qué importancia tiene esa "infidelidad" comparada con mi eterno sometimiento?

En lo que respecta a tu marido no te he interpretado mal. Vuelcas continuamente todo el misterio de esa indestructible unión, ese misterio rico e inagotable, en la preocupación que te causan sus botines. Es muy sencillo: si tú lo abandonaras, él viviría con otra mujer o se establecería en una pensión y sus botines estarían mejor lustrados que hasta ahora. Todo esto es estúpido y no lo es, no sé qué es lo que me martiriza tanto en estos comentarios. Quizá tú lo sepas.

No tendrías por qué haber arruinado tu cumpleaños si me hubieras hecho saber antes lo del dinero. Te lo llevaré. Pero quizá no nos veamos, después de todo; no sería raro dada la confusión reinante.

Algo más. Hablas de la gente que comparte sus veladas y sus mañanas, y de aquella que no las comparte. La situación de estos últimos me parece la más favorable. Seguramente, posiblemente, han hecho algo malo y la suciedad de esa escena proviene más que nada, como tú misma lo dices, de su falta de comunión, y es una suciedad física como la de una casa jamás habitada, que súbitamente es abierta de par en par. Eso es malo, sin duda; pero no ha ocurrido nada decisivo, nada que decida formalmente en el cielo y en la tierra, sólo se trata de un "juego de pelota", como tú lo llamas. Es como si Eva hubiese arrancado la manzana (a veces creo entender la Caída como nadie la ha entendido hasta ahora), pero sólo para mostrársela a Adán, porque le había gustado. El mordisco fue lo decisivo; porque jugar con la fruta no estaba expresamente permitido, pero tampoco estaba expresamente prohibido.

Martes

De modo que la respuesta a esta carta demorará de 10 a 14 días. Comparada con toda la correspondencia que mantuvimos hasta ahora es casi como haber sido abandonado ¿no?[91] Y siento como si justamente ahora tuviera que decirte algo imposible de decir y de escribir, no para reparar algo que arruiné en Gmünd, no para salvar algo que se está hundiendo; sólo para que comprendas a fondo cómo me siento, para que no te alejes de mí alarmada, como puede ocurrir entre la gente, después de todo. A veces siento como si tuviera un peso de plomo en mí, que puede hundirme en lo más profundo del mar en un instante y que aquél que pretendiera aferrarme y hasta "salvarme", renunciaría a ello, no por debilidad, ni

siquiera por desesperanza, sino por simple irritación. Y bien, por supuesto esto no te lo digo a ti, sino a un débil reflejo de ti aún visible para un cerebro cansado, vacío (no desdichado ni excitado, es casi un estado que merece gratitud).

Ayer fui a visitar a Jarmila. No quise postergarlo ni un día más puesto que era tan importante para ti; además, para ser sincero, la idea de que no podía dejar de hablar con Jarmila me alteraba y preferí hacerlo sin dilaciones. Lo hice a pesar de no haberme afeitado (ya no se trataba de una simple sombra de barba), pues eso no me podía perjudicar mucho en lo referente al éxito de mi misión. A eso de las 6.30 estuve arriba, el timbre no funcionaba, no me sirvió de nada golpear, el *Národní Listy*[92] estaba en el buzón. Evidentemente no había nadie. Di unas cuantas vueltas por ahí, hasta que aparecieron desde el patio dos señoras, una era Jarmila, la otra su madre, quizá. Reconocí a J. al punto, a pesar de que se parece muy poco a la foto y nada a ti. Abandonamos en seguida el edificio y nos paseamos por espacio de unos diez minutos detrás de la antigua Academia Militar. Lo sorprendente para mí fue que, en contra de tus pronósticos, se mostró muy locuaz, aunque sólo durante esos diez minutos. Habló casi incesantemente, lo cual me recordó mucho a la verborragia de esa carta suya que una vez me enviaste. Se trata de una verborragia que, hasta cierto punto, es independiente de la locutora. Esta vez el fenómeno fue más notorio aún, pues no se trataba de detalles tan concretos como los de aquella carta. Su agitación se explicaba en parte, porque —como ella misma me informó— desde hacía días estaba muy nerviosa por el asunto[93], había telegrafiado a Hitas por lo de Werfel (sin haber recibido respuesta aún), te había telegrafiado a ti y te había enviado cartas por expreso, había quemado las cartas inmediatamente, a pedido tuyo, y ya no sabía qué hacer para tranquilizarte. Por eso había pensado en visitarme por la tarde, para hablar, por lo menos, con alguien que estuviera enterado del problema. (Creía saber dónde vivo. La razón es ésta: una vez, en otoño, según creo, o quizá ya fuera primavera, no sé, salí a remar con Ottla y la pequeña Ruzenka —la que una vez, en el palacio de Schönborn, profetizó mi próximo final—; frente al Rudolphinum nos encontramos con Haas. Iba acompañado por una mujer a quien en ese momento ni miré. Era Jarmila. Haas mencionó mi nombre y Jarmila recordó que, hacía años, había charlado de vez en cuando con mi hermana en la Escuela Pública de Natación. Y como en ese entonces la escuela pública de natación era muy cristiana, la había retenido en la memoria como curiosidad judía. En aquella época vivíamos frente a la escuela y Ottla le había señalado nuestra casa. Y bien, ésa es la larga historia.) Por eso estaba sinceramente contenta de que yo hubiera ido, por eso estaba tan animada, aunque preocupada por estas complicaciones que, seguro, seguro, han terminado y que, seguro, seguro —según afirmó apasionadamente— no traerán secuelas. Pero mi ambición quedó insatisfecha, pues —aunque sin entender por completo la importancia de mi mi-

sión, pero sí muy imbuido de ella— o mismo quería quemar las cartas y desparramar las cenizas en el Belvedere.

De sí misma habló muy poco: que casi no sale de su casa —su rostro lo demuestra—, que no habla con nadie, sus únicas salidas son a alguna librería, para hojear algo, o al correo para despachar alguna carta. Por lo demás sólo habló de ti (o fui yo quien habló de ti, es difícil establecerlo a posteriori). Le comenté que, cuando una carta de Berlín te había hecho entrever la posibilidad de que Jarmila te visitara, habías tenido una enorme alegría; me explicó que ya no concebía la posibilidad de alegrarse y menos aún de que alguien recibiera una alegría de ella. Sonó simple y convincente. Yo le dije que, realmente, el pasado no puede borrarse sin más ni más y que en él siempre hay posibilidades que pueden cobrar vida. Ella dijo que sí, que quizá eso sucediera cuando uno está cerca de la otra persona y que, pese a todo, ella había deseado mucho verte en estos últimos tiempos y que, a su juicio, era elemental que estuvieras aquí, aquí... Señaló varias veces el suelo por delante de ella, con esa animación que, en general, tenían sus ademanes.

Frente a su casa nos despedimos brevemente.

Antes de eso me había irritado un poco con un detenido relato sobre una fotografía tuya, particularmente hermosa, que quería mostrarme. Al final resultó que la había tenido en la mano antes del viaje a Berlín, cuando quemó todos los papeles y cartas, y que justamente esta tarde la había buscado sin resultado.

Luego te envié un exagerado telegrama comunicándote que la misión había quedado cumplida. ¿Pero qué más podía hacer? ¿Estás conforme conmigo?

Es insensato rogarte, si has de recibir esta carta dentro de dos semanas; pero quizá sólo se trate de una pequeña contribución a la insensatez del ruego como tal: no permitas que yo te ahuyente, si eso es posible en este mundo inestable (en donde uno es arrastrado, si uno es arrastrado y no tiene defensa), no permitas que yo te ahuyente aun cuando te defraude una y mil veces, o precisamente ahora o quizá siempre precisamente ahora. Por otra parte, esto no es un ruego y no está dirigido para nada a ti, no sé a quién está dirigido. Es sólo esa respiración oprimida en el oprimido pecho.

Miércoles

Tus cartas del lunes por la mañana. Desde ese lunes a la mañana o, mejor dicho, desde el lunes a mediodía, cuando el efecto benefactor del viaje (al margen de todo, todo viaje en sí es un descenso, un ser-aferrado-por-el-cuello, un ser-sacudido-de-punta-a-punta) ya se había disipado un poco, desde entonces te estoy cantando incesantemente una única canción, que es siempre distinta y siempre la misma, rica como un dormir sin sueños, tediosa y agotadora, al punto de que yo mismo me duermo al

oírme. Alégrate de estar defendida de mis cartas durante tanto tiempo.

¡Ay, conocimiento de la naturaleza humana! ¡Qué puede importarme que realmente lustres bien los botines! Lústralos con todo esmero, colócalos en un rincón y da por terminado el asunto. Lo único que me tortura, a veces, es que los lustres todo el día en tu mente (y no los limpies).

Jueves

En todo momento esperaba escuchar una frase distinta a la que esperabas tú, ese *jsi můj* ¿Y por qué precisamente eso? Ni siquiera significa amor; más bien dice de proximidad y de noche.

Sí, la mentira fue grande y yo participé en ella, y lo que es peor, en un rincón, a solas, como si fuera inocente.

Lamentablemente, siempre me encomiendas tareas que ya se han cumplido por sí mismas cuando yo llego. Si tienes muy poca fe en mí y procuras insuflarme un poco de confianza en mí mismo, la maniobra es demasiado evidente.

No entiendo qué tiene que ver conmigo, y menos aún con los celos, ese telegrama de Jarmila (que, después de todo, fue despachado antes de nuestro encuentro). Dicho sea de paso, mi visita pareció alegrarla (por ti), pero más aún la alegró mi partida (por mí o, mejor dicho, por ella).

Podrías haber dedicado algunas palabras más a ese enfriamiento. ¿Ocurrió en Gmünd o en el trayecto del café a tu casa? Aquí todavía se disfruta de un precioso tiempo estival, inclusive el domingo, pues sólo llovió al sur de Bohemia. Me sentía orgulloso, pues todo el mundo adivinaba por mi ropa empapada, que venía de la zona de Gmünd.

Viernes

Vista de cerca no se entiende para nada esa desesperación en que estás viviendo ahora; es preciso tomar un poco de distancia, pero aún así resulta casi imposible.

Has entendido mal lo de las garras; por otra parte, no fue dicho para ser entendido. Lo que dices de Gmünd es muy cierto y en el sentido más amplio. Recuerdo, por ejemplo, que me preguntaste si no te había sido infiel en Praga. Fue mitad en broma, mitad en serio, mitad con indiferencia (otra vez las tres mitades, justamente porque es imposible). Habías recibido mi carta y me preguntaste eso. ¿Era una pregunta posible? Pero no contento con eso yo la hice más imposible aún. Te dije que sí, que te había sido fiel. ¿Cómo es posible que uno diga esas cosas? Durante el día conversábamos y nos escuchábamos el uno al otro, con frecuencia y durante largo rato, como seres extraños.

Jarmila vino a verme ayer hacia el atardecer (no sé cómo ha averiguado mi actual dirección), yo no estaba en casa. Me dejó una carta para ti y una notita escrita con lápiz, en la cual me ruega te envíe esa carta, pues ella tiene tu dirección del campo, pero no está demasiado segura de que sea exacta.

Lunes

Y bien, no fue tan larga la espera a pesar de todo. Recibí las dos cartas de Salzburgo. Ojalá mejore el tiempo en Gilgen; por supuesto que el otoño ya ha llegado, eso es indiscutible. Yo me siento mal y bien, según se vea; espero que la salud aguante un poquito más hasta que avance el otoño. Tendremos que analizar lo de Gmünd, por carta o personalmente, eso es parte de mi sentirme mal. Remito adjunta la carta de Jarmila. Respondí por carta neumática a su nota, comunicándole que, por supuesto, enviaría la carta con mucho gusto, pero sólo si su contenido no era urgente, pues difícilmente conocería tu dirección antes de transcurrida una semana. No tuve más noticias suyas.

[En el margen derecho:] Por favor, envíame una vista de tu casa, si puedes.

Jueves

Sólo he leído la carta escrita con lápiz. De la carta del lunes sólo eché un vistazo al párrafo subrayado y preferí dejarla por ahora. Qué medroso estoy y qué triste no poder arrojarse sobre cada palabra con todo lo que uno es, de modo tal que, si esa palabra fuese atacada, uno pudiera debatirse por entero o sucumbir por entero. Pero es evidente que, también en este orden, no sólo existe la muerte; también está la enfermedad.

Antes de haber completado la lectura de la carta (tú escribes algo por el estilo), se me ocurrió que quizá puedas quedarte allí por un tiempo más, mientras el otoño lo permita. ¿Existe la posibilidad?

Las cartas de Salzburgo llegaron rápido; las de Gilgen demoran más, pero también recibo otras noticias, de vez en cuando. Apuntes de Polgar en el diario, algo sobre el lago, inmensamente triste. Y uno queda sumido en la perplejidad, pues no por eso deja de ser divertido. Y bien, eso no es mucho; pero también están las noticias de Salzburgo, de los festivales, del tiempo inestable... Eso tampoco es divertido, viajaste demasiado tarde. También le suelo pedir a Max que me hable de Wolfgang y de Gilgen. Él fue muy feliz allí, de niño. Sin duda aquello fue mucho mejor en otros tiempos. Pero nada de eso bastaría si no estuviera

la Tribuna de por medio, esa posibilidad diaria de encontrar algo tuyo y luego, el hallazgo concreto, de vez en cuando. ¿Te molesta que hable de eso? Y a mí me gusta tanto leer tus artículos. ¿Y quién puede hablar de ellos sino yo, tu mejor lector? Hace tiempo ya, antes de que me dijeras que a veces, al escribir, piensas en mí, sentía que lo escrito por ti guardaba una relación conmigo, es decir, lo apretaba a mí. Pero ahora que me lo has dicho en forma explícita me he vuelto casi temeroso, y si, por ejemplo, leo algo de una liebre en la nieve, casi me veo a mí mismo corriendo.

[En el margen izquierdo:] Sí, o sabía que había pasado algo por alto al leer y no podía recordarlo, sin poderlo olvidar: ¿Fiebre? ¿Verdadera fiebre? ¿Fiebre medida con termómetro?

He leído la otra carta después de todo; pero, en realidad, sólo lo hice a partir del pasaje: *Nechci, abys na to odpovídal*[5]. No sé qué dice antes, pero en presencia de tus cartas —que confirman de manera irrefutable la imagen de ti que llevo encerrada en lo más profundo de mi ser— estoy dispuesto a refrendar a ciegas lo que en ella dices, aunque eso sirva de testimonio contra mí ante las más altas instancias. Soy sucio, Milena, infinitamente sucio; por eso hago tanto alboroto con la pureza. Nadie tiene una voz tan pura como aquellos que están en lo más hondo del infierno; lo que tomamos por canto de los ángeles es su canto.

Desde hace unos días he retomado mi vida de "servicio militar" o, mejor dicho, de "maniobras". Hace años descubrí que en determinadas épocas es lo mejor para mí. Por la tarde, acostarme y dormir todo lo posible, luego caminar dos horas y, por fin, permanecer despierto todo lo posible. Pero en ese "todo lo posible" estriba la dificultad. "Lo posible" no es mucho, ni por la tarde ni por la noche y, a pesar de eso, cuando llego a la oficina por la mañana estoy directamente marchito. Y el verdadero botín está en las profundidades de la noche, en la segunda, la tercera, la cuarta hora; pero si ahora no me acuesto a más tardar a medianoche, estoy perdido y están perdidos la noche y el día. Sin embargo, nada de eso importa; ese estar-de-servicio es bueno aun cuando no produzca resultados. Y no los producirá, necesito seis meses de esa vida para comenzar a "soltar la lengua" y, después, para admitir que se acabó, que el permiso para estar-de-servicio se ha acabado. Pero como decía: es bueno en sí, aun cuando a la corta o a la larga interfiera, tiránica, la tos.

Las cartas no fueron tan terribles, sin duda, pero no merezco esa carta escrita con lápiz. ¿Dónde hay alguien, en el Cielo y en la Tierra, que la merezca?

Jueves por la noche

Hoy apenas si hice otra cosa que permanecer sentado, leer un poco de aquí y un poco de allá; pero, en rigor, no hice nada o me limité a prestar atención a un ligero dolor que trabajaba en mis sienes. El día entero estuve pensando en tus cartas, con sufrimiento y con amor, con preocupación y con un miedo muy impreciso a lo impreciso, cuya imprecisión consiste fundamentalmente en que excede en una medida enorme los límites de mis fuerzas. Y, a todo esto, ni siquiera me he atrevido a leer las cartas por segunda vez y hay media página que aún no ha sido leída ni una sola vez. ¿Por qué uno no se resigna a considerar que lo acertado es vivir en esta tensión especial, sostenida, suicida? (en una ocasión comentaste algo por el estilo y yo procuré reírme de ti). En lugar de eso uno se empeña en aflojarla, la abandona como una bestia irracional (y, como una bestia, ama por añadidura esa irracionalidad) y de esa manera carga el cuerpo con toda la electricidad perturbada y sin control, hasta llegar casi a quemarse.

No sé exactamente qué quiero decir con esto, sólo quisiera apoderarme de algún modo de los lamentos —no de los expresados en palabras, sino de los lamentos callados— que surgen de tus cartas, y puedo hacerlo, pues en el fondo son mis lamentos. Lo más curioso es que estemos tan de acuerdo hasta en esto, en la oscuridad; tanto, que sólo puedo creerlo en uno de cada dos instantes.

Viernes

En lugar de dedicar la noche a dormir, la he consagrado (aunque no del todo voluntariamente) a las cartas. Sin embargo, no ha llegado aún el peor momento. No ha llegado carta, dicho sea de paso; pero eso tampoco tiene importancia en sí. Ahora es mucho mejor no escribir a diario; sin decirlo, tú lo advertiste antes que yo. Las cartas diarias debilitan en lugar de fortificar. Antes uno bebía la carta y se sentía diez veces más fuerte y diez veces más sediento (hablo de Praga, no de Merano). Pero ahora todo es muy serio, ahora uno se muerde los labios mientras lee la carta y lo único seguro es ese dolorcito en las sienes. Pero aun eso es tolerable; sólo importa una cosa: no te enfermes, Milena, no te enfermes. No escribir está bien (¿cuántos días necesito para vérmelas con dos cartas como la de ayer? Qué pregunta tan estúpida ¿puede uno vérselas con ellas en un espacio de días?), pero la enfermedad no debe ser la causa de ese no-escribir. Es claro que sólo estoy pensando en mí. ¿Qué haría yo? Muy probablemente lo que hago ahora ¿pero cómo lo haría? No, no quiero pensar en eso. Y, mientras tanto, cuando pienso en ti, la imagen más clara que se me presenta eres tú en cama, tendida como estabas tendida aquel atardecer en Gmünd, en la pradera (cuando yo te hablaba de mi amigo y tú apenas me escuchabas). Y no se trata de una imagen torturante; en

realidad es lo mejor que puedo imaginar en estos momentos: que tú estás en cama, que yo te cuido un poco, que me acerco de tanto en tanto, te apoyo la mano en la frente, me hundo en tus ojos al mirarte, siento tu mirada sobre mí cuando ando por la habitación, y en todo momento sé, con un orgullo ya indomable, que vivo para ti, que puedo vivir por ti y por eso comienzo a experimentar gratitud al pensar que una vez te detuviste ante mí y me ofreciste tu mano. Además se trataría de una enfermedad que pasa pronto y que te dejaría más saludable que antes y te permitiría ponerte nuevamente en pie en toda tu majestad, mientras que yo pronto —y ojalá sin ruido ni dolor me hundiría bajo tierra. De modo que eso no hace sufrir en lo más mínimo, mientras que la idea de que estás enferma a la distancia...

A ti también te gustan los guardas de tranvía ¿no es verdad? Sí, el alegre y, sin embargo, enflaquecido *kondukteur*, típicamente vienés. También aquí. son buenas personas. Los niños quieren ser *kondukteur*, cuando sean grandes, para sentirse poderosos y respetados, para viajar de aquí para allá, de pie en el estribo, para poder inclinarse sobre los niños, para tener una maquinita perforadora y montones de boletos. a mí, en cambio, todas esas posibilidades más bien me intimidan; pero quisiera ser guarda de tranvía para ser alegre y simpático con todo el mundo. En una oportunidad eché a andar detrás de un tranvía que marchaba con mucha lentitud y el *kondukteur*... (acaba de llegar el poeta; viene a buscarme a la oficina para que salgamos juntos; que me espere hasta que termine con el *kondukteur*) que estaba en la plataforma trasera se asomó y me gritó algo. El ruido de la plaza Josef me impidió oír y el hombre comenzó a gesticular con ambos brazos como para indicarme algo; pero yo no lo entendía y, mientras tanto, el tranvía se iba alejando cada vez más y sus esfuerzos resultaban cada vez más vanos... Por fin entendí: el imperdible de oro que sujetaba mi cuello se había desabrochado y la intención del hombre había sido la de llamar mi atención sobre ese hecho. Esta mañana recordé el episodio cuando ascendí al tranvía, torpe como un espectro inválido, después de la noche pasada. El guarda, al darme el vuelto de cinco coronas, formuló algún comentario amable (que yo ni escuché) acerca de los billetes que me entregaba. Lo hizo para alegrarme (no justamente para alegrarme a mí, pues ni siquiera me había mirado, sino para alegrar el ambiente). Un señor que estaba de pie junto a mí, me dirigió una sonrisa a causa de la distinción de la cual yo había sido objeto. Yo sólo pude responderle con otra sonrisa y de esa manera el clima mejoró un poco. ¡Ojalá se pudiera cambiar también el cielo lluvioso que pende sobre St. Gilgen!

Sábado

¡Qué hermoso, qué hermoso, Milena, qué hermoso! Nada de lo que contiene la carta (del martes) es especialmente hermoso; pero sí son hermosas la serenidad, la confianza, la claridad de las cuales ella es el resultado.

Por la mañana no llegó nada; me habría resignado fácilmente al hecho en sí; el recibir cartas es ahora muy diferente, aunque el escribirlas haya permanecido casi invariable: la urgencia y la dicha del "tener que escribir" subsisten. Y bien, me habría resignado al hecho; para qué necesito una carta si ayer, por ejemplo, pasé todo el día, toda la velada y mitad de la noche dialogando contigo, sosteniendo una conversación en la cual yo me mostré honesto y serio como un niño y tú, receptiva y seria como una madre (en realidad, nunca he visto un niño así ni una madre así). El hecho en sí habría pasado, pues; pero yo tenía que conocer el motivo de tu silencio y no imaginarte siempre enferma, en cama, en la pequeña habitación, afuera la lluvia otoñal, tú sola, con fiebre (me hablabas de eso en una carta), con un enfriamiento (me hablabas de eso), con sudores nocturnos y sensación de cansancio (acerca de todo eso me escribiste)... Y bien, si no hay nada de eso, todo está bien y por ahora no pretendo nada mejor.

No me embarcaré en una respuesta al primer párrafo de tu carta; ni siquiera conozco aún el célebre primer párrafo de la carta anterior. Son cosas enmarañadas, que sólo pueden desbrozarse en una conversación entre madre e hijo; que sólo pueden conversarse entre madre e hijo, quizá porque nunca pueden darse entre ellos. Por eso no me embarco en el tema, porque el dolor está acechando en las sienes. ¿Será que la flecha del amor se ha clavado en mis sienes, no en mi corazón? Tampoco volveré a escribir nada acerca de Gmünd; por lo menos no lo haré con intención. Habría mucho que decir al respecto, pero al final todo iría a desembocar en que quizás el primer día en Viena no habría sido mejor, si yo hubiera partido al anochecer. Y Viena tuvo una ventaja sobre Gmünd: llegué seminconsciente de miedo y de agotamiento. A Gmünd, en cambio, llegué —sin advertirlo, tan estúpido fui— con imponente seguridad, como si nunca más pudiera sucederme algo. Llegué como un propietario. Es curioso que en medio de esa intranquilidad que me acosa permanentemente pueda producirse esa lasitud del propietario, que quizá sea mi verdadera falla, en ésta y en otras situaciones.

Ya son las 3 menos cuarto; recibí tu carta poco antes de las 2. Interrumpiré para comer ¿te parece?

La traducción de la oración final está muy bien. En ese cuento, cada frase, cada palabra, cada —si se me permite— melodía está vinculada con el "miedo". Fue cuando se abrió por primera vez la herida, durante una larga noche, y, a mi juicio, la traducción refleja con toda exactitud esa relación, con mano mágica, con esa mano que es la tuya.

Ahí tienes la razón por la cual el recibir cartas constituye un martirio; pero tú conoces muy bien esa razón. Entre tu carta y la mía existe hoy —en la medida de lo posible dentro de esta gran inseguridad— una comunión diáfana, buena, aireada. Y ahora tengo que aguardar las respuestas a mis cartas anteriores y tengo miedo.

Dicho sea de paso ¿cómo esperabas una carta mía el martes, si el lunes me enteré de tu dirección?

Domingo

Curioso error el de ayer. Ayer a mediodía estaba contento con tu carta (del martes) y cuando volví a leerla por la noche comprendí que apenas se diferenciaba en esencia de las últimas cartas: es mucho más desdichada de lo que admite. Ese error demuestra hasta qué punto sólo pienso en mí mismo, me encierro en mí, retengo de ti sólo lo que puedo retener y mi deseo sería huir con ello al desierto, para que nadie me lo pueda arrebatar. Porque acababa de regresar a mi despacho después de dictar, porque encontré sorpresivamente tu carta allí, porque le eché una ojeada y ávida, porque no contenía un párrafo subrayado que me atacara, porque, por casualidad, mis sienes latían normalmente, porque fui lo bastante irreflexivo como para imaginarte serena y apacible, entre bosques, lagos y montañas... por todas esas razones y por algunas otras —ninguna de ellas vinculada con tu carta y con tu verdadera situación—, tu carta me pareció alegre y mi insensata respuesta estuvo a tono con esa impresión.

Lunes

Mira, Milena, hasta qué punto uno ha perdido el control y es arrojado de aquí para allá en un mar que sólo por maldad no nos devora. Hace muy poco te pedí que no me escribieras a diario; fui honesto, tenía miedo de las cartas. Cuando alguna no llegaba, me sentía más tranquilo. Cuando veía una sobre la mesa, debía apelar a todas mis fuerzas y éstas distaban mucho de bastar... y hoy me habría sentido muy desdichado si no hubieran llegado esas tarjetas (me he apropiado de ambas). Gracias.

De las generalidades que he leído hasta ahora acerca de Rusia, el artículo adjunto es el que más impresión ha causado sobre mí o, mejor dicho, sobre mi cuerpo, mis nervios, mi sangre. En realidad no lo he aceptado tal cual está, sino que lo he adaptado para mi orquesta. (Arranqué el final, pues contiene acusaciones de los comunistas que no corresponden al contexto; por otra parte, la totalidad es sólo un fragmento.)

Jueves

Llegaron las cartas del domingo y el lunes, y una tarjeta. Por favor, Milena, trata de entender la situación. Estoy aquí aislado, a la distancia y, sin embargo, relativamente en paz y son muchas las cosas que me pasan por la cabeza: miedo, inquietud. Y escribo todo aun cuando no tenga mayor sentido, y cuando hablo contigo olvido todo, incluyéndote a ti, y sólo cuando llegan dos cartas como éstas tomo conciencia del todo.

Hay algo en tus temores respecto al invierno que no entiendo bien. Si tu marido está tan enfermo, puesto que hasta padece dos enfermedades a la vez, y si es tan serio, no podrá ir a la oficina; pero, por supuesto, si es empleado efectivo no lo pueden despedir. Por otra parte, sus enfermedades lo obligarán a reorganizar su vida y eso simplificará todo y lo hará exteriormente más fácil, por muy triste que siga siendo la situación.

Pero uno de los disparates máximos en este mundo es el tratamiento serio del problema de las deudas, por lo menos a mi juicio. Lo que me parece disparatado no son los reproches; cuando uno se encuentra en situación afligente formula reproches en todas las direcciones (aunque eso no ocurre en una situación desesperada, pues en ella no se formulan reproches). También es comprensible que uno se tome muy a pecho esos reproches en momentos de excitación y de confusión. Pero lo que no puedo entender es que se considere posible discutir el asunto como si se tratara de un problema aritmético común, tan claro como para producir resultados que rijan la conducta diaria. Por supuesto que tú tienes culpa, pero también tu marido la tiene y luego tú y luego él, como no puede dejar de ser cuando dos seres humanos conviven. Y la culpa se acumula al infinito, hasta llegar al remoto Pecado Original. ¿Pero de qué me sirve para mi día de hoy o para mi visita al médico de Ischl ese huronear en el eterno pecado?

Y afuera llueve sin parar. A mí no me afecta, estoy al reparo y sólo me avergüenza consumir mi abundante desayuno de media mañana a la vista del pintor, que en este momento está justamente ante mi ventana, sentado en su andamio colgante y, furioso por la lluvia -que ha cesado desde hace un rato- y por la cantidad de manteca que extiendo sobre mi pan, salpica innecesariamente los cristales, aunque quizá sólo sea pura imaginación y, con toda probabilidad, el hombre se preocupe cien veces menos por mí de lo que yo me preocupo por él. No, ahora está trabajando bajo una lluvia torrencial, en plena tormenta.

He sabido algo más acerca de Weiss: que probablemente no esté enfermo, pero que está sin dinero. Por lo menos, durante el verano, se hizo una colecta para él en Franzensbad. Hace unas tres semanas le contesté, por carta certificada, a la Selva Negra; por supuesto, antes de enterarme del asunto. No recibí respuesta, Ahora está en el lago Starnberg con su amiga, quien envía a Baum[96] tarjetas graves y sombrías (así es su carácter), pero no legítimamente desdichadas (lo cual también forma parte de su carácter). Antes de su partida de Praga (en donde tuvo gran éxito en el teatro), hace un mes más o menos, tuve una breve charla con ella. Se la veía muy mal. En general es débil y delicada, pero indestructible. La actuación teatral la había agotado. Al hablar de Weiss dijo algo así: "Está en la Selva Negra, no se siente bien allí; pero ahora nos reuniremos en el lago Sternberg y las cosas mejorarán".

Domingo

¿Crees, Milena, que lo más importante es lo que tú quieres que se escriba y no la confianza? En una de tus cartas hablabas sobre esto; fue en una de las últimas que me enviaste a Merano, ya no te pude responder.

Fíjate que Robinson tuvo que alistarse, soportar un naufragio y muchas otras penurias; a mí me bastaría con perderte a ti, para ser un Robinson. Pero yo sería más Robinson que él. Después de todo, él tenía su isla y a Viernes y muchas otras cosas, y finalmente tuvo el barco que lo rescató convirtiendo todo casi en un sueño. Yo no tendría nada, ni siquiera el nombre, pues hasta eso te he entregado a ti.

Y por eso soy, en cierto modo, independiente de ti; precisamente porque la dependencia supera todos los límites. La alternativa es demasiado grande: o eres mía y todo está bien, o te pierdo y no es que todo esté mal, sino que ya no queda nada, ya no quedan celos, no queda dolor ni ansiedad, ni nada. Y sin duda tiene algo de blasfemo edificar de esa manera sobre un ser humano, y por eso es que aquí también ronda el miedo por los fundamentos; pero no es miedo por ti, sino el miedo por haber osado edificar cualquier cosa de esa manera. Y por eso, como defensa (aunque quizá haya sido siempre así), hay tanto de divino en tu amado rostro terreno.

Y bien, Sansón le ha contado a Dalila su secreto y ella le puede cortar los cabellos, que siempre le acariciaba para irlo preparando. ¡Que lo haga! Si ella no tiene un secreto similar, no hay nada que importe.

Desde hace tres noches duermo muy mal sin motivo aparente. ¿Estás del todo sana?

Qué respuesta tan rápida, si es que se trata de una respuesta: acaba de llegar el telegrama. Llegó en forma tan sorpresiva (y, por añadidura, abierto) que no tuve tiempo de alarmarme. Hoy lo necesitaba realmente, de alguna manera. ¿Cómo lo supiste? ¡Con cuánta naturalidad llega de ti lo necesario!

Martes

Malentendido, no, es peor que un simple malentendido, Milena, aun cuando entiendas a la perfección lo superfícial ¿pero qué es lo que ha de entenderse o no entenderse aquí? Es un malentendido que siempre se repite, que ya se produjo una o dos veces en Merano. Yo no te pedí consejo como se lo pediría, por ejemplo, al hombre que está sentado ante su escritorio frente a mí. Yo hablaba conmigo, me solicitaba consejo en un hermoso sueño y tú me despertarse.

No sé si has entendido bien mi comentario acerca del artículo sobre bolcheviquismo. Lo que expone en él el autor es para mí el máximo elogio posible en la Tierra.

Si anoche (a eso de las 8, cuando me asomé al salón de actos del Ayuntamiento judío donde se encuentran alojados bastante más de cien emigrados de Rusia, que aguardan aquí las visas norteamericanas: la sala está atestada, como si se tratase de una asamblea, y más tarde, a las 12 y media de la noche los vi a todos dormidos, uno junto al otro, hasta tendidos sobre los bancos, aquí y allá tosía alguien o alguien se volvía sobre el otro costado, o avanzaba cautelosamente entre las filas, pues la luz eléctrica está encendida toda la noche), si anoche me hubieran dado a elegir lo que quería ser, habría querido ser un muchachito judío del Este que está allí, en un rincón de la sala, sin el menor asomo de preocupación, mientras el padre discute en el centro con otros hombres, la madre, con su voluminoso atuendo, revuelve los harapos del equipaje, la hermana charla con las muchachas y se rasca la cabeza hundiendo los dedos en su hermosa cabellera... y dentro de un par de semanas estarán en América. Por supuesto que el panorama no es tan sencillo como lo pinto: ya se han presentado casos de disentería, en la calle se congrega público que los insulta a través de la ventana, incluso hay peleas entre los propios judíos, dos se han atacado ya con cuchillo. Pero cuando uno es pequeño, y abarca y juzga todo rápidamente ¿qué le puede suceder? Y había muchos de esos niños, que corrían, saltaban sobre los colchones, reptaban bajo las sillas y esperaban el pan que alguien —es un pueblo— unta con algo: todo es comestible.

Martes

Hoy llegaron dos cartas y la tarjeta postal. Las abrí con mano vacilante. Una de dos: o estás increíblemente bien o tienes un dominio increíble sobre ti misma. Todo habla en favor de lo primero y algunos elementos, en favor de lo segundo.

Repito: tenías toda la razón. Y si tú me hubieras hecho (cosa que es imposible) algo semejante en materia de estupidez, ceguera, puerilidad, autosuficiencia y hasta indiferencia— a lo que yo te he hecho como resultado de mi conversación con V., habría perdido el juicio y no sólo en el momento de enviar el telegrama[97].

Sólo he leído dos veces el telegrama, una vez superficialmente, al recibirlo, y luego después de unos días, cuando lo rompí.

Es difícil describir lo que fue esa primera lectura; fueron muchas cosas las que se juntaron. La sensación más clara fue la de que me golpeabas; creo que comenzaba con "inmediatamente", ese fue el golpe.

No, hoy no puedo hablar aún en detalle sobre eso, no porque esté muy cansado, sino porque estoy "pesado". La nada de la cual una vez te hablé, me ha sepultado.

Todo sería incomprensible si creyera haber hecho todo lo que te señalé en un

párrafo anterior con mala intención; en tal caso sería justo que recibiera los golpes. No, ambos tenemos culpa y ninguno la tiene.

Quizá, una vez superadas todas las justificadas resistencias, puedas aceptar la carta de V. que encontrarás en Viena. Fui a buscarla a casa de tu padre la tarde del día en que llegó el telegrama. Abajo decía *I schody*[98], siempre había interpretado eso como primer piso; pero era arriba de todo. Me abrió una mucama bonita y alegre. V. no estaba, o esperaba eso, pero había ido sólo por hacer algo y además para averiguar a qué horas llega por la mañana. A la mañana siguiente la esperé frente a la casa; me gustó, inteligente, objetiva, franca. No hablé con ella mucho más de lo que te informé en mi telegrama.

[En el margen izquierdo]: Puedo disipar, en parte, los temores respecto de tu padre. Será en la próxima.

Jarmila me visitó anteayer en la oficina. Hace mucho que no tiene noticias tuyas, no sabía nada de la inundación y vino a preguntar por ti. Todo anduvo muy bien. Sólo se quedó un ratito. Olvidé comunicarle tu pedido acerca de su carta; más tarde le escribí unas líneas sobre el asunto.

Aún no he leído las cartas con detenimiento, te volveré a escribir.

Ahora ha llegado también el telegrama. ¿De veras? ¿De veras? ¿Y ya no lanzas golpes en mi dirección?

No, no puede alegrarte, es imposible. Es un telegrama del momento, como el anterior, y la verdad no está en éste ni en aquél. A veces, al despertar, uno cree que la verdad está muy cerca de la cama: una tumba con unas cuantas flores marchitas, abierta, dispuesta a recibirnos.

Apenas si me atrevo a leer las cartas, sólo las puedo leer fragmentadas, no soporto el dolor que me produce su lectura.

Milena: (y otra vez divido tu pelo y te lo llevo hacia los lados) ¿soy una bestia tan perversa, malvada para conmigo e igualmente malvada para contigo, o será más bien que la maldad está detrás de mí y me hostiga? Pero ni siquiera me atrevo a afirmar que es maldad, sólo cuando te escribo me parece que lo es y así lo digo.

Por lo demás, es realmente como te he dicho. Cuando te escribo no hay ni miras de sueño, antes y después; cuando no te escribo, por lo menos duermo de a ratos, con un sueño liviano. Cuando no te escribo, sólo estoy cansado, triste, pesado; cuando te escribo, me destrozan la inquietud y el miedo. Nos pedimos compasión uno al otro; yo te pido que me permitas ocultarme, tú me pides... pero el hecho de que esto sea posible es la más atroz de las paradojas.

¿Pero cómo es posible? preguntas tú. ¿Qué quiero? ¿Qué hago?

Es algo así: yo, animal de la selva, apenas si vivía por ese entonces en la selva, permanecía tirado en alguna sucia fosa (sucia sólo por mi presencia, por

supuesto), cuando té divisé a ti afuera, a cielo descubierto. Era lo más maravilloso que hubiera visto jamás. Y olvidé todo, me olvidé de mí mismo por completo, me incorporé, me aproximé —aunque temeroso en esa nueva y, sin embargo, familiar libertad—, me aproximé más, llegué hasta ti, tú fuiste buena, yo me eché a tus pies como si eso me fuera permitido, hundí mi rostro en tu mano, me sentía tan feliz, tan orgulloso, tan libre, tan poderoso, tan en mi hogar (y otra vez ese "en mi hogar"); pero en el fondo no había dejado de ser aquel animal, seguía perteneciendo a la selva, sólo podía existir allí, a cielo abierto, por tu misericordia, leí sin saberlo (pues había olvidado todo)— mi destino en tus ojos. Eso no podía durar. Aun cuando me acariciaras con mano muy indulgente, tenías que reconocer peculiaridades que recordaban la selva, aquel origen y aquella verdadera patria. Después vinieron las inevitables referencias al "miedo", que se repetían inevitablemente y que me martirizaban (y te martirizaban a ti, que no tenías culpa alguna) hasta llegar al nervio en desnudo. Cada vez veía con más claridad que yo era una sucia peste, un obstáculo omnipotente para ti: el malentendido con Max surgió de ahí, en Gmünd se hizo ya evidente, luego se sumaron el entendimiento-desentendimiento con Jarmila y, por fin mi estupidez, torpeza e indiferencia en el caso de V. y muchas otras pequeñeces. Recordé entonces quién soy, ya no vi engaño en tus ojos, experimenté ese horror propio de los sueños (de comportarse como en su casa, en algún lugar en el cual a uno no le corresponde estar), lo experimenté en la realidad. Tenía que regresar a las tinieblas, no soportaba el sol, estaba desesperado, realmente como un animal perdido, eché a correr como podía y siempre la idea: "¡Si la pudiera llevar conmigo!" y la idea opuesta: "¿Hay tinieblas donde ella está?"

Me preguntas cómo vivo: así es como vivo.

Ya había despachado la primera carta, cuando llegó la tuya. Si se deja de lado lo que puede estar subyacente —entre otras cosas el "miedo"— y que me provoca náuseas (no porque sea nauseabundo, sino porque tengo estómago débil), si se deja de lado eso, es más simple aún de lo que tú dices. Es más o menos así a solas, la imperfección debe ser soportada en todo instante; compartida por dos, no tiene que ser soportada. ¿Acaso uno no tiene ojos para arrancárselos y corazón para el mismo propósito? Y, sin embargo, no es tan terrible, eso es exageración y mentira, todo es exageración y mentira, sólo la añoranza es real y no puede ser exagerada. Pero hasta la verdad de la añoranza no es tanto su verdad, como la expresión de la mentira de todo lo demás.

Suena complicado, pero es así.

Además, quizá no se trate realmente de amor cuando digo que tú eres lo que más amo; amor es que tú seas el puñal con el cual revuelvo dentro de mí.

Por otra parte, tú misma lo dices: *nemáte síly milovat*[99]. ¿No basta eso para distinguir al "hombre" de la "bestia"?

Tú no alcanzas a entender, Milena, de qué se trata o se ha tratado, en parte. Yo mismo no lo entiendo, sólo tiemblo, sólo tiemblo cuando sufro el acceso, me martirizo hasta la locura; pero no sé qué es ni qué será a la larga. Sólo sé lo que quiero en el momento: silencio, oscuridad, protección. Lo sé y debo acatarlo, no puedo hacer otra cosa.

Es un acceso y pasa y ya ha pasado en parte, pero las fuerzas que lo provocaron laten siempre en mí, antes y después. Es más: mi vida, mi ser consisten en esa amenaza subterránea. Si ésta desaparece, desaparezco yo. Es mi forma de participar de la vida; si cesa, renuncio a la vida con la misma facilidad y naturalidad con que se cierran los ojos. ¿No ha estado siempre presente desde que nos conocemos, y me habrías arrojado siquiera una mirada si no hubiera estado presente?

Por supuesto, no se puede tergiversar así y decir: ahora ya pasó y me sentiré sereno y feliz y agradecido en el nuevo encuentro. No se puede decir eso, a pesar de que es casi cierto (totalmente cierto en lo de la gratitud... sólo en cierto sentido en lo de la felicidad y nunca cierto en lo de la serenidad), pues siempre asustaré; pero más que a nadie, a mí mismo.

Hablas de los compromisos matrimoniales y cosas por el estilo; sin duda fue muy simple, el dolor no fue simple, pero sí su efecto. Fue como si alguien que hubiese llevado una vida disipada fuese de pronto sometido a un castigo y le colocaran la cabeza en una morsa: un tornillo en la sien derecha, otro en la izquierda. Y mientras los tornillos giran lentamente hubiera tenido que decir: "Sí, continuaré con mi vida disipada" o "No, renunciaré a ella". Por supuesto uno gritaría el "No" con una energía tan desesperada que haría estallar los pulmones.

También tienes razón cuando ubicas lo que acabo de hacer dentro de la línea de cosas anteriores; yo sólo puedo ser siempre el mismo y experimentar lo mismo. Lo único que ha variado es mi grado de experiencia: ahora no espero a que me apliquen los tornillos para extraerme la verdad; comienzo a gritar cuando los acercan. Más aún: comienzo a gritar cuando algo se mueve a la distancia. Tan hiperalerta se ha vuelto mi conciencia. No, no está hiperalerta: le falta mucho para estar alerta. Pero algo más ha cambiado: a ti se te puede decir la verdad —por el bien de uno y por tu propio bien— como a nadie. Es más: uno puede conocer su verdad a través de ti.

Pero cuando te refieres con tono amargo, Milena, a mi ferviente pedido de que no me dejes, estás procediendo mal. En eso no he cambiado desde entonces. Yo vivía de tu mirada (esto no es una divinización muy especial de tu persona, con una mirada como ésa cualquiera puede ser divino), no tenía un suelo bajo mis pies; eso me inspiraba mucho miedo sin que yo lo supiera con certeza. No sabía a qué altura por encima de mi suelo flotaba. Eso no era bueno ni desde mi punto de vista ni desde el tuyo. Una palabra de verdad, una palabra de inevitable verdad bastó y me hizo descender un trecho, y otra palabra y otro trecho y por fin ya no hay freno y uno se precipita y tiene la sensación de que todavía

desciende con excesiva lentitud. Con toda intención no doy ejemplos de esas "palabras de verdad"; eso no haría más que acarrear confusiones y nunca sería del todo exacto.

Por favor, Milena, inventa otra posibilidad de escribirte. Enviarte cartas fingidas es demasiado estúpido; tampoco sabré siempre qué libros debo enviarte; finalmente, la idea de que alguna vez vayas en vano al correo me resulta intolerable. Por favor, inventa otra posibilidad.

Lunes por la noche

El miércoles irás al correo y no habrá carta... aunque sí, la del sábado. En la oficina no pude escribir porque quería trabajar, y no pude trabajar porque pensaba en nosotros. Por la tarde no me podía levantar de la cama; no porque estuviera cansado, sino porque estaba "pesado". Otra vez esa palabra que aparece a cada paso; es la única que me cuadra ¿entiendes? Es algo así como la "pesadez" de un barco que ha perdido el timón y dice a las olas: "Soy demasiado pesado para mí y demasiado liviano para vosotras." Pero tampoco es del todo así; las comparaciones no pueden expresarlo.

En el fondo no te escribí porque tengo la vaga sensación de que tendría que escribirte tantas y tan importantísimas cosas, que ningún tiempo libre sería lo bastante libre como para permitirme concentrar las fuerzas necesarias en esa tarea. Y así es.

Y puesto que nada puedo decir del presente ¡cuánto menos podré decir del futuro! En realidad, sólo ahora me he levantado literalmente de mi lecho de enfermo ("lecho de enfermo" visto desde afuera), todavía me aferro a él y mi mayor ambición sería volver a él. Y, sin embargo, sé lo que esa cama significa.

Lo que escribiste de la gente, *nemáte síly milovat*[100], Milena, fue acertado, aun cuando no lo hayas creído al escribirlo. Quizá su fuerza para amar consista tan sólo en la posibilidad de ser amados. Y hasta en eso hay una característica de debilidad en esa gente. Cuando una de esas personas dice a su amado: "creo que me amas", es algo muy distinto y de muy inferior calidad a lo que significaría decirle: "Soy amada por ti." Pero es que no son enamorados, son gramáticos.

Lo de "imperfección de a dos" fue un error de interpretación de tu parte. Yo no quise decir más que lo siguiente: yo vivo en mi suciedad, eso es cosa mía. Pero arrastrarte a ti a esa suciedad es algo muy distinto, no sólo por la ofensa que te inferiría, eso es secundario, no creo que la ofensa inferida a otro —en la medida en que sólo concierna al otro— pueda quitarme el sueño. De modo que no es eso. Lo terrible es, más bien, que ante ti cobro una conciencia mucho más clara de mi suciedad y, sobre todo, que de esa manera la salvación se me hace mucho más difí-

cil; no, difícil no, mucho más imposible (es imposible de cualquier manera, pero en este caso se acentuaría la imposibilidad). Eso hace que la frente se me empape en un sudor de miedo. Ni hablar, Milena, de que sea por culpa tuya.

En cambio, estuve mal en la última carta, al establecer comparaciones con cosas ocurridas en el pasado. Me arrepiento mucho. Tachémoslo los dos.

¿De modo que no estás enferma?

No cabe duda, Milena, tienes una propiedad aquí en Praga. Por otra parte, nadie te la disputa, a no ser que la noche luche por ella; pero la noche lucha por todo. ¡Pero qué propiedad! No le estoy restando importancia: algo es, incluso es lo bastante grande como para eclipsar una luna llena, allí arriba, en tu habitación. ¿Y no tendrás miedo en esas tinieblas? Oscuridad sin la tibieza de la oscuridad. Para que veas algunas de mis "ocupaciones" te envío adjunto un dibujo. Son cuatro postes. A través de los dos del centro pasan dos barras a las cuales se sujetan las manos del "delincuente"; a través de los dos de afuera se hacen pasar barras para los pies. Una vez que el individuo ha quedado sujeto, se hacen correr lentamente las barras, hasta que el hombre se desgarra por la mitad. El inventor está apoyado en la columna, con los brazos y las piernas cruzadas, y se da aires de importancia, como si aquello fuera un gran invento, cuando, en realidad, no ha hecho más que copiar al carnicero que despliega ante su tienda al cerdo eviscerado.

Te pregunto si no tendrás miedo, porque el individuo acerca del cual escribes no existe ni ha existido. El de Viena no existió, el de Gmünd tampoco; este último existió un poco más y se lo maldecirá. Es importante saber eso, porque si nos reuniéramos otra vez, reaparecería el vienés o el de Gmünd, con toda inocencia, como si nada hubiera ocurrido. El verdadero, mientras tanto, por debajo, desconocido por todos e incluso por él mismo, más inexistente que los otros, pero más real en sus manifestaciones de poder (¿por qué no sube a la superficie y se muestra?), lanzará su amenaza y volverá a destrozar todo.

Sí, Mizzi K. estuvo aquí, todo anduvo bastante bien. Pero, siempre que sea posible evitaré escribir sobre otras personas; la intromisión de extraños en nuestras cartas fue la causa de todo. Pero no es por eso que dejaré de escribir sobre ellos (después de todo, no hicieron más que abrir camino a la verdad y a todo lo que la sigue), no pretendo castigarlos de esa manera —si es que ellos pueden considerarlo como castigo—; pero tengo la impresión de que ya no tienen cabida. Está oscuro aquí, un departamento oscuro, en el cual sólo se orientan los nativos y con bastante dificultad.

¿Si yo sabía que sería algo pasajero? Yo sabía que no sería pasajero.

De niño, cuando había hecho algo muy malo —no demasiado malo en el sentido público, pero muy malo desde mi punto de vista privado (el hecho de que

no se tratara de una maldad pública no era mérito mío, sino ceguera o sopor del mundo)—, me maravillaba que todo continuara su curso normal; los adultos un poco más sombríos, eso sí, pero fuera de eso sin variantes, y sus bocas, cuya tranquilidad y natural hermetismo yo siempre había admirado de abajo desde mi más tierna infancia, se mantenían herméticas. Todo eso me llevaba a la conclusión —después de haberlo observado por un tiempito— que, por lo visto, no podía haber cometido nada grave en ningún sentido, que era un error pueril temerlo y que, por consiguiente, podía recomenzar exactamente donde me había detenido en el primer instante de alarma.

Más tarde, esta concepción del mundo circundante fue variando en forma paulatina. En primer lugar comencé a creer que los demás advierten todo y hasta expresan su opinión con suficiente claridad, pero que hasta ese momento o no había tenido una visión lo bastante aguda como para advertirlo, algo que luego comencé a desarrollar con suma rapidez. Pero, en segundo lugar, la actitud imperturbable de los demás —aun cuando existiera— me seguía pareciendo sorprendente, si bien ya no la consideraba como prueba en mi favor.

Pues bien, de modo que ellos no advertían nada, o era intachable a sus ojos, el camino de mi existencia, mi camino pasaba por fuera de su mundo; si esa existencia era un río, un importante brazo del mismo, por lo menos, corría fuera de su mundo.

No, Milena, te lo ruego encarecidamente: inventa otra posibilidad para que te escriba. No debes ir en vano al correo; ni siquiera debe ocurrirle eso a tu pequeño cartero —¿dónde está?—; ni siquiera la empleada de correo debe ser molestada sin necesidad. Si no descubres otra posibilidad será forzoso resignarse; pero, por lo menos, haz un esfuerzo por encontrarla.

Anoche soñé contigo. Apenas recuerdo el detalle de lo que ocurría, sólo sé que nos trasformábamos continuamente el uno en el otro: yo era tú, tú eras yo. Por fin, no sé por qué motivo, fuiste presa de las llamas. Yo recordaba que el fuego se ahogaba con mantas, tomaba una vieja chaqueta y te golpeaba con ella. Pero entonces se reiniciaban las trasmutaciones y llegó un momento en que tú ni siquiera estabas presente y era yo quien ardía y también era o quien golpeaba con la chaqueta. Pero esos golpes de nada servían, salvo para confirmar mis antiguos temores de que con ese tipo de cosas no se extingue un fuego. Pero, entretanto, habían llegado los bomberos y, de alguna manera, tú quedabas a salvo. Pero habías cambiado, estabas espectral, como dibujada con tiza en la oscuridad, y caías inerte —o quizá sólo desmayada de alegría por tu salvación— en mis brazos. Pero hasta en eso intervenía la incertidumbre de la trasmutabilidad: quizá fuera yo quien caía en brazos de alguien.

A. acaba de estar aquí ¿lo conoces? ¡Por qué no terminarán estas visitas! Toda la gente parece eternamente viva, realmente inmortal, no en el sentido de la autén-

tica inmortalidad, sino quizá en dirección a las profundidades de su vida inmediata. ¡Les tengo tanto miedo! Quisiera anticiparme a todos sus deseos, besarles los pies, por miedo y por gratitud, con tal de que se retiraran sin exigirme que les retribuya la visita. A solas continúo viviendo todavía; pero cuando llega una visita me mata, sólo para después devolverme la vida con su energía. Pero esa energía no basta. El lunes debo visitarlo. La cabeza me zumba.

¿Por qué hablas, Milena, de un futuro común que nunca llegará? ¿O es que hablas de él por eso mismo? Ya en Viena, cuando una noche tratamos brevemente el tema, tuve la sensación de que buscábamos a alguien a quien conocíamos muy bien y añorábamos mucho, y a quien, por eso, llamábamos con los nombres más tiernos; pero no había respuesta. ¿Cómo había de responder si no estaba allí y, ni siquiera, a la distancia?

Pocas cosas son seguras, pero una de ellas es que nosotros jamás conviviremos, jamás compartiremos una vivienda, ni una mesa, ni siquiera viviremos en la misma ciudad. Estuve a punto de decir que me parece tan cierto como la certeza de que mañana no me levantaré (¡tengo que levantarme sin ayuda! y me veo a mí mismo como aplastado por una pesada cruz, boca abajo, y debo recurrir a todas mis fuerzas para poder incorporarme un poco y lograr que el cadáver que me aplasta se levante algo) para ir a la oficina. Eso también es verdad, estoy seguro de que no iré a la oficina; sin embargo, la acción de incorporarse apenas si sobrepasa las fuerzas humanas y hasta eso llego todavía. Todavía alcanzo, aunque apenas, esa medida por encima de las fuerzas humanas.

Pero no tomes tan al pie de la letra lo de levantarme; tan grave no es. En cualquier caso las perspectivas de que me levante son más ciertas que las de nuestra convivencia. Por otra parte, estoy seguro de que tú opinas lo mismo, Milena, cuando te analizas y me analizas a mí y a ese "mar" que se extiende entre "Viena" y "Praga", con sus olas inconmensurables.

Y en lo que respecta a la suciedad ¿por qué no habría de desplegarla a cada paso, si es mi única posesión (es la única posesión de todos los seres humanos, aunque no estoy tan seguro de eso) ¿Acaso por modestia? Y bien, creo que ésa sería la única objeción válida.

¿Te produce miedo la idea de la muerte? Yo sólo tengo un miedo horrible a los dolores. Esto es mala señal. Querer la muerte, pero no los dolores es mala señal. Si no fuera por eso uno podría arriesgarse a la muerte. Hemos sido enviados como la paloma bíblica, no hemos encontrado nada verde y retornamos a la oscuridad del Arca.

Recibí los prospectos de los dos sanatorios. No podían contener nada sorpresivo, a lo sumo podían brindar alguna sorpresa en materia de precios o de distancia respecto a Viena. En cuanto a eso no hay mayor diferencia entre ambos. Enormemente caros, más de 400 K por día, quizá 500 K y son precios sujetos a

modificaciones. Están a unas tres horas de tren de Viena y a una media hora de coche desde la estación. En resumen: muy lejos. Más o menos lo mismo que Gmünd. Grimmenstein parece ser, con todo, un poco más barato, de modo que sería el elegido en caso de necesidad; pero sólo en caso de necesidad.

Como verás, Milena, sólo pienso en mí, siempre; mejor dicho, pienso en el estrecho territorio común que nos resta y que, según mis sentimientos y mi voluntad, es decisivo para nosotros. Habrás visto, además, que olvido todo lo restante y que ni siquiera te he agradecido *Kmen* y *Tribuna*, a pesar de que, una vez más, lo tuyo es magnífico. Te enviaré mi ejemplar, lo tengo aquí en la mesa de trabajo, pero quizá quieras que añada algunas observaciones. En ese caso me veré obligado a releerlo y eso no es fácil. Con qué gusto leo tus traducciones de textos extranjeros. ¿El diálogo con Tolstoi es traducido del ruso?

¿De modo que tuviste gripe? Bueno, por lo menos no puedo formularme reproches por haberme divertido acá. (A veces no entiendo cómo pudieron forjar los hombres el concepto de "diversión", probablemente sólo lo hayan deducido como opuesto al concepto de "duelo".)

Estaba convencido de que no me escribirías más, pero eso no me sorprendía ni me entristecía. No me entristecía, porque me parecía inevitable más allá de toda tristeza y porque, probablemente, no exista suficiente peso en el mundo entero para levantar mi pobre pequeño peso. No me sorprendía, porque en realidad antes tampoco me habría sorprendido si me hubieras dicho: "Hasta ahora he sido amable contigo, pero ahora se acabó y me voy. Sólo hay cosas sorprendentes en el mundo, pero ésta seria una de las menos inesperadas; cuánto más extraordinario es, por ejemplo, que uno se levante cada mañana. Pero en este último caso no se trata de una sorpresa que nos brinde confianza, sino de una rareza que en determinadas circunstancias provoca náuseas.

¿Que si mereces una palabra tierna, Milena? Por lo visto soy yo quien no merece decírtela, pues de no ser así podría hacerlo.

¿Nos veremos antes de lo que o pienso? (Ahora yo digo "vernos" y tú hablas de "vivir juntos".) Yo creo (y veo confirmada esa creencia por doquier, por doquier, aun en cosas que nada tienen que ver con eso, todo confirma mi suposición), que nunca viviremos juntos, que nunca podremos hacerlo, y "antes" que "nunca" no es otra cosa que nunca.

Grimmenstein es mejor en todo sentido. La diferencia de precio es de unas 50 K diarias; además, en el otro sanatorio, el paciente debe llevar todo lo necesario para la cura de reposo (la manta de piel, la almohada, las mantas de lana, etcétera; o no tengo nada de eso), en Grimmenstein, esos elementos se reciben en calidad de préstamo. En el "Wiener Wald" exigen un elevado depósito, en Grimmenstein no. Por añadidura, Grimmenstein está a mayor altura. De cualquier manera, aún no viajaré. Es cierto que durante una semana me sentí muy mal

(un poco de fiebre y una disnea tan aguda, que me daba miedo levantarme de la mesa, además, mucha tos); pero todo eso parece haber sido sólo el resultado de un largo paseo durante el cual hablé un poco. Ahora estoy mucho mejor, de modo que el sanatorio pasó otra vez a segundo plano.

Tengo los prospectos aquí: en el "Wiener Wald" sólo se consigue una habitación con balcón, orientada hacia el Sur, por 380 K como mínimo; en Grimmenstein, la habitación más cara cuesta 360 K. La diferencia es demasiado grande, a pesar de que ambos son espantosamente caros. Es preciso tomar en cuenta la posibilidad de inyecciones y las inyecciones se pagan aparte. Me gustaría trasladarme al campo, más me gustaría aún permanecer en Praga y aprender un oficio, un trabajo manual; lo que menos me atrae es internarme en un sanatorio. ¿Qué voy a hacer allí? ¿Permitir que el médico jefe me sujete entre sus rodillas y me asfixie con trozos de carne que él me introduce en la boca con sus dedos fenólicos y luego hace descender a presión por mi garganta?

He estado dos horas tendido en el sofá sin hacer otra cosa que pensar en ti.

Olvidas, Milena, que estamos, juntos de pie, contemplando ese ser tendido en el suelo, que soy yo; pero entonces yo, como espectador, no existo.

Dicho sea de paso, el otoño también está jugando conmigo. A veces siento un calor sospechoso, otras veces un frío sospechoso; no creo que sea tan maligno. Pero, en efecto, yo también he pensado en pasar por Viena; aunque sólo porque el pulmón está realmente peor que en el verano —lo cual es muy lógico y el hablar en la calle me acarrea dificultades y consecuencias desagradables. Si salgo de esta habitación, será para tenderme lo antes posible en una silla tijera de Grimmenstein. Por otra parte, quizás el viaje me haga bien y también el aire de Viena, que me parecía el aire de la vida misma.

Quizás el "Wiener Wald" esté más cerca, pero sin duda la diferencia no es decisiva. El sanatorio no queda en Lebbersdorf sino más allá, y desde la estación hasta el sanatorio hay media hora más de viaje en coche. Por lo tanto, si hubiera podido viajar sin dificultades desde ese sanatorio hasta Baden —cosa que, sin duda, contradice las prescripciones— también podré hacerlo, por ejemplo, desde Grimmenstein hasta Wiener-Neustadt, sin que eso represente una gran diferencia para ti ni para mí.

¿Cómo es posible, Milena, que todavía no experimentes miedo o asco o algo por el estilo ante mí? ¡A qué profundidades llega tu seriedad y tu fuerza!

Estoy leyendo un libro chino, *bubácká kniha*[101]. Lo recuerdo porque trata sólo de la muerte. Un hombre yace en su lecho de muerte y, con la independencia que le otorga la proximidad de la muerte, dice: "He pasado la vida tratando de defenderme contra la lujuria y de acabar con ella". Luego, un discípulo se burla de un maestro, que sólo habla de la muerte: "Todo el tiempo hablas de la muerte y, sin embargo, no te mueres". "Y, sin embargo, moriré.

Estoy entonando mi última canción. Las canciones de unos son más largas, las de otros, más breves. Pero la diferencia nunca es más que unas pocas palabras".

Eso es verdad y no está bien reírse del héroe que yace en el escenario con una herida mortal y entona un aria. Nosotros yacemos en tierra y cantamos durante años.

También leí *El hombre espejo*[102]. ¡Qué plétora de energía vital! Sólo en un pasaje es un poco enfermiza; pero eso sólo contribuye a que el resto sea más exuberante aún y que hasta la enfermedad sea exuberante. Lo leí con avidez en una tarde.

¿Qué es lo que te martiriza ahora "allí"? Antes creía ser impotente ante eso; pero sólo ahora lo soy. Además, te enfermas muy a menudo.

Acabo de estar con el Director, que me hizo llamar. Ocurre que Ottla estuvo a verlo la semana pasada, contra mi voluntad. Contra mi voluntad fui examinado por el médico de la institución y, contra mi voluntad, me concederán una licencia.

Perdóname, Milena, últimamente mis cartas han sido quizá demasiado escuetas, como resultado de la irritación que me causa la reserva de la habitación (por lo que nos enteramos, no ha llegado a concretarse). Iré a Gr., después de todo, pero continúan produciéndose pequeñas demoras que un individuo de mediano vigor habría resuelto hace ya tiempo (aunque un individuo en esas condiciones no habría tenido necesidad de internarse en Gr.); o, en cambio, no he podido con ellas. Además acabo de enterarme de que, contrariamente a lo que afirma el sanatorio, necesito un permiso de residencia de las autoridades. Sin duda me será otorgado, pero no antes de que envíe la solicitud.

He pasado toda la tarde en la calle bañándome en antisemitismo. He oído que califican a los judíos de *prasivé plemeno*[103]. ¿No es lógico que uno se aleje del lugar en el cual tanto se lo odia (para ello no hace falta el sionismo ni la conciencia nacional)? El heroísmo que representa el quedarse a pesar de todo, es el de las cucarachas cuyo exterminio total tampoco se logra.

Acabo de asomarme a la ventana: policía montada, gendarmes preparados para una carga a bayoneta, multitudes que se dispersan gritando y aquí arriba, en la ventana, la repugnante vergüenza de vivir siempre bajo protección.

Esta carta ha permanecido aquí por un tiempito. No me llegaba el momento de despacharla, tan encerrado en mí estaba. Además sólo se me ocurre un motivo para tu silencio.

Ya envié mi solicitud a las autoridades; una vez que llegue la autorización, lo demás será rápido (reserva de habitación y pasaporte) y partiré. Mi hermana piensa viajar a Viena, quizá me acompañe. Quiere permanecer uno o dos días en Viena, emprender un pequeño viaje antes de la llegada de su hijo, pues ya está en el cuarto mes.

Ehrenstein[104], y bien, según lo que te ha escrito tiene una visión más aguda de lo que yo creía. En consecuencia, me gustaría reconsiderar la opinión que me

había formado sobre él; pero, ya que no podré verlo más, no existirá posibilidad. Me sentí muy bien en su compañía —aunque no estuve con él más de un cuarto de hora—, no como un extraño, aunque tampoco en un plano superior; era la comodidad y el no sentirse extraño que yo sentía, por ejemplo, en el colegio, con mi vecino de banco. Me portaba bien con él, él me era indispensable, éramos aliados al enfrentar todos los horrores del colegio, o fingía menos ante él que ante cualquier otro... pero, en el fondo, era una relación pobre. Algo semejante me ocurrió con E. No sentí un intercambio de fuerzas. Es muy bien intencionado y se expresa bien y pone todo de su parte; pero si en cada esquina hubiera un orador de esa naturaleza, en lugar de acelerar la llegada del Juicio Final, nos harían más insoportables los días del presente ¿Conoces Tania[105], el diálogo entre el pope y Tania? Contrariando sus propias intenciones, es un modelo de esa desvalida ayuda. Es evidente que Tania muere aplastada por esa carga de consuelo.

No cabe duda de que E., en sí, es muy fuerte; lo que leyó en esa velada fue bellísimo (aunque, nuevamente, con excepción de determinados pasajes del libro sobre Kraus[106]). Y, como ya lo he señalado, tiene también agudeza de visión.

Dicho sea de paso, E. está casi obeso, por lo menos pesado (y también casi bello ¡cómo puedes no advertirlo!) y de la gente delgada sólo sabe que son delgados y punto. Pero a la mayoría le basta con saber eso, por ejemplo a mí.

Las revistas se han demorado, en otro momento te explicaré la razón. Pero llegarán.

No, Milena, la posibilidad de una existencia en común, que creímos entrever en Viena, no existe; tampoco existía en ese entonces. Yo me había asomado "por encima de mi cerco", me había aferrado a su borde con ambas manos, pero luego volví a caer, con las manos desolladas. Sin duda existen otras posibilidades, el mundo está colmado de ellas; pero las desconozco aún.

Me has causado una alegría con lo del horario de trenes. Lo estudio como si se tratara de un mapa. Por lo menos existe algo seguro. Pero también es seguro que no podré viajar antes de dos semanas y quizá más. Tengo varias cosas pendientes en la oficina; el sanatorio, que al comienzo me escribía de muy buen grado, ha enmudecido ante una consulta vegetariana. Además, me preparo para el viaje como si fuera un pueblo y no un individuo: siempre falta adoptar alguna decisión, todavía hay que infundir ánimos a éste o a aquél; finalmente, todos están listos, pero no pueden partir porque un niño llora. Por otra parte, el viaje casi me atemoriza: ¿quién va a tolerarme, por ejemplo, en un hotel, si como me sucedió ayer (desde hace años no me acostaba a las nueve y cuarto de la noche), toso en forma ininterrumpida, desde las nueve y cuarto hasta las once, luego me duermo, para despertarme a las doce, dar vueltas en la cama y comenzar otra vez a toser hasta la una de la mañana? El año pasado viajé sin el menor inconveniente en camarote; este año no me atrevería a hacerlo.

No es tan así, Milena. Conoces de Merano a quien te escribe ahora. Después fuimos uno y ya no tenía sentido hablar de "conocerse" y luego volvimos a ser dos individualidades.

Quisiera decir algo más sobre esto, pero siento la garganta oprimida y las palabras no me salen.

A mí me ocurre lo mismo. Con frecuencia pienso: tengo que decírselo, pero después no te lo puedo escribir. Quizás el sargento primero Perkins retenga mi mano y sólo cuando me la suelta por un instante puedo escribir rápidamente y en secreto alguna palabra.

El hecho de que hayas traducido precisamente ese pasaje parece indicar que, después de todo, existe una afinidad de gustos. Sí, el martirio es algo importantísimo para mí, no me ocupo de nada más que del ser martirizado y del martirizar. ¿Por qué? Por una razón semejante a la de Perkins y tan irracional, mecánica y tradicional como la suya: la de arrancar de una maldita boca, la maldita palabra. En una oportunidad expresé de la siguiente manera la estupidez que eso implica (de nada sirve tomar conciencia de la estupidez): "El animal arrebata el látigo al amo y se azota a sí mismo para convertirse en amo, y no sabe, que eso sólo es una nueva fantasía generada por un nuevo nudo en el látigo del amo."

Por supuesto, martirizar también es una lastimosa acción. Alejandro no martirizó al nudo gordiano al ver que no quería desatarse.

Por lo visto, también parece existir una tradición judía vinculada con esto. El Venkov[107], que ahora publica mucho en contra de los judíos, señaló hace poco en un artículo de fondo, que los judíos todo lo corrompen, todo lo desintegran, ¡incluso habrían corrompido el flagelantismo en la Edad Media! Lamentablemente no dice nada más al respecto, se limita a citar una obra inglesa. Estoy demasiado "pesado" como para ir a la biblioteca de la universidad; pero me gustaría enterarme de qué relación tuvieron los judíos con ese movimiento que les era tan ajeno (en el Medioevo). Quizá tú tengas algún erudito amigo que lo sepa.

Te he enviado los libros. Declaro expresamente que no me molesta; más bien diría que es lo único más o menos sensato que hago desde hace mucho tiempo. Ales[108] está agotado, sólo reaparecerá cerca de Navidad, lo reemplacé por Chejov. La impresión de Babicka es casi ilegible, de haberla visto antes, quizá no la habrías comprado. Pero como había recibido instrucciones...

¿Has leído algo más acerca del incendio del sanatorio? Sea como fuere, Grimmenstein estará ahora atestado y lleno de pretensiones. ¿Cómo podría visitarme H. allí? ¿No me habías dicho que estaba en Merano?

Tu deseo de que no me reúna con tu marido no puede ser más ferviente que el mío. Pero, salvo que él decida directamente visitarme —cosa que, sin duda, no hará— puede darse casi por descontado que no nos veremos.

El viaje se ha demorado un poco más por mis tareas en la oficina. Como verás, no me avergüenza decir que tengo "tareas". Por supuesto, podría tratarse de un trabajo como cualquiera; pero en mi caso se trata de un duermevela, tan próximo a la muerte como el sueño. El Venkov tiene razón: ¡Hay que emigrar, Milena, hay que emigrar!

Me dices, Milena, que no entiendes. Procura entenderlo en términos de enfermedad. Es uno de los muchos fenómenos patológicos que el psicoanálisis cree haber aclarado. Yo no lo llamo enfermedad y considero el aspecto terapéutico del psicoanálisis como un lamentable error. Todas esas supuestas enfermedades, por tristes que parezcan, son cuestiones de fe, fijaciones del hombre desolado en un suelo materno cualquiera. El propio psicoanálisis no encuentra otro fundamento para las religiones que aquello que (en su opinión) da origen a las "enfermedades" del individuo. Es cierto que hoy falta entre nosotros la comunidad religiosa. Las sectas son innumerables y se limitan a simples individuos... aunque quizá sólo lo veamos así con la limitada óptica del presente.

Pero las raíces que encuentran un auténtico suelo, no constituyen una posesión individual e intercambiable; se encuentran prefiguradas en la naturaleza del ser humano y continúan luego modelando esa naturaleza (incluso el cuerpo) en la misma dirección. ¿Y eso se pretende curar?

En mi caso podría imaginarse la existencia de tres círculos: A, el interior, seguido hacia afuera por B y por C. El núcleo A explica al círculo B por qué ese hombre tiene que martirizarse y desconfiar de sí mismo, por qué debe renunciar (no es un renunciamiento, eso sería muy difícil, es sólo un tener-que-renunciar), por qué no puede vivir. —(¿Acaso Diógenes no estaba gravemente enfermo desde este punto de vista? ¿Quién de nosotros no se habría sentido dichoso si la resplandeciente mirada de Alejandro se hubiese posado sobre él? Diógenes, en cambio, le rogó con desesperación, que se apartara para no quitarle el sol, ese sol griego terrible, enloquecedor. Ese tonel estaba poblado de fantasmas.) Al hombre actuante, que es C, nadie le explica nada. B se limita a impartirle las órdenes. C actúa bajo una fuerte presión, bañado en sudor de miedo (¿acaso en algún otro círculo se presenta ese sudor de miedo, que brota en la frente, en las mejillas, en las sienes, en el cuero cabelludo? Sólo a C le ocurre eso). De modo que C actúa más por miedo que por convicción, él confía, cree que A ha explicado todo a B y que B ha entendido y ha transmitido todo bien.

No soy deshonesto, Milena (aunque tengo la impresión de que mi letra era antes más abierta y más clara ¿es así?); soy todo lo honesto que permite el "reglamento del presidio" y eso es mucho. Además, el "reglamento del presidio" es cada vez más liberal. Pero no puedo ir "con eso", "con eso" es imposible. Tengo una peculiaridad que me distingue de todas las personas que conozco, si no en esencia, por lo menos mucho en grado. Ambos conocemos numerosos ejemplares típicos de judíos occidentales. Por lo que sé, el más judío occidental de todos soy yo. Eso signi-

fica, para expresarlo en forma exagerada, que no me ha sido dado ni un segundo de paz; nada me ha sido dado, todo tiene que ser conquistado. No sólo el presente y el futuro, también el pasado, algo que todos los hombres han recibido en herencia. También eso debe ser conquistado y es, quizá, el trabajo más arduo: si la Tierra gira hacia la derecha (no sé si lo hace) yo tendría que avanzar hacia la izquierda para recuperar el pasado. Pero ocurre que no tengo ni pizca de fuerza para cumplir con esas obligaciones, no puedo cargar el mundo sobre mis hombros, apenas si soporto mi abrigo invernal. Por otra parte, esa falta de vigor no es, necesariamente, algo de lamentar. ¿Qué fuerzas se requerirían para esos trabajos? Todo intento de abrirse camino por sus propios medios en este terreno es una locura y recibe como recompensa la locura. Por eso es imposible "ir con eso", como dices tú. No puedo[109] recorrer por mis propios medios el camino que quiero recorrer; más aún: ni siquiera puedo desear hacerlo. Sólo puedo quedarme quieto; no puedo desear otra cosa y no la deseo.

Es más o menos como si alguien no sólo tuviera que lavarse, peinarse y demás, antes de cada paseo —lo cual ya significa bastante esfuerzo—, sino que, por añadidura, tuviera que confeccionarse el traje, los zapatos, el sombrero, el bastón, etcétera. Por supuesto que no podrá hacer todas esas cosas como es debido, quizá todo se mantenga armado durante algunas cuadras, pero al llegar al Graben, por ejemplo, se le desintegraría todo y el hombre quedaría desnudo, entre jirones y fragmentos. ¡Y qué tortura tener que regresar al Altstäder Ring![110] Y como remate, al llegar a la Eisengasse tropieza con una multitud dedicada a la cacería de judíos.

No me malinterpretes, Milena, no digo que ese hombre esté perdido. No, no lo está. Pero estará perdido si se pasea por el Graben, en donde padecerá vergüenza y se la hará padecer a los demás.

Recibí tu última carta el lunes y te escribí el mismo día.

Según dicen, tu marido ha anunciado aquí que se establecerá en París. ¿Se trata de algo nuevo dentro del antiguo plan?

Hoy llegaron dos cartas. Por supuesto que tienes razón, Milena. Es tanta la vergüenza que me producen mis cartas, que apenas si me atrevo a abrir tus respuestas. Pero ocurre que mis cartas son sinceras o, por lo menos, van en camino a la sinceridad. ¿Qué haría yo en presencia de tus respuestas si mis cartas se apartaran de la verdad? La respuesta es fácil: me volvería loco. De modo que este decir la verdad no representa gran mérito. Además es tan poco: siempre procuro comunicar algo incomunicable, explicar algo inexplicable, relatar algo que tengo en los huesos y que sólo puede ser vivenciado en esos huesos. Quizá, en el fondo, no sea otra cosa que ese miedo del cual tanto hemos hablado; pero un miedo extendido a todo, miedo tanto a lo más grande, como a lo más pequeño, miedo paralizante a pronunciar una palabra. Quizá ese miedo no sea sólo miedo sino afán de algo que está por encima de todo lo que provoca miedo.

O mne rozbil [111], es completamente absurdo. Sólo yo tengo la culpa y esa culpa consiste en un déficit de verdad de mi parte; siempre una falta de verdad, siempre un exceso de mentiras, mentiras por miedo a mí mismo y por miedo a la gente. Este cántaro ya estaba roto mucho antes de que fuera a la fuente.

Y ahora me callaré la boca para permanecer, por lo menos un poco, del lado de la verdad. La mentira es espantosa, no existe peor tortura espiritual. Por eso te ruego: permíteme callar, por carta ahora; personalmente, en Viena.

O mne rozbil, dices en tu carta. Pero yo sólo veo que te estás martirizando, que sólo encuentras paz en las calles, según tú misma escribes. Mientras tanto yo permanezco aquí, en mi tibia habitación, en bata y pantuflas, todo lo tranquilo que me permita mi "resorte de reloj" (pues no puedo dejar de "marcar la hora").

Sólo podré comunicarte la fecha de mi viaje cuando me llegue el permiso de residencia. Ahora se requiere un permiso especial del gobierno provincial para una estadía de más de tres días. Hace una semana presenté la correspondiente solicitud.

O mne rozbil, no puedo dejar de pensar en eso. Es tan inexacto como, por ejemplo, concebir la posibilidad opuesta.

No es culpa mía ni de la gente. Ocurre que mi lugar está en el más silencioso de los silencios. Eso es lo adecuado para mí.

Recorté esta historia para enviártela. Leviné[111] fue fusilado en Munich ¿no es así?

Hoy es jueves. Hasta el martes estaba sinceramente decidido a internarme en Gr. Es verdad que, por momentos experimentaba algo así como una amenaza interna cuando pensaba en ello y advertía que las postergaciones del viaje se debían a eso; sin embargo, creía poder superar todo con facilidad. El martes a mediodía me enteré por alguien de que no era necesario aguardar en Praga el permiso de residencia, pues es muy probable que lo entreguen en Viena. Eso me allanaba el camino. Me martiricé toda una tarde tendido en el sofá. Por la noche te escribí una carta, pero no la despaché. Aún creía poder sobreponerme, pero pasé la noche en vela revolviéndome bajo las torturas. Los dos que hay en mí, el que quiere viajar y el que teme el viaje, ambos parte de mí, ambos, quizá, bribones, luchaban dentro de mí. Me levanté temprano, como en los peores momentos de mi vida.

No tengo fuerzas para viajar; la idea de presentarme ante ti me resulta insoportable, la presión sobre mi cerebro me resulta insoportable.

Tu carta revela ya una decepción incontenible, ilimitada y ahora se suma esto. Me dices que ya no alientas esperanzas; pero alientas la esperanza de desligarte de mí por completo.

No puedo hacerte comprender, no puedo hacer comprender a nadie lo que ocurre dentro de mí. ¿Cómo podría explicar por qué ocurre lo que está ocurriendo? Ni siquiera puedo explicármelo a mí mismo. Pero tampoco es ésa la razón principal. La razón principal es evidente: es imposible llevar una vida humana cerca de mí. Lo estás viendo y, sin embargo, no quieres creerlo.

Sábado por la noche

Aún no he recibido la carta amarilla; la devolveré sin abrirla.

Si mucho no me equivoco, lo más conveniente es que dejemos de escribirnos. Y no me equivoco, Milena.

No quiero hablar de ti, no porque no sea asunto mío. Es asunto mío, pero no quiero hablar de ti.

Hablemos sólo de mí entonces: lo que tú eres para mí Milena, lo que eres más allá del mundo en que vivimos, no puede encontrarse en los retazos de papel que te he escrito a diario. Esas cartas, tal como son, no sirven más que para martirizar, y si no martirizan, es peor aún. No sirven más que para producir un día en Gmünd, para crear malentendidos, vergüenza, una vergüenza imborrable. Quiero verte con tanta claridad como te vi por primera vez, en la calle; pero las cartas distraen más que toda la calle L. con su bullicio.

Pero ni siquiera eso es decisivo; lo decisivo es mi impotencia para ir más allá de las cartas, una impotencia que se intensifica con las cartas, una impotencia para contigo y para conmigo —mil cartas tuyas y mil deseos míos no lograrán demostrarme lo contrario— y también es decisiva (quizá como resultado de esa impotencia, pero las razones permanecen aquí en la oscuridad) la voz irresistiblemente firme, tu voz, que me exige silencio.

Y todo lo que a ti se refiere queda sin decir, aunque por lo general figura en tus cartas (quizá también en la amarilla o, mejor dicho, en el telegrama en el cual reclamas la devolución de esa carta, con todo derecho, por supuesto), con frecuencia en los pasajes que yo más temo y que eludo como el diablo elude los lugares consagrados.

Es curioso, yo también tenía ganas de telegrafiarte, jugué con la idea por la tarde, en la cama, luego al atardecer, en el Belvedere. Pero sólo se trataba del siguiente texto: "Ruego responder expresa y claramente a pasajes subrayados en última carta"; pero finalmente me pareció que ese telegrama tenía un fondo de injustificada y desagradable desconfianza y no lo remití.

He permanecido hasta la una y media de la mañana sobre esta carta, sin hacer nada más; pero la contemplaba y, a través de ella, te contemplaba a ti. A veces, y no en sueños, me parece verte con el rostro oculto por la cabellera; yo divido el pelo y lo aparto hacia derecha e izquierda. Tu rostro aparece, yo rozo tu frente y tus sienes y luego sostengo tu rostro entre ambas manos.

[En el margen derecho:] Si me interno en un sanatorio, por supuesto te escribiré.

Lunes

Tuve intenciones de romper esta carta, de no enviarla, de no responder al telegrama, los telegramas son tan ambiguos; pero ahora han llegado la tarjeta y la carta, esa tarjeta, esa carta. Pero aun ante ellas, Milena, y aunque tuviera que morderme la lengua, ansiosa por hablar: ¿Cómo puedo creer que necesites las cartas, cuando lo que tú necesitas es tranquilidad, como lo has dicho más de una vez sin tener total conciencia de ello? Y estas cartas no son más que un martirio, nacidas de un martirio, irremediable, sólo crean martirio, irremediable. ¿Para qué sumar ese martirio a este invierno (que lo acentúa más aún)? El silencio es el único medio para vivir aquí y allá. Con tristeza, está bien ¿pero qué importa? Eso hace que el sueño sea más inocente y profundo. Pero la tortura significa empujar un arado a través del sueño —y a través del día— y eso es insoportable.

Miércoles

No hay una ley que me prohíba escribirte una vez más y agradecerte esta carta, que contiene quizá lo más bello que podías haberme escrito, ese: "sé que tú me ...."

Por lo demás, estás de acuerdo conmigo, desde hace mucho tiempo, en que no debemos escribirnos. El hecho de que yo lo haya propuesto, ha sido una simple casualidad. De la misma manera podías haberlo propuesto tú. Y, puesto que estamos de acuerdo, no es necesario explicar por qué conviene que no nos escribamos.

Lo único malo es que ahora (en adelante no debes preguntar más si hay algo para ti en el correo) no tendré posibilidad o casi no tendré posibilidad de escribirte, salvo que te envíe una tarjeta postal en blanco, lo cual significaría que hay una carta en el correo. *Por tu parte, escríbeme siempre que lo consideres necesario, eso se da por sentado.*

Realmente manejé muy mal el asunto con V., de eso no cabe duda; pero no tan mal como te pareció en el primer momento de sobresalto. En primer lugar no me presenté como peticionante, y mucho menos en tu nombre. Me presenté como un extraño que te conoce bien, que hasta cierto punto ha sido testigo de la situación en Viena y que además ha recibido dos cartas tuyas muy tristes.

No me despido. No es una despedida, a no ser que la fuerza de gravedad, que acecha, me arrastre definitivamente. ¿Pero cómo podría hacerlo mientras tú estés con vida?

Estimada Frau Milena[113]

Creo que es preferible no hablar mucho de cómo se ha de cubrir la retirada y de todo lo vinculado con ésta, así como no se debe hablar mucho de alta traición en tiempos de guerra. Se trata de cosas que uno no entiende del todo y que, en última instancia, sólo puede adivinar. Cosas en presencia de las cuales uno no pasa de ser "pueblo". Uno tiene influencia sobre los acontecimientos, pues sin un pueblo no puede haber guerra, y de eso extrae su derecho a opinar; pero las cosas sólo se juzgan y se deciden en la inaccesible jerarquía de las instancias. Y si alguna vez uno ejerce una influencia sobre los acontecimientos, a través de la palabra, de eso sólo surgirán calamidades, pues son palabras pronunciadas sin conocimiento de causa, sin control, como en sueños, y el mundo está lleno de espías que se mantienen alertas. En este terreno, lo mejor es mantener una actitud serena, digna, inmune a las provocaciones. Y en esto todo es provocación, hasta la hierba sobre la cual usted se sienta junto al canal largo. (De manera harto irresponsable, dicho sea de paso, en una época en la cual yo creo correr el riesgo de un enfriamiento con la estufa encendida, en cama, bajo el parche poroso, dos mantas y un edredón.) Después de todo sólo podemos apreciar el efecto que sobre el mundo ejerce la apariencia exterior. Y, en ese sentido, mi enfermedad me otorga una ventaja sobre usted con sus espantosos paseos. Pues si hablo así de la enfermedad, en el fondo nadie me cree y, en efecto, sólo se trata de una broma.

Comenzaré a leer *Donadieu* a la brevedad, aunque quizá corresponda que se lo envíe antes. Sé lo que significa una nostalgia de esa índole y luego uno guarda rencor contra aquel que ha retenido el libro. Por ejemplo, yo miraba con resquemor a una serie de personas, pues sospechaba, sin poderlo demostrar, que cualquiera de ellas podía tener en su poder aquel Nachsommer[114]. Y el hijo de Oskar Baum regresó a toda prisa de la escuela rural próxima a Francfort, porque no había llevado consigo sus libros, sobre todo su libro favorito, *Stalky & Co.*, de Kipling, que según creo, ya había leído unas 75 veces. De modo que si ocurre algo semejante con *Donadieu*, se lo enviaré en seguida; pero me gustaría leerlo.

Si tuviera los folletines, quizá no leyera los artículos sobre moda (¿qué pasó el domingo?) le agradecería mucho si me hiciera conocer siempre las fechas de publicación. Buscaré el Teufel no bien pueda salir; por ahora siento algunos dolores aún.

Georg Kaiser... he leído poco de él y no tuve ganas de leer más. Aún no he visto nada suyo en escena. Hace dos años, su proceso me causó gran impresión, leí los informes en el *Tatra*, sobre todo el gran discurso de defensa, en el cual declaró incontestable su derecho a apoderarse de cosas ajenas, comparó su posición en la historia alemana con la de Lutero y reclamó que se izara la bandera alemana a media asta en caso de que se lo condenara. Aquí, junto a mi cama, habló más que nada de su primogénito (tiene tres hijos), un niño de diez años a quien él no permite concurrir a la escuela ni impar-

tirle ningún tipo de enseñanza, de modo que aún no sabe leer ni escribir, aunque dibuja muy bien y pasa los días en el bosque y en el lago (viven en una solitaria casa de campo en Grünhaide, cerca de Berlín). Cuando al despedirse dije a Kaiser: "Sea como fuere, es una empresa importante", él me explicó: "Y es la única, pues todo lo demás es bastante trivial." Es raro y no del todo grato verlo así ante uno, mitad comerciante berlinés, alegre y voluble, y mitad loco.

No parece golpeado, aunque quizá lo esté demasiado. Según se dice, sólo los trópicos lograron voltearlo (de joven estuvo empleado en Sudamérica, regresó enfermo, permaneció ocho años en su casta sin hacer nada, tendido en un sofá y luego comenzó a revivir en una casa de salud. Esa dicotomía se pone de manifiesto en su rostro: un rostro chato con unos ojos azul claro sorprendentemente vacíos, que sin embargo se mueven vertiginosamente de aquí para allá —al igual que otros rasgos de su cara— mientras el resto permanece inmóvil, como paralizado. Dicho sea de paso, Max tiene una impresión completamente distinta de él; lo considera estimulante y sin duda fue por eso que, en su bondad, obligó a Kaiser a visitarme. Y ahora, por añadidura, se apodera de casi toda la carta. Quería hablar de otras cosas. Será en la próxima.

Estimada Frau Milena:

Debo confesar que una vez envidié mucho a alguien porque era amado, cuidado, defendido de la razón y de la fuerza y porque yacía en paz bajo las flores. Yo siempre tengo la envidia al alcance de la mano.

De la ocasional lectura de *Tribuna* creí poder deducir que usted había pasado bien el verano. Una vez conseguí *Tribuna* en Planá, en la estación. Una veraneante sostenía la revista a sus espaldas —justo frente a mí— mientras charlaba con otra. Mi hermana se la pidió prestada para entregármela. Si no recuerdo mal, usted había publicado en ese número un artículo muy divertido contra los baños termales alemanes. Otra vez escribió algo acerca de la dicha de la vida estival, lejos de los ferrocarriles. Eso también fue muy lindo ¿o era el mismo artículo? Creo que no. De notable calidad —como siempre que usted aparece en el Národní Listy y da la espalda a la escuela judía (de modas)— fije su artículo sobre escaparates. Después tradujo el artículo sobre los cocineros. ¿Por qué? La "Tía" es bastante rara: a veces toma como tema el correcto franqueo de las cartas, otras veces recuerda que no hay que arrojar nada por la ventana. Todas son verdades indiscutibles, pero a la vez son causas perdidas. Pero a veces se desliza (si uno presta mucha atención puede advertirlo) algo tierno, conmovedor y bueno entre líneas.

Lástima que odie tanto a los alemanes: los alemanes son magníficos y lo seguirán siendo. ¿Conoce el poema de von Eichendorf ¡*Oh anchos valles, oh alturas*!

o el poema de Justinus Kerner sobre el aserradero?[115] Si no los conoce los copiaré y se los enviaré en alguna oportunidad.

De Planá podría relatar algunas cosas, pero ya pasó. Ottla estuvo muy tierna conmigo, a pesar de que, fuera de mí, tiene un hijo. Mi pulmón se comportó en forma bastante pasable, por lo menos mientras estuve afuera. Aquí no he ido aún al médico, aunque hace ya quince días que regresé. Pero no puede ser que esté muy mal, cuando, por ejemplo, afuera fui capaz de hachar leña —¡ay, vanidad!— durante media hora o más, sin cansarme y sintiéndome feliz por instantes. Lo demás, sueño y el correspondiente despertar, fueron peores, a veces.

¿Y cómo están sus pulmones? ¿Esas criaturas orgullosas, fuertes, torturadas, inconmovibles?

Suyo, K.

Hacía mucho que no le escribía, Frau Milena, y hoy mismo sólo le escribo por casualidad. No hay necesidad de que me disculpe por mi silencio, usted sabe cómo odio las cartas. Toda la desdicha de mi vida proviene, si se quiere, de las cartas o de la posibilidad de escribirlas. Y con esto no me quiero quejar, sino formular una observación instructiva. Muy pocas veces me ha engañado una persona; las cartas siempre me engañan. Y no sólo las de otros, sino también las mías. En mi caso es una desgracia muy particular de la cual prefiero no seguir hablando; pero, al mismo tiempo, es una desdicha general. La facilidad de escribir cartas tiene que haber traído al mundo —considerado desde un punto de vista exclusivamente teórico— una terrible perturbación de las almas. Porque es una relación con fantasmas —y no sólo con el fantasma del destinatario, sino también con el propio— la que se va gestando bajo la mano que escribe, en esa carta y, más aún, en una serie de cartas de las cuales una corrobora a la otra y puede apelar a ella como testigo. ¡A quién se le ocurrió que la gente puede mantener relaciones por correspondencia! Uno puede pensar en una persona ausente y puede tocar a una persona presente; todo lo demás supera las fuerzas humanas. Pero escribir cartas significa desnudarse ante los fantasmas, cosa que ellos aguardan con avidez. Los besos escritos no llegan a destino, son bebidos por los fantasmas en el camino. Y esa abundante alimentación hace que los fantasmas se multipliquen en forma tan desmesurada. La humanidad lo percibe y lucha contra eso; para eliminar en lo posible todo lo fantasmal que se interpone entre los hombres y para lograr una comunicación natural, para recuperar la paz de las almas, ha inventado el ferrocarril, el automóvil, el aeroplano. Pero ya es tarde; es obvio que esos inventos han surgido en plena caída. La otra parte es mucho más serena y fuerte: después del correo inventó el telégrafo, el teléfono, la telegrafía sin hilo. Los fantasmas no morirán de hambre, pero nosotros sucumbiremos.

Me sorprende que usted no haya escrito aún algo al respecto; no para evitar o para lograr algo con la publicación —es demasiado tarde para eso—, pero por lo menos para demostrarles a "ellos" que se los conoce.

Pero a "ellos" también se los reconoce en las excepciones. Porque a veces dejan pasar una carta sin interferir y esa carta llega como una mano amiga, ligera y tierna, a depositarse entre las nuestras. Y bien, es probable que sólo se trate de un espejismo y quizás esos casos sean los más peligrosos y haya que cuidarse de ellos más que de los otros. Pero si se trata de un fraude, el engaño es perfecto.

Hoy me ocurrió algo por el estilo y por eso pensé en escribirle. Hoy recibí carta de un amigo a quien usted también conoce[115]; hacía mucho que no nos escribíamos, cosa muy sensata, pues de todo lo dicho surge que las cartas son un excelente remedio antisueño. ¡En qué estado llegan! Resecas, vacías e irritantes, una alegría fugaz seguida de un largo sufrimiento. Mientras uno las lee, olvidado de sí mismo, el resto de sueño que uno conservaba levanta vuelo y huye por la ventana abierta para no regresar por mucho tiempo. Por eso dejamos de escribirnos, pues. Pero yo pienso muy a menudo en él, aunque de manera demasiado fugaz. Todos mis pensamientos son demasiado fugaces. Pero anoche pensé mucho en él, durante horas; consagré mis horas nocturnas de cama —tan preciosas para mí por su hostilidad— en repetirle una y otra vez, con las mismas palabras, en una carta imaginaria, asuntos que me parecían importantísimos en ese momento. Y por la mañana llegó una carta de él. Y, por añadidura, en esa carta, mi amigo decía que desde hacía un mes tenía la sensación —o mejor dicho, hace un mes tuvo la sensació— de que debía visitarme, lo cual coincide extrañamente con cosas que yo había experimentado.

Esta historia epistolar me impulsó a escribir una carta y ya que escribía, cómo no escribirle también a usted, Frau Milena, que quizá sea la persona a la cual con mayor gusto escribo (en la medida en que se puede escribir con gusto; pero estas palabras sólo están destinadas a los fantasmas que asedian mi escritorio con avidez).[117]

Hace mucho tiempo que no encuentro nada suyo en las revistas, a excepción de los artículos sobre moda. En los últimos tiempos éstos me han parecido -salvo algunas pequeñas excepciones- serenos y alegres, incluso el último, sobre la primavera. En realidad, antes de leer ese artículo, había pasado tres semanas sin leer *Tribuna* (pero procuraré conseguir los números), pues estuve en Spindelmühle.

Luego llegó su carta. Es curioso lo que me ocurre ahora al escribir; tiene que tenerme paciencia (¿cuándo no debió tenerla?). Durante años no he escrito a nadie, en ese aspecto estaba como muerto, me faltaba toda necesidad de comunicación, era como si no perteneciera a este mundo ni a ningún otro. Es como si durante todos esos años hubiera hecho lo que se me exigía, sin prestar demasiada atención y como si, en realidad, sólo hubiera estado a la espera de un llamado, hasta que la enfermedad me llamó desde la habitación contigua y yo corrí a su

encuentro y le fui perteneciendo cada día más. Pero la habitación está en tinieblas y no se sabe si es la enfermedad.

De cualquier manera, se me hizo muy difícil pensar y escribir; a veces, al escribir, la mano corría sobre el papel sin dejar huellas y eso me sucede aún hoy. Y para qué hablar del pensamiento (siempre me maravilla la velocidad de su pensamiento, la forma en que reúne un puñado de frases y las descarga como un rayo). Lo cierto es que debe tenerse paciencia, este capullo se abre con gran lentitud y, en realidad, sólo es capullo porque se da el nombre de capullo a lo que está cerrado.

Inicié la lectura de *Donadieu*, pero he leído muy poco hasta ahora. Aún no he logrado compenetrarme; por otra parte, otras cosas que he leído del mismo autor —muy pocas— no me conmovieron mucho[117]. Se elogia su candor, pero el candor es patrimonio de los alemanes y de los rusos. El abuelo es encantador, pero no tiene la fuerza necesaria como para evitar que se lo pase por alto. Lo mejor hasta donde he leído (todavía estoy en Lyon), me parece característico de Francia y no de Philippe, pálido reflejo de Flaubert; por ejemplo, la repentina alegría en una esquina callejera (¿recuerda usted el pasaje?). La traducción parece hecha por dos traductores diferentes: por momentos, muy buena; luego mala al punto de resultar incomprensible. (Wolff está por publicar una nueva versión.) De cualquier manera, lo leo con mucho gusto. Me he convertido en un lector pasable, pero muy lento. Por otra parte, en este libro se suma el inconveniente de mi timidez ante las muchachas; esa debilidad mía ya tan lejos, que no creo en las muchachas del autor, pues no lo creo capaz de abordarlas. Es como si el escritor hubiese hecho una muñeca y la hubiera llamado Donadieu, nada más que para apartar la atención del lector de la verdadera Donadieu, que es muy diferente y está en un lugar completamente distinto. Y, a pesar de toda su ternura, esos años infantiles me parecen realmente ajustados a un cierto esquema rígido, como si no hubiesen existido, como si sólo hubiese sucedido lo que sigue a continuación y la primera parte hubiera sido añadida a posteriori a modo de obertura, creada con ajuste a leves musicales y adaptada a la parte real. Y hay libros en los cuales esta sensación se mantiene hasta el final.

No conozco Na velké cestû. (Cejov, en cambio, me gusta muchísimo, a veces con locura. Tampoco conozco a Von der Mühle, ni a Stevenson, salvo como predilecto suyo. Le enviaré *Franzi*[120], pero estoy seguro de que no le va a gustar, con excepción de algunos breves pasajes. Eso quedaría explicado por mi teoría según la cual los escritores vivientes mantienen una relación viviente con sus libros. Por su sola existencia, luchan en pro o en contra de ellos. La auténtica vida independiente del libro sólo comienza después de la muerte del hombre o, mejor dicho, un tiempo después de su muerte, pues esos diligentes individuos continúan luchando por su libro durante un cierto lapso después de su muerte. Pero luego el libro queda solo y sólo cuenta con la fuerza del latido de su propio corazón. Por eso, Meyerbeer, por ejemplo, fue muy sensato al querer apoyar ese latido dejando un legado a cada una

de sus óperas, graduado quizá según la confianza que cada una de ellas le merecía. Pero acerca de eso podría decirse algo más, aunque no demasiado importante. Aplicado a Franzi, eso significa que el libro de un escritor viviente es, en realidad, el dormitorio situado al final de su casa, destinado al beso, si él merece ser besado, y terrible si no es ése el caso. Y si yo digo que me gusta o si usted dice lo contrario (aunque quizá no sea así, después de todo) no habremos emitido realmente un juicio sobre el libro.

Hoy he leído un buen trecho del *Donadieu*, pero sigo sin sentirme a gusto. (Pero hoy ni siquiera puedo explicarlo, pues en la cocina, contigua a esta habitación, conversan mi hermana y la cocinera. Yo podría interrumpir ese diálogo con una tosecita, pero no quiero hacerlo, pues esta muchacha de 19 años —que está con nosotros desde hace pocos días—, inmensamente fuerte, afirma ser la criatura más desdichada del mundo, sin razón alguna; sólo es desdichada porque es desdichada, y necesita el consuelo de mi hermana, quien siempre —como decía mi padre— "se sintió muy a gusto con las sirvientas".) Cualquier cosa que yo dijera superficialmente en contra del libro sería injusta, pues todas las objeciones provienen del núcleo, y no del núcleo del libro. Si alguien hubiera matado ayer (¿y cuánto podría convertirse ese ayer en anteayer?), hoy no soportaría una historia de crímenes. Todas le parecían iguales: dolorosas, aburridas, irritantes. La formal informalidad, la preocupada despreocupación, la admirativa ironía del libro... nada de eso me gusta. Cuando Raphael seduce a Donadieu, el hecho en sí es muy importante; pero ¿qué tiene que hacer el autor en la habitación del estudiante y qué tiene que hacer, por añadidura, una cuarta persona: el lector. Por fin, la pequeña habitación se convierte en el aula magna de la facultad de medicina o de psicología. Además, en el libro hay apenas más que desesperación.

Todavía pienso con frecuencia en su artículo. Porque, aunque parezca raro (para convertir el diálogo de ficción en uno real ¡ah, judaísmo, judaísmo!) yo creo que pueden existir matrimonios que no estén basados en la desesperación de la soledad, y creo que, en el fondo, también el ángel lo cree. Pues ¿qué ganan quienes se unen en matrimonio por desesperación? Al juntar desolación con desolación no se logra un arraigo, sino una *Katorga*. Una desolación se refleja en la otra, aun en lo más profundo de la noche. Y si una desolación se une a una seguridad, la desolación se agravará mucho más aún (a no ser que se trate de una desolación tierna, tímidamente inconsciente). Unirse en matrimonio significa, más bien —para definir en forma sucinta y estricta el requisito—, sentirse seguro.

Pero, por el momento, lo peor es (ni yo mismo lo habría esperado) que ni siquiera puedo continuar escribiendo estas cartas, ni siquiera estas cartas importantes. El maligno hechizo de las cartas comienza a actuar y destruye mis noches, que ya se destruyen cada vez más por sí solas. Debo interrumpir, no puedo continuar escribiendo. Ay, su insomnio es de una naturaleza diferente a la del mío. Por favor, no escribamos más.

[Tarjeta postal remitida desde Dobrichovice, matasellos: 9. V.23]

Muchas gracias por sus saludos. En lo que a mí respecta: he venido aquí por unos días; en Praga ya no me sentía bien. Sin embargo, no se trata de un viaje aún; es apenas un intento, con alas totalmente inadecuadas.

K.

[Tarjeta postal remitida desde Dobrichovice, matasellos: 9. V.23]

Estimada Frau Milena:

Supongo que habrá recibido la tarjeta postal que le envié desde Dobrichovice. Todavía estoy aquí, pero regresaré a casa dentro de dos o tres días, es demasiado caro, demasiado insomne, etcétera, aunque por lo demás, bellísimo. En lo que se refiere a viajes, quizá éste me haya capacitado para emprender algún otro, aunque sólo se trate de alejarme una media hora de Praga. Lo único que me atemoriza es, en primer lugar, los gastos —esto es tan caro, que uno sólo puede pasar aquí los últimos días de su vida, pues de esa manera no deja nada— y, en segundo lugar —en segundo lugar— tengo miedo de todo. Aparte de eso, el mundo se abre para mí.

La saluda afectuosamente K.

[Escrito con lápiz arriba, abajo y por encima del texto:] Además, siempre dan mal el vuelto. Unas veces de más, otras veces de menos. Uno nunca sabe. El camarero es muy rápido.

Entre paréntesis, ésta es la tercera vez, desde que nos conocemos, que de repente, en un momento extremo perfectamente determinado usted me alerta o me tranquiliza o como quiera expresarlo, por medio de unas pocas líneas.

Cuando desapareciste en forma repentina (aunque no sorpresiva), después de nuestro último encuentro, sólo volví a tener noticias tuyas a comienzos de septiembre y de una manera nada grata para mí. Entretanto, en julio, me ocurrió algo importantísimo —¡qué cosas importantes existen!—, yo había viajado a Müritz, a orillas del Báltico, con ayuda de mi hermana mayor. Por lo menos significaba abandonar Praga y el encierro en mi habitación. Al comienzo me sentí bastante mal. Pero luego, en forma inesperada, se me presentó, en Müritz, la posibilidad de Berlín. Yo quería viajar en octubre a Palestina —habíamos hablado de eso—, pero nunca habría llegado a hacerlo, era una fantasía de las que alienta alguien convencido de que nunca más se levantará de la cama. Y si no voy a dejar más la cama ¿por qué no

habría de viajar a Palestina? Pero en Müritz me puse en contacto con una colonia de vacaciones de un Hogar del Pueblo Judío en Berlín. Se trataba, en su mayoría, de judíos de la región oriental. La perspectiva me atrajo; estaba en mi camino. Comencé a barajar la posibilidad de trasladarme a Berlín. Al comienzo, esa posibilidad no era mucho más concreta que la de mi viaje a Palestina, pero luego se fue haciendo más real. Por supuesto, es imposible vivir solo en Berlín; imposible desde todo punto de vista... y no sólo en Berlín, tampoco podría vivir solo en otro lugar. También en ese aspecto se me presentó una solución en Müritz, algo realmente inconcebible[121]. A mediados de agosto regresé a Praga y permanecí más de un mes con mi hermana menor en Schelesen. Allí me enteré por casualidad de la carta quemada. En mi desesperación, te escribí inmediatamente una carta para aliviarme de la carga; pero no la despaché, pues no sabía nada de ti y terminé por quemarla también antes de mi viaje a Berlín. De las otras tres cartas que mencionas no he sabido nada hasta hoy. Estaba desesperado por la terrible afrenta infligida a alguien, aunque no sabía bien a cuál de los tres interesados. Pero, por supuesto, no habría escapado a la desesperación de ninguna manera (aun cuando hubiera sido una desesperación de otra naturaleza), ni siquiera en el caso de que la carta hubiera llegado a mis manos en Müritz, como correspondía.

A fines de septiembre partí rumbo a Berlín. Poco antes de eso recibí tu tarjeta desde Italia. En cuanto a la partida, la emprendí con el último restito de fuerza que logré reunir o, mejor dicho, va sin fuerzas, como si se tratara de mi propio entierro.

Y aquí estoy. Hasta ahora, la cosa no es tan grave como pareces creer. Vivo casi en el campo, en una pequeña casa-quinta. Creo que nunca he vivido en una casa tan linda y, seguramente, no tardaré en perderla, es demasiado linda para mí. Dicho sea de paso, es la segunda vivienda que tengo desde que llegué aquí. Hasta ahora, la comida no difiere mucho de la de Praga; por lo menos mi comida. Otro tanto puedo decir de mi estado de salud. Eso es todo. No me atrevo a decir nada más, ya con lo dicho me he excedido, los fantasmas lo beben ávidos, con sus insaciables gargueros. Tú, por tu parte, dices menos aún en tu carta. ¿Qué puedes decirme de la situación en general? ¿Es buena, es tolerable? No he conseguido extraer una idea clara de tu carta. En realidad, uno no logra extraer una idea clara de la propia situación. Eso es, ni más ni menos, el "miedo".

F.

Estimada Milena:

Desde hace tiempo permanece aquí el fragmento de una carta destinada a usted, pero no me llega el momento de continuarla. Los antiguos males han descubierto mi refugio, me han asaltado y me han sometido bastante. Todo me significa un esfuerzo. Todo rasgo trazado con la pluma, todo lo que escribo me parece demasiado importante, como si no guardara relación con mis fuerzas. Y cuando

escribo “afectuosos saludos” ¿tendrán realmente esos saludos la fuerza necesaria como para llegar a la bulliciosa, tumultuosa, gris y urbana I.-strasse, en donde yo y lo mío no podríamos respirar? Por eso opto por no escribir, espero que lleguen tiempos mejores o peores y permanezco aquí, atendido con eficacia y ternura hasta el límite de lo posible en la Tierra. El mundo sólo llega a mí —aunque de manera muy contundente— a través del alza del costo de vida. No recibo diarios de Praga, los de Berlín me resultan muy caros. ¿Y si usted me enviara, de vez en cuando, algún recorte del *Národní Listy*, algo al estilo de lo que solía causarme tanto placer? Desde hace algunas semanas, mi dirección es: Steglitz, Grünewaldstrasse 13, Doto. He Seifr.rt. Y ahora insisto en enviarle mis “afectuosos saludos”. ¡Qué importa si caen al llegar a la puerta del jardín! Quizá eso contribuya a acrecentar su fuerza.

Suyo, K.

Notas

1 Kurt Wolff; editor de Kafka.
2 Del checo: "Ay, doctor, usted no tiene para mucho."
3 Yo soy quien paga
4 Verdadero horror.
5 O no tanta razón.
6 Bien intencionado.
7 Los artículos peridísticos de Milena, en idioma checo.
8 La gran narradora checa (1820 - 1862). Principal obra: Babicka (La abuela).
9 El escritor Ernst Weiss.
10 Amiga de Milena.
11 Sólo temor por usted.
12 En alemán: escritor
13 No hay una sola palabra que no haya sido bien sopesada.
14 "Arbolito, arbolito, cambia de lugar", juego infantil.
15 Eso... me ha herido.
16 ¿Entendido?
17 ¿Es usted judío?
18 No entiendo.
19 Es posible que las tres sílabas también se refieran a los movimientos de los apóstoles en el reloj de Praga: llegan, se exhiben y se retiran airados.
20 Kafka estuvo comprometido dos veces con la misma muchacha.
21 Tachado en el original.
22 En realidad, el nombre es Milena, con acento esdrújulo.

23 Ernst significa "serio" en alemán y es a la vez, el nombre del marido de Milena, de ahí el juego de palabras.

24 [sic.]

25 El término alemán es *fesch*, muy corriente en Austria, que significa: guapo, elegante, dandy.

26 La palabra alemana utilizada en el original es *Satz* (frase, oración, etc.) que también tiene diversos significadas en música.

27 Sólo tengo dos vestidos y, sin embargo, luzco bien". (Posiblemente sea parte del texto de una canción folklórica checa.)

28 Bella jamás, realmente no, en todo caso bonita, a veces.

29 Kafka sostiene que "Milena" es un nombre latinizado. El diminutivo "Milenka", en cambio, es indiscutiblemente checo y significa "amada". Según la opinión de Kafka, la forma checa pura del nombre sería "Milada".

30 Donde vivía Milena

31 En el ínterin se habían encontrado en Viena.

32 Las páginas del diario de Hermann Bahr aparecían por ese entonces en la edición dominical del *Neur Wiener Journal*.

33 Las cartas que siguen han sido escritas en Praga.

34 El escritor Max Brod.

35 Novela corta de Franz Grillparzer.

36 Aniversario de la muerte de Juan Hus, feriado obligatorio en la República Checoslovaca de entonces.

37 Del marido de Milena.

38 El notable escritor y editor católico, yerno de Leon Bloy. Stasa trabajaba en ese entonces con él.

39 Taller de artes aplicadas.

40 Café en la Hybernergasse, frecuentado por escritores y artistas.

41 Sí, tienes razón, lo quiero. Pero, F., también a ti te quiero

42 También.

43 El 14 de julio se celebraba también en Praga.

44 Tachado en el original

45 "El Gallo Blanco", un restaurante vienés, en el cual comía Milena de vez en cuando.

46 Proyectos del marido de Milena, empleado bancario nada conforme con su tarea.

47 *Marie Donadieu*, novela de Charles-Louis Philippe.

48 Otto Gross, psicoanalista y filósofo vienés.

49 Revistas y diarios checos de la época.

50 "que, en realidad, eres un individuo que no tiene noción de eso"

51 "no tiene noción".

52 Dejarlo a uno esperando.

53 Lo que más desearía es seguir un tercer camino, que no me lleve ni a ti ni junto a él, sino a la soledad...

54 En tiempos del Imperio Austrohúngaro, una moneda de diez kreuzer.

55 Porque el nunca me habló ni me escribió acerca de usted.

56 Durante ese período de hambre, en las estaciones ferroviarias vienesas había mujeres que trabajaban como mozas de cordel.

57 Secretario.

58 Misterioso, secreto.

59 Miembro del gobierno comunista de Munich, destacado ensayista, asesinado en 1919.

60 En vano.

61 Balanza del mundo.

62 Poeta natural de Praga, destacado traductor de poesía checa, en especial de los poemas de Brezina y Bezruc.

63 El marido de Milena.

64 Las mujeres no necesitan mucho.

65 Posiblemente una simple clave telegráfica. "Else enferma" puede haber querido significar "Ven".

66 Hans, compositor, muerto en un campo de concentración.

67 *Tribuna* era un importante diario checo, publicado en Praga. Milena figuraba entre los colaboradores.

68 Hermana de Kafka, que representa un importante papel en su vida.

69 Lactante.

70 De por sí.

71 Lógico y natural.

72 En apariencia, Milena proponía un telegrama que brindara un pretexto para el viaje

73 Viejo amigo de Kafka, escritor y redactor del *Prager Presse*.

74 *Schrank*: armario en alemán

75 El escritor Franz Blei.

76 Con claridad y sin ofuscación.

77 Esperas Esperas hasta que tú lo necesitas.

78 "Lástima" y "terriblemente triste".

79 Y no vienes porque esperas hasta experimentar tú mismo la necesidad de venir.

80 Adiós, Franz.

81 De modo que no tiene sentido enviarte el telegrama; no lo haré.

82 El abogado doctor Paul Stein, de Praga.

83 Miedo - deseo.

84 Esta carta hace alusión a un extraño hecho ocurrido en Praga: varias personas recibieron cartas escritas con la inconfundible caligrafía de Milena, pero de las cuales ella no era autora.

85 ¿No quiere hacer un viajecito?

86 No entiendo cómo una persona así ...

87 *El café*, título de un cuento de Milena.

88 Evidentemente, avisos de peleterías vienesas

89 ¡Qué linda es, qué linda es!

90 Nunca será.

91 Milena estuvo en St. Gilgen.
92 Un diario.
93 Probablemente el asunto de las cartas anónimas, antes mencionado.
94 Eres mío.
95 No quiero que respondas a esto.
96 Oskar Baum, narrador checo, amigo de Kafka.
97 Kafka había intervenido, en nombre de Milena, en un problema familiar y, según parece, lo había hecho con gran tacto y habilidad. No encontramos motivos concretos para su terrible autoacusación.
98 Escalera.
99 No tenéis la fuerza necesaria para amar.
100 No tenéis la fuerza necesaria para amar.
101 Historias de fantasmas.
102 Una pieza teatral de Franz Werfel.
103 Raza inmunda.
104 Albert Ehrenstein, poeta vienés.
105 Kafka se refiere aquí a la obra teatral *Tania* de Ernst Weiss.
106 Un folleto de Ehrenstein sobre el satírico vienés Karl Kraus.
107 Periódico reaccionario, editado por el Partido Agrario Checo.
108 Pintor y dibujante checo.
109 Bulevar de Praga.
110 Allí estaba la casa paterna de Kafka.
111 Se quebró al chocar contra mí.
112 Integrante del gobierno socialista de Munich.
113 Las últimas cartas ya fueron enviadas al domicilio de Milena.
114 Novela de formación (Bildungsroman) del escritor austríaco Adalbert Stifter.
115 *El caminante ante el aserradero*, uno de los poemas predilectos de Kafka.
116 Sin duda, la propia Milena.
117 Novela de Max Brod.

Índice

CARTAS 9

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio de la Cultura

Venezuela AHORA ES DE TODOS

Esta colección ha sido creada con un fin estrictamente cultural
y sus libros se venden a precio subsidiado
por el Ministerio de la Cultura.
Si alguna persona o institución cree que sus derechos de autor
están siendo afectados de alguna manera puede dirigirse a:
Ministerio de la Cultura
Av. Panteón, Foro Libertador,
Edif. Archivo General de la Nación,
planta baja, Caracas, 1010,
Telfs.: (58 - 0212) 564 24 69
808 44 92/808 49 86/808 41 65
Fax: (58 - 0212) 564 14 11

Se terminó de imprimir en diciembre de 2006
en Fundación Imprenta del Ministerio de la Cultura,
Caracas, Venezuela
La edición consta de 1.000 ejemplares
impresos en papel Alternative, 60gr.